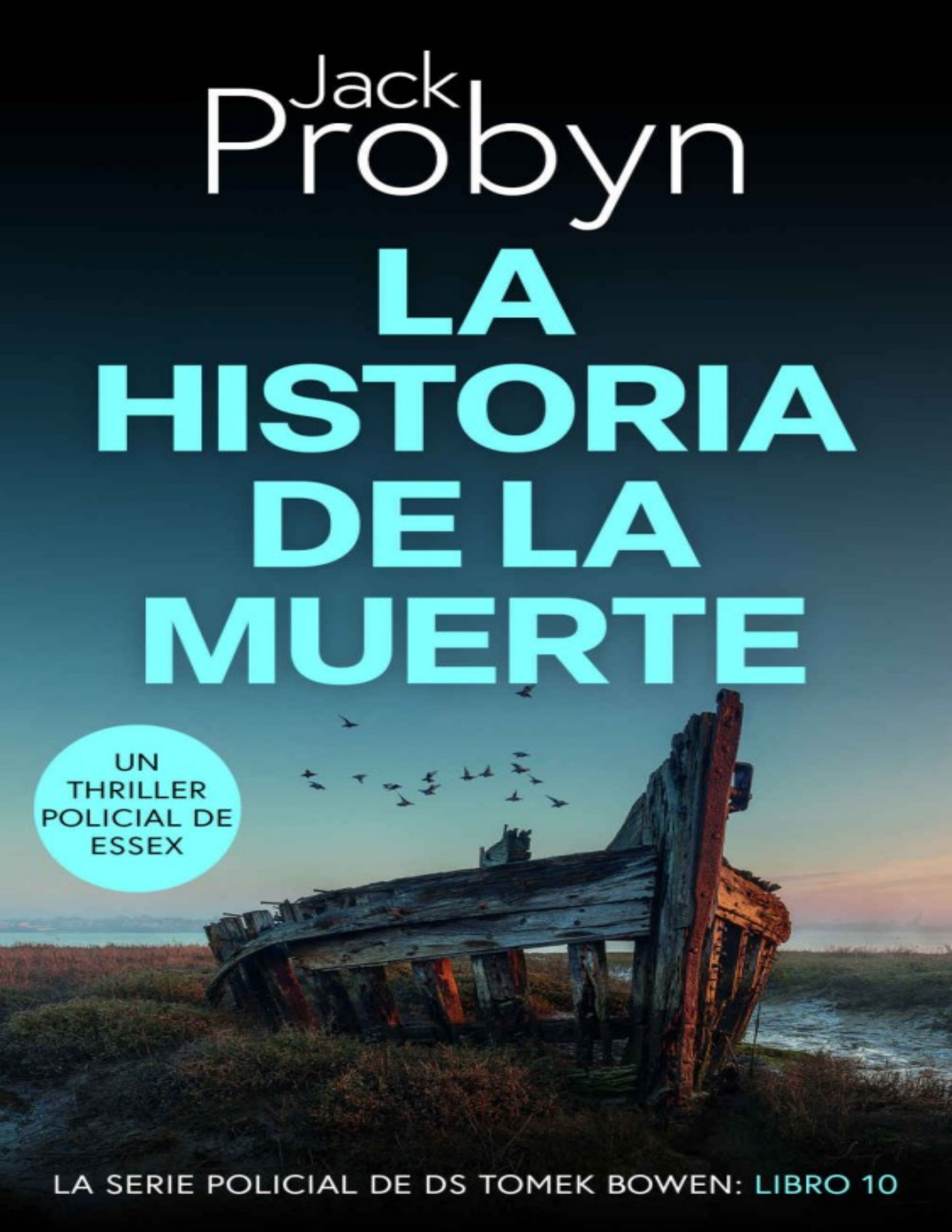
Jack Probyn

LA HISTORIA DE LA MUERTE



UN THRILLER POLICIAL DE ESSEX

LA SERIE POLICIAL DE DS TOMEK BOWEN: LIBRO 10

LA HISTORIA DE LA MUERTE

UN EMOCIONANTE MISTERIO DE ASESINATO BRITÁNICO

SERIE POLICIACA DEL DETECTIVE SARGENTO TOMEK BOWEN

LIBRO 10

JACK PROBYN

CLIFF EDGE PRESS

ÍNDICE

Únete al Club VIP

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70

Otras Obras de Jack Probyn
Deja una reseña
Únete al Club VIP
Sobre El Autor

Copyright © 2025 Jack Probyn. Todos los derechos reservados.

El derecho de Jack Probyn a ser identificado como el autor de la Obra ha sido reivindicado por él conforme a la Ley de Derechos de Autor, Diseños y Patentes de 1988. Publicado por: Cliff Edge Press, Essex.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, negocios, empresas, eventos o lugares es completamente coincidencial.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida en forma escrita, electrónica, de grabación o fotocopia sin el permiso por escrito del autor, Jack Probyn, o de la editorial, Cliff Edge Press.

eBook ISBN: 978-1-80520-345-2

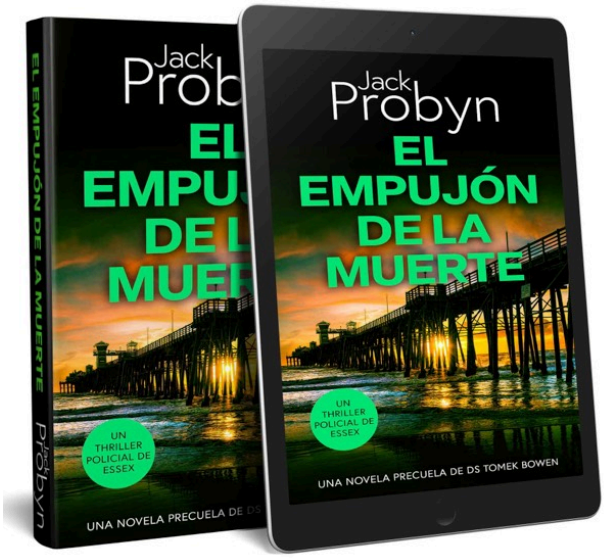
ISBN: 978-1-80520-346-9

Primera Edición

Visite el sitio web de Jack Probyn en www.jackprobynbooks.com.

ÚNETE AL CLUB VIP

Tu libro GRATIS te espera



Disponible al unirte al club

Consigue tu copia GRATIS de la novela precuela de la serie DS Tomek Bowen ahora en jackprobynbooks.com al unirte a mi club VIP por correo electrónico.

CAPÍTULO
UNO

—¿Por qué cree que Nathan Burrows debería ser puesto en libertad y reinsertado en la sociedad?

Se quedó paralizado, con la mirada perdida en Paula Inglis. Los contornos de su visión, incluidos los de las personas sentadas junto a ella, empezaron a desdibujarse. Era el momento. El momento por el que había venido, el momento que había requerido un viaje de ida y vuelta de trescientas millas.

La pregunta que, a fin de cuentas, cambiaría su vida y la de su familia en un futuro previsible.

¿Por qué cree que Nathan Burrows debería ser puesto en libertad y reinsertado en la sociedad?

Se la repitió mentalmente una y otra vez. Era una pregunta que había ensayado incontables veces, repasando la respuesta durante el viaje en coche a la prisión de Wakefield. Entonces, ¿por qué le costaba tanto articular palabra? ¿Por qué, precisamente ahora, le fallaban las palabras?

¿Miedo? ¿Dudas? ¿Indecisión? ¿La paranoia paralizante de poder decir algo inconveniente y causar estragos sin querer en su madre, su padre, Kasia?

Se le hizo un nudo en la garganta y se le secó la boca. En ese instante, aunque hubiera querido responder, dudaba que pudiera. Sintió como si le estuvieran succionando el aire de los pulmones, subiéndole por la garganta y saliendo por la nariz. Como si una

mente malévola —el propio Nathan— hubiera pulsado un interruptor y estuviera empezando a asfixiar la habitación.

—¿Necesita que le repita la pregunta, señor Bowen? —preguntó Paula.

Tomek reaccionó y, parpadeando, fue enfocando la habitación poco a poco.

—No —dijo—. No, no creo que Nathan Burrows deba ser reinsertado en la sociedad.

De repente, se sintió como si se hubiera quitado un peso de encima y dejó escapar un profundo suspiro de alivio. Un peso liberado del pecho. Una sensación que también lo elevó. Moral y emocionalmente. Se recolocó en la silla, enderezó la espalda e hinchó el pecho. Siguió tamborileando con la pierna, pero esta vez lo hacía desde una posición de confianza y convencido de que estaba tomando la decisión correcta, de que estaba haciendo lo correcto.

Por Kasia.

Por su madre.

Por su padre.

Por su hermano y sus sobrinos.

Por su familia.

—Gracias por su respuesta, señor Bowen —empezó Paula con voz suave—. Pero, ¿*por qué* piensa eso? ¿Por qué debería Nathan permanecer encarcelado?

—Porque mató a mi hermano —replicó él sin rodeos, con la voz llena de una confianza recién descubierta—. Y no solo eso, sino las *cosas* que le hizo a mi hermano. La *forma* en que lo mató. Están familiarizados con el incidente, ¿verdad?

—Hemos leído el expediente —dijo Roger a su lado, bajando la vista hacia los papeles que había sobre la mesa—. Conocemos la investigación y lo que Nathan le hizo a su hermano.

—Entonces, ¿cómo se les ocurre pensar que debería salir? Tenía quince años cuando mató a mi hermano. Quince. ¿Qué clase de adolescente hace eso? Alguien enfermo y retorcido. Alguien que, bajo mi punto de vista, no tendrá miedo de volver a hacerlo. Si fue capaz de masacrar a mi hermano con quince años, imaginen de lo que es capaz ahora que es mayor.

Paula bajó la vista hacia sus propias notas. —Últimamente, el señor Burrows ha mostrado un buen comportamiento. Según sus asistentes sociales y parte del personal de la prisión, han observado un cambio real en su conducta.

—Es una farsa —soltó Tomek sin poder evitarlo—. Es puro teatro. Lo sé porque yo piqué. Caí víctima de su encanto. Me envió cosas. Nos comunicamos. Y durante mucho tiempo, hasta el día de hoy, he sopesado la idea de darles la razón y ser partidario de que lo dejen en libertad.

—¿Qué le hizo cambiar de opinión? —preguntó la mujer llamada Mary. Estaba sentada en el extremo izquierdo y era tan menuda que parecía una niña en comparación con los demás.

Tomek tragó saliva con fuerza; su lengua áspera le raspó el paladar.

—Recordé lo que hizo. Recordé cómo mató a mi hermano. —Tomek hizo una pausa, examinando al comité que tenía delante y tomándose su tiempo para sostenerles la mirada—. Y recientemente han surgido… ciertas preocupaciones que me indican que este hombre debe quedarse exactamente donde está.

—¿Cuáles podrían ser?

La imagen del secuaz de Nathan, el calvo con el tatuaje de la lágrima, le vino a la mente. Tomek apretó el puño como respuesta, clavándose las uñas en la palma de la mano. ¿Cuánto debía contar? ¿Cuánto podía revelar sin parecer cómplice?

—¿Señor Bowen?

—En múltiples ocasiones, Nathan ha demostrado la *influencia* que ejerce sobre mí y sobre mi hija —explicó—. Tiene un… un amigo, por así decirlo, a quien ha enviado a mi casa para vigilarnos, para intimidarnos a ambos. Cree que tiene cierta influencia sobre mí por algo en lo que me ayudó hace poco. Un incidente relacionado con mi hija, que al final resolví yo mismo. Ahora ha estado utilizando a su amigo para asegurarse de que hoy me sentara aquí, ante ustedes, y les aconsejara que lo pusieran en libertad.

El silencio se apoderó del comité mientras garabateaban notas en sus blocs. Pasó un buen rato antes de que alguien hablara, y el silencio era denso y tenso, estirándose como una goma elástica

entre ellos, a punto de romperse. Finalmente, Paula levantó la vista y se dirigió a él.

—¿Cuánto tiempo hace que sabe de esto?

—Unos meses.

—¿Se lo ha comunicado a alguien?

Tomek negó con la cabeza. —Es un asunto privado. No quería preocupar a mi familia. Pero ahora me temo que no tengo más remedio que hacer esto, que hablar. Ese hombre es una amenaza para mí, para mi hija y para mis padres. Ya ha demostrado lo que es capaz de hacerle a un miembro de la familia y ha demostrado lo que puede hacernos a mi hija y a mí. No quiero que quede en libertad. No quiero que tenga un nuevo nombre, una nueva dirección, una nueva vida. Perdió ese derecho en el momento en que le arrebató la vida a mi hermano. Por favor, les imploro que tomen la decisión correcta y se aseguren de que se quede exactamente donde debe estar. Confío en que lo harán.

CAPÍTULO
DOS

Una ráfaga de viento helado se coló por debajo del chubasquero de Danny Cage al doblar la esquina del sendero y casi lo levantó del suelo.

—¡Joder! —gritó al viento. Se cubrió la cara con el brazo, pero fue inútil. El viento era demasiado fuerte y le lanzaba a los ojos decenas de mechones de pelo sueltos y pegajosos por el sudor.

—¡Venga! —gritó Jimmy desde más adelante—. No es para tanto. ¡No seas gallina!

Jimmy se detuvo y se volvió hacia Danny con un balón de fútbol en una mano. Su equipación de colores vivos contrastaba crudamente con el cielo que se oscurecía.

Danny gimió mientras avanzaba penosamente contra el viento, paso a paso. Los músculos de las piernas le dolían y ya los tenía doloridos por una hora de jugar al fútbol con el viento cortante, y ahora le esperaba una larga caminata a casa. Mientras no lloviera, todo iría bien. Aunque, si la losa de nubes de color gris plomizo que había sobre ellos era un indicador de lo que estaba por venir, su suerte estaba a punto de acabarse.

La hierba empapada chapoteaba bajo sus pies, todavía mojada por la tormenta torrencial que había azotado el sur de Essex la noche anterior y había dejado ramas caídas a su paso. Había sido una de las peores tormentas que el país había visto en décadas. Sin embargo, la peor parte, la que lo había mantenido despierto toda la noche —aunque nunca se lo admitiría a nadie—, habían sido los

truenos. Estruendos enormes y retumbantes que habían bramado y resonado en las primeras horas de la mañana. Por suerte, había tenido a su perro, Milo, para hacerle compañía. Juntos se habían acurrucado bajo el edredón y habían encontrado consuelo mutuo en medio de los estruendosos rugidos de arriba.

El agua se filtraba por las costuras de las zapatillas de Danny y le entumecía rápidamente los pies.

Las marismas de Pitsea se extendían ante él, desoladoras e interminables. Una red plana de ríos y arroyos serpenteaba por las marismas de Essex, interrumpida solo por las siluetas de los postes de telégrafo y los veleros. Los juncos de las orillas temblaban y siseaban con el viento, doblándose de lado en señal de sumisión a los elementos. El olor allí era abrumador. Un hedor agrio a salmuera y podredumbre, donde el agua salada se encontraba con el lodo del estuario y se mezclaba con el tufo de la materia en descomposición que la tormenta había desenterrado. En la distancia se alzaban las torres de las refinerías de petróleo de Canvey, oscuras contra el horizonte.

—¡Date prisa! —lo llamó Jimmy.

Cuando Danny se acercó, Jimmy rodó el balón hacia él. Danny hizo lo que cualquier chaval de quince años haría ante la oportunidad de chutar un balón que rodaba suavemente en su dirección: corrió hacia él y lo pateó alto en el aire, gritando «¡GERRARD!» mientras lo hacía. El balón se elevó, volando inicialmente en línea recta por el sendero, por encima de la cabeza de Jimmy, pero una ráfaga de viento intervino y desvió su trayectoria hacia las marismas, donde aterrizó en el fango, justo antes de un bote abandonado.

Ambos chicos se quedaron helados, mirando el balón.

—¡Bien hecho, gilipollas! —exclamó Jimmy. Su aliento se empañaba en el aire húmedo de la mañana.

Danny se apresuró a ponerse al lado de su amigo.

—Tú lo coges —dijo Jimmy.

—No, yo no.

—Sí, tú. Tú eres el que lo ha chutado ahí.

—No podemos. No es seguro.

La mirada de Danny se posó en el balón, que estaba siendo engullido por el lodazal, antes de desviarse hacia el bote que había detrás. Era el buque-faro *Light Vessel 44*, construido en la década de 1860. Con más de treinta metros de eslora, estaba semienterrado en el fango, con el casco en descomposición. La hierba y las malas hierbas brotaban por los huecos de la cubierta mientras la naturaleza reclamaba lentamente lo que había sido abandonado hacía mucho tiempo. El camarote se inclinaba torpemente hacia un lado, sus pequeñas ventanas habían desaparecido, dejando solo agujeros mellados que miraban fijamente a través de la marisma. Una chimenea oxidada sobresalía del techo, inclinada como un dedo roto, mientras los restos esqueléticos de las barandillas se curvaban por los lados. Cerca de allí, una embarcación más pequeña se hundía en el fango. Juntos parecían fantasmas varados en la marisma. Un escalofrío recorrió la espalda de Danny.

—Iremos los dos…

Danny tardó un momento en procesar la frase.

—No —dijo finalmente—. Tú puedes ir, pero yo no me acerco ahí.

—¿Qué pasa, eres un gallina?

Su madre le había advertido sobre la presión de grupo, sobre no ceder ante ella. Pero en ese momento, no había nada que deseara más que demostrarle a su mejor amigo que se equivocaba.

—Tú primero y luego te sigo —dijo Danny.

Eso pareció funcionar. Jimmy dejó caer su bolsa de JD Sports al suelo, se quitó las zapatillas y los calcetines y empezó a bajar por el terraplén cubierto de hierba.

—No sabes lo que hay ahí —le advirtió Danny—. Podría haber cristales y de todo.

El primer pie de Jimmy se hundió profundamente en el barro, que le engulló el tobillo. Pero para entonces ya era demasiado tarde y continuó, dejando un rastro tras de sí.

—¿Vienes o qué? —lo provocó Jimmy.

Era solo una corta distancia. Diez metros, si acaso. En terreno firme, Danny podría recorrerla en segundos. Pero algo lo retenía. No era el barro. No era el miedo a quedar segundo después de su

amigo. Era el letrero en lo alto del camarote del bote, que advertía que unas cámaras de seguridad vigilaban todos sus movimientos.

—¡Haz algo divertido y que dé miedo por una vez en tu vida, Dan!

Danny ignoró los gritos de su amigo y empezó a bajar por el terraplén, probando la superficie con las zapatillas antes de descargar todo su peso.

—Lo siento, mamá —masculló antes de dar el primer paso.

El primer paso no fue tan malo, pero el segundo casi se lo tragó hasta el tobillo. El fango frío y viscoso se desbordó por los lados de su zapatilla y se la llenó de un frío que le hizo encoger los dedos de los pies. Se tambaleó, agitando los brazos para mantener el equilibrio, antes de lanzarse de nuevo hacia adelante.

En ese lugar, la marisma olía más fuerte; un cóctel agrio de sal, podredumbre y algo metálico que se le agarraba a la garganta. Volvió a mirar el bote, que se alzaba sobre ellos como una sombra gigante.

—Ya casi estoy —dijo Jimmy, agachándose para coger el balón. Se estiró, lo agarró y tiró de él, arrancándolo del fango con un chasquido húmedo. Luego dirigió su atención al bote y se abrió paso hacia él.

Una vez allí, Jimmy se aupó a la cubierta inclinada, dejando regueros de barro en sus espinillas desnudas. La madera crujió bajo el peso de alguien que la pisaba por primera vez en décadas. Se detuvo, haciendo equilibrios en el borde, y luego se izó por encima de las barandillas. Danny lo siguió un momento después, resbalando dos veces en el casco mojado antes de trepar a la cubierta junto a él.

—Buena esa —dijo Danny, respirando con dificultad. Señaló con la cabeza los pies pálidos y cubiertos de barro de Jimmy—. Seguro que te arrepientes de habértelas quitado. Vas a tener barro bajo las uñas de los pies durante semanas.

Jimmy se rio. —Es que te da envidia que las tuyas estén destrozadas.

—¿Envidia? Tío, yo seguiré teniendo pies cuando lleguemos a casa. Tú andarás cojeando como tu abuelo.

Ambos se rieron. Durante unos instantes, deambularon por la cubierta, asomándose a los huecos donde las tablas se habían derrumbado y hurgando en los mechones de hierba y en los pernos oxidados. Todo fue decepcionante. No había nada allí, salvo una gaviota que sobrevolaba en círculos, graznando.

Una pérdida de tiempo y el desperdicio de un buen par de zapatillas.

No fue hasta que Jimmy se movió hacia la barandilla de estribor y se inclinó por ella que todo cambió. Se quedó helado y luego manoteó en el aire. —Oye, Dan. Ven… ven a ver esto.

Danny se unió a él y apoyó las manos en el frío borde metálico. El barro del otro lado del bote estaba removido, como si algo se hubiera movido allí recientemente. Esparcidos por él, semienterrados, semiexpuestos, había huesos.

No eran trozos de madera. No era basura. Eran huesos.

Algunos eran pequeños y pálidos, curvados como signos de interrogación; otros eran más largos, más pesados, teñidos de un marrón enfermizo por la marisma. Una caja torácica sobresalía del lodo como el armazón de un paraguas roto.

A Danny se le secó la boca. —¿Puedes decirme que es un perro o algo así?

Jimmy tragó saliva, y su sonrisa flaqueó. —Eso no es un perro, tío. Es un humano.

CAPÍTULO
TRES

Los limpiaparabrisas barrían el cristal a toda velocidad de un lado a otro, pero apenas servía de nada; su visión del coche de delante seguía distorsionada, borrosa y desenfocada. Solo tenía el rojo intenso de sus luces de freno como punto de referencia. Mientras tanto, Kasia le hablaba —¿o era más bien que le hablaba a él sin esperar respuesta?—, pero no conseguía oírla. Sus palabras eran vagas y confusas, mezcladas con Greg James y el famoso de turno que estuviera en Radio 1 esa mañana. La voz de Kasia se perdía entre el ruido del coche y el torbellino de su cabeza.

Estaban en un atasco de paradas y arranques en plena hora punta, de camino al colegio, y llevaban casi cinco minutos parados mientras los coches de delante negociaban un complicado cruce de semáforos y rotondas. Era en momentos como ese cuando deseaba estar en un coche de policía para poder encender las luces y abrirse paso entre el tráfico, aunque fuera a un ritmo apenas un poco más rápido de lo normal. Pero con cómo se sentía, con la mente tan ocupada, probablemente no era la mejor idea. Estaba distraído, era más propenso a cometer errores tontos y a perder la concentración. Sin ir más lejos, cuando el tráfico avanzó, levantó el pie del freno, pero no se dio cuenta de que el coche de delante se había detenido y casi se estrella contra su parte trasera.

Pisó el freno a fondo y el coche dio una sacudida hacia delante.

Kasia, de forma bastante aparatosa, dio un manotazo en el salpicadero mientras se agarraba al cinturón de seguridad con la

otra mano.

—Papá —preguntó ella, preocupada—. ¿Estás prestando atención?

Él parpadeó y el mundo volvió a enfocarse. Sus ojos se posaron en una solitaria gota de lluvia instantes antes de que desapareciera tras la guadaña de los limpiaparabrisas.

—Te estoy escuchando —dijo él sin mucha convicción.

—¿Qué acabo de decir?

Joder. Sus opciones eran limitadas: o había estado hablando del instituto o de algo relacionado con la cultura pop. Fuera como fuese, no tenía ni idea.

—¿Que alguien se ha casado con alguien y ahora van a escribir una canción sobre ello?

—No, papá. —Soltó un bufido—. Sabía que no me estabas escuchando.

—Lo siento, Kash. ¿Qué decías?

—Nada. Ya da igual.

—Venga, va. Ahora te escucho. De verdad. Te lo prometo.

Se volvió hacia ella, pero Kasia desvió rápidamente la mirada hacia la ventanilla, evitando sus ojos.

—Me interesa, de verdad. Y siento no haberte escuchado. Estaba concentrado en el tráfico.

No se lo tragó. Pero la historia le quemaba tanto en los labios que quería soltarla.

—Estaba hablando de una pareja que estaba en un concierto de Bad Bunny, y los grabaron con una cámara, y resulta que tenían una aventura. Todo internet está que arde con el tema.

—*Bad… Bunny…* —repitió Tomek, incrédulo—. ¿De verdad alguien se llama así?

Suspiró tan fuerte que pareció un gruñido. —¿*Eso* es lo que has sacado de lo que acabo de decir? Uf. En serio, no vuelvo a contarte nada.

—No te pongas así.

—Primero no me escuchas y luego intentas hacerte el gracioso y el listo hablando de algo que no tiene nada que ver. ¿Por qué tienes que ser tan complicado a veces?

Pasó la mano de un lado a otro por el volante. —Me temo que así soy yo, qué le vamos a hacer. Pero sí que te *estaba* escuchando.

En la radio, el presentador informó de que un par de famosos iban a promocionar su nueva película después de una canción de Bad Bunny.

—Ahí está —dijo Tomek—. A ver si lo conozco.

Lo que sonó a continuación fue una canción de reguetón que no había oído en su vida, y dudaba que volviera a escuchar jamás. Mientras sonaba, fue consciente de la presencia de Kasia y decidió no provocarla más canturreando mal o tarareando fuera de tono. Ya la había cabreado por no escucharla; lo último que quería era sacarla aún más de quicio.

—Interesante —dijo—. No está mal. No está nada mal.

Kasia no respondió. El tráfico se aligeró un poco cuando varios coches de delante dieron la vuelta y volvieron por donde habían venido, con la esperanza de encontrar una ruta más fácil o más corta que los llevara más rápido a su destino.

«O no», como Tomek solía descubrir que ocurría cada vez que él había intentado algo parecido.

Tras unos instantes de silencio, Tomek se encontró de nuevo ausente, con sus pensamientos volviendo a la preocupación que lo había distraído en primer lugar. Era el día. El día de la decisión. Quizá el día más importante en la vida de su familia, solo superado por el día en que Michał había muerto y el día en que Nathan había recibido su sentencia de prisión.

Porque ese era el día en que Tomek se enteraría del veredicto de la vista para la libertad condicional de Nathan.

Era el momento que llevaba semanas esperando. El momento que había estado temiendo, por el que había perdido el sueño. El momento que lo había mantenido despierto toda la noche, revisando constantemente el móvil, los mensajes y actualizando el correo electrónico.

Como parte del proceso oficial, se suponía que Tomek no debía saber el resultado. Si Nathan Burrows salía de la cárcel, se le daría una nueva identidad, un nuevo hogar y, en esencia, una nueva vida. Solo un puñado de personas sabrían quién era y dónde estaba; y

desde luego, Tomek no sería una de ellas. Pero con los años, después de trabajar con algunos individuos cuestionables en la policía y en el servicio penitenciario, Tomek tenía algunos amigos y aliados que le habían ofrecido ayuda. El más importante de ellos era Brent Clements, un hombre con el que Tomek había congeniado rápidamente. Brent trabajaba en la prisión de Wakefield y trataba con Burrows a diario.

Se suponía que Brent debía llamar, enviar un mensaje —incluso mandar una paloma mensajera— esa mañana para notificarle el resultado a Tomek, pero hasta ahora no había llegado nada. Como consecuencia, su mente había entrado en una espiral de paranoia descontrolada. Temiéndose lo peor, estaba llegando a la conclusión de que Nathan Burrows iba a ser un hombre libre. Que, por primera vez en más de treinta años, Nathan pisaría un terreno que no fuera propiedad de Su Majestad el Rey.

Se le hizo un nudo en el estómago y sintió que se le aflojaban ligeramente las tripas.

Los siguientes veinte minutos pasaron en una nebulosa, una confusa y nauseabunda bruma de silencio, tráfico intermitente, lluvia torrencial y la vaga conciencia de que se movía con el piloto automático, tomando los desvíos correctos y deteniéndose en el lugar adecuado frente al colegio.

—Que tengas un buen día —dijo con aire ausente.

Kasia ya estaba a medio salir del coche. —Gracias.

Se echó la mochila al hombro. Justo cuando iba a cerrar la puerta, la llamó.

—Oye —dijo, inclinándose—. Lo siento. Es que… me pasa una cosa.

Aflojó el agarre de la mochila y la puerta. La lluvia le golpeaba la cara, oscureciendo rápidamente su uniforme y apelmazándole el pelo contra la frente. —¿Está todo bien?

—No lo sé. Pero no es nada por lo que debas preocuparte.

—¿Es por el abuelo?

—No.

—¿Eres tú? ¿Te estás muriendo?

Tomek soltó una risita. —Potencialmente. Quizá. No lo sé. Pero no se trata de eso. Mira, no te preocupes…

—¿Y cómo quieres que no me preocupe? ¡Ahora es en lo único que voy a pensar!

Muy bien, Tomek. Chapó.

—Escucha —dijo de nuevo—. Te prometo que, sea lo que sea, todo saldrá bien. ¿Confías en mí?

Ella sonrió con un toque de picardía infantil en su expresión. —No, pero por esta vez lo haré. Si tú me lo pides.

—Te lo pido. Venga, sal ya, ¡que se está empapando el coche por dentro!

La expresión de Kasia se tornó ofendida. Dio un portazo y corrió por la acera, sujetándose la mochila sobre la cabeza para protegerse el pelo de la lluvia. Tomek la vio marchar, con el cuerpo invadido por una sensación de afecto. Cuando puso el intermitente para incorporarse al tráfico, su móvil sonó en el portavasos, vibrando con furia contra el plástico. Pisó el freno en seco y, con la prisa, se le caló el coche. Pero no le importó. Cogió el teléfono bruscamente, casi se le cae y se lo llevó a la oreja sin mirar el identificador de llamada.

—¿Brent? ¿Cuál es el veredicto?

—¿Brent? ¿Quién es Brent?

La tensión de los hombros de Tomek se disipó en cuanto reconoció la voz del sargento Sean Campbell.

—Nadie —respondió Tomek con un suspiro.

—Pues no ha sonado a «nadie». ¿Tienes un nuevo mejor amigo?

—Qué gracioso —murmuró Tomek, poniendo el coche en punto muerto y volviendo a arrancar el motor—. ¿Qué quieres, Sean?

—Buenos días a ti también, solete.

—¿Qué pasa?

—Un par de cosas —dijo Sean—. Primero, ¿puedes decirle a Kasia que recoja sus pelos de la ducha cuando termine, por favor? Es asqueroso. He tenido que quitarlos diez veces en las últimas cinco semanas.

Cinco semanas. Joder, ¿ya hacía tanto tiempo que Sean vivía con ellos? Cómo había pasado el tiempo.

—Se lo puedes decir esta tarde cuando vuelva del instituto.

—A ti te hace caso. Suena raro si lo digo yo. No soy su padre, como le gusta recordarme, lo cual, por cierto, es lo más humillante que un hombre adulto puede oír cuando está hasta los tobillos de los pelotones de pelo de otra persona.

—Echa lejía por el desagüe y listo.

—La lejía no funciona con el pelo de adolescente. Es como el kevlar.

Tomek suspiró, puso el intermitente y se incorporó a la corriente de tráfico. —¿Cuál era el otro motivo de la llamada, Sean?

—Tenemos una situación. —El tono de Sean, junto con las bromas, decayó—. Unos chavales creen que han encontrado restos humanos en las marismas de Pitsea.

Tomek se frotó los ojos con la palma de la mano. —Vale.

—Y el Cabronazo de Nick ha solicitado tu presencia.

—¿Por qué yo?

—No sé. Algo sobre que eres un vago de mierda y que parece que vas por ahí sin hacer nada con un pulgar metido en el culo.

—Capullo.

—No, el *pulgar*… —Sean volvió a reír—. También tengo órdenes estrictas de decirte que te traigas el tubo de buceo y un par de botas de agua.

Tomek esbozó una sonrisa burlona mientras se incorporaba a la carretera y ponía rumbo a Pitsea. —¿Seguro que no las vas a necesitar tú para la ducha esta mañana?

CAPÍTULO
CUATRO

Nick no había bromeado, de verdad que necesitaba sus botas de agua... y un chubasquero mejor.

La lluvia se había vuelto horizontal y ahora golpeaba con fuerza, como si fueran balas de hielo que le acribillaban los dedos entumecidos. Tomek se subió la capucha, pero de poco sirvió para evitar que la lluvia le azotara la cara. Al acercarse a la cinta azul y blanca del cordón exterior, que ondeaba con el viento, la tierra mojada se tragó sus zapatos.

Preferiría mil veces estar metiendo las manos en un desagüe que de pie bajo el aguacero. Aun así, podría haber sido peor. Al menos no le había tocado el desdichado trabajo del pobre diablo que estaba de guardia junto al cordón, registrando las entradas y salidas de la escena del crimen y asegurándose de que la zona circundante permaneciera intacta. La gorra de plato del agente estaba salpicada de gotas, el agua de lluvia le corría por el borde en riachuelos y su chubasquero de cuello alto le hacía parecer más corpulento de lo que era, con los hombros encogidos para protegerse del temporal.

Más allá de él, apostado en la cuneta cubierta de hierba, el equipo de la policía científica se movía con una precisión frenética, con los monos blancos manchados de regueros del fango negro de la marisma. Se agachaban, y los flashes de las cámaras destellaban en la penumbra, mientras tiraban de las bolsas de pruebas con los dedos húmedos enfundados en guantes de látex. Cada pisada chapoteaba y sorbía, dejando tras de sí profundas huellas anegadas

que empezaban a llenarse al instante. Un agente gritó algo, con la voz ahogada por la mascarilla, pero el viento se llevó sus palabras antes de que llegaran a oídos de Tomek. Otro señaló bruscamente hacia la marea, que ya empezaba a lamer la orilla en su dirección, acercándose cada vez más.

El tiempo corría en su contra.

Lo que le recordó que hacía un rato que no miraba el móvil.

Tomek volvió a sacar el aparato del bolsillo y activó la pantalla con el pulgar. Seguía sin haber nada. Ni una llamada, ni un mensaje. Tampoco era de extrañar: la cobertura allí era pésima y la última raya de la señal luchaba por sobrevivir. Guardó el móvil de nuevo en su empapado abrigo con una mueca, medio tentado de volver a mirarlo de inmediato.

El agente que estaba junto al cordón se enderezó cuando Tomek se acercó, aunque el movimiento fue rígido, más como consecuencia del frío que por cualquier asomo de alerta.

Tomek se detuvo justo antes de la cinta que se agitaba y levantó la barbilla para que se le oyera por encima del viento.

—¿Dónde está el responsable de la escena del crimen?

El agente señaló a una de las figuras vestidas de blanco que estaban junto a la barca. Veía que parte del equipo de la científica había sopesado la idea de montar una carpa sobre los huesos para protegerlos en la medida de lo posible, pero la habían descartado rápidamente.

—Están intentando catalogar lo que pueden antes de que se lo trague el agua —añadió el agente.

Tomek echó un vistazo a las dificultades que habían pasado para llegar a esa zona y decidió que aquello no era para él. Podía esperar en un terreno más elevado, lejos del fango.

—¿Dónde están las personas que han encontrado los huesos? —preguntó—. Creo que iré a hablar con ellas.

Tomek siguió el dedo del agente hasta un coche patrulla que estaba a unos cien metros de distancia, aparcado en la cuneta con las luces

puestas. De pie fuera, encogiéndose contra el viento, había otro agente uniformado que se llevaba un teléfono a la oreja. Dentro, dos figuras se acurrucaban en el asiento trasero; sus siluetas menudas se veían borrosas a través de las ventanillas empañadas. Abrió la puerta del copiloto y entró. En el asiento del conductor había una agente de policía uniformada. En la parte de atrás, dos chicos adolescentes, empapados por la lluvia y cubiertos de barro. Tenían los ojos y las mejillas enrojecidos más por las lágrimas que por el viento gélido que les había azotado la piel hasta rendirla. Los chicos se encogieron instintivamente, no por miedo a él, sino por la incertidumbre general de la situación. Una botella medio bebida de Ribena rodó por el asiento entre ellos.

—¿Qué tal, chavales? —preguntó Tomek, dedicándoles la clase de sonrisa que reservaba para Kasia cuando tenía una pesadilla—. Me llamo Tomek. Soy detective de la policía. Parece que habéis tenido una buena aventura.

Ambos chicos se le quedaron mirando como si fuera un extraterrestre.

—¿Cómo os llamáis?

—Jimmy.

—Danny.

—Bueno, encantado de conoceros. —Estudió sus equipaciones de fútbol. Uno llevaba la del Arsenal, mientras que el otro iba vestido con la camiseta del Tottenham.

—Me sorprende que seáis amigos —dijo, señalando los escudos de sus pechos—. Yo me aseguré de ser amigo solo de otros *Hammers*.

—¿Eres del West Ham? —preguntó Jimmy, animándose un poco.

—El mejor equipo del mundo.

—Si les dan palizas allá donde van —añadió Jimmy—. Buena suerte en la lucha por el descenso este año.

—Como juguéis igual que la temporada pasada, os veremos ahí abajo con nosotros —replicó Tomek en tono desenfadado, refiriéndose a la pésima temporada del Tottenham, en la que habían terminado justo por encima del descenso para asegurarse la permanencia en la Premier League un año más.

Miró a los dos chicos. El ambiente en el coche había cambiado, volviéndose más tranquilo y relajado. Se giró en el asiento para adoptar una postura más incómoda y preguntó:

—Seguro que ya le habéis contado a esta agente lo que ha pasado, pero ¿os importaría volver a contármelo a mí?

Los chicos se miraron como si compartieran un mismo pensamiento y luego volvieron a mirarlo a él. Durante un largo momento, ninguno dijo nada, ambos esperando a que el otro empezara. Al final, fue Jimmy quien habló.

—No queríamos —dijo—. Ha sido un accidente. Estábamos jugando al fútbol y el balón se nos ha metido en el fango, así que hemos ido a cogerlo y luego nos hemos subido a la barca, aunque sabíamos que no debíamos, pero había mucho barro y queríamos salir de ahí, y luego hemos estado andando por la barca porque teníamos curiosidad y queríamos saber qué había dentro, y entonces ha sido cuando nos hemos asomado por el borde y hemos visto los huesos saliendo del fango.

Tomek le dio a Jimmy un momento para que recuperara el aliento antes de responder. Si hablaba tan rápido y sin pausas, no quería ni imaginarse cómo serían las redacciones de su colegio.

—¿Qué hacíais ahí fuera a estas horas de la mañana? ¿No deberíais estar en clase?

Ambos chicos bajaron la cabeza, evitando la mirada de Tomek, y se pusieron a juguetear con los dedos en el regazo.

—¿Vuestros padres saben que no habéis ido?

—Ya han sido notificados —respondió la agente.

—Muy bien. —Tomek volvió a centrar su atención en los chicos, que por fin habían levantado la vista para mirarlo a los ojos—. Esta pregunta es importante y necesito que seáis muy sinceros conmigo, ¿vale? Cuando estabais ahí fuera, ¿alguno de vosotros tocó los huesos?

Los chicos negaron enérgicamente con la cabeza, con los ojos muy abiertos.

Entonces, Danny habló:

—¿Nos van a detener?

—¿Qué?

—No nos van a detener, ¿verdad?

Antes de que Tomek pudiera responder, Danny rompió a llorar desconsoladamente. Justo cuando abría la boca para replicar, un grito resonó fuera del coche, arrastrado por el viento. Tomek se giró y vio a una mujer que se acercaba a toda prisa. Le abrió la puerta, pero ella lo ignoró y fue directa hacia Danny en el asiento trasero.

—¡Oh, Danny! ¿Estás bien?

La mujer abrazó a su hijo, apretándolo con fuerza contra su pecho mientras la lluvia caía dentro del coche.

—Usted debe de ser la madre de Danny, supongo —dijo Tomek.

—¿Qué le ha estado diciendo? ¿Por qué llora?

Tomek levantó las manos en señal de rendición. —Solo hablábamos de fútbol —dijo—. Y los chicos me estaban contando lo que ha pasado. No se preocupe, no les va a pasar nada. —Miró a Danny—. Jimmy y tú vais a estar bien. Puede que estéis un poco conmocionados durante un tiempo, pero no os van a detener. —Se agachó y se asomó al coche—. ¿Qué os parece si hablo con vuestro colegio para que os den libre el resto de la semana?

Los chicos asintieron, sus rostros asimilando gradualmente lo que habían visto. Tomek se compadecía enormemente de ellos. Él había sido un par de años más joven que ellos cuando se topó con el cuerpo brutalmente profanado de su hermano Michał, y aunque encontrar unos huesos que llevaban allí años no era lo mismo que llegar unos instantes demasiado tarde para salvar a tu hermano de una muerte salvaje y brutal, Tomek sabía que los chicos podrían tener pesadillas durante semanas, meses e incluso años.

CAPÍTULO
CINCO

Para cuando Tomek volvió a comisaría, había consultado el móvil al menos dos docenas de veces, pero seguía sin noticias de Brent. Se planteó llamarlo para que lo pusiera al día, pero sabía que, cuanta menos comunicación hubiera entre ellos, mejor. Brent se estaba jugando la profesión y su carrera por filtrarle esa información a Tomek, y cuanto más pudiera hacer para no ponerlo en peligro, mejor. Al entrar en la oficina, Tomek se quitó el abrigo de una sacudida y se pasó las manos por el pelo, salpicando la moqueta con las gotas de agua.

—Pareces un perro mojado, sargento —dijo Chey desde el otro extremo de la sala, levantándose de detrás de su ordenador.

—Y tú pareces un perro todo el tiempo —replicó Tomek—, pero no me oyes quejarme.

—Uno de los perros más monos y achuchables que has visto en tu vida, ¿a que sí, Rachel?

La agente Hamilton alzó ligeramente la barbilla. —No me metas en esas fantasías enfermizas tuyas. Y ni se te ocurra pedirme que te diga que eres un buen chico.

Las risas recorrieron al equipo. Chey abrió la boca para responder, pero no le salieron las palabras.

—Sé lo que puedes hacer, Tomek —dijo la inspectora Victoria Orange desde el fondo, saliendo de su despacho—. Compórtate como un buen chico y prepáranos la sala de crisis.

Tomek se detuvo a medio giro, y su buen humor se evaporó rápidamente. Una cosa era que cualquier otro miembro del equipo se refiriera a él como un perro —no era más que una broma, pullas de buen rollo—, pero que Victoria se metiera en el ajo era distinto. Era como si le quitara la gracia a todo.

No dijo nada mientras le daba la espalda al equipo y preparaba la sala de interrogatorios: enderezó las sillas, despejó un espacio en una de las pizarras blancas y se aseguró de que los rotuladores tuvieran tinta suficiente. Unos minutos más tarde, cuando todos empezaron a entrar en la sala con tazas de café y portátiles en la mano, su humor había cambiado por completo.

—Ahora pareces un perro apaleado —comentó Chey—. ¡Perro malo!

—Cuidado con lo que dices, señor Pepper. Sigo siendo tu superior y puedo hacerte la vida muy difícil si quiero.

—Eso no será necesario, sargento —intervino Victoria, irrumpiendo en la sala de crisis como una profesora que llega tarde.

Tomek la ignoró, encontró un sitio en la mesa del centro de la sala y se recostó en la silla. Sentado frente a él estaba Oscar Perez, que le sonrió con compasión.

Siguieron unos instantes de silencio que se rompieron con la llegada del inspector jefe Nick Cleaves. El hombre, a punto de jubilarse, entró en la sala con la espalda recta y el pecho henchido. Las intensas luces del techo se reflejaban en su calva, lo que supuso un pequeño alivio para Tomek después de cómo lo había hecho sentir Victoria.

Nick se acomodó en una silla a la cabecera de la mesa y dejó sobre ella un maltrecho cuaderno de cuero y una taza de té humeante. Su expresión era neutra, pero sus ojos portaban el peso de la expectación mientras recorría la sala, observando al equipo uno por uno, antes de posarse finalmente en Tomek.

—Muy bien —empezó Nick—. ¿Qué tenemos?

Tomek se enderezó ligeramente. —Los forenses han recogido los restos y van de camino al laboratorio. La científica hizo lo que pudo en el tiempo que tenía, pero la marea subía deprisa. Tendrán que depender de las pruebas embolsadas para sacar algo útil.

Victoria se inclinó hacia delante, con el bolígrafo suspendido sobre su cuaderno. —¿Estado de los huesos?

—Antiguos —respondió Tomek, mirándola con frialdad—. No son recientes, desde luego. Aparte de eso, tendremos que esperar. Habrá que limpiarlos, examinarlos y posiblemente reconstruirlos antes de que podamos obtener muchos más detalles, pero parece que tienen el esqueleto completo y que estaba todo.

Victoria se pasó la lengua por la cara interior de la mejilla, sumida en sus pensamientos. —Quiero que la identidad de esos restos se descubra lo antes posible. Personas desaparecidas, registros dentales, todo lo que podamos usar.

—La datación por carbono llevará tiempo —replicó Tomek, más cortante de lo que pretendía—. No podemos sacarnos un nombre de la chistera de la noche a la mañana.

El silencio se prolongó un instante, con el ambiente cargado de tensión. Oscar alternó la mirada entre ellos y luego la bajó de nuevo a su bloc de notas. Chey se removió en su silla, con los labios apretados en un esfuerzo por no sonreír ante el intercambio de pullas.

Victoria ignoró el tono de Tomek. —Entonces empecemos por lo que podemos controlar. Personas desaparecidas en la zona, remontándonos hasta principios de los dos mil. Cotejadlas con la edad y la estatura de los huesos. Si encontramos una coincidencia, nos ahorraremos meses de espera.

Tomek se recostó en la silla, con la mandíbula apretada, sin decir nada. Volvió a mirar el móvil por debajo de la mesa, pero la pantalla en blanco le devolvió la mirada: ni mensajes, ni llamadas. Seguía sin noticias de Brent.

Y eso no hizo más que agriarle el humor.

CAPÍTULO
SEIS

Tomek siguió a Nick al despacho del inspector jefe, pero iba tan distraído con el móvil que no se dio cuenta de que la puerta se cerraba tras él y se dio de bruces contra ella, golpeándose la frente contra la madera maciza.

—¡Joder! —gritó, masajeándose el cráneo.

Nick abrió la puerta y se quedó allí plantado, con los brazos cruzados sobre el pecho, dedicándole a Tomek esa mirada de padre decepcionado que ya había recibido demasiadas veces.

—Eso te pasa por no mirar por dónde vas, capullo —dijo Nick, dándole la espalda a Tomek y sentándose detrás de su escritorio.

Mientras Tomek se dejaba caer en el asiento de enfrente, un dolor sordo empezó a palpitarle en la cabeza y resistió el impulso de seguir tocándosela.

—Supéralo, exagerado —continuó Nick—. Eres como uno de esos futbolistas que reciben una bofetadita en la cara y se pasan horas revolcándose por el suelo, comprobando si les sangra la nariz o si se les ha salido la sesera.

—¿Qué es eso de la sesera, inspector?

—Justo a eso me refería —replicó Nick con un suspiro.

—Podría haber triunfado como futbolista, ¿sabe?

—¿Ah, sí?

—Pero tuve que dejarlo porque decían que era demasiado guapo.

La carcajada que soltó Nick lo pilló por sorpresa, haciendo que Tomek tosiera y carraspeara en su mano.

—Seguro que por ahí se puede sacar una demanda —dijo al final, carraspeando varias veces—. Dependiendo de a quién se lo cuentes.

—A lo mejor podría jubilarme antes que usted.

La sonrisita de Nick desapareció más rápido que una guillotina. —No estamos aquí para hablar de mí. Estamos aquí para hablar de ti.

—Me lo imaginaba —replicó Tomek—. Si no, tendríamos esta conversación en mi despacho.

—No tienes despacho.

—*Exacto*.

La expresión de Nick se contrajo, confusa. Justo cuando iba a responder, Tomek sintió que el móvil le vibraba en el bolsillo del pecho. Lo sacó y echó un vistazo a la pantalla. Falsa alarma. Era una de esas vibraciones fantasma que había estado experimentando con más frecuencia últimamente, como si su subconsciente estuviera convencido de que sonaba cada treinta segundos.

—¿Te estoy aburriendo? —preguntó Nick.

Tomek se guardó el móvil.

—¿Problemas con Kasia?

Tomek negó con la cabeza.

—¿Me lo vas a contar o vamos a jugar a las veinte preguntas?

Dudó, sopesándolo. Su reunión con la junta de libertad condicional de Nathan Burrows había sido un secreto. Nadie —ni Kasia, ni sus padres, ni Sean— sabía nada. Y durante las últimas semanas, había estado cargando con el peso de esa decisión.

—Estoy esperando una llamada que confirmará si Nathan sale de la cárcel y es puesto en libertad entre la población general con una identidad y un lugar donde vivir completamente nuevos, o si se va a pudrir en la cárcel el resto de su vida, como se merece.

Directo. Sin rodeos. Se quitó un peso de encima.

—Eso es muy fuerte —dijo Nick finalmente. No había paños calientes en su voz, ningún intento de rehuir la gravedad de la situación. Tomek no esperaba menos—. ¿Por eso has estado tan borde con Victoria hace un momento?

Tomek se encogió de hombros. —Supongo que se podría decir que sí.

—Tengo tantas preguntas que no sé por dónde empezar. ¿De quién esperas la llamada?

—De un amigo.

Nick enarcó una ceja. —Tomek… si estás haciendo algo que no deberías, necesito saberlo.

—No, no es necesario, inspector. ¡La ignorancia es la felicidad!

—¿Tu amigo te va a decir dónde está Nathan y cuál será su nueva identidad?

Tomek lo dudaba. Ese tipo de información era un secreto celosamente guardado, lejos de las miradas indiscretas de gente como los funcionarios de prisiones.

—De cualquier manera, Nick. No importará. Si conozco a Nathan como creo que lo conozco, se pondrá en contacto conmigo sin importar *dónde* esté ni *quién* sea. Es como las almorranas: por mucho que lo intentes, siempre vuelve a aparecer.

Nick se cruzó de brazos, sumido en sus pensamientos. —Eso suponiendo que le den la libertad…

Tomek asintió con un gesto firme y lento.

—Parece que necesitas una distracción.

—Lo que parece es que necesito unas vacaciones. En algún sitio soleado. En algún sitio lo más lejos posible de aquí.

—Supongo que otro viajecito a Mersea está descartado, ¿no?

Tomek suspiró y luego soltó una risita. —Ese es mi plan de jubilación. Una bonita casita prefabricada junto al mar, azotada por el viento y la lluvia todos los días… ¿qué más podría desear un hombre?

—La mayoría de los hombres sueñan con sol, cócteles y mujeres que todavía les dediquen una segunda mirada —dijo Nick, con una voz seca como el papel de lija—. ¿Pero tú? Tú sueñas con quedarte en Essex. Creo que no tienes remedio. —Nick se inclinó hacia delante, apoyando los codos en el escritorio—. Mira, entiendo que todo este asunto de Nathan es muy importante para ti. Lo entiendo, de verdad, de verdad que sí. Pero ya no hay nada que puedas hacer. Te vas a volver loco esperando, y no puedo permitir que dejes que interfiera en tu trabajo. Aún tienes la responsabilidad de hacer lo que se te encomienda mientras estás aquí.

—Por supuesto, inspector —dijo Tomek, aunque su tono no era convincente. Lo que de verdad le apetecía era coger un coche, conducir hasta la prisión de Wakefield y hablar directamente con Brent… y quizás decirle a Nathan Burrows un par de verdades en persona. Se frotó el dolor de la frente, sin saber si era por el cabezazo o por la conversación—. ¿Qué sugiere, inspector? ¿Ganchillo? ¿Cestería? ¿Quizá apuntarme a uno de esos clubes de senderismo para mayores de cuarenta?

—Te sugiero que hagas un poco de trabajo policial —dijo Nick bruscamente—. Vete a ver a Lorna. Estoy seguro de que ya te tiene preparado el esqueleto del caso.

Tomek dejó escapar un suspiro sostenido y no dijo nada mientras se levantaba de la silla y se dirigía a la puerta. Nick se unió a él, dándole una palmada en la espalda. Se adelantó para abrir la puerta antes que Tomek y dijo: —Ten cuidado con las otras puertas que hay por ahí. Solo puedo sujetarte esta. Vivimos en un mundo peligroso.

Tomek se frotó la frente fingiendo dolor. —Me temo que no puedo prometerle nada.

Nick abrió la puerta. Ante ellos, la oficina bullía de actividad.

Cuando Tomek salió, Nick lo llamó. —Ah, y Tomek, yo pediría una segunda opinión para esas almorranas, si fuera tú. No deberían reaparecer con *tanta* frecuencia.

CAPÍTULO
SIETE

Menos de una hora después, Tomek encontró a Lorna Dean en la morgue, vestida con su uniforme completo, la cabeza inclinada sobre una mesa mientras inspeccionaba la pila de huesos descubiertos en el lugar del crimen. Un foco brillante le iluminaba el pelo rojo y lo hacía refulgir como si estuviera en llamas.

—¿Tienes el número de los bomberos? —preguntó Tomek en broma—. O, mientras tanto, ¿puedes decirme dónde está el extintor más cercano? —Levantó las manos para protegerse los ojos del resplandor.

—Vaya, mira lo que ha traído la tormenta —dijo Lorna, levantando la vista de la mesa de acero inoxidable—. Pensaba que estarías rescatando perros en la playa.

—Perros, gatos, humanos…, no discrimino. Aunque probablemente lo haría si se tratara de un murciélago.

Lorna apoyó las manos en el borde de la mesa de autopsias. —¿Y por qué narices ibas a tener que rescatar a un murciélago en la playa?

—No lo haría. Esa es la cuestión.

—Eres un tipo peculiar, Tomek —dijo Lorna, negando con la cabeza y sonriendo—. Pero he de reconocer una cosa: no eres nada aburrido.

—Eso es lo que mis exnovias solían decir de mí… justo antes de dejarme.

Ella bufó y le hizo un gesto para que se acercara. —Anda, ven. Basta de bromas. Echa un vistazo.

Tomek se colocó a su lado, bajo el débil zumbido de la luz fluorescente del techo. El esqueleto estaba dispuesto sobre la mesa de acero con el esmero de un puzle, cada pieza extraída con cuidado del barro y colocada en un orden aproximado. Los huesos largos yacían paralelos, frágiles pero casi enteros, con la superficie picada y oscurecida por los años en la marisma. Los fragmentos más pequeños —falanges, astillas de vértebras— estaban ordenados aparte, tan delicados que parecía que un soplo pudiera reducirlos a polvo. En la cabecera de la mesa, un cráneo completo descansaba sobre un soporte de espuma. Su mandíbula colgaba ligeramente abierta, con los dientes teñidos de marrón, como si se hubiera quedado paralizada en mitad de un grito. Las cuencas de los ojos eran cavernosas, huecos vacíos que parecían seguirlo sin importar dónde se pusiera. Una fina capa de cieno de la marisma aún se adhería a las hendiduras más profundas. Tomek tragó saliva al verlo, intentando imaginar a la persona que había detrás de esos huesos, la que una vez los había habitado.

—¿Chico o chica? —preguntó, con la voz más baja de lo que pretendía.

Lorna no respondió de inmediato. Se inclinó hacia delante, con los dedos enguantados suspendidos sobre la caja torácica, como si estuviera a punto de tocar una pieza al piano. —Complicado. La pelvis normalmente nos daría la respuesta más clara, pero esta está muy destrozada. La tierra y el agua han deformado los bordes y faltan trozos, ya sea por los años que llevan ahí o por la razón por la que acabaron allí. —Se enderezó y señaló el cráneo con la cabeza—. ¿Ves los arcos superciliares? Gruesos, pronunciados. Y la mandíbula es más cuadrada que redondeada. Eso se inclina más hacia un varón.

—¿Qué edad?

—Los huesos largos de aquí —dijo dando unos golpecitos en el fémur y la tibia—, todavía se están desarrollando. Las placas de crecimiento no se han fusionado del todo. Eso lo sitúa en la adolescencia. Como mucho, finales de la adolescencia.

Tomek entrecerró los ojos para ver las crestas que ella señalaba pero, en realidad, lo único que veía era hueso. Ella lo hacía sonar como si fuera un marinero que lee y entiende un mapa, mientras que para él era más como mirar un puzle al que le han mordisqueado la mitad de las piezas.

—Así que es solo un chico —dijo Tomek en voz baja.

—Sí. Entre catorce y dieciséis años, diría yo. Potencialmente más joven.

—¿Cuánto tiempo lleva ahí abajo? —preguntó Tomek.

Lorna frunció los labios, luego pellizcó un fragmento de costilla entre el pulgar y el índice, inclinándolo bajo la luz. La superficie reflejó un tenue brillo.

—Es difícil determinarlo *exactamente* sin hacer algunas pruebas —dijo—. ¿Pero la tinción? Es propia de una exposición prolongada al suelo de la marisma. ¿Y ves cómo han empezado a acumularse los depósitos minerales? Eso lleva años. Décadas, incluso. Ha estado ahí tirado mucho tiempo.

—¿Cuánto es mucho tiempo? —insistió Tomek.

Ella le lanzó una mirada de reojo, con el atisbo de una sonrisa asomando en su boca. —Mucho tiempo, Tomek. Probablemente más del que tardas en arreglarte el pelo por la mañana.

Él soltó una risita. —¿Si tuvieras que adivinar?

—Como mínimo veinte años. Potencialmente incluso treinta.

Tomek soltó el aire lentamente, tratando de hacer el cálculo mentalmente.

—Antes incluso de que esas orejas te crecieran del todo —bromeó ella—. Pero sí, mucho tiempo.

Él se inclinó para examinar la costilla que ella había señalado. —¿Has dicho que estaba muy destrozado? ¿Es normal por el tiempo que lleva ahí, o indica cómo acabó en el barro?

Lorna se acercó al cráneo del chico, con los dedos enguantados firmes. —Hay múltiples fracturas, múltiples signos de traumatismo. Y eso no es solo por el entorno, donde habría estado rodeado de barro y tierra antes de ser movido por la marea. Eso lo habría protegido, lo habría envuelto en una burbuja, en realidad. No, este tipo de cosas ocurrieron mientras estaba vivo, o justo en el momento de la

muerte. Un golpe, quizá varios. Mi mejor conjetura es que alguien lo golpeó lo suficientemente fuerte como para hundírselo. De eso no se sale. Y las costillas… mira el patrón. Comprimidas hacia dentro, no abiertas. Eso es fuerza aplicada directamente en el pecho. Fuerte, violenta, deliberada.

Un escalofrío recorrió a Tomek a pesar del aire cargado de la morgue. —Joder.

Le recordó el escenario del crimen de su hermano. Cómo le habían golpeado la cara repetidamente con ladrillos y le habían vertido ácido de batería en los ojos. Cómo habían profanado y destrozado su cuerpo hasta que la vida lo abandonó.

Tomek exhaló lentamente, con la mirada fija en los restos del chico. —Un adolescente… y así es como acaba.

—Mirándolo por el lado bueno —dijo Lorna, captando el cambio en el ambiente—, al menos no eres tú quien tiene que escribir un informe de treinta páginas sobre esto. Ese placer es mío.

—Yo no lo llamaría placer —murmuró Tomek.

—Entonces es una suerte que no te dediques a lo mío. —Le guiñó un ojo, ajustándose los guantes con un chasquido—. Vamos, Tomek. Ha estado esperando mucho tiempo a que alguien lo encontrara, aferrándose a sus secretos durante décadas, esperando a que alguien se los quitara y descubriera cuáles son. Parece que ese eres tú.

—Qué suerte la mía —dijo Tomek con sequedad.

Antes de que Lorna pudiera responder con otra ocurrencia, su teléfono vibró con fuerza en el bolsillo; esta vez no era una vibración fantasma, sino una de verdad. Lo sacó de un tirón, sintiendo que se le oprimía el pecho al ver el nombre que parpadeaba en la pantalla.

—Lo siento —murmuró, retrocediendo ya—. Tengo que cogerla.

Lorna frunció el ceño, pero le hizo un gesto para que se marchara, y volvió a girarse hacia el esqueleto. —No me tengas en ascuas. Yo me quedaré aquí, ligando con el muerto, pero ignora que es un adolescente, por favor. No quiero perder mi trabajo.

Tomek salió de la morgue por las puertas batientes hacia el pasillo y lo recorrió a grandes zancadas hasta que encontró un hueco en sombra junto a la salida de incendios.

Se pegó el teléfono a la oreja, conteniendo la respiración. —¿Brent?

Una pausa. Tomek comprobó el teléfono para asegurarse de que no se había cortado la llamada.

—¿Tomek? Tomek, ¿me oyes? —Brent hablaba en voz baja, como si estuviera escondido en algún sitio.

—Sí, sí, te oigo. ¿Qué pasa? ¿Qué tienes para mí?

Brent continuó en un susurro. —Siento no haber podido hablar contigo antes, tío. Ha sido una locura, y no puedo hablar mucho. Les he dicho que tardaba solo unos minutos.

—No pasa nada. ¿Qué es? ¿Qué le va a pasar?

Una pausa. Esta vez diferente. Esta vez cargada de una premonición que le hizo un nudo en el estómago a Tomek.

Luego: —Lo siento, Tomek. Debería habértelo dicho antes. Lo siento.

—Brent…

—Sale. A partir de mañana, Nathan Burrows será un hombre libre.

CAPÍTULO
OCHO

Los píxeles de la pantalla se habían desintegrado hasta no ser más que un espejismo en blanco y negro. A su alrededor, la oficina bullía con el ajetreo de una investigación policial en sus primeras fases. Sus compañeros se movían de un lado a otro, las preguntas y respuestas rebotaban por la sala y los teléfonos sonaban sin cesar. Sonaban y callaban. Callaban y sonaban. Interminable, implacable. Sin embargo, Tomek no oía ni veía nada de eso. Su cuerpo y su mente estaban en otra parte, en un plano diferente, completamente ajenos al caótico ambiente. Se sentía como en la escena de una película, mirando el ordenador con una expresión ausente y abobada mientras formas y borrones pasaban a toda velocidad en segundo plano y la cámara se acercaba lentamente a su cara.

Solo podía pensar en Nathan.

Nathan, Nathan, Nathan.

A partir de mañana, Nathan Burrows será un hombre libre.

La sola idea —la de ese hombre saliendo de la cárcel como un hombre libre— le daba ganas de vomitar. Justo después de terminar de destrozar todo lo que tenía a la vista. La única parte de su cuerpo que se movía era la pierna, que subía y bajaba con tanta fuerza, producto de la frustración, que chocaba con la parte inferior del escritorio, ignorando el dolor del afilado metal que se le clavaba en el músculo y la carne con cada impacto.

Agradecía el dolor.

Lo quería.

Se lo merecía.

—Sargento —dijo una voz lejana—, quería consultarte una cosa.

Él no respondió, siguió mirando la pantalla, ajeno a quién era o a lo que le decían. La mujer acercó una silla a su lado y colocó unos documentos sobre el escritorio. Le llegó un vago olor a perfume. Rachel, posiblemente. De hecho, lo más probable. Pero en ese momento, le daba igual.

—He estado leyendo el informe preliminar de Lorna y, mientras esperamos los resultados de la datación por carbono y del ADN, he pensado que sería buena idea… —Se interrumpió—. ¿Sargento? ¿Tomek?

Agitó una mano delante de su cara y lo trajo de vuelta al presente.

—Llamando a Tomek… ¿Estás ahí, sargento?

Frunciendo el ceño, le preguntó:

—¿Qué me preguntas?

—Iba a preguntarte si te parece buena idea que haga una búsqueda de desaparecidos desde principios de los noventa hasta hoy mientras esperamos a que lleguen los resultados de la datación por carbono y del posible ADN.

—¿Y por qué me lo preguntas a mí? Victoria está justo ahí…

Rachel ladeó la cabeza, confusa, y enarcó una ceja.

—Porque… —Se inclinó hacia él y bajó la voz—. Porque ha sido ella la que ha sugerido limitarlo a la década de los dos mil, y he pensado en pedirte tu opinión antes de hacer nada que la moleste. Ella y yo no siempre vemos las cosas de la misma manera. Además, eres mi superior directo, así que no quiero que pienses que te estoy ninguneando o pasándome de la raya.

Tomek volvió a centrar su atención en la pantalla.

—Estoy ocupado. Ve a molestar a otro.

Rachel siguió su mirada, se detuvo un instante y luego se volvió hacia él. Ahora le tocaba a ella fruncir el ceño. No dijo nada. Dejó escapar un profundo suspiro de descontento mientras se levantaba de la silla, escenificando su enfado al apartarla bruscamente y arrebatar los documentos.

Antes de que pudiera volver a pensar en Nathan, su breve momento de respiro se vio interrumpido por una imponente figura que se le acercaba.

—¿Qué tal, compi? —dijo Sean, dándole una palmada en el hombro a Tomek—. No es superimportante ni nada, pero me preguntaba si querías que comprara algo en la tienda para cenar esta noche. Kasia ha cocinado estos últimos días y me siento culpable por haberla dejado hacerlo todo este tiempo. —Se repantigó en la misma silla que había ocupado Rachel, como si estuviera en casa.

—¿Qué? —preguntó Tomek bruscamente.

—La cena de esta noche. Estaba pensando que podría preparar un buen estofado de ternera. O eso, o he oído que las pizzas frescas del Morrisons están de muerte. Podría coger un par de esas, unas salsas de ajo, y nos podríamos atiborrar de carbohidratos hasta reventar.

Tomek se le quedó mirando con cara de póker.

—Apañaoslas vosotros dos.

—¿Qué? ¿Qué se supone que significa eso?

Tomek se levantó de la silla de un salto, cogió sus cosas y se marchó hecho una furia.

—¿Adónde vas? ¿No te gusta la idea de mi estofado de ternera? ¡Puedo cambiarlo si quieres!

CAPÍTULO
NUEVE

El Fork and Spoon, uno de los lugares favoritos de Tomek para desconectar después de un duro día de trabajo, estaba sorprendentemente tranquilo para ser un martes por la noche, y así había estado las últimas horas que llevaba allí. Tomek se encorvaba sobre la barra, con los músculos de las piernas y el abdomen en tensión para mantenerse erguido mientras su mente luchaba contra un mareo cada vez mayor.

Se quedó mirando el vaso de pinta que tenía delante como si le estuviera hablando, igual que había hecho con las cuatro consumiciones anteriores. ¿O eran cinco? Había perdido la cuenta. Lo único que le impedía engañarse a sí mismo era Ian, el dueño.

—¿Te pongo otra? —preguntó Ian, limpiando la misma zona de la barra que llevaba dos minutos puliendo, con las mangas remangadas y dejando al descubierto unos antebrazos coriáceos y velludos, adornados con tatuajes desvaídos.

Tomek contempló la fina capa de cerveza que quedaba en el fondo del vaso, se la bebió de un trago y luego golpeó el vaso contra la barra.

—Llénala.

Ian recogió el vaso y abrió el grifo; la espuma subió rápidamente antes de que lo inclinara para reducir el chorro a un hilillo. La mirada de Tomek pasó por encima de él y se posó en el televisor atornillado en lo alto de la esquina, sobre la barra, donde ponían Sky Sports: cotilleos sobre fichajes, repeticiones de partidos y tertulianos que

señalaban gráficos como si el futuro de la civilización dependiera de a quién fichara el Liverpool en enero. El volumen estaba bajo, pero los subtítulos se deslizaban por la parte inferior de la pantalla, medio segundo por detrás de los labios de los presentadores. Era la temporada de fútbol navideña: partidos consecutivos, clubes que intentaban exprimir hasta la última gota de sus jugadores antes de que acabara el año, anuncios de supermercados que prometían el asado perfecto, familias reunidas en torno a mesas que no se parecían en nada a la vida real y algunos tertulianos que llevaban jerséis navideños mientras promocionaban las apuestas como si fueran algo sano que fomentar.

—Maldita Navidad —masculló Ian, señalando la tele con la cabeza mientras deslizaba la pinta recién servida hasta situarla bajo la nariz de Tomek—. Llevan con esos anuncios desde noviembre. Y como oiga un villancico más, tiro la tele por la ventana.

—Lástima que no puedas tirar la máquina expendedora por la ventana —replicó Tomek, bebiendo un trago largo de cerveza como si le fuera la vida en ello—. Habría pagado un buen dinero por verlo.

Tomek se refería a la máquina expendedora que le habían endosado a Ian como parte de uno de esos chollos para hacerse rico de la noche a la mañana que nunca se materializó. En lugar de eso, había dejado a Ian en un agujero financiero del tamaño de la propia máquina, que ocupaba un buen trozo del suelo.

—No me hables. Al que tiraría por la ventana es al tipo que me la vendió.

Tomek soltó una risita.

—Ahora sí que daría lo que fuera por ver *eso*. Tanto que te dejaría hacerlo dos veces antes de detenerte.

—Tres veces, y trato hecho.

El momento de ligereza no duró mucho antes de que Tomek se hundiera de nuevo en sus absorbentes pensamientos. Alargó la mano hacia la pinta, la levantó hasta la mitad y la volvió a dejar en la barra con un suspiro. Su mirada se desvió más allá del televisor, más allá de las botellas del estante trasero, hasta la ventana que daba a la calle principal de Leigh-on-Sea. El cristal estaba empañado en algunas zonas, veteado de condensación. Detrás, la oscuridad de

la noche se veía rota por el duro resplandor de las luces de Navidad que cruzaban la calle. Una lluvia fina había empezado a caer en algún momento después de su tercera pinta, pero se había convertido en un chaparrón. Los charcos de fuera reflejaban las farolas anaranjadas, ondulando cada vez que un coche pasaba zumbando. Afuera, la noche de mediados de diciembre parecía desoladora, fría y llena de fantasmas.

Y pronto, tendría un fantasma más caminando por sus calles.

Unos faros iluminaron el cristal empañado del pub. Algo apareció a la vista. Un coche. Blanco, con la carrocería reluciente bajo las farolas.

Un BMW blanco.

Tomek se quedó helado. Le dio un vuelco el estómago. El pulso se le aceleró, martilleándole el cuello. Por un momento, el aire del Fork and Spoon pareció enrarecerse. Conocía ese coche. O eso creía.

El BMW redujo la velocidad, con el intermitente parpadeando en ámbar, y se detuvo justo enfrente del pub. Los limpiaparabrisas se movían en arcos frenéticos, revelando la silueta borrosa de un hombre en el asiento del conductor. Calvo. De hombros anchos. El corazón de Tomek golpeó con fuerza contra sus costillas. Se le hizo un nudo en la garganta. El hombre del tatuaje de la lágrima. No podía ser, ¿verdad? El destello de tinta en el rabillo del ojo, la marca que le había perseguido desde su primer encuentro, desde que el hombre apareció por primera vez fuera de su casa.

Tomek agarró con fuerza el vaso de pinta, la condensación resbaladiza bajo la palma de su mano. Pero entonces el conductor abrió la puerta, salió a la lluvia y la realidad se impuso. No era él. Solo un tipo de mediana edad con una chaqueta negra que desapareció en el restaurante chino de dos puertas más abajo.

Tomek se desinfló, liberando toda la tensión. Se frotó la nuca y luego volvió a levantar la pinta, bebiendo a grandes tragos como si pudiera ahogar la adrenalina en buena cerveza.

Ian lo miró desde el otro extremo de la barra.

—¿Estás bien, colega?

Tomek asintió con demasiada rapidez.

—Sí. Bien.

El BMW seguía vacío al otro lado de la carretera, víctima de los elementos.

Su móvil vibró contra la madera de la barra, traqueteando. Bajó la vista hacia él. Sean. Otra vez. El contador de llamadas perdidas ya marcaba seis. Nick también lo había intentado, varias veces. Dejó que vibrara hasta silenciarse. Podía esperar. Todo podía esperar. En ese momento, no quería tener nada que ver con nada ni con nadie. No era frecuente que encontrara consuelo en el fondo de una botella, o de un vaso en este caso, pero ahora que llevaba tantas pintas encima y el mundo daba vueltas a su alrededor, comprendía por qué la gente lo hacía, por qué recurrían a evadirse. No arreglaba nada —por supuesto que no—, pero envolvía el dolor y las aristas afiladas. Cada trago prometía alivio, y una imagen atrofiada y ligeramente distorsionada en su mente de Nathan Burrows saliendo de la cárcel en pocas horas.

Tomó otro trago, sintiendo cómo le quemaba la garganta antes de asentarse cálidamente en su estómago. Por un momento, la opresión en su pecho se aflojó, solo una pizca.

Ian seguía observándolo, con la bayeta en la mano. Tomek no necesitaba mirarlo a los ojos para saber lo que vería allí: preocupación. El dueño nunca decía mucho, pero Tomek captaba las pequeñas vacilaciones: la ligera pausa antes de servir la siguiente pinta, la mirada de soslayo que se demoraba. Un hombre que había visto a otros sentarse en ese mismo taburete, noche tras noche, tratando de superar sus esfuerzos de la noche anterior.

—La última para mí —mintió Tomek con voz áspera. No estaba seguro de si Ian le creyó. Ni siquiera estaba seguro de creérselo él mismo.

La pinta pesaba en su mano, ya medio vacía. Su móvil volvió a vibrar. Otra llamada. Otra súplica. Le dio la vuelta, boca abajo contra la madera, silenciándolo sin responder.

Terminó a regañadientes lo que quedaba de su pinta, luego golpeó el vaso contra la barra y se bajó del taburete.

—Muy bien —se dijo a sí mismo—. Hora de dar la cara.

CAPÍTULO
DIEZ

Tomek entró en casa dando tumbos menos de media hora después, empapado y borracho. Había optado por lo más sensato y hecho a pie el trayecto de casi un kilómetro desde el pub, con la vana esperanza de que eso lo despejara milagrosamente. El camino se le había hecho largo y arduo y, a pesar de que las farolas lo guiaban, la oscuridad era sobrecogedora. Por momentos, se imaginaba corriendo a toda velocidad por las calles, saltando por encima de coches y brincando sobre los charcos, ansioso por llegar al parque donde Michał lo esperaba. Sin embargo, la parte más agotadora del trayecto fue el último cinco por ciento: subir las escaleras con calma y sensatez, fingiendo ser una persona normal y sobria que volvía a casa.

No funcionó.

Perdió la cuenta de las veces que se golpeó contra la pared o resbaló en los escalones. Para cuando cruzó el umbral, Sean y Kasia lo esperaban en el salón, con la preocupación grabada en el rostro.

—¿Papá? ¿Estás bien? —preguntó Kasia, corriendo hacia él y sujetándolo pasándole un brazo por la espalda. Antes de que él pudiera responder, ella dijo—: ¿Estás *borracho*? —La acusación en su tono era inconfundible.

—Nooo… —masculló, esforzándose al máximo por sonar sobrio—. Solo me he tomado una.

Kasia lo soltó de inmediato.

—¿Ahí es donde te has largado antes? —preguntó Sean, que sonaba más ofendido que disgustado—. Nick y yo llevamos un buen rato llamándote. Estábamos muy preocupados.

—No lo suficiente como para venir a buscarme —replicó Tomek.

—He mirado dónde estabas en la aplicación Buscar a mis amigos —añadió Kasia.

—¿Ah, sí? —preguntó Sean—. Deberías haber dicho algo. Habría dejado de preocuparme.

Tomek echó un vistazo al paño de cocina que Sean llevaba colgado del hombro y olfateó; el intenso olor a ternera impregnaba todo el piso. —Pero sí para hacer la cena —replicó.

—¿Por qué te estás portando como un gilipollas, tío? —preguntó Sean—. Solo intento asegurarme de que todos comamos. ¿Cuántas te has tomado?

Tomek levantó tres dedos.

Ninguno de los dos lo creyó.

—Si tú te has tomado tres, yo soy Denzel Washington —dijo Sean, negando con la cabeza mientras volvía a la cocina, dejando a Tomek a solas con Kasia.

Durante un largo rato, permanecieron de pie en el salón, estudiándose mutuamente. En ese momento, Tomek sintió una oleada de resentimiento hacia ella: por lo que representaba, por cómo la necesidad de protegerla lo angustiaba, por la amenaza que supondría la liberación de Nathan para ella, igual que para su familia. Si no los tuviera a ninguno de ellos, no tendría nada de qué preocuparse. Solo de sí mismo. Y él sí sabía protegerse. Pero ella era su hija, la enemiga pública número uno para Nathan, y estaba seguro de que sería la primera en la lista de ese hombre.

—¿Qué pasa, papá? —preguntó Kasia con sinceridad—. Esto no es propio de ti. Nunca habías hecho algo así.

—Un día estresante —dijo él, restándole importancia mientras se dejaba caer en el sofá.

La presencia de Sean era visible en el piso, pero había que reconocerle a su amigo que se aseguraba de que el lugar estuviera limpio y ordenado, manteniendo su ropa de cama, sus prendas y sus objetos personales confinados a una pequeña sección del salón cada

mañana después de despertarse. La mirada de Tomek se posó en un par de zapatos de Sean; uno se había separado del montón y afeaba el conjunto. En algún lugar de su interior, sus frustraciones comenzaron a bullir.

Sean regresó unos minutos después haciendo equilibrios con una bandeja sobre la que había tres cuencos humeantes. El intenso aroma a ternera, cebolla y verduras cocinadas a fuego lento llenó la habitación, abrumando sus sentidos y enmascarando el olor a alcohol de su ropa y su aliento. Se enderezó en el sofá, obligándose a parpadear para disipar la neblina de su cabeza.

—Come —le dijo Sean con firmeza, deslizando un cuenco hacia el sitio de Tomek en la mesa—. Si puedes levantar una pinta, puedes levantar una cuchara.

Tomek masculló algo entre dientes mientras se sentaba a la mesa y se llevaba una cucharada a la boca. El calor se extendió por su pecho, anclándolo en el momento y despejándolo más de lo que lo había hecho la caminata a casa. Comieron en silencio durante un rato; el único sonido en el piso era el raspar de los cubiertos. Tomek se concentró en masticar, saborear y tragar. Lentamente, la niebla en su cabeza comenzó a despejarse. Para cuando su cuenco estaba medio vacío, se sentía más normal; no sobrio, pero lo bastante estable como para mantener una conversación sin arrastrar las palabras.

—Cuéntale a tu padre lo que ha pasado hoy en el colegio. —Sean le dio un codazo a Kasia mientras se metía otra cucharada de estofado en la boca.

Kasia se animó de inmediato, su rostro se iluminó de una manera que Tomek no había visto en semanas. Dejó la cuchara y se enderezó en la silla, ansiosa por compartirlo.

—Pues… hoy, en matemáticas, ¿sabes? Ya sabes que siempre… —Hizo una pausa y le dedicó una sonrisa tímida a Sean—. Bueno, que no se me han dado bien últimamente y siempre acabo entrando en pánico y equivocándome en las respuestas. Pues hoy teníamos este problema, uno superdifícil, y todos los demás estaban atascados. Hasta la señorita Hendry pensó que tardaríamos un rato. Pero yo, sin más… no sé… vi la respuesta. Como que… me hizo clic.

Y lo he acertado. La primera de la clase. De hecho, ha parado la clase, me ha dado la enhorabuena y me ha pedido que se lo explicara a los demás. ¡Yo! Explicando mates a otra gente. Ha sido raro, pero… genial, la verdad.

La cuchara de Tomek se quedó a medio camino de su boca. La bajó lentamente, clavando la vista en su cuenco en lugar de en su hija. La sonrisa en el rostro de ella, la forma en que se inclinaba hacia Sean, ese *algo* entre ellos… todo lo pinchaba y lo aguijoneaba como un cuchillo. ¿Desde cuándo se habían vuelto tan cercanos, tan amigos, tan confiados el uno con el otro? ¿Por qué sentía que su mejor amigo lo estaba apartando de su propia hija?

—Me alegro por ti —dijo secamente.

La sonrisa de Kasia vaciló. Ladeó la cabeza. —¿Ah… y ya está?

—¿Qué más quieres que diga? —masculló Tomek, removiendo el estofado en su cuenco con la cuchara—. Es *una* pregunta en *una* clase. No te vayas a creer que eres un genio ahora.

Sean le lanzó una mirada fulminante. —Vamos, tío. Está orgullosa de sí misma. Déjala que lo esté.

—Yo también estoy orgulloso —espetó Tomek. Miró a Kasia y forzó una sonrisa—. Me alegro de que te haya ido bien. Enhorabuena.

Kasia se echó hacia atrás, cruzándose de brazos. Su brillo anterior se había desvanecido, reemplazado por la decepción. Pinchó la cuchara en su estofado y farfulló: —Para mí es importante.

El silencio volvió a caer sobre la mesa, esta vez más profundo. Sean carraspeó, claramente incómodo. Tomek levantó su cuenco y se metió otra cucharada en la boca solo para evitar hablar, pero el sabor se había vuelto amargo. Por el rabillo del ojo, vio a Sean poner una mano tranquilizadora en el hombro de Kasia y dedicarle una sonrisa cálida y consoladora.

Estaban estrechando lazos. Sin él.

Sean carraspeó de nuevo. —En fin… lo has hecho bien hoy. Eso es lo que importa. Da igual si es un problema o diez. Lo que importa es que estás empezando a creer en ti misma.

Kasia le dedicó una leve sonrisa. —Gracias.

Pasaron unos minutos más en silencio, con el único sonido del raspar de los cubiertos atravesando la tensión.

Hasta que Kasia volvió a hablar.

—¿Sabes qué más ha pasado hoy? —preguntó emocionada, como si hubiera olvidado el arrebato anterior o estuviera tratando de mejorar el ambiente—. Todas en el colegio han empezado a llevar esos bolsos de Longchamp. En serio, *todas*. Son tan bonitos… Tenía la esperanza de que, a lo mejor… ¿a lo mejor me podríais regalar uno por Navidad?

Sean soltó una risita, a punto de responder, pero Tomek levantó la cabeza de golpe.

—¿Qué? —siseó.

—Por Navidad… un regalo de Navidad.

—¿Tienes idea de lo que cuestan esas cosas? —la interrumpió, con el rostro contraído—. ¿Y quieres que suelte la pasta en un… símbolo de estatus carísimo solo porque las chicas del colegio los tienen? Por el amor de Dios, Kasia. Creía que eras más inteligente.

La habitación se quedó en silencio. Sean dejó la cuchara, tensando la mandíbula, pero no habló.

Las mejillas de Kasia se tiñeron de rojo y bajó la vista a su cuenco. —No quería decir… Era solo una idea. Olvídalo.

—Sí, bueno, pues considéralo olvidado —espetó Tomek, con una ira que ardía más de lo que podía controlar—. Si crees que la Navidad va de bolsos, tienes las prioridades totalmente equivocadas.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, venenosas y crudas. Se dio cuenta demasiado tarde de lo duro que había sido, pero para entonces, el daño ya estaba hecho. Empujó su silla hacia atrás, raspando ruidosamente contra el suelo.

—Perdonadme —dijo—. Me voy a la cama.

Sin decir una palabra más, se tambaleó por el pasillo hasta su dormitorio, dejando el cuenco medio vacío enfriándose sobre la mesa y a Kasia mirando el suyo en silencio, con el rostro encendido por una mezcla de asco, dolor y vergüenza.

CAPÍTULO
ONCE

Estoy corriendo, pero esta vez no corro bien. Voy dando tumbos. Las piernas me pesan en un momento y al siguiente flaquean. Un instante parecen de plomo y al otro, de gelatina.

Por primera vez en mi vida, tropiezo en el bordillo y caigo con fuerza sobre el hormigón, raspándome las manos y lastimándome el hombro.

Probablemente me lo merezco, si se tiene todo en cuenta.

Me levanto y sigo por la acera. Al pasar por la tienda de licores donde los chavales suelen estar fuera, veo un coche blanco que pasa como una exhalación. Definitivamente, no es un BMW —eso lo veo con claridad—, pero lo que me preocupa es la persona que conduce. El hombre del tatuaje de la lágrima me mira fijamente desde el asiento del conductor. Me detengo en seco cuando veo otra figura sentada a su lado.

Esta es más reconocible.

Sean.

Confraternizando con el enemigo. Me detengo, incrédulo, y observo cómo siguen por la carretera antes de girar a la derecha por la calle que bordea el otro lado del parque.

Michał. Van a por él.

Así que arranco de nuevo, esta vez con más fuerza, sintiendo que el vigor regresa a mis piernas. Corro hacia la entrada del parque, ignorando los faros que me ciegan y el agua que me salpica las piernas. Cuando irrumpo en el campo, casi me caigo al instante.

Aquello es un cenagal. Me arrastro por él, chapoteando, resbalando, maldiciendo en voz baja. La vista se me acostumbra y es entonces cuando lo veo.

Michał.

En el mismo sitio de siempre. Tumbado boca arriba en la hierba, cubierto de agua y sangre, con los brazos extendidos en ángulos imposibles, la camisa pegada al cuerpo, teñida de oscuro.

Entonces veo la figura que está de pie junto a él.

Nathan Burrows.

Sonriendo. Tranquilo. Orgulloso. Con los brazos caídos a los lados, los hombros relajados.

Y no está solo.

A su lado está Kasia.

Tiene la cara pálida, el pelo pegado a las sienes por la humedad. Su ropa está empapada. Y sus manos… Dios santo, sus manos. Rojas hasta las muñecas, goteando. La sangre de mi hermano embadurnándole los dedos, manchándole las uñas, marcándola como cómplice.

Me mira. Impasible. Vacía. Como si ya hubiera elegido su bando.

—¡Kasia! —grito, dando un traspié hacia delante, con la voz ronca y quebrada. El barro es más pesado ahora, más espeso, y me arrastra hasta ponerme de rodillas, como si el propio campo no quisiera que la alcanzara. Siento como si estuviera vadeando las marismas de Pitsea—. ¡Aléjate de él! ¡Ven aquí! ¡Ahora!

Pero ella no se mueve. Ni siquiera se inmuta.

Nathan se inclina hacia ella, le susurra algo que no alcanzo a oír y, sea lo que sea, hace que sus labios esbocen la más mínima sonrisa.

Vuelvo a gritar, esta vez más fuerte, tan fuerte que me desgarro algo en la garganta. Pero mi hija se queda ahí, en la penumbra, al lado del hombre que lo arruinó todo, mientras mi hermano yace muerto entre nosotros.

¿Qué hace ella ahí? ¿Es porque le grité? ¿O esto ha estado pasando desde el principio? ¿Se ha estado comunicando en secreto con Nathan todo este tiempo, usándome como un peón?

Me despierto antes de poder averiguarlo.

Cuando Tomek abrió los ojos inmediatamente después de la pesadilla, el mundo entero le daba vueltas y la cabeza le martilleaba como si hubiera estado en un ring de boxeo con un peso pesado que defendía su título. Su dormitorio estaba bañado en oscuridad, y cuando se giró para mirar el móvil, solo eran las 2:32 de la madrugada. El alcohol lo había dejado K.O. apenas unas horas. Sin embargo, algo lo había despertado. Algo activo en su cerebro. Los sensores del miedo, la reacción de lucha o huida convenciéndolo de que necesitaba despertarse. Normalmente, a esa hora de la mañana, la única razón por la que se despertaba era por su debilitada vejiga, pero esta vez no tuvo tal sensación.

Nathan. Esa era la única razón por la que estaba despierto. Solo podía ser eso.

Mientras Tomek se levantaba de la cama, gimió al sentir un dolor punzante en la cabeza, como olas rompiendo contra un dique. Se puso unos pantalones cortos de chándal y se arrastró por la alfombra. El piso estaba en un silencio sepulcral, salvo por el viento de diciembre que crujía entre las rendijas de las ventanas. El sonido de sus pies retumbaba en el pasillo. De camino al salón, se detuvo ante el dormitorio de Kasia. Hizo una pausa, escuchando.

Cuando oyó el sonido constante de su respiración al otro lado de la puerta, continuó hacia el salón. El aire estaba cargado del persistente olor a estofado de ternera. Se acercó a las cortinas, arrastrado por algo. Un instinto. Una advertencia. La calle brillaba por la lluvia, el resplandor anaranjado de las farolas la iluminaba entera. Los charcos se movían y ondulaban con cada ráfaga de viento. Tomek entrecerró los ojos y se acercó más al cristal, esperando ver el BMW blanco al ralentí junto al bordillo. O al hombre del tatuaje de la lágrima, de pie, solo en la oscuridad, observando.

Se inclinó, con la frente casi tocando el frío cristal.

Entonces notó un movimiento detrás de él.

—¿Tomek?

«¡Joder!». Tomek dio un respingo tan violento que se golpeó la rodilla contra el radiador que había debajo de la ventana. El corazón se le subió a la garganta. Se giró bruscamente y vio a Sean sentado de golpe en el sofá cama, con el edredón enredado en la parte inferior del cuerpo. Tenía los ojos entrecerrados, todavía intentando adaptarse a la oscuridad.

—¿Qué coño haces merodeando así? —susurró Sean con dureza, agarrándose el pecho—. Me has dado un susto de muerte.

Tomek respiraba agitadamente, luchando por recuperar el aliento. —Yo… no podía dormir —masculló, con una mano apoyada en el frío cristal para estabilizarse—. Creí haber visto algo fuera.

Sean parpadeó, intentando asimilarlo. —¿Son las dos y media de la puta madrugada. ¿Qué coño crees que vas a ver, a Papá Noel?

—No andas muy desencaminado —murmuró Tomek para sí, con la mirada perdida por la ventana—. Me va a traer un regalo, de un modo u otro. Y será mucho peor que el carbón.

Sean se sentó en el borde del sofá cama, cubriéndose las piernas con el edredón. —¿De qué coño hablas, tío? ¿Estás sonámbulo? ¿O todavía vas borracho?

Tomek negó con la cabeza y emprendió el camino de vuelta al dormitorio. —No es nada. Olvídalo.

Sean se levantó del sofá y se plantó delante de él, y su imponente presencia detuvo a Tomek. —No vas a ninguna parte. Me has despertado, así que ahora tienes que explicarte. ¿Qué demonios haces aquí a estas horas de la noche?

Tomek dudó antes de responder, evitando la mirada de Sean y respirando con dificultad. Llevaba semanas cargando con el peso, ocultándolo, esperando que se disolviera si simplemente lo ignoraba. Pero no lo había hecho. Solo se había vuelto más pesado. Exponencialmente, desde la revelación de Brent.

—Es por Nathan… —empezó—. Recibí una llamada diciendo que lo van a poner en libertad.

—¿En libertad? ¿Cuándo?

Tomek asintió. —Hoy.

La palabra dejó la habitación sin aire. Sean no tardó en comprender la gravedad de la situación. —¿Por eso fuiste al pub? ¿Y

todo ese lío con Kasia?

Otro asentimiento. Tomek mantuvo la cabeza gacha, con la mirada fija en la alfombra. —Y… y me puse celoso.

—¿Celoso de qué?

—De vosotros dos. En la cena, parecías tan amigable, tan colega, como si fuerais los mejores amigos intentando echarme.

—¿Sabes lo ridículo que suena eso? ¡Qué estupidez, pedazo de gilipollas!

Tomek bajó la mirada aún más. Un poco de mano dura y una patada en el culo para ponerlo en su sitio era exactamente lo que necesitaba en ese momento. —Me siento fatal.

La discusión anterior se repitió en su mente, y se dio cuenta de lo cabrón que había sido. Fuera de lugar. Totalmente fuera de lugar. En aquel momento, mientras la criticaba duramente por comportarse como una adolescente normal, había deshecho todo el progreso que habían logrado en el último año, todos los avances en su relación.

—Pues deberías —respondió Sean sin rodeos—. Te pasaste tres pueblos. La pobre chica se disgustó tanto que no dijo nada en toda la noche; se fue directa a su habitación. Pero también deberías haber dicho algo sobre lo que está pasando… al menos a mí.

Tomek no respondió. No tenía nada que decir.

—¿Cuánto hace?

—Un par de meses. Fui allí y le di mi opinión a la junta, pero la ignoraron y lo soltaron de todos modos.

Sean soltó un largo suspiro entre dientes. —¿Alguien más lo sabe?

—Nick. Pero solo sabe que estaba esperando la llamada.

—¿Es el único?

—Sí.

—¿Y Nick no sabe la decisión?

—No.

—¿Vas a decirle la verdad?

Tomek se encogió de hombros. —No lo sé. Yo… Pero no puedo ir a trabajar. Tengo que quedarme aquí.

—¿Por qué?

—Por si viene.

Sean dudó un momento, su mente cansada empezaba a reaccionar lentamente. —Va a tener una nueva identidad y todo eso, ¿no?

Tomek asintió.

Sean se masajeó la cabeza. —Esto no es lo ideal, ni mucho menos.

—A mí me lo vas a contar. Por eso tengo que quedarme en casa, proteger la casa, proteger a Kasia.

—Te das cuenta de que tendrás que decirle la verdad, ¿verdad?

Tomek se frotó la cara con fuerza, como si intentara arrancarse la decisión de la piel. —Eso es lo que me preocupa.

CAPÍTULO
DOCE

Kasia salió de su habitación, medio dormida, poco después de las siete, frotándose los ojos al abrir la puerta y entrar arrastrando los pies en el cuarto de baño. Tomek la esperaba en su dormitorio, mientras los sonidos de alguien orinando y de la cisterna rompían el silencio del piso. No había pegado ojo desde su conversación con Sean; se había pasado las primeras horas de la madrugada mirando al techo, y después, mirando el móvil, escribiendo un mensaje tras otro a Nathan para luego borrarlos. Durante un buen rato, se planteó llamar a Nathan, interrumpirle el sueño en una noche agradable el mismo día de su liberación, pero sabía que no serviría de nada. No se ganaría nada con una acción así, salvo, quizá, un fugaz momento de alivio y vindicación.

Unos minutos más tarde, Kasia salió del baño. Mientras cogía la toalla de baño que colgaba del dorso de la puerta de su dormitorio, él la llamó.

—Kash…

Ella soltó un gritito ahogado y se quedó helada en la oscuridad. Al darse cuenta de que le hablaba a ella, su expresión pasó de la sorpresa al asco.

—¿Qué? —preguntó, con la voz cargada de desdén.

—¿Podemos hablar un momento?

—Tengo que prepararme para ir al instituto.

En ese momento, Sean apareció detrás de ella, toalla en mano, y se coló en el baño.

—Pues no. Me toca a mí.

—¿Qué? Eso es romper la rutina. ¡Siempre voy yo primero, ya lo hablamos!

—Demasiado tarde. —Sean le dedicó una amplia sonrisa, aplacándola ligeramente—. Habla con tu padre. Te alegrarás de haberlo hecho. —Sean cerró la puerta y echó el cerrojo, dejándolos solos.

—Vamos —dijo Tomek, levantándose de la cama—. Vayamos al salón. No querrás acercarte a ese sitio después de que él haya estado dentro. Créeme.

A regañadientes, Kasia siguió a Tomek hasta el salón, donde él se sentó en un extremo del sofá. Se movía con la reticencia de una adolescente que detestaba que le dijeran lo que tenía que hacer. Tras un instante, se acomodó en el otro extremo del sofá, lo más lejos posible de él. Cuando lo hizo, él se inclinó hacia delante, apoyó los codos en las rodillas y exhaló profundamente. No se atrevía a mirarla a los ojos; ella, sin embargo, no tenía ningún problema. Sintió que el ceño fruncido de ella lo estaba acribillando.

—Lo siento —dijo—. Por lo de anoche. Fui… un gilipollas. Fui grosero, arrogante y me equivoqué. No debería haberte tratado así. Fue inaceptable, y espero que puedas perdonarme. Nunca debería haberte hablado de esa manera, y no volveré a hacerlo. Pero...

—Me hiciste mucho daño, Tomek.

Eso le dolió. *Tomek*. No «papá». Había vuelto a llamarlo por su nombre. Su comportamiento debía de haberle calado hondo.

—Lo estoy intentando —dijo—. Y necesito que me escuches, porque hay algo que tienes que saber, algo que también te afecta a ti.

—¿Es por el abuelo?

—¿Qué? No. Es... ¿Por qué dices eso?

—Por su accidente y la operación que tuvo la otra semana. ¿Está bien?

—Está bien. —Tomek supuso que sí, aunque no había hablado mucho con sus padres en las últimas semanas.

—¿Es la yaya?

Tomek negó con la cabeza.

—¿El tío Dawid? ¿Es el piso? ¿Vamos a perder la casa? ¿Es Sean? ¿Tiene que irse?

Tomek se acercó a ella por el sofá, alargando la mano. Estaba entrando en barrena. Después de todo por lo que había pasado en los últimos meses —haber sido atraída a una secta, casi morir de un choque anafiláctico a manos de un asesino en serie—, había desarrollado una tendencia a darle demasiadas vueltas a todo y a catastrofizar cada situación. Su ansiedad estaba por las nubes, aunque sus sesiones de terapia la estaban ayudando, lenta pero inexorablemente, a gestionar los momentos de gran intensidad y duda.

Tomek le puso una mano en el brazo, calmándola de inmediato.

—No es nada de eso —dijo—. Es Nathan.

—¿*Nathan*? ¿Y qué tiene que ver él conmigo?

—Va a salir de la cárcel.

Kasia parpadeó, con el gesto tenso, como si no lo hubiera oído bien. Luego ladeó ligeramente la cabeza, con el ceño fruncido por la confusión.

—¿Qué quieres decir con que *va a salir*? Creía que ya no iba a ser un problema. Dijiste que estaría en la cárcel durante años.

—Ya sé lo que dije —admitió Tomek—. Pero va a salir.

—¿Cuándo?

—Hoy.

El color desapareció de su rostro. Se le pusieron los hombros rígidos y las piernas se le tensaron, como si fuera a saltar del sofá. Instintivamente se abrazó las rodillas contra el pecho, como él imaginaba que solía hacer cuando era pequeña. Sus ojos recorrieron la habitación, deteniéndose en la ventana, en la puerta, en las sombras de los rincones, como si Nathan ya pudiera estar allí. Luego volvieron a clavarse en Tomek.

—¿Qué significa eso para nosotros?

—Significa que tenemos que tener cuidado —explicó—. Tenemos que permanecer alerta y vigilar a la gente que no conocemos. Si alguien se te acerca y te sientes insegura, quiero que grites y salgas corriendo. Saca el móvil y llámame. Si eso no funciona, tienes el

número de Sean. Y bueno, no he sabido nada de él desde que me enteré...

—¿Cuándo te enteraste?

—Ayer.

—¿Y me lo dices *ahora*? ¿Por qué no dijiste nada antes?

—Pensé que podría encargarme yo.

—No tengo ni idea de qué aspecto tiene. ¿Cómo voy a saber en quién puedo confiar y en quién no?

Tomek describió al hombre del tatuaje de la lágrima y el BMW, detallando sus rasgos y en qué debía fijarse.

—¿Y Nathan? ¿Qué hay de él?

Tomek describió vagamente los rasgos de Nathan lo mejor que pudo; hacía tiempo que no lo veía cara a cara. A Kasia se le aceleró la respiración. Se bajó las mangas de la sudadera hasta cubrirse las manos, tirando de ellas con fuerza, como si la fina tela pudiera protegerla.

—No sé qué hacer —susurró, con la voz quebrada, muy lejos del desafío que había mostrado apenas unos minutos antes—. ¿Y si nos encuentra? ¿Y si ya está fuera? ¿Y si viene al instituto…?

—Eh, eh. —Tomek se acercó más, rodeándola con un brazo. Al principio ella se resistió, rígida, pero luego se dejó caer contra él, hundiendo la cara en un lado de su pecho. Su cuerpo se sacudía con respiraciones entrecortadas.

—Tengo miedo, papá —murmuró—. No sé qué hacer.

Tomek le besó la coronilla, cerrando los ojos por un momento.

—No tienes por qué saberlo. Eso es cosa mía. Soy tu padre y me encargaré yo.

—Pero ¿y si él...?

—No. Escucha. —La abrazó más fuerte, hablando en voz baja, con calma y deliberación—. No irás al instituto los próximos días. Hablaré con los profesores y me aseguraré de que tengas deberes y cosas para mantenerte ocupada. Tú y yo vamos a estar juntos. No sé qué va a hacer Nathan, ni cuándo. No ha llamado. No ha enviado ningún mensaje. Nada. Así que, hasta que sepa más, no vamos a correr ningún riesgo. Permaneceremos juntos.

Sus ojos llorosos se alzaron hacia él, inquisitivos.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Kasia sorbió por la nariz y asintió, aunque su rostro estaba pálido y sus hombros aún tensos.

—Pero ¿y si... y si esto no acaba nunca?

—Entonces seguiremos luchando —dijo Tomek con firmeza. Le acarició el pelo, haciendo un esfuerzo para que su propio miedo no se filtrara en su tono—. Tú y yo, Kash. Siempre. Y vamos a estar bien. ¿Me oyes? Vamos a estar perfectamente.

CAPÍTULO
TRECE

Los días siguientes se confundieron en una neblina de silencio y paranoia profunda. Ni Tomek ni Kasia salieron del piso, mientras que Sean iba y venía del trabajo como si no pasara nada. Ambos tenían demasiado miedo de dejar al otro solo, ni siquiera por un instante, por si ocurría algo. En lugar de eso, se quedaron en casa: Kasia intentaba mantenerse ocupada con vídeos de YouTube, TikTok y algunos deberes que su tutora había tenido la amabilidad de proporcionarle, mientras que Tomek permanecía pegado a la televisión, con el móvil en la mano, tocando la pantalla cada pocos minutos para comprobar si tenía llamadas perdidas o mensajes de texto de números desconocidos. Las ventanas estaban cerradas, la puerta permanentemente con la llave echada —solo se abría para dejar entrar y salir a Sean— y las cortinas, corridas. Era el colmo de la paranoia y, sin embargo, resultó ser completamente inútil. Durante ese tiempo, no hubo mensajes, ni llamadas perdidas, ni siquiera un críptico correo electrónico en su bandeja de entrada; y eso que había revisado la carpeta de correo no deseado continuamente.

No había habido ni rastro de Nathan Burrows.

En varias ocasiones, Tomek llamó a su contacto, Brent, solo para escuchar de nuevo la confirmación. Solo para asegurarse de que no lo había oído mal o se lo había imaginado todo. —Sí —había confirmado Brent una y otra vez—. Se ha ido. Su sustituto ya ha llegado. No sé a dónde lo han trasladado. Ojalá tuviera más

información para ti. Quizá deberías considerarte afortunado; puede que no quiera saber nada de ti.

A Tomek aquello no le pareció probable. Nathan Burrows era un monstruo. No, estaba convencido de que Nathan estaba planeando algo, haciéndolo esperar, sometiéndolo a una guerra psicológica.

Por ahora, Nathan iba ganando.

Al cuarto día, las paredes del piso se le echaban encima, y la paciencia de Nick y del colegio empezaba a agotarse. Así que, a regañadientes, esa mañana, Tomek dejó a Kasia en el colegio —esta vez justo delante de la puerta principal— y la vio entrar en el edificio. No se marchó hasta que vio pasar a todos los coches y se cercioró de que el hombre del tatuaje de la lágrima no estaba por ninguna parte. Se sentía raro al estar fuera, al estar allí después de haberse encerrado en su propia cabeza. El parloteo de los escolares en la puerta, los autobuses que pasaban, incluso los semáforos..., todo parecía demasiado brillante, demasiado ruidoso. El mundo había seguido su curso mientras él y Kasia se habían mantenido escondidos.

Dentro de la comisaría no había cambiado nada. El mismo olor a café rancio, el mismo zumbido de los teléfonos sonando, el tecleo de los teclados y el murmullo de las conversaciones resonando por los pasillos. Sin embargo, para Tomek, cada sonido le retumbaba por dentro, como entrar en una habitación llena de extraños.

Apenas había cruzado el umbral de la oficina cuando empezaron los saludos.

—¡Tomek!

—¡Has vuelto de una pieza!

—¡Bienvenido de nuevo, pluriempleado!

Forzó una sonrisa mientras entraba con la cabeza gacha, esperando que, si se movía lo bastante rápido, nadie lo detuviera. No funcionó.

—¿Cómo te encuentras, sargento? —preguntó Chey, asomándose por encima del monitor de su ordenador—. Y lo más importante, ¿cómo se encuentra Kasia?

—¿Qué? —preguntó Tomek mientras se acomodaba en su asiento.

—Sean dijo que andabas con cagalera; por la que lo sentí fue por ella, por tener que compartir el baño con dos hombres.

Tomek miró rápidamente en dirección a la mesa del sargento; sin embargo, no estaba allí. Se le escapó una risita. Nada como un poco de humor y humildad para devolverlo a la realidad.

—Mucho mejor, gracias —respondió Tomek—. Aunque me sorprende que nadie más lo haya pillado. Tuvieron que ser las sobras de tu madre que trajiste el otro día.

—¡Eso fue la semana pasada!

—A lo mejor tuvo un efecto retardado.

—La última vez que te llevas algo.

—No digas esas tonterías, Chey. ¿No éramos mejores amigos?

Los ojos del agente se iluminaron. —Estaba de broma, sargento. Puedes quedarte todas las sobras que quieras.

Tomek le apuntó con el dedo a modo de pistola. —Así me gusta.

Por primera vez en las últimas setenta y dos horas —de hecho, por primera vez en semanas—, no había pensado en Nathan Burrows ni en su puesta en libertad. Había sido solo un breve instante, claro, pero demostraba que era posible, que tenía la capacidad mental para dedicar sus pensamientos a otras cosas que no fueran Nathan.

Se reclinó en la silla. —¿Y bien, qué me he perdido?

—¿Quieres decir que Sean no te ha mantenido al día? —preguntó Rachel mientras volvía a su asiento detrás de él.

—No. En casa no me habla. Nos sentamos en silencio sin más.

—Suena como el mejor plan del mundo. ¿No podemos hacer eso contigo todos los días?

Tomek levantó las manos en señal de rendición. —¿Qué es esto, el día de meterse con Tomek?

—Estabas *enfermo*. No es que te estuvieras *muriendo*. No vamos a dejar que te libres tan fácilmente —replicó Rachel—. Tú nos harías lo mismo.

No tenía nada que objetar a eso. Se habría metido con el equipo tanto como ellos se estaban metiendo con él, si no más. Estaba orgulloso de ellos.

—¿Alguien quiere ponerme al día de lo que ha pasado, o me paso las próximas horas leyendo todos vuestros informes?

—Parece que aprovecharías mejor el tiempo que escuchándonos divagar durante diez minutos —dijo Rachel, dedicándole una sonrisa de suficiencia.

—Como vuestro sargento, exijo que me digáis lo que me he perdido.

_¿La versión para tontos?

—Como si tuviera cinco años.

—Nada.

—¿Qué?

—Esa es la respuesta: nada. Seguimos esperando los resultados de la datación por carbono y del análisis de ADN. He recopilado una lista de personas desaparecidas que coinciden con los criterios que nos dio Lorna en su informe, pero no sirve de mucho si no sabemos a quién pertenecen los huesos. Hay más de trescientos expedientes de personas desaparecidas desde 1990 hasta hoy, y estás como una cabra si crees que hemos tenido tiempo de revisarlos todos en el par de días que has estado de baja.

—Eso lo puedo respetar —respondió él.

Pero sus pensamientos se desconectaron de nuevo. Miró su móvil y lo cogió, pensando que había visto llegar una notificación. Un mensaje de texto, quizá de Nathan o del hombre del tatuaje de la lágrima. Tal vez incluso de Brent. Pero no había nada. Justo cuando dejaba el aparato, la puerta del despacho de Nick se abrió en la esquina de la oficina. Se hizo el silencio.

—Ah, señor Bowen —empezó—. Veo que por fin ha decidido honrarnos con su presencia.

Girando en su silla, Tomek respondió: —Buenos días a usted también, señor.

—¿Me lo presta un momento?

—¿Ahora?

—Antes de que empiece a ponerse al día de todo, por favor.

Tomek agarró el móvil con fuerza y se levantó de la silla. Mientras se dirigía al despacho de Nick, captó una mirada burlona de Rachel que decía: «¡Uy, uy, uy, a alguien se le va a caer el pelo!».

Tomek siguió a Nick al despacho y se quedó junto a la puerta, como si estuviera listo para una salida rápida, cambiando el peso de un pie a otro. El inspector jefe, mientras tanto, se acomodó en la silla detrás de su escritorio.

—Siéntate —dijo Nick simplemente.

Tomek hizo lo que le dijo y se dejó caer en la silla de enfrente.

—Bueno…

—Bueno…

—Has estado de baja tres días —empezó Nick—. ¿Te encuentras mejor?

Tomek se puso la mano en el estómago. —Mucho mejor, gracias.

—Ahórrame la excusa del curry en mal estado, Tomek. Estás hablando conmigo. Puede que Sean sea lo bastante idiota como para cubrirte, pero yo no soy tan idiota como para creerle. Así que, desembucha. Dime, ¿dónde has estado estos últimos días?

Tomek se quedó mirando al suelo; el trozo de moqueta rozado por la pata del escritorio de Nick se volvió de repente fascinante. Quería marcarse un farol, mantener viva la mentira, pero el peso en su pecho le decía que era inútil. Allí no. No con Nick mirándolo de esa manera.

—Soltaron a Nathan de la cárcel el otro día.

Los ojos de Nick se abrieron como platos. —¿Que lo *soltaron*?

—Hace tres días. Recibí una llamada de mi contacto diciéndome que salía. Nueva identidad, nueva dirección, todo nuevo.

—¿Y te quedaste en casa por si aparecía?

Tomek asintió levemente. —No se le escapa una, ¿verdad, señor?

—Uno de los muchos dones con los que he sido bendecido.

—No quería dejar a Kasia sola. No podía arriesgarme. No podía arriesgarme a que apareciera cuando yo no estuviera. Sé que suena paranoico, pero…

—Hiciste lo que tenías que hacer —dijo Nick, con el pecho henchido—. Y… ¿lo has visto o has tenido noticias suyas desde que salió?

Tomek negó con la cabeza. —Nada. Cero. La raíz cuadrada de una puta mierda. Me he estado volviendo loco. No he dormido. Cada ruido fuera, cada coche que pasa… estoy esperando que sea él. Es

como si estuviera disfrutando de la espera. Como si quisiera que me volviera loco antes incluso de dar la cara.

Silencio de nuevo. Entonces Nick se inclinó hacia delante, con los codos sobre el escritorio y la voz firme y tranquila. —Muy bien. Esto es lo que vas a hacer. Primero, vas a dejar de lidiar con esto tú solo. Me cuentas estas cosas en el momento en que suceden. ¿Entendido?

Tomek tragó saliva. —Entendido.

—Segundo, moveré algunos hilos. Discretamente. Es poco probable que consiga algo, pero preguntaré por ahí, a ver si alguien sabe dónde puede estar, cuál es su nuevo nombre, cómo es su nueva identidad. Es un secreto muy bien guardado, así que no será fácil.

—Se lo agradezco, señor. De verdad.

Nick levantó un dedo, aplacando a Tomek. —Y tercero, haré que un coche se pasee por el piso a intervalos irregulares. Solo una pasada rápida en su ruta habitual. Nada evidente. Nada que llame demasiado la atención en la calle. Podría actuar como elemento disuasorio y mantenerlo alejado de vosotros.

—¿Haría eso?

Nick le lanzó una mirada inexpresiva. —Por supuesto que lo haría. Eres como un hijo para mí, Tomek. Nunca podría perdonarme si no hiciera nada. No tienes que librar estas batallas solo. Supongo que sabe dónde vives, ¿no?

Tomek asintió, y un escalofrío le recorrió el cuerpo al pensar que Nathan Burrows apareciera en la puerta de su casa, que su cara apareciera en las grabaciones de la cámara de seguridad.

—Entonces quizá deberíamos ver de colocar uno o dos coches frente a tu casa —dijo Nick.

—Señor… No tiene por qué hacer eso. Es demasiado.

—Eres uno de los nuestros. Te necesitamos trabajando, te necesitamos con la cabeza en lo que hay que tenerla y centrado en esto. Haremos todo lo posible para garantizar que tú y tu familia estéis a salvo.

A Tomek se le ocurrió una idea. —Mi familia —dijo—. Mis padres…

—¿Lo saben?

Tomek negó con la cabeza. Era una decisión que había sopesado varias veces, entre la televisión y sus breves incursiones a la ventana, pero no había llegado a ninguna conclusión.

—Entonces te dejaré eso a ti antes de que hagamos nada con ellos —dijo Nick.

—Entendido —dijo Tomek en voz baja.

Nick se reclinó de nuevo en la silla, asintiendo. —Bien. Ahora ve y dile a tu equipo que tuviste una intoxicación alimentaria. Yo me encargaré del resto.

Tomek se levantó de la silla, con el móvil fuertemente apretado en la mano. Sentía las piernas inestables, el pecho todavía oprimido por el miedo, pero ahora había algo más: una pizca de control. Un recordatorio de que no estaba solo en la lucha.

Se detuvo y se volvió hacia Nick al abrir la puerta. —Gracias, Nick —dijo—. Te lo agradezco de verdad.

CAPÍTULO
CATORCE

Aquella tarde, después de un día más bien tranquilo, Tomek se encontró sentado en una de las sillas más incómodas en las que se había sentado jamás. Los cojines eran demasiado duros y los altos reposabrazos lo aprisionaban como a un psicópata en una camisa de fuerza.

—¿Desde cuándo compras los muebles en un hospital? —preguntó.

—El último se rompió —respondió su terapeuta, Isobel Fox—. ¿No te gusta?

—Preferiría sentarme en el suelo. Sería mucho más cómodo.

Isobel señaló el espacio que había junto a su escritorio. —Adelante, sin problema.

Tomek examinó el sitio y luego negó con la cabeza. —Me apañaré.

—Todo un mártir —comentó Isobel mientras Tomek miraba hacia la ventana de cristal esmerilado de la puerta, donde Kasia estaba sentada en la sala de espera.

—¿Cómo le ha ido a *ella*? —preguntó Tomek.

—Bien. Muy bien, de hecho. Ha avanzado mucho desde el verano.

—No me puedo creer que ya hayan pasado casi seis meses —replicó Tomek, refiriéndose al verano infernal en que una secta la había reclutado y sus miembros casi la habían matado, hasta que él intervino y la rescató.

—Ha dicho que le va mejor en el instituto —continuó Isobel—. Lo está disfrutando mucho más. Ha hecho amigos nuevos, sobre todo en su clase de matemáticas.

—Quizá por eso está mejorando en esa asignatura —señaló Tomek—. Es la primera noticia que tengo. Habría estado bien que me lo contara.

—Por lo que parece, no has estado muy fino últimamente.

Tomek se detuvo y estudió a Isobel por un momento. —¿Qué se supone que significa eso?

—Me ha contado lo de vuestra discusión de la otra noche.

—¿Ah, sí?

—Estaba disgustada —dijo Isobel con delicadeza—. Se ha desahogado. Ha dicho que le gritaste.

Se removió en la silla, incómodo. —Me había tomado unas copas. Estaba cansado. Se me fue de las manos.

—¿Y por qué crees que pasó?

—Porque… —Tomek se interrumpió y se pasó una mano por la cara. Exhaló bruscamente y procedió a contarle la situación con Nathan y cómo había afectado a su sueño, a su apetito y a su salud mental.

Isobel escribía en su cuaderno mientras lo escuchaba. Cuando por fin terminó, sintió un vacío en el pecho, como si le hubiera entregado algo pesado y valioso de lo que no pretendía desprenderse. Ella dejó el bolígrafo, juntó las manos y lo estudió. —Es lógico que estés con los nervios a flor de piel. Cualquiera lo estaría, dado tu historial con Nathan. Pero vivir como lo has estado haciendo… no es sostenible, Tomek. No es seguro ni para ti ni para Kasia.

—¿Qué quieres que haga? ¿Fingir que no anda por ahí? ¿Fingir que no va a venir a por nosotros?

—No —replicó ella con calma—. Pero sí quiero que dejes de aislarte. Llevas los últimos días encerrado en ese piso con Kasia, alimentando tu miedo hasta que parece la única voz en la habitación.

Tomek apretó la mandíbula. —No puedo permitirme bajar la guardia.

—Estoy segura de que tienes gente a tu alrededor que puede ayudarte a recuperarla —lo interrumpió Isobel en voz baja—. Rodéate de amigos, de gente en la que confíes. Tienes compañeros que te respetan, vecinos, contactos. Y tienes a Kasia, que necesita ver que confías en el mundo lo suficiente como para dejarla vivir en él.

Él la miró, indeciso, mientras la lógica calaba en su mente a pesar de que sus instintos se resistían.

—Si Nathan quiere desestabilizarte, ganará más rápido si os mantenéis tú y Kasia encerrados, viviendo con miedo a una sombra. Pero si amplías el círculo, si dejas entrar a gente de confianza, le resultará más difícil aislarte. Los monstruos se nutren del silencio y la soledad, Tomek. No le des ninguna de las dos cosas.

CAPÍTULO
QUINCE

Tomek se aferraba al volante mientras conducía de vuelta a casa en la oscuridad. En ese momento, era lo único que lo mantenía a flote en medio de la marea de sus pensamientos. Apenas era consciente de lo que lo rodeaba, de lo que ocurría delante de él. Los coches, los faros, los peatones, los semáforos. Su mente funcionaba con el piloto automático.

El interior del coche estaba envuelto en un silencio que solo rompían el suave ronroneo del motor y el siseo ocasional de los neumáticos sobre el asfalto mojado. Kasia miraba por la ventanilla del copiloto, jugueteando distraídamente עם el móvil. Justo cuando pasaban por delante de un Morrisons, él por fin habló.

—Kasia —dijo en voz baja. Ella no lo miró, pero él insistió—. Lo siento. Por lo de la otra noche. Por los gritos, la bebida, por todo. No te lo merecías. Nunca te mereces algo así.

Su mirada se desvió ligeramente y captó el reflejo del rostro de él en la ventanilla.

—Es que… —hizo una pausa y tragó saliva con dificultad—. No dejo de darle vueltas en la cabeza, y lo siento. Nunca debería haberme comportado así.

Las palabras quedaron flotando entre ellos, frágiles y vacilantes. Kasia abrió la boca para responder…

Entonces, unos faros cruzaron de repente su carril. Un coche cambió de dirección de la nada y se metió justo delante de ellos. A Tomek se le subió el corazón a la garganta. Dio un pisotón al freno;

los neumáticos chirriaron mientras el coche se sacudía hacia delante y el grito ahogado de Kasia rasgaba el aire. Metal contra metal en un crujido espantoso cuando su parachoques golpeó la parte delantera del otro coche, lanzándolos a ambos hacia delante en sus asientos.

—¿Estás bien? —soltó Tomek, extendiendo el brazo para sujetarla.

Kasia asintió, con los ojos como platos, aferrada al cinturón de seguridad como si fuera su salvavidas.

La rabia y la adrenalina lo invadieron mientras echaba el freno de mano y abría la puerta de un tirón. El otro conductor ya estaba saliendo: un hombre de unos cuarenta años, nervioso, con las manos en alto en señal de disculpa.

—¿Qué coño haces? —le espetó Tomek—. ¿No has visto que veníamos? ¿A qué ha venido esa salida?

El hombre se pasó las manos por el pelo. —Lo siento. Me ha entrado el pánico.

La adrenalina recorría a Tomek mientras retrocedía para evaluar los daños. Eran mínimos. Una pequeña abolladura y un par de arañazos. Nada que justificara una visita al taller o un parte al seguro. Aun así, su pecho subía y bajaba como si acabaran de librarse por los pelos de una colisión múltiple.

El hombre continuó disculpándose, farfullando algo sobre haber calculado mal la distancia, un ángulo muerto y que los semáforos no habían cambiado a tiempo. Pero Tomek apenas lo oía; le zumbaban los oídos por el torrente sanguíneo. Volvió a mirar a Kasia, que seguía rígida en su asiento, con las manos todavía aferradas al cinturón de seguridad como si se preparara para otro impacto, con la mirada fija a través del parabrisas como si estuviera viendo otro mundo.

—No pasa nada —masculló Tomek entre dientes—. Estás bien. No pasa nada. Todo el mundo está bien.

Sacándose el móvil del bolsillo, encendió la linterna y se agachó para comprobar los bajos de ambos coches. No había fugas ni salía humo. Solo metal abollado y un poco de plástico roto. Y un ego herido para acompañarlo.

—Tendremos que intercambiar los datos del seguro —dijo Tomek, poniéndose de nuevo en pie. Su voz sonaba más calmada ahora, aunque todavía le temblaban las manos.

El hombre asintió rápidamente, buscando a tientas la cartera. Intercambiaron los datos bajo el resplandor de las farolas, mientras el tráfico pasaba con bocinazos impacientes y el grito ocasional de algún conductor. Tomek introdujo el número y los datos de contacto del hombre en su agenda.

—¿Llamamos a la policía? —preguntó el hombre, que se presentó como Jonny Evans.

—No hace falta —respondió Tomek—. Soy policía.

—¡Oh, Dios mío!

—No pasa nada —lo tranquilizó Tomek por decimoquinta vez—. Está arreglado. Ya está. Hemos intercambiado los datos. Ya me pondré en contacto si lo necesito.

Jonny Evans balbuceó algo ininteligible, moviendo los labios como si estuviera tiritando, ya fuera por la conmoción del incidente o por el frío que empezaba a calárseles a ambos.

Tomek despachó a Jonny y regresó al coche, donde encontró a Kasia todavía sentada, rígida, sin apartar la vista del parabrisas. Le puso una mano en la rodilla.

—¿Estás bien?

—Solo llévame a casa —respondió ella con un hilo de voz—. Por favor, solo llévame a casa.

CAPÍTULO
DIECISÉIS

Jonny Evans. Jonny Evans. Jonny Evans.

Tomek se había repetido el nombre de aquel hombre en la cabeza varias veces durante la noche, dándole vueltas a las imágenes del accidente mientras permanecía despierto en la cama, con la mirada fija en la delgada rendija de luz que se colaba por los bordes de las cortinas. En un instante estaba mirando a Kasia y, al siguiente, una intensa luz blanca le cegó la vista. Había sucedido muy deprisa, de la nada. Los acontecimientos de aquel incidente lo habían mantenido despierto toda la noche, obligándolo a reflexionar sobre todo. Sobre Kasia. Sobre lo agradecido que estaba de que estuviera a salvo. Sobre que no podía permitir que le pasara nada. Sobre que todo lo que hacía era por su bien, por su seguridad, por su protección.

Tenía que asegurarse de que siguiera protegida, de que nada pudiera pasarle, ni le pasaría, jamás.

Mientras Tomek apuraba su tercera taza de café de la mañana, poniéndose al día con los informes del equipo de los últimos días, Rachel se acercó a toda prisa, irradiando entusiasmo. Se sentó en el borde de su escritorio y le pasó la mano por delante de la cara para llamar su atención.

—Espabila, sargento —dijo ella.

—Estoy más despierto que el otro día. —Tomek giró en su silla para mirarla—. Parece que te acabas de tomar una bebida energética.

—Con la energía que tengo, no la necesito.

Cogió una hoja del escritorio y se la entregó. Tomek la miró sin comprender. El papel contenía una lista de información, pero, en su estado de agotamiento y falta de sueño, le pareció un batiburrillo de garabatos. Algunos podrían haber sido letras; otros, números —incluso podría haberle anunciado que le había tocado la lotería—, y no habría sido capaz de notar la diferencia.

—Échame una mano —dijo—. ¿Qué estoy mirando?

Ella puso los ojos en blanco y soltó un gruñido que habría enorgullecido a la propia Kasia mientras le arrebataba la hoja y señalaba una sección. Tomek se inclinó y entrecerró los ojos para ver lo que parecía un nombre con un porcentaje al lado.

—Mason Alexander… —Tomek la miró fijamente como si ella le acabara de pedir que se lamiera el codo—. ¿Quién es ese?

—Esa, sargento, es la identidad de los huesos que encontramos en las marismas de Pitsea. Un chico de quince años de Thundersley. Se denunció su desaparición en 1990, una tarde después del colegio. Su nombre ha aparecido en el informe de ADN de los forenses. Es genial, ya tenemos un nombre, pero ahora tenemos la desafortunada tarea de comunicarles la noticia a sus padres.

CAPÍTULO
DIECISIETE

«Desafortunado» no alcanzaba a describir la gravedad de la situación. Había muchas palabras que Rachel podría haber usado para describir la tarea de comunicar una muerte: traumática, desoladora, angustiosa. Sin embargo, ninguna era lo bastante adecuada para lo que estaban a punto de experimentar. Y, lo que era más importante, ninguna podía compararse con el dolor que estaban a punto de infligir a los padres de Mason Alexander, Dennis y Deirdre: la noticia de una muerte con treinta años de retraso. La confirmación de que, tras más de tres décadas de pena, desesperación, resentimiento, esperanza y sufrimiento, el caso de la desaparición de su hijo se había resuelto. Tres décadas de angustia llegaban por fin a su fin.

La puerta se abrió con un crujido antes de que Rachel pudiera llamar por segunda vez. Un hombre mayor, de unos sesenta y cinco años, apareció en el umbral; su escaso pelo cano y las profundas arrugas alrededor de sus ojos y boca revelaban una vida de penurias. Se apoyaba pesadamente en la puerta, como si el mero hecho de abrirla le hubiera supuesto un esfuerzo considerable. Detrás de él, apareció una mujer, con los hombros encogidos y una rebeca ceñida al cuerpo.

—¿El señor y la señora Alexander? —preguntó Rachel en voz baja.

Ambos asintieron con la cabeza; la sospecha y el agotamiento se reflejaban en sus rostros.

—Sargento detective Tomek Bowen —dijo él, señalándose a sí mismo y luego a Rachel—. Y la agente detective Rachel Hamilton. ¿Podemos pasar?

La pareja se apartó sin decir palabra, como si ya supieran el motivo de la visita. El pasillo era estrecho y oscuro, y el papel pintado de flores, anticuado. Pero lo que más le llamó la atención a Tomek fueron las fotografías que cubrían las paredes. Instantáneas de un niño congelado en el tiempo: retratos del colegio, vacaciones en la playa, fotos del equipo de fútbol. Mason a los cinco años, jugando en el jardín. Mason a los once, en su primer día de instituto. Mason a los trece, en una fiesta de cumpleaños, jugando al láser tag con sus amigos. Y ahí se acababa. No había fotos de adulto. La cronología se interrumpía bruscamente, como si alguien hubiera pulsado la pausa. Condujeron a Tomek y a Rachel al salón, donde aún más fotografías abarrotaban la repisa de la chimenea y las paredes.

La pareja se dejó caer en un sofá. Dennis se frotó las rodillas, con la vista clavada en la alfombra, mientras que Deirdre entrelazaba las manos con fuerza; su mirada saltaba de Rachel a Tomek.

—Lamentamos interrumpirles la tarde de esta manera —empezó Rachel, distraída por un instante por Tomek y su teléfono—. Pero somos de la policía de Southend.

A Deirdre le temblaron los labios y se inclinó hacia delante. —¿Es por Mason, verdad? —susurró.

Rachel asintió con delicadeza. —Sí. Me temo que sí.

Dennis se tapó la boca con la mano y cerró los ojos, como si se preparara para recibir un golpe para el que había tenido treinta años de anticipación.

El tono de Rachel era suave; sus palabras, cuidadosas. —Se han descubierto unos restos humanos en Pitsea Marshes. Lamento informarles de que, tras el análisis de ADN, se ha determinado que pertenecen a su hijo.

El silencio que siguió pareció prolongarse una eternidad. Deirdre ahogó un grito y se cubrió la cara con las manos. Los hombros de Dennis se hundieron, y su cuerpo se replegó sobre sí mismo como si

las últimas fuerzas lo hubieran abandonado. Le pasó un brazo por los hombros a su mujer y la atrajo débilmente hacia su pecho.

Tomek reprimió el impulso de llenar el silencio con palabras vacías. No había nada que pudiera mitigar la dureza de aquel momento. En lugar de eso, volvió a mirar la habitación. Al niño en la playa, al niño con el balón, al niño que nunca llegó a crecer. Catorce años de fotografías y ninguna nueva. Una vida trágicamente truncada. Igual que la de su hermano.

—Ahora tendría cuarenta y cinco años —dijo Deirdre entre sollozos—. Podría haber tenido una mujer, un marido, una familia, un trabajo…

—Gracias —dijo Dennis, sin dejar de consolar a su mujer—. Estamos… estamos agradecidos de que lo hayan encontrado. Llevamos los últimos treinta años intentando encontrarlo. Y ahora… bueno… Gracias.

—El trabajo aún no ha terminado —explicó Rachel, carraspeando —. Durante la autopsia, descubrimos indicios de que su hijo podría haber sido asesinado.

—¿Asesinado?

—¿Asesinado? —repitió Dennis, con la voz quebrada al pronunciar la palabra.

Rachel asintió lentamente. —El forense identificó indicios de un traumatismo por objeto contundente en el cráneo de Mason. Lo bastante significativos como para sugerir que no fue un accidente. Que quizás no se cayó sin más ni se perdió. Sino que, posiblemente, alguien le hizo daño.

Deirdre soltó un grito ahogado y se agarró con más fuerza a la manga de su marido. —Todos estos años…, todo este tiempo…, y no fue solo… —La voz se le apagó y negó con la cabeza—. ¿Alguien le hizo esto?

—Eso es lo que creemos —dijo Rachel con delicadeza—. Lo que significa que su caso ya no es solo una investigación de desaparición. Vamos a abrir una investigación completa por el asesinato de Mason. Y para ello, necesitaremos su ayuda.

Dennis se enderezó ligeramente, intentando reunir la fortaleza del padre que fue en otro tiempo. —¿Qué necesitan de nosotros?

—Necesitamos hacerles algunas preguntas —dijo Rachel—. Sobre la desaparición de Mason, sus costumbres y, sobre todo, sobre la gente con la que pasaba el tiempo entonces. Sus amigos, compañeros de clase, cualquiera a quien fuera cercano. Incluso los pequeños detalles podrían ayudarnos a hacernos una idea de lo que ocurrió.

La mirada de Deirdre se desvió hacia una de las fotos de la repisa de la chimenea: Mason con otros dos chicos, uno a cada lado, los tres sonriendo con sus equipaciones de fútbol llenas de barro. Abrió los labios y volvió a cerrarlos.

—Iremos a su ritmo —añadió Tomek, con un tono de voz más bajo de lo habitual—. No tienen que contárnoslo todo hoy. Pero cualquier cosa que puedan recordar, por insignificante que parezca, podría marcar la diferencia.

Dennis se pasó una mano por el rostro surcado de arrugas, sin dejar de mirar la foto que Deirdre había estado observando. —Él… Mason no tenía muchos amigos, agente. Perdió a muchos de ellos cuando se fueron a institutos distintos. Le costaba hacer amigos. Mencionó a algunas personas y cuidaba de un par más, pero la mayoría de las veces estaba solo. Así que, cuando desapareció, pensamos que podría haberse marchado porque estaba muy triste, muy solo. Pero ahora… ahora ya no sé qué pensar.

—Es posible que su asesinato fuera aleatorio —dijo Rachel—. Que no conociera a su asesino, pero hasta que no podamos demostrar lo contrario, vamos a necesitar los nombres de todas las personas con las que tuvo contacto.

—¿No tienen ya esa información de la investigación original? —preguntó Deirdre, alzando la voz ligeramente.

Rachel se removió en su asiento y la miró a los ojos sin pestañear. —Una parte, sí. Pero treinta años es mucho tiempo. Los archivos están incompletos, los recuerdos de la gente se desvanecen y es posible que algunos de los que declararon entonces fueran demasiado jóvenes —o tuvieran demasiado miedo— para contárnoslo todo. Por eso necesitamos su perspectiva ahora. Nosotros, por supuesto, lo revisaremos todo mientras tanto.

Dennis soltó un suspiro profundo y asintió despacio. —Dimos todo lo que pudimos en su momento. Nos sentamos en esta misma habitación con agentes de policía una y otra vez. Nombres, horas, lugares. Éramos como discos rayados, repitiéndonos. Y no sirvió de nada.

—Lo entiendo —dijo Rachel amablemente—. Y le prometo que esto no es una repetición del pasado. Esto es diferente. Ahora tenemos el cuerpo de su hijo. Tenemos pruebas. Eso nos da un punto de partida que el equipo original nunca tuvo. ¿Cuándo fue la última vez que vieron a Mason?

—Era una noche de diario —dijo Dennis—. Yo todavía estaba en el trabajo, pero Deirdre estaba en casa con él.

—Eran poco más de las cinco —dijo Deirdre, tomando el relevo —. Y… bajó de su dormitorio y dijo simplemente que *salía*.

—¿Dijo adónde?

—A ver a unos amigos.

—¿Les dio sus nombres?

Ella negó con la cabeza.

—Eso fue todo lo que dijo: «Solo unos colegas, mamá», y se fue. Por un lado, pensé que podría tratarse de una chica y que le daba vergüenza decirlo, pero no iba vestido como para una cita. Por otro, pensé que de verdad iba a ver a unos amigos. En cualquier caso, no quise hacer demasiadas preguntas, no fuera a ser que lo desanimara y nunca se abriera con nosotros. Estaba empezando a salir, a socializar, y no quería hacer nada que pudiera ponerlo en peligro. Iba a esperar a que llegara a casa para preguntarle más.

—¿Y entonces qué? —preguntó Rachel.

—Y eso fue todo. No volvimos a saber de él. En aquella época no había teléfonos ni internet. No teníamos ni idea de dónde estaba ni con quién. O si siquiera estaba con alguien. Como le he dicho, una parte de nosotros pensaba que podría haberse ido a algún sitio para… acabar con todo él mismo.

Un silencio se instauró mientras Rachel terminaba de tomar notas. Unos instantes después, Deirdre se giró lentamente hacia la fotografía de Mason con el uniforme del colegio, antes de volver a

mirarlos a ellos. Su mirada se detuvo un buen rato en Tomek, que estaba como ensimismado.

—Ha dicho que sus restos… —Hizo una pausa, con la voz quebrada—. ¿Ha dicho que lo encontraron en Pitsea Marshes?

—Así es —respondió Rachel—. La tormenta de la otra noche fue lo que desenterró los huesos, pero he estado hablando con algunos expertos y creen que no lo asesinaron muy lejos de allí.

—¿En Pitsea? —repitió Deirdre—. ¿Qué demonios hacía allí?

—Aún no lo sabemos —respondió Tomek—. Pero vamos a averiguarlo.

CAPÍTULO
DIECIOCHO

El cielo matutino estaba cubierto de nubes bajas y ondulantes que apagaban los colores del mundo y lo oprimían todo. Una fina llovizna flotaba en el aire, lo bastante densa como para formar gotas en la chaqueta de Tomek y humedecerle el pelo mientras estaba de pie ante la lápida.

No había planeado ir. Nunca lo hacía; sus visitas siempre eran esporádicas y espontáneas. Pero la fecha le había estado rondando la cabeza desde que se despertó esa mañana, pocos días después de su visita a los padres de Mason.

El aniversario de la muerte de Michał.

La tumba estaba escondida en el rincón más alejado del cementerio, donde los árboles se inclinaban sobre el muro y la tierra se hundía ligeramente. La hierba estaba resbaladiza por las gotas de lluvia y sus zapatos dejaban huellas oscuras a su paso. La lápida estaba recién fregada; quizá sus padres ya habían venido a encargarse de ella. No había tenido noticias de ellos; nunca las tenía en ese día en concreto. No había mensajes de texto ni llamadas para ver cómo lo llevaba el otro. En vez de eso, cada uno se enfrentaba a sus pensamientos y sentimientos —sus *emociones*— a solas.

—¿Qué tal, hermano? —masculló, con la vista fija en las fechas —. Han pasado un par de meses. ¿Cómo va todo? ¿Aburrido? ¿Tranquilo? —Soltó una risa ahogada por la nariz. Se balanceó sobre los talones, sacó una mano del bolsillo y se la frotó por la nuca—. Kasia está bien. Está… sobrellevándolo, supongo. Lo ha pasado mal,

pero es más fuerte que yo. Y más lista. Mucho más lista, de hecho. Sobre todo ahora con las mates, al parecer. Ha dado un giro radical hace poco, lo cual es genial. —Se le hizo un nudo en la garganta al hablar, una repentina oleada de calor y culpa que le invadió el pecho —. A veces pienso en lo diferentes que habrían sido las cosas si todavía estuvieras aquí. Vosotros dos os lo habríais pasado en grande, me parece.

La llovizna seguía cayendo. Tomek volvió a mirar el nombre, apretando los dedos hasta formar un puño. —En cuanto a mí… —Soltó todo el aire y negó con la cabeza—. Hay algo que tengo que contarte. Es sobre Nathan. Yo… el mes pasado, me llamó para decirme que era posible que saliera y que quería que le devolviera un favor. Me pidió que hablara con la junta de libertad condicional y que los pusiera por las nubes. Fui, casi me cago encima esperando y luego les dije que no se merecía estar en ningún otro sitio que no fuera la cárcel. Pero… —Se aclaró la garganta—. Pero no… no funcionó. No sé cómo lo ha hecho, no sé a quién ha sobornado ni qué hilos corruptos ha movido, pero está fuera… es un hombre libre. —Tomek apretó la mandíbula—. Te he fallado, hermano —continuó, con la voz quebrada—. Creía que hacía lo correcto, plantándole cara. Pero ahora está en la calle, campando a sus anchas como si no hubiera pasado nada. ¿Y yo? He metido a Kasia de lleno en todo esto. Lo presiento. Está merodeando a nuestro alrededor. Y no sé si voy a poder protegerla.

Apoyó la palma de la mano en la lápida, sujetándose a ella.

—Ojalá siguieras aquí. Ojalá pudiera preguntarte qué coño se supone que tengo que hacer. Aunque, si estuvieras aquí, ni siquiera estaríamos metidos en este lío.

Inhaló con un temblor, se irguió y se pasó la mano por el pelo húmedo. Fue entonces cuando lo vio. Un movimiento por el rabillo del ojo, en el otro extremo del cementerio. Una figura, medio oculta bajo los árboles chorreantes, allí donde el terreno se hundía. Estaba quieta. Observando.

Tomek se quedó helado, el corazón le dio un vuelco violento. El sonido de la lluvia pareció amplificarse. Incluso a esa distancia,

juraría que reconocía la silueta, la postura, la inclinación de la cabeza.

Nathan.

Durante una fracción de segundo, ninguno de los dos se movió. La figura permaneció junto a la esquina del muro, silenciosa y paciente, como un depredador esperando el momento oportuno. Tomek parpadeó para protegerse de la llovizna, pero cuando volvió a mirar, el rincón estaba vacío. Quienquiera que fuese, se había desvanecido.

Se le erizó el vello de la nuca.

—Joder, no me lo puedo creer…

Dio un paso hacia delante, luego otro, antes de echar a correr, atravesando la hierba y zigzagueando entre las tumbas.

—¡Nathan! —gritó.

La figura se sobresaltó, luego se giró y retrocedió, adentrándose más entre las hileras de lápidas. Esa fue toda la confirmación que Tomek necesitaba. Corrió tras él, esquivando lápidas torcidas resbaladizas por el musgo, la hierba y las malas hierbas. El pulso le martilleaba. Cada zancada lo arrastraba de vuelta a sus once años, a sus pesadillas, a estar siempre un paso por detrás, siempre indefenso. Esta vez no. Nunca más.

—¡Detente! —le gritó—. ¡He dicho que te detengas!

La figura tropezó e intentó cruzar una hilera, pero Tomek se abalanzó sobre ella. Agarró al hombre por la espalda de la chaqueta, tiró con fuerza y lo estampó contra una lápida. El hombre gritó, agitando los brazos, intentando liberarse. Tomek lo inmovilizó, con el corazón desbocado y la lluvia goteándole por la cara.

—Te tengo —gruñó, con la respiración entrecortada—. Joder, ya te tengo…

El hombre se giró para mirarlo, con el rostro pálido y los ojos desorbitados, pero no se parecía en nada a la sonrisa burlona que había atormentado las pesadillas de Tomek. No era Nathan. Era un completo desconocido, alguien que estaba de visita para presentar sus respetos a sus seres queridos.

—Por favor… —tartamudeó el hombre, con la voz temblorosa. Rondaba la cincuentena, era calvo y llevaba un ramo de flores que

ahora yacía desparramado por el suelo. Llevaba las gafas torcidas, de donde se le habían caído—. No… solo estoy visitando a mi mujer. *Por favor*.

Las palabras golpearon a Tomek como un jarro de agua fría. Retrocedió, las manos cayéndole inútilmente a los costados, mientras el horror se apoderaba de él. —Yo… —balbuceó, negando con la cabeza—. Mierda. Lo… lo siento muchísimo.

El hombre se apresuró a recoger las flores, temblando mientras se las volvía a colocar en los brazos, evitando la mirada de Tomek. Se alejó a toda prisa hacia el sendero sin decir una palabra más, acelerando el paso hasta que desapareció por las puertas del cementerio.

Tomek se quedó clavado en el sitio, con el pecho agitado y la culpa cayéndole encima como una ola. La llovizna parecía ahora más fría. Se pasó una mano por la cara, mezclando el agua y la culpa.

Entonces sonó su teléfono.

La brusca vibración en su bolsillo lo sobresaltó tanto que casi dio un respingo. Lo sacó a trompicones y miró la pantalla. Kasia.

Contestó rápidamente, apretándoselo con fuerza contra la oreja.

—¿Kasia? ¿Está todo bien?

—Papá…

Se le hizo un nudo en el estómago.

—Kasia, ¿qué pasa? ¿Qué ocurre? ¿Dónde estás?

Otra pausa. Un ruido de forcejeo. Entonces una nueva voz se deslizó por la línea, suave y deliberada, sacada directamente de las pesadillas de Tomek.

—Hola, Tomek.

Nathan.

CAPÍTULO
DIECINUEVE

El mundo entero había adquirido un tono más apagado y deprimente desde que se había conocido la noticia de la puesta en libertad de Nathan Burrows. Era como si la vida y el alma de su entorno —los edificios del instituto, los campos, las aulas, incluso el disfrute de algunas de sus clases favoritas— se hubieran esfumado. Ya no podía consultar las redes sociales ni ver el último documental de Netflix que todo el mundo comentaba en el patio, porque su mente estaba demasiado distraída, absorbida por sus pensamientos y preocupaciones. Para colmo, su rutina habitual de poner sus canciones favoritas de Taylor Swift en el equipo de música nada más llegar a casa del instituto se había aguado. No quería escuchar nada. No quería hablar con nadie. No quería hacer nada.

Toda persona que se le acercaba en el patio o en clase —especialmente los profesores— le parecía un enemigo. No confiaba en ellos. No podía. No mientras no se sintiera a salvo; una sensación que no había experimentado desde hacía tiempo. Desde que había entrado en la vida de Tomek y se había mudado con él, su existencia parecía estar en constante peligro o riesgo. Había estado a punto de morir en dos ocasiones y había visto y vivido cosas que ninguna chica de catorce años debería. ¿Así sería la vida con Tomek? ¿La preocupación constante, mirando siempre por encima del hombro, cuestionando a todo el que entrara en su vida? Si ese era el caso, una parte de ella se preguntaba si no estaría mejor en un hogar de acogida o en la calle.

¿Qué diría su madre de todo esto? Si lo supiera, vendría a rescatarla.

Pero no puede, Kasia. Está en la cárcel. Y no va a salir en mucho, mucho tiempo.

Kasia desechó esos pensamientos rápidamente mientras abría la puerta del piso y dejaba caer la mochila al suelo. Luego se dirigió al sofá y se desplomó en él, exhalando con fuerza. Sean, como de costumbre, había recogido sus cosas esa mañana, como hacía casi todas las mañanas. A ella le gustaba tenerlo allí; era una persona más, una capa extra de protección. Era divertido y tenía buen sentido del humor, alguien más con quien conectar y reírse. Sin embargo, tenerlo cerca también tenía sus inconvenientes: significaba que tenía que esconderse de él por las mañanas mientras se vestía. Aunque sabía que él nunca se comportaría de forma inapropiada, hubo un momento incómodo en el que intentó abrir la puerta mientras ella estaba en la ducha. Por suerte, nadie vio nada, pero sirvió como un buen recordatorio para cerrar la puerta del baño con pestillo cada vez que entrara.

Sin embargo, era después de clase cuando se sentía realmente en paz. Sin nadie más en casa. Todo el piso para ella sola. Podía saltar, poner música y cantar a voz en grito sin preocupación ni ansiedad. Nadie le daba la lata para que preparara la cena o pusiera la colada. Era su momento. Un momento para desconectar, relajarse y olvidar, antes de que Tomek y Sean volvieran y la presionaran para que hiciera los deberes a tiempo.

Pero ahora, simplemente miraba su reflejo en la pantalla del televisor, absorta, pensando en nada y en todo a la vez.

Entonces sonó el timbre.

Un sonido agudo. Le dio un vuelco el corazón. No eran ni Tomek ni Sean; ambos tenían llaves y no volverían a casa hasta dentro de mucho. Por un momento, se quedó paralizada en el sofá, con la mirada fija en la puerta.

Otro timbrazo. Esta vez, casi más fuerte.

Tragó saliva y se levantó, notando las piernas inseguras. «Probablemente solo sea un repartidor», se dijo, «o quizá es Edith, nuestra vecina, pidiendo ayuda con el wi-fi otra vez». ¿Y si era una

emergencia? ¿Alguien que necesitaba que abriera la puerta de inmediato?

Se ajustó el jersey del uniforme, intentando convencerse de que no era nada.

Las tablas del suelo crujieron bajo sus pasos mientras bajaba las escaleras con sigilo. Cada pisada parecía resonar mucho más de lo debido. Se detuvo con la mano suspendida sobre el pestillo, conteniendo la respiración.

Un último timbrazo.

Sus dedos se cerraron alrededor del pomo y abrió la puerta.

Y se quedó helada.

—Hola, Kasia —dijo el hombre en voz baja.

CAPÍTULO
VEINTE

El coche se detuvo con un derrape. Tomek tiró del freno de mano, abrió la puerta de golpe y corrió hacia la casa, olvidándose de cerrar el coche con llave. Metió la llave en la cerradura y entró tropezando; luego, subió los escalones de su piso de dos en dos, con el eco de su respiración agitada resonando en el hueco de la escalera.

—¡Kasia!

Cuando irrumpió en el salón, la escena lo dejó paralizado.

Nathan Burrows estaba repantigado en el sofá, con las piernas abiertas y los brazos extendidos por el respaldo, como si fuera el dueño del lugar. Su expresión era indescifrable, con una leve sonrisa burlona suspendida en los labios, pero sus ojos —esos ojos fríos y familiares que Tomek había visto tantas veces en sus pesadillas— estaban fijos en él. Llevaba el pelo bien cortado, la barba bien cuidada y la piel de la cara no colgaba tanto como recordaba. Parecía que acabara de volver de un viaje para jugar al golf en lugar de haber pasado treinta años en una de las prisiones de Su Majestad.

Al otro lado de la habitación, Kasia estaba inmóvil en el umbral de la cocina, empuñando una cuchara de madera como si fuera un arma. Tenía los nudillos blancos de tanto apretar el mango, la respiración agitada, y sus ojos, muy abiertos, saltaban de un hombre a otro.

—Hola, Tomek —dijo Nathan.

—¿Qué coño haces en mi casa? ¡Largo de aquí!

La expresión de Nathan no varió, a excepción de una sonrisa de suficiencia que recordaba a la de un asesino en serie. —Pero si tenemos mucho de qué ponernos al día…

Tomek miró rápidamente a Kasia antes de volver a fijar la vista en Nathan. Quería vigilar en todo momento al hombre que estaba en su salón. —Kasia, necesito que vayas a tu cuarto, cariño.

—Papá, no…

—¿Puedes hacerlo por mí, por favor, cariño? Todo va a salir bien. Nathan y yo solo vamos a charlar y luego se irá.

—¿Quieres que llame a Sean? —preguntó ella con voz temblorosa, como si contuviera las lágrimas.

—No me parece mala idea —respondió Tomek.

—Puedes llevarte la cuchara si crees que te servirá de algo —añadió Nathan, guiñándole un ojo.

A Tomek le hirvió la sangre. —No le hables —ladró—. No te atrevas a volver a dirigirle la palabra en tu puta vida.

—Pero si estábamos teniendo una conversación de lo más agradable mientras esperábamos —replicó Nathan—. ¿A que sí, Kasia? Hemos hablado de Zeus y las Harpías. De cómo ayudé a tu padre a encontrar el almacén donde te quedabas con ellas. De lo traumático que debió de ser para ti. Y luego hemos hablado de Mersea. Vuestro viaje, interrumpido bruscamente porque tu padre se vio envuelto en otra investigación de asesinato. No tenéis ni un respiro, ¿eh?

La cabeza de Tomek era un torbellino de pensamientos, de respuestas, de hilos diferentes, de preguntas…

—Kash, cariño. A tu cuarto…

—Pero, papá…

—*Ahora*, Kasia. No te lo pediré más. Quédate ahí hasta que te diga que puedes salir.

La cara de Kasia se descompuso durante medio segundo, y luego hizo exactamente lo que Tomek le había pedido. Se apartó del umbral de la cocina y se dirigió al pasillo, apretando la cuchara de madera en las manos y levantándola a la defensiva.

—Así me gusta —dijo Nathan, sonriéndole.

Kasia siguió por el pasillo y, unos instantes después, desapareció tras la puerta de su dormitorio. Desde el otro lado, manipuló la cerradura que habían instalado hacía poco y luego se oyó el clic.

—Asegúrate de cerrarla bien —gritó Nathan—. Necesitaré algo de ventaja si vienes a por mí con esa cuchara.

Un silencio profundo se instaló en el salón. A Tomek le martilleaba el pulso en las venas y el sonido de su propia respiración agitada resonaba en su cabeza. Nathan, mientras tanto, parecía la personificación de la calma y la compostura.

Cruzó una pierna sobre la otra y señaló el espacio a su lado en el sofá.

—Por favor, toma asiento. Estás en tu casa. Yo solo soy un invitado.

Tomek se quedó donde estaba, clavado en el sitio por la adrenalina.

—¿No? Muy bien. —Nathan se aclaró la garganta—. En primer lugar, debo decir que me alegro mucho de volver a verte, Tomek. Ha pasado demasiado tiempo. Demasiado. Y verte con tan buen aspecto… —Se llevó una mano al pecho—. Me complace verte así. Y la joven Kasia también; menuda jovencita tan estupenda tienes. Aunque seguro que a veces es un hueso duro de roer, no me cabe duda.

Tomek estaba demasiado aturdido, demasiado desconcertado, demasiado abrumado por la emoción para responder.

—En primer lugar, debo disculparme por el retraso. He tardado un poco en venir a verte, y eso no ha estado bien. Pero tenía que ponerme presentable, ¿no? —Nathan señaló su pelo y su ropa—. He hecho todo esto por ti. ¿Qué te parece? Personalmente, creo que el barbero se pasó un poco por las orejas, pero eso crecerá en un par de días.

Tomek lo miró, perplejo y atónito. Ese hombre había matado a su hermano, había traumatizado a su familia durante décadas, y ahora estaba ahí, en su salón, hablando sobre si debería haber pedido un corte al dos en lugar de al uno en la barbería. ¿Qué estaba pasando?

—En cuanto a la ropa —continuó Nathan—, bueno, como seguro que puedes imaginar, ahora mismo no ando muy boyante de dinero,

así que he tenido que comprarla en la tienda benéfica de la zona. Con todo, yo diría que no queda nada mal. ¿Tú qué opinas?

Por un momento, Tomek no dijo nada. No sabía cómo responder. Al final, preguntó: —¿Qué demonios haces en mi casa, Nathan? ¿Por qué estás aquí?

Nathan bajó la pierna y se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas. —¿No es obvio? Dos amigos poniéndose al día.

—No somos amigos. Nunca hemos sido *amigos*. No te quiero en mi vida. Y no te quiero en esta casa ni cerca de mi familia.

Nathan chasqueó la lengua, y su voz se volvió más grave. —Me temo que eso no va a ser posible, Tomek. Estamos entrelazados, tú y yo. Estamos unidos.

Una sensación nauseabunda se revolvió en lo más profundo del estómago de Tomek, provocándole arcadas.

—Tu nueva identidad… —fue lo único que se le ocurrió decir.

Una sonrisa lasciva se dibujó en el rostro de Nathan. —Es genial. Lo tengo todo nuevo. Nombre. Identidad. Carné de conducir. Dirección. Número de la seguridad social. Me están cuidando muy bien. —Se recostó en el sofá con aire arrogante—. ¿Y quién dijo que el crimen no compensa?

Tomek no dijo nada.

—¿Quieres saber mi nuevo nombre?

Sin respuesta. Sí quería. De verdad que sí. Pero las sinapsis de su cerebro estaban congeladas.

—Creo que te va a gustar. A ver, aunque no pude decidir exactamente qué nombre me daban, puede que diera un empujoncito a la gente adecuada en la dirección correcta. —Se relamió los labios, como si recordara una conversación anterior—. ¿Adivinas cuál es?

Podía. Pero no quería.

No lo digas. No te atrevas a decirlo.

—Michael. Mi nuevo nombre es Michael.

El cuerpo de Tomek se quedó helado. Michael. La traducción al inglés de Michał.

—¿Te gusta? Creo que es bastante apropiado. El apellido es un poco más genérico y aburrido, pero Michael… —Inhaló

profundamente—. Creo que suena bien, ¿no te parece?

Tomek apretó el puño con tanta fuerza que se clavó las uñas en la carne.

—¿Dónde te alojas? —preguntó.

—Oh, ya sabes, en un dúplex de mierda de un dormitorio que es lo más barato del mercado. No pueden hacer que parezca que me estoy quedando con *todo* el dinero de los contribuyentes, ¿verdad?

—¿Dónde?

—Muy lejos de aquí.

—¿Dónde, Nathan?

Nathan fingió jadear. —¿Quién es Nathan? Ahora soy Michael, ¿recuerdas?

—¿Dónde coño te alojas, Nathan?

Tomek se negaba a llamar al asesino de su hermano de otra forma que no fuera Nathan.

Nathan se levantó del sofá con elegancia, exudando la calma inquietante de alguien a punto de atacar. —Tienes mucha agresividad dentro, Tomek. Resentimiento. Casi puedo verlo florecer en tu pecho, en tu cara. ¿Siempre has sido así? Creo que deberías buscar a Cristo, Tomek…

—Ahórrate la palabrería, Nathan. Esa mierda puede que funcionara con quienquiera que convencieras para que te soltara, pero conmigo no va a funcionar. Sé lo que eres. Sé quién eres. Y sé que no te quiero cerca de mí, ni de mi familia, ni de mi casa.

Nathan se acercó hasta que quedaron frente a frente, a escasos centímetros. Tomek se mantuvo firme, sin ceder terreno, apretando la mandíbula y rechinando los dientes. Justo cuando Nathan abrió la boca para hablar, sonó el claxon de un coche. Nathan miró rápidamente hacia el ventanal.

—Ese debe de ser quien me lleva —dijo—. ¿Quieres venir a saludar? Es un buen amigo tuyo.

Tomek se quedó paralizado mientras Nathan se dirigía a la puerta de entrada. No fue hasta que Nathan estuvo a mitad de la escalera que Tomek corrió tras él. Al pie de los escalones, apareció el capó de un BMW blanco. Tomek aceleró el paso. Entonces lo vio: el hombre del tatuaje de la lágrima sentado en el asiento del conductor, con el

brazo apoyado en el marco de la ventanilla y los limpiaparabrisas barriendo la lluvia de un lado a otro.

Nathan se dirigió directamente al lado del copiloto y abrió la puerta. Se detuvo, se giró y gritó: —Tengo curiosidad. ¿Qué le dijiste a la junta cuando hablaste con ellos? ¿Hiciste una reseña entusiasta como te pedí?

Con el pelo chorreando, Tomek negó con la cabeza. —No. Les dije que podías pudrirte en el infierno. Que deberías quedarte allí. Que eres un ser humano despreciable y que nunca deberías salir.

Nathan chasqueó la lengua e inclinó la cabeza. —Qué pena. De verdad pensaba que me ayudarías en mi momento de necesidad, como yo hice por ti. Bueno, parece que al final la cosa no te ha salido bien, ¿eh? —Nathan metió un pie en el coche—. Por cierto, ¿cómo está tu padre? Me he enterado de su accidente de coche. Ha debido de ser traumático para todos vosotros. —Nathan se metió en el coche y su voz se elevó por encima de la lluvia mientras se recostaba en el asiento—. Dale recuerdos de mi parte, ¿quieres? Dile que le mando saludos. Él ya sabrá lo que significa.

Entonces la puerta del copiloto se cerró de golpe y el coche se alejó.

CAPÍTULO
VEINTIUNO

Tomek echó a correr. Sus zapatos chapoteaban contra el pavimento mojado y levantaban cortinas de agua. A lo lejos, las luces de freno del BMW brillaban como dos ojos rojos que lo provocaban y lo atraían.

—¡Nathan! —rugió él.

El coche serpenteaba por la carretera sin esfuerzo. Tomek forzó el ritmo, con los pulmones a punto de estallar y las piernas ardiéndole, pero fue inútil: el BMW era más rápido, más suave, inalcanzable. Atravesaba los charcos, resbalando en la superficie irregular y logrando no caerse justo antes de tocar el suelo. La lluvia helada le pegaba el pelo a la frente, le chorreaba por la cara y se le metía en los ojos hasta que el mundo se difuminó en tonos rojos y grises.

Siguió corriendo hasta que su cuerpo no dio más de sí. La carrera se convirtió en un trote y, después, en un caminar tambaleante. El coche se había esfumado, sin dejar más que el siseo de los neumáticos desvaneciéndose en la distancia.

Sin aliento y calado hasta los huesos, se apoyó tambaleándose en una farola. Golpeó el frío metal una, dos veces, mientras un grito gutural se le desgarraba en la garganta. Nathan había vuelto solo para atormentarlo, y él había dejado que se le escapara.

Tomek se arrastró de vuelta al piso, con la ropa pegada al cuerpo y los zapatos chapoteando a cada paso. La subida por las escaleras

le pareció interminable. Cuando por fin abrió la puerta de casa, Kasia estaba en el pasillo, con el pánico y la histeria grabados en el rostro.

—Papá, estás empapado —susurró ella, dando un paso hacia él —. ¿Qué ha pasado?

—No pasa nada. Se ha ido. Ya se ha ido… —Tomek se quitó los zapatos—. ¿Has podido hablar con Sean?

Ella asintió.

—¿Y?

—Viene para acá.

Tomek se sacó el móvil del bolsillo y se lo llevó a la oreja mientras sonaba. Un instante después, Sean respondió.

—¿Tomek? No te muevas. Voy para casa.

—No. Quédate donde estés. Necesito que compruebes la matrícula de Nathan.

—¿La tienes?

—Creo que sí —Tomek le dio los datos—. A ver qué sale. Averigua a nombre de quién está registrada y dame una dirección.

—Vale. Dame veinte minutos.

Tomek le dio las gracias y colgó. Entró en casa goteando sobre la alfombra, sin prestarle la menor atención.

—Coge el abrigo —le dijo a Kasia.

—¿Por qué? ¿Adónde vamos?

—A casa de tus abuelos.

CAPÍTULO
VEINTIDÓS

Izabela y Perry Bowen estaban en el centro de jardinería del pueblo, tomando un café y almorzando juntos, cuando Tomek llamó e insistió en que volvieran a casa sin darles explicaciones.

—Tomek, ¿qué demonios pasa? —preguntó Izabela mientras cruzaba apresuradamente el camino de entrada veinte minutos después y lo abrazaba con fuerza—. ¿Cómo estás?

Tomek la soltó y sonrió. Aquel día era duro para todos, en especial para ella. —Estoy bien —le dijo—. He ido a su tumba esta mañana. He visto que ya habíais estado allí.

—Tu padre la arregló casi toda el otro día —contestó ella—. Hoy no nos hemos atrevido a ir, así que nos hemos tomado un café con él.

—Qué bonito. —Una ráfaga de viento les lanzó chaparrones de lluvia a la cara—. ¡Vamos, entremos antes de que nos ahoguemos!

Corrieron hacia la puerta principal. Kasia e Izabela llegaron primero, mientras que Perry, que aún cojeaba por el accidente de coche de hacía un par de meses, se quedó rezagado. Tomek lo ayudó, pasándole el brazo de su padre por los hombros.

—No soy un inválido —espetó Perry—. Puedo andar.

—¿Es eso lo que le dices al fisio justo antes de cancelar la cita?

Entraron de golpe en el recibidor, chorreando y dejando un charco de agua a su paso. Izabela cerró la puerta de un portazo y se sacudieron la ropa antes de colgarla en el armario de servicio que había junto a la entrada.

—Ahí dentro deberían secarse —dijo Izabela, secándose las manos en la manga—. ¿Qué haces aquí, Tomek? Es estupendo verte, pero *tú* —señaló a Kasia—, tú deberías estar en el colegio, jovencita. ¿Qué está pasando?

Se hizo un breve silencio en el recibidor, que resonó en el espacio sobre sus cabezas. Tomek se tomó su tiempo para mirarlos fijamente antes de responder.

—Será mejor que nos sentemos —dijo—. Tengo que deciros una cosa.

Unos minutos después, ya con los tés y los cafés preparados y una lata de Coca-Cola para Kasia, estaban sentados en el salón. Perry fue el último en sentarse, agarrándose al brazo del sofá como apoyo mientras se acomodaba en su sitio de siempre, frente a las puertas del patio.

Tomek se aclaró la garganta antes de hablar. —El mes pasado, después del accidente de papá, fui a Wakefield.

—¿Que hiciste *qué*? —lo interrumpió Izabela.

Tomek levantó la mano para calmarla. —No es lo que piensas. La condicional de Nathan…—

—No vuelvas a mencionar ese nombre en esta casa —siseó Izabela.

—¿Me vas a dejar terminar o vas a seguir interrumpiéndome? Voy a decir su nombre y vas a tener que aceptarlo. —Exhaló profundamente, aunque la tensión en sus hombros aumentó—. Era su vista para la condicional. Se estaban planteando dejarlo salir, así que fui para explicar por qué no debían hacerlo. Les dije que tenía que quedarse donde está y que debería pudrirse ahí dentro el resto de su vida.

—Bien hecho, hijo —dijo Perry, dedicándole a Tomek un gesto de aprobación.

—Pero… pero no sirvió de nada.

La cruda realidad se posó sobre la habitación como una pesada nube.

—¿Qué quieres decir con que no sirvió de nada, Tomek? —preguntó Perry.

—Está en la calle, papá. El otro día, Nathan salió de la cárcel, de vuelta entre la población general.

—¿El otro día? —exclamó Izabela—. ¿El otro día? ¿Y se te ocurre decírnoslo *ahora*?

—No quería preocuparos. Quería ver si se ponía en contacto antes de decir nada. Si no lo hacía, supuse que quizá nos dejaría en paz.

Izabela empezó a hablar, pero Perry la interrumpió: —Pero el hecho de que estés aquí…

Tomek asintió. —Él… vino a nuestro piso —dijo—. Esperó a que Kasia estuviera sola y prácticamente se invitó a entrar.

Izabela soltó un grito ahogado y corrió al lado de Kasia, que estaba en el pequeño sillón de la esquina, y rodeó con fuerza a su nieta, visiblemente afectada y asustada por el suceso.

—¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño? ¿Te ha tocado?

Kasia negó con la cabeza, incapaz de hablar.

—Me estaba esperando a mí —añadió Tomek.

—No puedo creerlo. ¿Por qué lo han soltado? ¿Cómo han podido permitir que esto ocurra?

Tomek se encogió de hombros. —No lo sé. Debió de convencerlos de que era una persona nueva.

—¡Esto es indignante! ¿No hay nada que podamos hacer? —preguntó Izabela.

—No para que lo metan de nuevo en la cárcel inmediatamente, no.

—¿Dónde está? Quiero encontrarlo. ¡Y quiero matarlo! Ahora que está fuera… ¡La próxima vez que se acerque a vosotros o a nosotros, me aseguraré de que no vuelva a hacerlo!

Izabela se estaba poniendo histérica. Kasia hizo lo que pudo por calmarla, pero no funcionó.

—¡Mamá! —gritó Tomek para detenerla—. Tienes que escucharme. Este hombre es muy peligroso. Desde que ha estado dentro, ha empeorado. Piensa en todos los nuevos amigos que habrá hecho. No merece la pena. Puede llegar a vosotros y a nosotros fácilmente… —Tomek se interrumpió y, poco a poco, dirigió

la atención hacia su padre y bajó la mirada—. Ya lo ha hecho; ya ha demostrado lo influyente que puede ser.

Perry ladeó la cabeza. —¿De qué estás hablando, hijo?

Tomek inspiró hondo y luego soltó el aire despacio. —Tu accidente de coche. No fue un accidente. Fue premeditado. Estaba planeado. Nathan hizo que ocurriera.

Otro grito ahogado. Esta vez, Izabela se llevó la mano a la boca. Tomek había esperado que saltara por la habitación para consolar a su marido. En lugar de eso, se levantó del sillón y le dio una bofetada a Tomek en el brazo.

—*¡Kurwa mać!* —gritó él—. ¿A qué ha venido eso?

Apuntándolo con el dedo, siseó: —Eres un mentiroso, Tomek Bowen. Sabías lo del accidente de tu padre todo este tiempo y no nos dijiste nada a ninguno. Hablaste en una vista y justificaste mantener a esa escoria de malnacido en la cárcel, y no dijiste nada. ¿Sobre qué más has estado mintiendo? ¿Qué más nos estás ocultando?

Izabela levantó la mano. Tomek se encogió y alzó un brazo para defenderse.

—No os lo dije porque me estaba encargando yo.

—Pues no muy bien —ladró ella—. Tu padre está traumatizado por el incidente. ¿Sabes lo difícil que es convencerlo ahora para que se suba al coche y vaya a cualquier parte?

Tomek miró fugazmente en dirección a su padre. El hombre estaba encorvado en su asiento, con la cabeza gacha como si soportara el peso de la vergüenza sobre sus hombros. En ese momento, Tomek lo vio más débil y frágil que nunca. La forma en que estaba sentado, hundido en sí mismo.

—¿Te sentaste a la mesa a cenar con todos nosotros y lo *sabías*? —dijo Izabela—. ¿Cómo has podido hacerle eso a tu padre? ¿Cómo has podido hacerle eso a tu familia?

—Lo siento —dijo Tomek con sinceridad—. Pensaba que os estaba protegiendo…

—No —dijo Izabela—. Solo mirabas por ti mismo, guardándote la información para ti. Como siempre has hecho en esta familia.

Primero fue esa tontería con el otro asesino, y ahora es lo que le pasó a tu padre…

Tomek no dijo nada y bajó la cabeza. Por el rabillo del ojo, vio a Kasia removerse incómoda en su asiento, como si quisiera decir algo, pero no reuniera el valor.

—¿Y si descubres que ese «hombre» va a ir a por tu padre otra vez para asegurarse de terminar el trabajo la próxima vez? —continuó Izabela—. ¿Vas a guardarte esa información para ti hasta que sea demasiado tarde?

Tomek balbuceó de forma incoherente, buscando las palabras adecuadas, pero se le seguían escapando. No era así como se suponía que debía ir la conversación. No era así como esperaba que reaccionaran sus padres. No podía creer que le estuvieran echando la culpa a *él*, tratándolo como si fuera el que se había equivocado, como el extraño, el marginado que siempre había sido.

—Nunca haría algo así —dijo finalmente—. Hemos venido a *advertiros*. Mi trabajo es proteger a Kasia. Mi trabajo es protegeros a vosotros. Mi trabajo es proteger a la gente en el curro. *Es mi trabajo*. No sé hacerlo de otra forma. Así que, si veis algo sospechoso o si veis otro BMW blanco que se parezca al que os embistió, necesito que hagáis dos cosas sencillas: una, llamadme; y dos, meteos en casa o rodeaos de gente lo más rápido posible. Puede que ahora mismo no os caiga bien —de hecho, puede que me odiéis—, ¿y sabéis qué? No pasa absolutamente nada. Me he sentido así toda mi vida. Pero ahora es momento de que hagáis lo que os digo, porque no quiero perderos de la misma forma que perdimos a Michał por culpa de este hijo de puta. ¿Entendido?

CAPÍTULO
VEINTITRÉS

Corro. Con todas mis fuerzas. Sin descanso. Pero mis pies no pisan firme. Se deslizan y se hunden en la hierba; el barro se los traga como si fueran arenas movedizas. Cada zancada es una batalla, y la estoy perdiendo. Por alguna razón, me encuentro en el parque, sin nada de lo demás. Sin toda esa paja que mi cerebro se empeña en crear al principio de estas pesadillas.

La oscuridad me rodea, salvo por el suave resplandor de las farolas en los límites del parque, a lo lejos. El sonido de los coches llega apagado, distorsionado, ahogado por el ruido de mi respiración agitada.

Doy un paso hacia delante, pero me caigo de bruces y aterrizo en el fango. Es la primera vez que me pasa esto. No me gusta. Es todo tan nuevo y extraño. Consigo ponerme en pie a duras penas, me limpio el barro de los dedos y de la cara y me lo quito de los ojos. Entonces lo veo. A Michał, tendido boca arriba como siempre, la lluvia golpeando su cuerpo sin vida. Nathan está de pie junto a él, como un director en el centro de una orquesta aterradora. Kasia está a su lado, empapada. Tiene los ojos muy abiertos y vacíos, y cuando le miro las manos, siento que la bilis me sube por la garganta. Las tiene cubiertas de sangre, de nuevo por encima de las muñecas. Gotea lentamente hasta el suelo. La llamo por su nombre, pero no se inmuta. No parpadea. Parece perdida, ausente, distinta. Como si el hombre que tiene al lado le hubiera lavado el cerebro y la hubiera manipulado para que matara salvajemente a su tío.

—Kash, ven aquí. Aléjate de él.

Ella gira la cabeza y Nathan se inclina para decirle algo que no consigo oír. Me fallan las rodillas y caigo al suelo; el barro y el agua se filtran en los pantalones del uniforme y me congelan por dentro.

Grito. Intento ponerme en pie, correr, abrirme paso a través del barro, pero mis piernas son como anclas y el campo es un océano.

Cuando vuelvo a levantar la vista, veo a mis padres allí, de pie a cada lado de Nathan y Kasia. Se me hunde el pecho. Miran a Nathan y a Kasia, luego a mí, sin verdadera sorpresa en sus caras. Sin horror. Solo un resentimiento sereno.

—¿Qué coño está pasando?

Mi madre ladea la cabeza. «Nunca te quisimos, Tomek. Fuiste el último chico. Fuiste un error. Fuiste el que nunca quisimos tener».

—Deberías haber sido tú —interviene mi padre con voz calmada —. No Michał. Siempre deberías haber sido tú.

Intento decir algo, lo que sea, pero el sonido que se me escapa de la garganta es un grito ahogado. Se me cierra tanto que creo que me voy a asfixiar. Golpeo el suelo con ambos puños hasta que me duelen los nudillos; la lluvia martillea mis brazos y me los deja helados.

Me derrumbo delante de ellos. Vomito, un sonido leve e inútil que la tormenta engulle. Mis hombros se sacuden con espasmos. Las lágrimas se mezclan con la lluvia y el barro y se asientan en los surcos de mi cara. Me miran como si fuera una molestia de la que hay que deshacerse, un trozo de mierda pegado en un zapato.

De la oscuridad que hay tras ellos, algo se mueve y se va enfocando.

Una figura. Una figura sin rasgos: ni ojos, ni boca, solo la insinuación de donde debería estar la cara, como si alguien hubiera pintado una máscara y luego la hubiera borrado con agua. Pero sé exactamente quién es.

—¡Charlie…! —grito, pero mi voz está demasiado rota.

Charlie, más que andar, se desliza hacia nosotros con movimientos lentos y deliberados, hasta que se detiene junto a Kasia y le pasa un brazo por los hombros.

—Somos una gran familia, Tomek —dice con una voz profunda, demoníaca, casi de otro mundo que no reconozco—. Vamos a estar mucho mejor sin ti.

—¿Lo ves? —dice Nathan, pasando el brazo por los hombros de Kasia—. No te necesitamos. —Señala a Michał—. El próximo serás tú.

El brazo de Charlie se aprieta alrededor de Kasia. El gesto es casi afectuoso. —Ya puedes irte, Tomek —dice—. Vete por el camino largo. Nosotros nos encargaremos del resto.

Entonces hay un corte. Y la pesadilla infernal termina.

CAPÍTULO
VEINTICUATRO

Tomek había pasado las últimas horas intentando seguirle la pista a Nathan. La búsqueda de Sean con la matrícula que le había proporcionado había sido una pérdida de tiempo; en los archivos de la DVLA no constaba ningún vehículo que se correspondiera con la matrícula del BMW blanco. Era falsa.

Lo único que Tomek tenía era el nombre que Nathan le había dado. Su nueva identidad. Michael.

Pero aquello era como buscar una aguja en un pajar. ¿Cuántos Michaels habría en el condado, por no hablar del país entero? Podía filtrar los registros por la edad de Nathan y la ubicación como Essex, pero no había ninguna certeza de que Nathan estuviera viviendo siquiera en Essex, y aun así la búsqueda arrojaría demasiados resultados para poder manejarlos. Lo más probable era que a Nathan lo hubieran alojado en cualquier otra parte del país, urdiendo su plan desde la distancia.

Solo contaba con medio nombre.

Tomek se recostó en la silla, soltando el aire entre los dientes. Nathan era ahora un fantasma. Un fantasma que lo atormentaba tanto en el presente como en sus sueños.

No quería ni pensar en la pesadilla que lo había mantenido despierto.

—¿Tomek?

La voz sonaba lejana. Parpadeó y levantó la vista para ver a Rachel acercándose de nuevo a él, con un papel en las manos y el

pelo recogido en una coleta que parecía hecha a toda prisa.

—¿Estás prestando atención esta vez? —le preguntó al detenerse a su lado.

—Sí —mintió él. Solo podía pensar en Nathan y en Charlie, uno a cada lado de Kasia, abrazándola.

Nunca te hemos querido, Tomek.

—Bien. He estado revisando las notas del antiguo caso de la desaparición de Mason Alexander y creo que sería buena idea volver a hablar con uno de los amigos de la víctima a los que se entrevistó en su momento. A ver si se nos escapó algo.

Tomek asintió una vez, luego dos, pero su mente no estaba allí.

Rachel se detuvo, frunciendo ligeramente el ceño. —¿No estás escuchando, verdad?

Él apartó la mirada de la pantalla, parpadeó con fuerza y esbozó una media sonrisa cansada. —Sí. Claro. Suena bien. Hazlo.

Ella lo estudió un instante más. —De acuerdo. Lo organizaré.

Mientras se alejaba, Tomek volvió a la pantalla. Los nombres bailaban ante sus ojos, indistinguibles, mientras la voz de su sueño le susurraba en el fondo de su mente.

Somos una gran familia, Tomek.

El próximo serás tú.

CAPÍTULO
VEINTICINCO

Tomek se comportaba de forma extraña. Más brusco y grosero de lo normal, lo que no era propio de él. Rachel no sabía qué pasaba, pero esperaba no haber hecho nada para molestarlo. Con Nick, Sean y los demás de la oficina parecía estar bien; solo se mostraba así con ella. ¿Le estaba dando demasiadas vueltas? No lo sabía. ¿Tenía algo que ver con su hermano? Posiblemente. Sabía que el aniversario de la muerte de su hermano era por esta época del año. El peor regalo de Navidad que uno pueda imaginar.

Apartó esos pensamientos mientras aparcaba frente a la pequeña oficina de Brentwood.

Harvey Needham trabajaba como asesor de gestión de patrimonios para una pequeña empresa independiente de planificación financiera. Según la investigación original sobre la desaparición de Mason Alexander, este hombre de cuarenta y cinco años había sido uno de los amigos más cercanos de Mason, alguien con quien ocasionalmente había compartido información personal. Sin embargo, en aquel momento, no había sabido nada sobre la desaparición de Mason.

Rachel había querido acallar la voz de la duda y la sospecha en su cabeza.

Aparcó a un lado de la carretera y se dirigió a la oficina, protegiéndose el pelo de las ráfagas de viento que la azotaban. Abrió la puerta y entró, recibiendo de lleno una ola de calor: un cambio repentino del frío exterior al abrazo de la calefacción central.

Rachel se detuvo justo detrás de la puerta de cristal, sacudiéndose la lluvia de la manga del abrigo mientras examinaba el espacio. La oficina era moderna, con una zona de espera a su izquierda dispuesta con un par de sillones de tela gris y una mesa de centro baja sobre la que se apilaban folletos satinados que parecían intactos. La recepcionista levantó la vista de la pantalla con una sonrisa educada y profesional. —¿Puedo ayudarla?

—Vengo a ver a Harvey Needham —respondió Rachel, sacando la placa del bolso y mostrándola brevemente.

La recepcionista asintió y marcó un número en el teléfono. Un instante después, apareció un hombre desde el fondo. Era alto y ancho de cintura, con un pelo ralo cuidadosamente peinado. Llevaba un traje azul marino que le quedaba un poco demasiado estrecho en la cintura, y la corbata estaba ligeramente torcida.

—¿Harvey Needham? —preguntó Rachel.

—Soy yo —dijo él, tendiéndole la mano—. ¿En qué puedo ayudarla?

Ella le mostró la placa. La expresión de él se ensombreció de golpe.

—Me llamo agente Rachel Hamilton. ¿Podría concederme unos minutos de su tiempo?

El color desapareció del rostro y los labios de Harvey. —Por supuesto. Pase… pase.

La condujo con vacilación por un corto pasillo hasta llegar a una pequeña sala de reuniones, apenas lo bastante grande para la mesa redonda y las cuatro sillas que se apretujaban en ella. Una pizarra blanca colgaba de una pared, y una única ventana que daba al aparcamiento estaba surcada por la lluvia.

—Acogedor —comentó Rachel mientras se sentaba frente a él, sacando su libreta y un bolígrafo del bolso.

—Aquí es donde traemos a nuestros clientes —dijo él, mirando la libreta con recelo. Se alisó la corbata mientras se sentaba—. Es un lugar agradable y tranquilo para conocerlos y comprender mejor sus necesidades financieras.

—No lo dudo —respondió ella educadamente—. ¿Cuánto tiempo lleva trabajando aquí?

—Unos diez años.

—¿Y siempre ha trabajado en el sector financiero?

Él asintió con cautela.

—¿Le gusta?

—Es lo único que he conocido. Paga las facturas, supongo.

La forma de vida moderna. Trabajar en algo que odias hasta el día de tu muerte. ¿Qué podría ser mejor?

—Entiendo que todo esto sea un poco repentino y confuso —continuó Rachel—. Sin embargo, estoy aquí por Mason Alexander.

—¿Quién?

Ella repitió el nombre.

—No me suena de nada. ¿Debería saber quién es?

—Fueron juntos al instituto. Desapareció a principios de los noventa. Usted y él eran amigos.

El reconocimiento fue apoderándose lentamente de su rostro, acompañado de una sensación de reticencia. —¿Mason? Sí, lo recuerdo. Lo siento, es un nombre que olvidé hace mucho tiempo. Ha pasado tanto… ¿Qué…? ¿Por qué ha venido a verme por él?

—Porque hemos encontrado su cuerpo.

El rostro de Harvey se contrajo como si le hubieran dado un puñetazo. —¿Han encontrado su… cuerpo? —repitió con un hilo de voz—. Pero… ¿Mason? Joder. Después de tanto tiempo… ¿Dónde?

—En las marismas de Pitsea.

Harvey se frotó la mandíbula. —¡*Joder*!

—Como es natural, hemos reabierto la investigación sobre su desaparición, ya que la autopsia ha revelado que Mason sufrió lesiones que podrían haberle costado la vida.

—¿Quiere decir que lo *mataron*?

—Es algo que estamos investigando.

—*Joder*. —Dejó escapar un silbido corto y agudo entre los dientes.

—Esperaba que pudiera recordar algo sobre la última vez que lo vio, o si se le ocurre alguien que pudiera haberle hecho esto.

Negando con la cabeza, Harvey se inclinó hacia delante, apoyando los codos en la mesa. El movimiento, de alguna manera, lo hizo parecer más alto, más dominante. —Puedo intentarlo, pero

fue hace treinta años. Han pasado muchas cosas. De todas formas, ¿no les conté ya todo lo que sabía en aquel entonces? Juraría que hablé con unos cinco policías diferentes.

unsurpassed>

—Los archivos son confusos —mintió ella—. Hubo un incidente en el que no se pudieron recuperar todos, así que voy a necesitar que lo repase de nuevo para mí. ¿Cómo describiría su relación con Mason Alexander?

Harvey se removió en la silla; la pregunta claramente le pesaba más de lo que quería admitir. —¿Relación? Es una palabra muy fuerte para describirlo. No diría que éramos íntimos. En absoluto. Él, en cierto modo… se me acoplaba.

Rachel ladeó la cabeza, observando cómo los dedos de él jugueteaban con el nudo de la corbata. —¿Se le acoplaba?

—Sí. Mason no tenía amigos propios en el instituto. No de los de verdad. Iba a la deriva, se pegaba a la gente. Y yo… bueno, supongo que me daba pena. Era raro. Siempre al margen. Yo tampoco es que fuera el más popular, pero él… él era peor. Así que hablaba con él de vez en cuando, por cortesía.

Rachel dejó que el silencio se asentara un momento, con el bolígrafo suspendido sobre la libreta. —¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—En el instituto. El día que desapareció.

—¿Qué recuerda de ese día? ¿Habló con él?

Harvey asintió lentamente. —Sí. Hablamos a la hora de comer, creo. No paraba de hablar de que iba a quedar con unos amigos. Pero no me lo creí. Por aquel entonces, Mason decía muchas cosas que no eran verdad. Quería aparentar que tenía una… vida. Una vida social. Era un poco fantasma. Pero casi todo eran bobadas. Supuse que ese día era más de lo mismo.

Rachel tomó una nota; el rasgueo de su bolígrafo llenó la estrecha habitación. —¿Le dijo algo sobre esos amigos?

Harvey negó con la cabeza. —Y, para ser sincero, nunca le pregunté. No me interesaba.

—¿Mencionó alguna vez adónde le gustaba ir? ¿Algún sitio que usted conozca?

—Sí, de hecho. Solía dar la tabarra con el paso elevado de Pitsea, al lado del Tesco grande. Dios sabe por qué. Creo que quedaba allí con un par de personas de vez en cuando, pero ¿quiénes eran? Ni idea. Aparte de eso, no tengo nada más que contarle.

Rachel se echó ligeramente hacia atrás, con la mirada fija. —El paso elevado de Pitsea —repitió, subrayándolo en la página.

—Eso es —dijo Harvey, abriendo las manos como para demostrar que no tenía nada más que ofrecer—. Ojalá pudiera decirle algo más. Pero, como ya he dicho, fue hace mucho tiempo.

CAPÍTULO
VEINTISÉIS

Tomek esperó lo que le pareció una eternidad, de pie al otro lado de la puerta y con la cabeza gacha, intentando esquivar a cualquier compañero que pudiera bombardearlo a preguntas y sugerencias que ni le importaban ni tenía cabeza para tolerar.

Finalmente, Nick lo llamó a su despacho. Tomek abrió la puerta de golpe y casi saltó dentro. La cerró rápidamente a su espalda y se giró para ver al inspector jefe cerrando una libreta. Aquella mañana, Nick llevaba el uniforme de gala de la policía y parecía descansado.

—Buenos días, Tomek.

—Eh... Hola. —Apartó la silla de debajo del escritorio y se sentó en ella apresuradamente—. ¿Cómo va todo? Yo…

—Tomek —lo interrumpió Nick, levantando una mano para cortarlo—. Ya me imagino por dónde vas…

—Nathan.

—Sí. Y me temo que no te traigo muy buenas noticias.

La tensión y la aprensión en los hombros de Tomek se intensificaron, y su moral cayó en picado.

—No tengo nada concreto que darte —dijo Nick sin rodeos.

—¿Qué… qué has intentado hasta ahora?

—He contactado con un par de amigos que trabajaban en Instituciones Penitenciarias pero ya se han jubilado. Me he puesto en contacto para ver si pueden escribir a sus contactos o mover algunos hilos para conseguir información.

La frustración de Tomek fue en aumento. —¿Así que le has preguntado a un amigo de un amigo? —Su tono decayó—. Alguien que ya ni siquiera trabaja para ellos.

Nick hizo una pausa antes de responder, trazando un contorno con las uñas en un bloc de notas. —Voy a dejar pasar esa —dijo con calma—. Sé que estás de los nervios, sé que estás estresado, sé que estás ansioso por averiguar dónde vive este tipo, pero, créeme, esta información es altamente confidencial y no se comparte con nadie ajeno a quien corresponde por una razón. La gente que entra en este tipo de programas tiene una diana en la espalda, y si se filtrara algún dato suyo al público, tendríamos un puto follón entre manos, por no mencionar que pone en riesgo la seguridad de la persona.

—Bien —replicó Tomek—. Quiero que la gente sepa dónde está. Quiero que la gente sepa lo que hizo. Quiero que la gente sepa dónde pueden encontrarlo. Y más importante aún, *yo* quiero saber dónde puedo encontrarlo.

Nick entrelazó los dedos y apoyó los codos en la mesa. Frunció los labios. —Por desgracia, no funciona así. Ahora me has dejado un poco preocupado por lo que podrías hacer con esa información, si es que llegamos a encontrarla.

Tomek enderezó la espalda e infló el pecho. Nick no necesitaba saber toda la verdad. Solo una parte.

—Voy a asegurarme de que mi familia esté a salvo —dijo.

Nick sopesó la idea, inspirando profundamente. —Sé lo que eso conlleva, colega. No nací ayer. No puedo… no puedo, en conciencia, darte ninguna información si creo que vas a hacer algo de lo que luego te arrepientas.

Tomek lanzó las manos al aire. —¿Entonces para qué coño aceptaste ayudarme?

—No me hables así. Estoy intentando hacerte un favor. Estoy intentando conseguir sus datos por si la caga y necesitamos encontrarlo.

—Para entonces, podría ser demasiado tarde. Si le hace algo a mi familia, tú y todos los demás seréis los últimos en enteraros.

Tomek se levantó de la silla y se dirigió a la puerta.

—¿Adónde vas? —le preguntó Nick.

Tomek puso la mano en el pomo. —Si no vas a ayudarme, lo haré yo mismo.

—¿Cómo?

—No lo sé. Pero encontraré la forma.

CAPÍTULO
VEINTISIETE

Hacía frío fuera de la comisaría; el aire le picó al instante en las mejillas y se le coló por la garganta. El aparcamiento se extendía ante él, con hileras de asfalto mojado que relucían como hielo negro bajo un cielo desvaído. Su aliento se elevaba en nubes de vaho que se desvanecían antes de alcanzarle la coronilla. Justo cuando empezaba a caminar hacia su coche, al fondo del aparcamiento, una figura surgió de detrás de un utilitario pequeño. Tomek no reconoció la matrícula, pero sí a la persona que se dirigía hacia él a grandes zancadas.

La visión le hizo detenerse y mirar con incredulidad.

Se le acercó rápidamente, como si intentara evitar que se diera la vuelta y saliera corriendo. Ataviada con un grueso abrigo de invierno y una bufanda que le cubría la barbilla y la nariz, solo se le veían los ojos. A pesar de ello, Tomek la reconoció al instante. Aquellos ojos que hacía mucho tiempo que no miraba. Aquellas pestañas que una vez había admirado profundamente.

—Hombre, ¡benditos los ojos! —dijo Abigail Winters al detenerse frente a él, con un deje de coqueteo y afecto en el tono.

Tomek se hundió las manos más en los bolsillos, esforzándose por no tocarla, no abrazarla, no darle pie ni ideas, algo a lo que ella era propensa. —¿Qué haces aquí, Abigail?

—*Trabajar*. ¿Qué si no? —Inclinó la cabeza hacia la comisaría mientras sus ojos recorrían el rostro de él—. A mi equipo y a mí nos ha llegado el rumor de que han descubierto unos huesos en las

marismas de Pitsea. He intentado ponerme en contacto con Sean y Martin para que me hagan algún comentario, pero no he tenido respuesta. Así que he pensado..., ¿por qué no ir directamente a la fuente?

Tomek señaló en la distancia. —La *fuente* está a unos quince kilómetros en esa dirección —replicó con sorna—. Aunque probablemente les saques tanto provecho como nosotros por ahora.

—¿Así que no sabéis a quién pertenecen?

—No he dicho eso. Pero hay un límite a lo que podemos averiguar en un par de días, Abi. Si quieres algo, vas a tener que esperar.

—¿Y qué hay de ti?

Tomek echó a andar, pero se detuvo en seco. —¿Qué acabas de decir? —preguntó, girándose a medias.

De repente, Abigail se volvió esquiva y tímida, como una adolescente en el patio del colegio, no la mujer segura y resuelta que él conocía. —He estado pensando…

Tomek suspiró. —Ya hemos hablado de esto. No puede funcionar.

—Y no tiene por qué —replicó ella, recuperando la confianza—. Quiero decir, te he echado de menos. Y sé que juntos somos bastante tóxicos, pero…

—Solo quieres sexo, ¿a que sí?

—No tienes por qué ser tan directo.

—Contigo sí.

Ella dio un paso adelante y bajó la voz. —¿Es eso tan malo?

Sí. Lo era. En su estado de cansancio y falta de sueño, no necesitó mucho tiempo para pensar en ello. Había una razón por la que se habían separado, una razón por la que no podían seguir juntos. Su relación era tóxica, transaccional y solo sobrevivía a base de hacerse favores mutuamente. Pero mentiría si dijera que no se sentía solo. Había momentos, en la profundidad de la noche, mientras yacía despierto mirando al techo, en que la echaba de menos. Bueno, no a ella, sino su *presencia*. Su calor contra el suyo. Su piel contra su piel. Su consuelo. Una parte de él —una porción pequeña, minúscula, casi microscópica— pensaba que podría ser una buena idea. Una distracción del caos que se desarrollaba en su

vida y en la de Kasia. Claro, tenía a Kasia y a Sean en casa, pero no era lo mismo. Ni de lejos.

«Quizá si me desespero *de verdad*», pensó.

—No puedo —dijo—. Tengo a Kasia.

—Eso no nos detuvo antes.

—Y a Sean.

—No me van los tríos, Tomek.

—Está viviendo conmigo.

Los ojos de ella se abrieron de par en par por la sorpresa. —¿Desde cuándo?

—Desde que no tenía adonde ir.

—¿Cuánto tiempo va a ser eso? —preguntó.

—Unas semanas, quizá meses. Nadie lo sabe. Y él menos que nadie. Pero no puedo echarlo antes de Navidad. Eso no es muy navideño.

—Porque tú eres famoso por ser la persona más festiva de todo Essex.

Tomek se rio del comentario. —Ha sido un placer hablar contigo, Abs. Si no te veo antes del gran día, que tengas una feliz Navidad.

Empezó a caminar hacia su coche.

—Podríamos ir a tomar una copa alguna vez —gritó ella—. O siempre queda mi casa, si te apetece.

La ignoró mientras cruzaba el aparcamiento.

—¡Piénsatelo! ¡Y no te pierdas!

CAPÍTULO
VEINTIOCHO

El paso elevado se cernía sobre él como una enorme bestia gris, con el vientre trepidando por el rugido incesante de los neumáticos y motores que pasaban a toda velocidad sobre las grietas y juntas del hormigón. Mason intentó que no lo intimidara. Se dijo a sí mismo que solo era ruido y que el paso elevado no se derrumbaría sobre él para matarlo.

El aparcamiento bajo la losa de hormigón estaba vacío, salvo por algunos cristales rotos esparcidos, un contenedor de basura volcado y una hilera torcida de carros de la compra que se oxidaban juntos, iluminados con un apagado tono anaranjado por una farola igual de sucia y abandonada. El penetrante olor a meados le picaba en la nariz, aunque no vio rastro de la persona, o personas, que lo habían dejado.

Le dio una patada a una lata de Coca-Cola cercana, que cayó al suelo con estrépito y dio unas vueltas hasta detenerse. Aquel era su sitio, ¿o no? No el instituto, con todos los chicos *normales*; los tíos que tenían a sus colegas y sus chicas, y cuyas risas los seguían como un desfile. Mason era la quinta rueda que nadie había pedido. El raro. El que sobraba. Harvey lo había tolerado durante un tiempo, sobre todo por pena. Mason lo sabía. No era tonto; podía verlo en los ojos de Harvey cuando intentaba quitárselo de encima al salir de clase. Pero se dio cuenta de que no los necesitaba en su vida. No necesitaba que la gente le tuviera pena. Por eso había hecho nuevos amigos, gente en la que podía confiar. Gente que se le había

acercado un día después de clase y se había puesto a hablar con él, a conocerlo, a hacerle preguntas sobre él mismo, a crear un vínculo. Gente que desde el primer momento le pareció auténtica e interesada en él como persona. Gente con la que había mantenido el contacto desde entonces.

Porque les gustaba, y a él le gustaban ellos. Y querían verlo. Él *importaba*.

Volvió a darle una patada a la lata, esta vez más fuerte. El clang agudo del aluminio resonó bajo el paso elevado. Sonrió levemente, imaginando que era un gol, imaginando a la gente coreando su nombre en lugar de soltarlo con desdén por los pasillos.

—Mason.

La voz surgió de entre las sombras de los pilares y una oleada de alivio le disipó el frío del pecho. Se giró hacia el sonido, sonriendo ya.

—¡Mason! —Otra vez, más clara, más cerca.

Habían venido. Tal como habían dicho.

Pasó el peso de un pie a otro, con un hormigueo de nervios y emoción en el estómago. No te muestres *demasiado* ansioso. No parezcas desesperado. Se recordó a sí mismo que debía hacerse el interesante.

Aun así, una parte de él ardía con la esperanza de que quizá aquella fuera la noche en que las cosas cambiaran. De que quizá mañana en el instituto no sería solo el chico que iba detrás, el no deseado. De que quizá la gente por fin lo miraría de otra manera. Y puede que tuviera una historia digna de la atención de Harvey.

—¡Estoy aquí! —respondió, y su voz rebotó por el espacio húmedo y hueco.

Entonces empezó a caminar hacia las sombras.

CAPÍTULO
VEINTINUEVE

De todas las responsabilidades que recaían sobre los hombros de Chey durante una investigación, la que más detestaba era la de revisar interminablemente horas y horas de grabaciones de las cámaras de seguridad. A menudo se encontraba mirando fijamente durante horas imágenes de escenas que no cambiaban, en busca del más mínimo indicio de movimiento o analizando pruebas que eran demasiado granuladas para distinguirlas.

Era un trabajo que se volvía infinitamente más difícil cuando la grabación tenía treinta años, estaba mal iluminada y parecía coloreada por un niño pequeño.

En ese momento, estaba viendo una toma del paso elevado de Pitsea desde unos treinta metros de distancia. La filmación era entrecortada y en blanco y negro, y los píxeles se fundían cada vez que los faros de un coche cruzaban la pantalla. Estaba encorvado en un escritorio de metal en las profundidades de la cámara acorazada de registros de Southend, una instalación subterránea que se parecía más a un banco que a un archivo policial. El lugar estaba fuertemente custodiado: todos los agentes tenían que fichar al entrar y al salir, y cada caja se rastreaba meticulosamente con códigos de barras y escáneres. Unas estanterías del suelo al techo albergaban pruebas de décadas de investigaciones: expedientes amarillentos, armas incautadas, teléfonos rotos, bolsas de pruebas y cintas VHS que olían ligeramente a moho. Montañas de historia registrada que no había sido olvidada, ni lo sería jamás.

El Ordenador Nacional de la Policía lo había dirigido hasta allí. Tras la revelación de Rachel sobre Mason Alexander y la conexión con el paso elevado de Pitsea, Chey había buscado referencias cruzadas de viejos incidentes de la misma época y lugar. Y por un golpe de suerte —el tipo de coincidencia que, como le había recordado Victoria, las investigaciones rara vez deparaban—, había habido un accidente de coche mortal cerca del paso elevado la noche que Mason desapareció. A raíz de ello, los agentes que acudieron al lugar se habían incautado de las grabaciones de seguridad de los negocios cercanos y del ayuntamiento, las habían metido en cajas y las habían enviado a la cámara acorazada, donde habían permanecido olvidadas desde entonces.

Y ahora, Chey era el pobre diablo que tenía que revisarlas todas.

Se frotó los ojos y se acercó más a la pantalla. Una figura apenas visible se movía bajo el paso inferior: un chico, quizá de catorce o quince años, que pateaba algo por el hormigón. La calidad era tan mala que apenas parecía más que una mancha de luz y sombra, pero, aun así, a Chey se le encogió el estómago.

Mason Alexander. Tenía que ser él.

Avanzó la grabación rápidamente; la vieja cinta zumbaba débilmente mientras la imagen trepidaba. El chico caminaba de un lado a otro, se agachaba y volvía a patear. Entonces, dos formas se movieron en el extremo del encuadre, recortadas contra la oscuridad. Chey congeló la imagen y entrecerró los ojos con fuerza. Las figuras estaban borrosas, casi indistinguibles la una de la otra, y se fundían con los bordes oscuros de la pantalla. Pero estaba seguro de que reconocía su atuendo: chándales típicos de la época. ¿En cuanto a su edad? Imposible de determinar.

Pero no tenía ninguna duda de que aquellos dos individuos estaban allí para encontrarse con Mason Alexander, y que quizá fueron los últimos en verlo con vida.

Reanudó la grabación.

La cinta avanzó a trompicones, el grano cambiaba con cada parpadeo, como el comienzo de una película de terror. Mason apareció en el encuadre, moviéndose lentamente al principio, mirando hacia atrás como si hubiera oído algo. Luego volvió a patear

aquel objeto —una lata, quizá, o una piedra— y lo mandó fuera de la vista con un traqueteo. Vaciló y después se dirigió hacia las figuras. No saludaron ni le hicieron señas para que se acercara, al menos no de una manera que la grabación captara. Simplemente esperaron, expectantes.

Segundos después, Mason llegó hasta ellos. Su lenguaje corporal era alegre y jovial, y caminaba con brío, lo que sugería que conocía a las personas con las que iba a reunirse. Una de las figuras se movió y miró hacia la carretera de arriba mientras los faros de un coche destellaban sobre ellos, con los rasgos todavía ocultos. Luego, con el más leve movimiento —una inclinación de cabeza, una seña —, los dos echaron a andar.

Mason los siguió.

Chey casi pegó la cara al monitor, deseando que la imagen se volviera más nítida. El trío se adentró en las entrañas de hormigón del paso elevado. Al principio, Mason se quedó un paso por detrás, pero luego acortó la distancia y su silueta se fundió con las de ellos.

Y entonces desaparecieron.

Engullidos por la oscuridad.

Chey pulsó el botón de pausa y se quedó mirando el fotograma. Solo quedaba el aparcamiento vacío, lleno de carritos de la compra abandonados y restos de basura que ondeaban al viento. Ningún movimiento. Ningún chico. Ninguna figura. Nada.

Rebobinó y volvió a reproducirla, sus ojos recorriendo cada rincón, cada parpadeo de movimiento. Pero cada vez, el resultado era el mismo: alguien que creía que era Mason Alexander adentrándose en la oscuridad con dos figuras desconocidas y no regresando jamás.

Chey se recostó lentamente en la silla, que crujió bajo su peso. Sintió un nudo en la garganta. Durante treinta años, la pregunta había sido qué le ocurrió a Mason después de esfumarse. Y ahora, mirando aquella pantalla, Chey sabía que estaba presenciando el momento en que todo comenzó.

El último avistamiento de Mason Alexander con vida.

CAPÍTULO
TREINTA

Una bofetada de aire cálido y viciado recibió a Tomek al entrar en el Fork and Spoon. El repentino cambio de temperatura le provocó al instante una fina capa de sudor en la espalda y el cuello, lo que le obligó a quitarse el abrigo.

—Buenas, sargento —dijo Ian mientras Tomek se acercaba, metiéndose el abrigo bajo el brazo. Ian miró su reloj—. ¿Por aquí a la misma hora con un par de días de diferencia? Si no te conociera, diría que algo va mal.

—Lo de siempre, por favor. —Tomek se subió de un salto a un taburete de la barra.

Con un gruñido a regañadientes, Ian empezó a servir la pinta. Mientras los ojos de Ian estaban fijos en Tomek, la mirada de Tomek estaba clavada en el néctar ambarino que llenaba lentamente el vaso. Pensando. Pensando en Abigail y su proposición, aunque no quisiera. La había eliminado de su vida por una razón. Y, sin embargo, había algo en ella, un magnetismo que seguía atrayéndolos. ¿Era solo sexo o podía ser algo más? ¿Podrían intentar reavivar su relación? Recordó la vez que ella había ido a limpiar el piso después de que Kasia y su amiga lo hubieran puesto patas arriba. Había llegado con bandera blanca, afirmando que estaba allí como amiga, de una manera puramente platónica. ¿Había sido sincera? En aquel momento, él no lo creyó; pensó que había un motivo oculto en sus esfuerzos. Pero de eso hacía ya tanto tiempo, y Abigail no era el tipo de persona que jugaba a largo plazo, no

cuando tenía un periódico que dirigir que requería actualizaciones casi minuto a minuto.

—Serán diez libras, por favor, colega.

Cuando la mirada de Tomek volvió al presente, la cerveza había aparecido mágicamente frente a él. Le encantaba cuando eso ocurría. Estaba demasiado ocupado admirando la fina capa de espuma sobre su pinta expertamente servida como para registrar lo que Ian había dicho. Pero, a medida que las burbujas iniciales empezaron a desvanecerse, las palabras resonaron en su mente.

—*¿Cuánto?*

—Diez libras.

—Pero ¿qué...? ¿Desde cuándo? El otro día solo me cobraste cinco.

—Estoy cuidando de ti —dijo Ian, apoyándose en la barra. El local estaba vacío, salvo por un tipo que Tomek reconoció en la esquina, desplomado contra la pared como si estuviera dormido. O muerto.

—¿Cuidando de mí cómo, exactamente? ¿Dejándome sin blanca? A este paso, tendré que rehipotecar el piso.

—No quiero que acabes donde creo que vas a acabar; donde *parece* que vas a acabar.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde es eso?

—En un lugar muy oscuro y profundo, Tomek —respondió Ian, ahora con un tono más grave—. Lo veo todo el tiempo. Un montón de buenos hombres que van y vienen, algunos se quedan cada vez más tiempo hasta que terminan aquí indefinidamente porque no les queda nada.

Tomek resopló, ignorando las palabras que le entraban por un oído y le salían directamente por el otro. —Tú eres el que les proporciona el alpiste. Tú eres el que contribuye al problema.

Ian negó con la cabeza. —Lo mismo pasa con las tiendas de licores. Lo mismo con los supermercados. Lo mismo con los bares y las discotecas. Somos el síntoma, no la cura. Has venido aquí dos veces en un par de días. Es lo que más te he visto en semanas y, para ser sincero, me gustaba bastante cuando no venías durante un

par de meses porque sabía que no estabas cayendo en ese pozo en el que la gente de tu profesión parece...

—Podría haber ido a otro pub —lo interrumpió Tomek—. No te habrías enterado de nada.

—Puede que sea verdad. Pero lo que digo es que ha habido un cambio en ti. Y creo que necesitas controlarlo antes de que empiece a irse de las manos.

Tomek resopló y dio un sorbo a su cerveza, incapaz de creer que el dueño de un bar le estuviera echando un sermón.

Como si le leyera la mente, Ian añadió: —Ya sé lo que probablemente estás pensando, ¿por qué coño un tipo de mediana edad, gordo, que está soltero y que probablemente morirá antes de cumplir los sesenta me está dando la tabarra por beberme un par de pintas? Y es comprensible. Pero lo he visto antes. Un tipo, con el mismo cargo que tú, hace unos veinte años, empezó a venir con más frecuencia de lo habitual y al final acabó perdiendo a su mujer y su trabajo. Hazme caso, no quiero ver que te pase lo mismo.

Tomek hizo una pausa y volvió a mirar al dueño del bar. Se dio cuenta de que la única manera de terminar con el sermón era dejar de reaccionar. —Ian —dijo, esta vez con más sinceridad—, estoy bien. De verdad. Solo han sido un par de días duros en la oficina y necesitaba un poco de tiempo para mí. Agradezco tu preocupación, de verdad. Eres un buen tipo por preocuparte por mí y por los demás, aunque te estés lucrando de mi abuso de sustancias y me estés dejando en la ruina.

La tensión en el rostro de Ian pareció aliviarse, aunque no del todo. —No puedo cobrarte un par de libras, ¿no? Entonces no aprenderás la lección y *yo* perderé dinero. No se puede tener todo.

Tomek se rio entre dientes y dio otro gran sorbo a su bebida. —Como sigas a este ritmo, no podré permitirme venir, así que perderás dinero de todas formas.

—Como me pongas los cuernos con otro pub, tendré que matarte. Tengo una máquina expendedora de un tamaño perfecto ahí detrás.

Tomek gruñó. —Para exhibirme a la vista de todos.

—Para que vean lo capullo que puedes llegar a ser.

Con eso, Ian le dio la espalda a Tomek y se acercó a un cliente que acababa de entrar en el bar.

Unas horas más tarde, Tomek estaba sentado en un reservado de la esquina, al fondo, medio oculto tras una ventana empañada, con la televisión poniendo algo sobre fútbol de fondo. Ya llevaba tres pintas; mucho menos de lo que había bebido la otra noche, pero las paredes empezaban a parecer un poco borrosas y su cuerpo estaba ligeramente hormigueante. Había empezado a llover de nuevo, un tamborileo constante que hacía que las farolas se difuminaran. Observaba las gotas competir entre sí bajando por el cristal cuando una silueta se deslizó ante su vista: un BMW blanco. Se movía como un tiburón, suave y seguro de sí mismo, acercándose a los semáforos de enfrente del pub.

Al principio, no podía creer lo que estaba viendo. Tras parpadear un par de veces, se dio cuenta de que no era el alcohol; era la realidad. Nathan estaba sentado en el asiento del copiloto, con la cabeza inclinada hacia delante, concentrado en algo que tenía en el regazo, con el mismo corte de pelo y la misma ropa que el otro día.

Tomek reaccionó de inmediato. Salió de un salto de debajo de la mesa, pero con la prisa se golpeó la rodilla contra la pata, provocando que la pinta que había estado cuidando se volcara, derramándose por la madera antes de estrellarse en el suelo en un espumoso charco. El ruido hizo que algunas cabezas se giraran. Una mujer en el reservado de al lado le frunció el ceño, mientras que Ian miró desde detrás de la barra. Ignorándolos, apartó la mesa, chapoteó en el charco de cerveza y salió disparado del pub. Se lanzó hacia el coche, sin prestar atención a los peatones que había en la acera a su lado.

En el semáforo, el BMW estaba al ralentí, con los limpiaparabrisas moviéndose en lentos e interminables barridos. Tomek llegó al bordillo y se encontró lo suficientemente cerca como para leer la expresión de Nathan. Lentamente, Nathan levantó la vista del regazo hasta que sus ojos se encontraron con los de Tomek. Se abrieron de par en par, un destello de miedo cruzó su rostro.

Justo cuando Tomek levantaba la mano para alcanzar el tirador de la puerta, Nathan ladró algo al hombre del tatuaje de la lágrima y

el coche dio una sacudida hacia delante; los neumáticos escupieron agua al saltarse el semáforo en rojo. Tomek apuntó la matrícula mientras el BMW desaparecía por la calle resbaladiza. Era diferente, no era la matrícula que había rastreado a través de Sean la otra noche. Placas nuevas. Las tecleó en la aplicación de notas de su móvil antes de que se le olvidaran.

Tan rápido como los había visto, se habían ido.

Los había dejado escapar por segunda vez. Se estaba convirtiendo en una costumbre malísima y no le gustaba.

Para cuando Tomek empujó la puerta del pub, la lluvia le goteaba del pelo al suelo. El calor del interior lo envolvió, golpeándolo con más fuerza después de la ráfaga de frío de fuera. Ian estaba agachado junto al reservado, mascullando entre dientes mientras fregaba la cerveza derramada. Unos cristales rotos yacían en un pequeño y húmedo amasijo a sus pies. Levantó la vista cuando Tomek entró, enarcando una ceja.

—Ya sé que diez libras es mucho por una cerveza —dijo Ian, escurriendo una toalla en un cubo—. Pero no esperaba que destrozaras mi propiedad para desquitarte.

Tomek se secó la lluvia de la cara. —Lo siento, Ian. Cubriré el coste de uno nuevo. —Se agachó automáticamente, recogiendo unos cuantos trozos de cristal más grandes y dejándolos en el borde de la mesa. Le temblaban los dedos por la adrenalina residual.

—No pasa nada. Te invito a otra copa. —Se trasladaron a la barra —. ¿A qué coño ha venido eso? Saliste de aquí disparado como si hubieras visto un fantasma.

Tomek vaciló. Podría haberle restado importancia, echarle la culpa a la bebida o afirmar que creía que se había olvidado de cerrar el coche. Pero después de su conversación anterior, sintió que Ian merecía saberlo. —He visto a alguien —dijo al fin, bajando la voz—. El tipo que mató a mi hermano salió de la cárcel la otra semana.

—Joder. Eso es fuerte.

—Ya te digo. Tiene a un matón calvo que lo lleva a todas partes en un BMW blanco —continuó Tomek—. No tiene pérdida. Es grande, tiene una cicatriz sobre la ceja y un tatuaje de una lágrima debajo del ojo. Parece un tipo problemático porque lo es.

La fregona de Ian se detuvo a medio giro mientras miraba a Tomek con los ojos entrecerrados, pensativo. —Espera un momento... —Tamborileó el mango con las uñas—. Creo que el otro día entró alguien que se le parecía. No a tomar algo. Solo entró, se quedó junto a la puerta, echó un vistazo, no dijo ni una palabra y luego se fue.

A Tomek se le encogió el estómago. Se enderezó en el taburete. —¿Estás seguro?

—Todo lo seguro que puedo estar. Me dio mala espina, si te soy sincero.

—Ian, escúchame. Si lo vuelves a ver, me llamas de inmediato. No importa la hora que sea ni lo que esté haciendo. Necesito saberlo. Y dime si está con alguien, con quien sea. ¿Entendido?

Ian asintió lentamente, el peso de las palabras de Tomek flotando en el aire. —Entendido.

Tomek exhaló profundamente, dándose cuenta entonces de lo mucho que había estado conteniendo la respiración. —No te preocupes por esa pinta, Ian —dijo, girándose para bajar del taburete.

—¿No?

Tomek se metió la mano en el bolsillo, sacó un billete de diez libras y lo deslizó por la barra. —Las bebidas de las dos próximas personas que entren corren de mi cuenta.

—Sabes que con eso solo les llega para una bebida entre los dos.

—Quizá por esta vez podrías hacer una excepción.

Tomek se bajó de la silla, cogió su abrigo, se despidió y salió del pub. Una fuerte ráfaga de viento lo golpeó al pisar la acera. Envolviéndose en el abrigo, comenzó a caminar hacia casa. Apenas había llegado al semáforo cuando su móvil empezó a sonar en el bolsillo del pantalón.

Dawid. Su hermano mayor. Con vacilación, respondió a la llamada.

—¿A qué debo el placer?

—Me *debes* una explicación.

—¿De qué?

—¿Quieres decir que no lo sabes o te estás haciendo el tonto?

Tomek suspiró profundamente. —No necesito esta mierda ahora mismo, Dawid. ¿Vale? Supongo que has hablado con mamá.

—Y con razón. ¿Por qué no nos lo dijiste antes?

—No es tan fácil.

—Sí que lo es. Coges el teléfono y dices: «Ah, hola, Dawid. Siento molestarte, pero solo quería que supieras que la persona que mató a nuestro hermano sale de la cárcel mañana». En lugar de eso, decidiste guardártelo para ti porque eres un egoísta y querías ser el héroe.

Tomek se detuvo y miró hacia los cristales del Fork and Spoon, que brillaban bajo la llovizna y la neblina. El regusto persistente de la cerveza lo llamaba de vuelta.

—No sé qué quieres que te diga —respondió Tomek.

—No hay nada que puedas decir. El daño ya está hecho. Mamá y papá están furiosos, y con razón, y yo también.

—Les he dicho que me llamen si ven algo.

—¿Para que puedas guardarte la información para ti y luego decírselo a alguien cuando sea demasiado tarde?

Tomek se aclaró la garganta. Su paciencia se estaba agotando. No tenía tiempo para esto. No tenía que escuchar esto. Su hermano no era superior a él; no era mejor que él.

—¿Sabes qué, Dawid? Eras la última persona a la que quería decírselo. ¿Y sabes por qué? Porque eres un pedazo de mierda. Siempre me has tratado como a uno, como si estuviera por debajo de ti, como si fuera inferior. Es como si no fuera tu hermano, como si no fuera parte de la familia. Bueno, ¿sabes lo que te digo a eso? Pues muy bien. Y que te jodan.

Tomek colgó el teléfono, se lo metió en el bolsillo y se fue a casa hecho una furia, enfrentándose de cara al viento y a la lluvia.

CAPÍTULO
TREINTA Y UNO

Ha estado cerca. Demasiado cerca.

Ninguno de los dos había esperado que Tomek estuviera allí, ni que intentara meter la mano en el coche. Pero apenas había tiempo para pensar en ello; ya iban con retraso.

—¿Crees que la cámara captará la matrícula?

—Obviamente, Donovan —replicó Nathan con sorna—. Pero no va a ser un problema, ¿verdad? A no ser que no las cambiaras como te dije.

Donovan parecía inquieto en el asiento del conductor; la oscuridad que descendía con rapidez arrojaba una sombra ominosa sobre su tatuaje en forma de lágrima. —¿Estoy bastante seguro de que lo hice.

Nathan se tensó. —¿Qué quieres decir con que *estás bastante seguro*? ¡Te dije que las cambiaras después de cada visita!

—Lo sé, lo sé. Es que… —se removió, incómodo—. El estómago… Me está matando. Llevo días sin salir del baño.

—Más te vale no cagarte encima delante de mí —ladró Nathan—. ¿Para qué te pago? Será mejor que no hagas nada que nos lo joda todo. Llevamos mucho tiempo planeando esto y no podemos permitir que nada lo ponga en peligro.

—Lo sé, lo sé. —Donovan soltó un silbido agudo entre los dientes y cambió el peso de una nalga a otra. Una fina capa de sudor le cubría la frente.

Condujeron en silencio el resto del trayecto, salvo por los ruidos de malestar de Donovan. Nathan cerró los ojos, los ignoró e imaginó situaciones en su cabeza, permitiendo que una sonrisa asomara a las comisuras de sus labios al pensar en lo que le iba a hacer a Tomek Bowen.

El BMW salió de la rotonda de Pitsea y se metió por debajo del paso elevado de la A13. Había carros de la compra abandonados en ángulos extraños, oxidándose a la intemperie. Latas vacías, botellas rotas y envoltorios de comida rápida del McDonald's y el KFC cercanos se amontonaban en los charcos, desprendiendo un hedor agrio a comida rancia y grasa. Una solitaria farola de luz anaranjada parpadeaba sobre sus cabezas. A un lado, un grupo de «quemados» holgazaneaba junto a sus utilitarios tuneados, con los tubos de escape petardeando y rugiendo mientras revolucionaban los motores en su extraña forma de divertimento. Levantaron la vista hacia el BMW cuando pasó, pero pronto perdieron el interés.

Donovan detuvo el coche suavemente cerca del centro del paso subterráneo, con las tripas todavía revueltas mientras se limpiaba el sudor de la frente. Nathan ya miraba hacia delante, con los ojos fijos en el coche que esperaba al ralentí en las sombras.

Antes de que apagara el motor, Nathan abrió la puerta del copiloto y salió. Sus zapatillas chapotearon en un charco poco profundo mientras cruzaba el hormigón agrietado, y el ruido de los coches que pasaban por arriba y el eco de los motores ahogaban cada uno de sus pasos.

La puerta del coche que esperaba se abrió, y sus bisagras chirriaron en la noche húmeda. Salió un hombre alto, de hombros anchos y con el rostro ensombrecido por el resplandor amarillento. Se quedó allí un instante, con las manos a los costados, antes de avanzar con decisión.

Los labios de Nathan esbozaron una sonrisa mientras aceleraba el paso. Los dos hombres se encontraron bajo el haz de luz anaranjada de la farola y se abrazaron con fuerza.

—Me alegro de verte, amigo —dijo el otro hombre.

—Y yo a ti. Siento haber tardado tanto. Tenía que ponerlo todo en orden. ¿Qué te parece mi nuevo corte de pelo?

El otro hombre lo estudió brevemente. —Es una mierda. O pides que te devuelvan el dinero o no vuelvas a ir nunca más.

Rompieron a reír.

—¿Cómo va nuestro amigo? —preguntó el desconocido.

—Como esperábamos —respondió Nathan—. Está claro que reacciona como habíamos previsto. Mejor, de hecho. Lo hemos pillado en el pub, ahogando las penas. Se está volviendo loco.

—Bien.

—¿Y por tu parte?

—Avanzando. Solo quedan algunos cabos por atar.

—¿Seguimos según lo previsto?

El hombre asintió. —Van a ser unas Navidades para el recuerdo.

CAPÍTULO
TREINTA Y DOS

Por supuesto, el subconsciente de Tomek había tenido la amabilidad de regalarle otra pesadilla la noche anterior, igual que la última vez. El variopinto grupo formado por Kasia, Charlie, Nathan, Sean y sus padres, todos de pie, uno al lado del otro, sonriéndole con aire de suficiencia mientras la lluvia les azotaba desde todos los ángulos, salpicando en el barro. Sin embargo, había una pequeña excepción.

Una nueva incorporación al grupo: Dawid, su mujer y sus dos hijos.

Ahora la transición se había completado. Todos los de su vida, todos a los que quería, habían desertado y se habían pasado al otro bando. Ahora lo odiaban, y su conversación con Dawid lo había demostrado más allá de toda duda razonable.

Eres un egoísta…

Es demasiado tarde. El daño ya está hecho…

Tenía razón. Era demasiado tarde. El daño ya estaba hecho. Durante los últimos treinta años, desde la muerte de Michał, había sentido la necesidad de demostrar su valía ante su familia, de llenar el vacío que Michał había dejado. ¿Y para qué? A cada paso, había fracasado, encontrando nuevas e inspiradoras formas de decepcionarlos. A su vez, ellos habían encontrado nuevas e inspiradoras formas de menospreciarlo, excluyéndolo de la familia.

Bueno, que les den.

Si ellos no lo necesitaban, él tampoco los necesitaba a ellos.

La puerta del coche se abrió, sacándolo de sus pensamientos. Kasia estaba saliendo del asiento del copiloto cuando él volvió en sí.

—Que tengas un buen día —le dijo—. Recuerda lo que te dije.

—Ya lo sé, papá. Llevas diciéndomelo todos los días.

—Y el día que no te lo diga será cuando pase algo.

Kasia se echó la mochila al hombro. —¿Esto no va a ser para siempre, verdad?

Un grupito de alumnos de primero de la ESO, con mochilas más grandes que sus torsos, pasó con dificultad, caminando emocionados mientras veían algo en sus móviles.

—No lo sé, cariño. Espero que no.

Kasia gruñó, cerró la puerta y luego se adentró en el viento. Tomek la vio marchar, con el pelo agitándose a pesar de sus esfuerzos por mantenerlo bajo control. Desde el salpicadero, el aire caliente salía a toda pastilla por las rejillas del aire acondicionado, librando una batalla perdida contra la escarcha que se había formado durante la noche. Una ola de frío se había instalado en Essex, y su aliento se empañaba frente a él. Era el comienzo del invierno, y ya deseaba que terminara.

Deseaba que terminaran muchas cosas.

Incluidos los villancicos que llevaba escuchando las últimas cuatro semanas.

Kasia desapareció por la puerta del colegio, lista para otro día de aprendizaje e intentando vivir la vida de una adolescente normal. Se sentía culpable por la cantidad de estrés que le había causado, el dolor, la preocupación y las situaciones peligrosas en las que la había metido desde que había llegado a su vida. No se merecía eso; se merecía tener una infancia normal, una llena de amigos, risas, quedadas para jugar, actividades sociales, fiestas de pijama, estrés, ansiedad por los exámenes y las amistades, discusiones y peleas. No debería tener que mirar por encima del hombro cada dos por tres, preguntándose si alguien del pasado de su padre iba a atacarla o secuestrarla.

Se merecía algo mejor.

—Lo siento, Kash —susurró para sí, con la mirada clavada en el volante—. No sé qué hacer.

Justo cuando se disponía a arrancar, una silueta se deslizó ante su vista. Por un instante, el mundo se encogió. Un BMW se acercó a la acera, delante de él. Tomek sintió que se le oprimía el pecho mientras una mujer se inclinaba desde el asiento del conductor; llevaba el pelo en un moño apretado y una bufanda le cubría la boca y la nariz. Detrás de ella, un niño pequeño con una bandolera demasiado grande para él se bajó y corrió hacia la puerta del colegio. La mujer llamó a su hijo para que volviera, recordándole con severidad que tenía que hacer los deberes y disculparse con el profesor por el retraso, antes de lanzarle un beso al aire y marcharse.

La tensión en el cuerpo de Tomek se liberó. Por un momento, quiso reírse de sí mismo. ¿Qué le estaba pasando? ¿Estaba viendo cosas? ¿Era ahora cada coche blanco un presagio? ¿Lo habían llevado las pesadillas, la bebida y los sueños más allá de un límite del que no podía regresar?

—Estás en problemas, Tomek —se dijo a sí mismo.

Antes de que pudiera arrancar, su móvil vibró contra la consola, con una vibración lo suficientemente brusca como para hacerlo saltar. Lo cogió a tientas y miró la pantalla.

Abigail Winters.

Dejó el pulgar suspendido sobre el botón verde, sopesando cuál era la mejor forma de jugar sus cartas.

—Señorita Winters —dijo, con un deje de coqueteo en el tono.

—Señor Bowen —respondió ella del mismo modo—. He estado pensando en usted.

Él no dijo nada.

—Me preguntaba si podría pedirle su opinión sobre la última información que he recibido de su equipo.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es? —No tenía ni idea de a qué se refería; no había revisado sus correos electrónicos desde que se había ido de la oficina.

—La grabación de las cámaras de seguridad.

—¿Ah, sí?

—Me preguntaba si podría hacerme algún comentario al respecto.

Hizo una pausa. —¿Para qué lo necesita? Ya debería tener el de alguien…

—Sí, pero el pobre agente Carter no suena tan bien ni tan creíble como el sargento detective Bowen. Un sargento tiene más rango que un agente.

—¿Desde cuándo? —dijo en tono juguetón—. Nadie me lo había dicho.

Ella soltó una risita. —¿Qué me dice?

Él tartamudeó. —Tendré que responderle a eso más tarde. Tengo algunas cosas de las que ponerme al día.

—No es lo único a lo que tiene que responderme —replicó ella.

Supo al instante de qué estaba hablando. —¡Solo ha pasado un día!

—Lo sé. Solo quiero asegurarme de que no se olvide.

Él se rio entre dientes, sin revelar demasiado. —¿Cómo podría olvidarme de usted, Abigail? Me está siguiendo a todas partes.

—No finja que no le gusta, señor Bowen.

CAPÍTULO
TREINTA Y TRES

Tomek abrió de un empujón las puertas de la sala de crisis y se dirigió directamente al escritorio de Chey. El agente estaba encorvado sobre el teclado, con los auriculares puestos, tecleando como si estuviera conectado directamente a Matrix.

Tomek le dio una palmada en el hombro. Chey se quitó uno de los auriculares, sobresaltado, como si le estuvieran apuntando con un cuchillo.

—¿Qué es eso que he oído de que has hecho un descubrimiento importante? —preguntó Tomek.

—Haces que parezca Indiana Jones. Uno que sea indio. Vais a tener que empezar a llamarme Indi-Indiana Jones.

—O podrías llamarte simplemente Indio-ana Jones —replicó Tomek sin rodeos—. La palabra ya está en el nombre.

Los ojos de Chey se abrieron de par en par al darse cuenta. —¡Ah, es verdad!

—Me alegro de ver que sigues alerta, agente. Ahora, enséñame lo que has encontrado.

Chey dejó el otro auricular en el escritorio y recolocó el teclado. —Me sorprende que te interese.

—Alguien tiene que interesarse.

Chey meneó el ratón, hizo clic en un par de botones y cargó el archivo de vídeo. La grabación granulada de las cámaras de seguridad del paso elevado de Pitsea de hacía treinta años llenó el monitor. Mostraba a un niño dando patadas a algo.

—Calculo que ese es Mason Alexander —explicó Chey.

Momentos después, dos figuras entraron en el plano. Tomek apretó la mandíbula con fuerza al verlas.

—Y calculo que esas son las últimas personas que lo vieron con vida —dijo Chey, pero Tomek no estaba escuchando realmente. Estaba concentrado en la ropa: pantalones de chándal holgados y sudaderas grises con capucha con una llamativa franja blanca que cruzaba el pecho. Se le revolvió el estómago al aflorar un recuerdo. Lo reconocía de alguna parte.

—¿Se ha mejorado esa imagen?

Chey pulsó unos cuantos botones y, tras unos cuantos cambios de pantalla, apareció una imagen fija. Era la misma parte de la grabación, pero esta vez se veía un poco más nítida, los píxeles más definidos. Por desgracia, no revelaba nada nuevo. Los rostros de las figuras seguían ocultos por las sombras.

Pero había algo en ese atuendo…

Antes de que Tomek pudiera decir nada, el agente Martin Brown se les acercó.

—Tengo algo para ti —dijo Martin, sujetando una fina carpeta bajo el brazo—. Recién llegado de los forenses.

—Adelante —dijo Tomek.

—Le pedimos a uno de los dibujantes que hiciera una reconstrucción de Mason Alexander basándose en los huesos encontrados en la escena del crimen y en las pruebas que Lorna encontró en la autopsia. Queríamos hacernos una idea de cómo podrían haber sido las heridas externamente, en la vida real.

Tomek vaciló, rozando el borde de la carpeta con los dedos. —¿Estás diciendo que nos han dado una imagen del aspecto que tenía después de que lo atacaran?

Martin asintió. —No será exacta, pero da una idea de cómo pudieron matarlo.

Chey se inclinó, pudo más su curiosidad. —Venga, pues. Ábrela.

Tomek lo hizo.

La copia brillante era resbaladiza y la notó pegajosa en la mano. Pero ese era el menor de sus problemas. La imagen que le devolvía la mirada le dio un puñetazo en el estómago. El rostro del niño

estaba magullado e hinchado, un ojo cerrado por la hinchazón, la mandíbula moteada de oscuros hematomas. La fractura del cráneo se había traducido en una lívida marca violácea que iba de la ceja a la sien. Su brazo colgaba en un ángulo extraño, roto de forma limpia pero salvaje.

Tomek contuvo el aliento. Su mente no quería establecer la conexión, pero lo hizo de todos modos.

Michał.

Vio a su hermano tendido en la hierba, con la sangre resbalándole por un lado de la cabeza, el brazo torcido en un ángulo antinatural. Heridas similares, la misma brutalidad. Parpadeó con fuerza; el recuerdo chocaba con la imagen de la página hasta que ambos eran casi indistinguibles.

Tomek dejó caer las fotografías sobre la mesa con más fuerza de la que pretendía. El golpe seco de la gruesa carpeta contra la madera hizo que tanto Chey como Martin se volvieran hacia él.

—¿Estás bien, sargento? —preguntó Chey con cuidado.

Tomek no podía mirar a ninguno de los dos a los ojos. —Bien —dijo, con la vista fija en la mesa—. Estoy… perfectamente.

Pero por dentro estaba de todo menos bien. La imagen le ardía en la mente, negándose a desaparecer. El niño de la página. Su hermano en la hierba. Dos víctimas que se solapaban. Antes de que Chey o Martin pudieran indagar más, el móvil de Tomek vibró en su bolsillo. Miró la pantalla, esperando que fuera Kasia, pero era un número desconocido.

—Necesito un minuto —masculló Tomek, poniéndose ya en movimiento. Abrió la puerta de uno de los despachos laterales, un armario de las escobas glorificado con un escritorio y un teléfono que nadie usaba nunca. Cerró la puerta tras de sí, se apoyó en ella y aceptó la llamada.

No dijo nada, esperando la respuesta que sabía que iba a llegar.

—Tomek —dijo una voz.

Se le cayó el alma a los pies.

Nathan.

—¿Cómo van las cosas? —continuó la voz, despreocupada, casi amistosa, como si fueran dos viejos amigos poniéndose al día con

una caña—. Menudo susto ayer. Podrían haberte atropellado.

—Y tú te ganaste una multa por saltarte el semáforo en rojo. ¿Por qué no me das tu dirección y te la llevo en persona? Para que no se te pase el plazo de catorce días para responder.

Nathan se rio entre dientes, sin revelar nada. —Qué amable. ¿Qué tal si nos tomamos un café? Para ponernos al día. Una oportunidad para hablar de los viejos tiempos. Solo nosotros dos. Hay algunas cosas que quiero discutir contigo.

—¿Dónde?

Y entonces la comunicación se cortó.

Tomek se quedó allí un momento, mirando el teléfono como si le hubiera soltado un insulto racista. Su reflejo en la pantalla negra era pálido y demacrado. Pulsó el número desde el que le había llamado Nathan, pero saltó directamente al buzón de voz. Se guardó el móvil de nuevo en el bolsillo y se obligó a llenar los pulmones antes de salir del despacho. El ruido de la oficina le golpeó de repente: teléfonos sonando, el traqueteo de los teclados. Normal. Cotidiano. Como si nada acabara de pasar. El mundo era ajeno a sus problemas.

—Chey —ladró Tomek, dirigiéndose de nuevo directamente al escritorio del agente—. Necesito que rastrees un número. Ahora.

Chey parpadeó. —¿Qué tipo de rastreo?

—Del tipo que me diga dónde coño estaba ese cabrón cuando me ha llamado. —Tomek cogió un taco de pósits, garabateó los dígitos y lo dejó de un manotazo en el escritorio de Chey—. Haz lo que puedas. Contacta con la operadora. Averigua cuándo se conectó por última vez a una antena. Me da igual si tardas una hora o un día. Consígueme algo.

Chey se reclinó en su silla, indeciso. —Eso requerirá una solicitud urgente a través de la operadora, lo que significa papeleo. Y eso significa…

—Firmaré lo que haya que firmar —espetó Tomek—. Tú solo ponlo en marcha.

Martin se había acercado, picado por la curiosidad. —¿Qué está pasando?

Tomek le lanzó una mirada lo bastante afilada como para cortar. —Nada. No te preocupes. Ya te avisaré cuando sea asunto tuyo.

Martin asintió, un poco desanimado por la forma en que Tomek le había hablado. Mientras tanto, Chey ya estaba tecleando, enviando una solicitud a través del portal seguro.

—Tardará un rato —dijo Chey tras una pausa—. Al ritmo que han estado llegando sus respuestas últimamente, tendremos suerte si nos responden en el próximo par de horas.

—Entonces esperamos —dijo Tomek, con la voz baja y tensa, sus pensamientos ya por delante de las palabras.

Nathan había llamado. Nathan quería una reunión.

Y pronto, sabría exactamente dónde había estado Nathan cuando había marcado.

Siempre y cuando no fuera demasiado tarde.

CAPÍTULO
TREINTA Y CUATRO

Eventualmente, después de veinte minutos de pasearse de un lado a otro frustrado, gritar a sus compañeros, ladrar órdenes y exigir información, Chey por fin encontró una ubicación para Tomek. El último lugar donde el número de móvil de Nathan había dado señal en una antena de telefonía fue en Shoeburyness, justo en las afueras de los terrenos del Ministerio de Defensa que estaban aislados del resto de Essex. Al principio, Tomek se sintió consternado. Veinte minutos era mucho tiempo, especialmente para alguien como Nathan, que no sería tan estúpido como para dejar el móvil encendido, y mucho menos para mantener la SIM activa en el dispositivo.

Pero lo había hecho.

—El número sigue dando señal —dijo Chey, con la voz amplificada por el altavoz—. Acaba de llegarnos otra.

—No lo pierdas de vista. Avísame si hay algún cambio.

Chey confirmó que lo haría y luego colgó. Un silencio tranquilo se instaló en el habitáculo, a pesar del sonido de la sirena sobre sus cabezas y de los coches, las farolas y los edificios que pasaban borrosos por las ventanillas. Tomek estaba, como dirían los jóvenes de hoy, metido de lleno. Le había oído a Kasia usar la expresión al hablar de profesores que daban clase con entusiasmo, y cuando ella le había enseñado memes que no entendía. Pero a pesar de su ignorancia y su edad, lo estaba experimentando. Concentración pura, centrada en un único objetivo.

Encontrar a Nathan Burrows ahí fuera, arrestarlo y traerlo.

—¿Cuál es el plan?

La voz sonó lejana, como si proviniera de sus propios pensamientos, de algún lugar profundo de su cerebro. Sean había estado tan callado a su lado —y Tomek tan distraído— que no se había percatado de la presencia de su amigo desde hacía un rato.

—¿A qué te refieres? —preguntó Tomek mientras adelantaba por los pelos a un coche que lo vio en el último momento.

—Me refiero a qué vas a hacer con Nathan cuando lleguemos, suponiendo que siga allí, claro.

—Voy a arrestarlo.

—¿Bajo qué cargos?

—Bajo los cargos de haber asesinado a mi puto hermano y de habernos acosado a mí y a mi familia desde entonces.

Sean abrió la boca para responder, pero inmediatamente puso la mano en el salpicadero cuando Tomek pegó un frenazo para evitar a un peatón que cruzaba la calle con los auriculares puestos y la atención fija en su dispositivo móvil.

Tomek los maldijo en polaco mientras maniobraba para esquivarlo.

—Ten cuidado, Tomek —continuó Sean—. Desde luego que no lo pillarás si atropellas a alguien por el camino.

No dijo nada.

—Sigo pensando que esto es una mala idea —añadió Sean, sin ser de gran ayuda.

—¿No decías que estabas conmigo?

—Lo estoy. Sabes que te apoyaré hasta la muerte. Pero esto... esto es pasarse un poco, tío. —Sean señaló el salpicadero—. Las sirenas. El coche... De verdad creo que no deberíamos haberlo sacado. Nick va a poner el grito en el cielo cuando se entere.

—Ese es mi problema. No te preocupes por Nick. Yo me encargo de él.

—Eso es lo que me preocupa: que no creo que puedas. No así. No mientras está pasando todo esto. No estás pensando con claridad... ¿Cuándo fue la última vez que dormiste como es debido?

Tomek no respondió. Agarró el volante con más fuerza, y sus nudillos se pusieron blancos mientras la goma le quemaba la piel. Comprobó el navegador. Estaban a cinco minutos. A cinco minutos de volver a encontrarse cara a cara con el hombre que había atormentado sus sueños.

Cuanto más se alejaban de Southend, más oscuro se ponía todo, dejando solo los conos blancos de los faros para iluminar su camino por las carreteras comarcales. El tráfico también disminuyó, así que Tomek apagó las sirenas y las luces, lo que les permitió conducir en silencio. Un minuto después, la lluvia empezó a golpear el parabrisas, traída desde la costa. Más allá del cristal, todo lo que Tomek podía ver eran extensiones llanas de marismas, agua negra que brillaba en la distancia y juncos que se doblaban violentamente con el viento. El navegador los sacó de la carretera principal y los metió por un estrecho tramo de tierra sin asfaltar, lleno de baches. El barro salpicaba los neumáticos y rociaba los pasos de rueda. Finalmente, la pantalla anunció su llegada. Salieron, y los zapatos se hundieron de inmediato en el terreno empapado. La lluvia fría les azotaba. Sean masculló algo por lo bajo, pero Tomek no lo oyó; su atención estaba fija en el vacío que los rodeaba.

No había nada. Solo marismas interminables; senderos anegados que se desvanecían en la tenue luz de la tarde.

—No soy un experto, tío, pero no parece que esté aquí.

—Sigue buscando —espetó Tomek. Se adelantó, abriéndose paso entre los juncos que bordeaban las orillas, y cada ráfaga de viento le escocía en los ojos. Rastreó el suelo en busca de huellas, marcas de neumáticos, cualquier cosa. Cada vez que creía ver algo, la lluvia lo borraba, dejando solo barro revuelto.

Entonces, entre la penumbra, algo se perfiló: la silueta de una estructura encorvada contra el horizonte. Muros de hormigón moteados de liquen, ventanas tapiadas. Abandonada, olvidada.

El corazón de Tomek se aceleró. Hizo un gesto brusco.

—Ahí.

Se acercaron con cautela. El lugar apestaba a moho y podredumbre. Tomek empujó la puerta con el hombro; cedió con un

chirrido y se abrió hacia dentro para revelar nada más que aire húmedo y ecos huecos.

Tomek sacó su móvil y encendió la linterna, barriendo con ella el interior. Paredes desnudas, hormigón desnudo, unas cuantas latas de cerveza viejas esparcidas. Ni rastro de vida. Ni rastro de Nathan. Excepto por un pequeño teléfono tirado en una esquina del suelo. Tomek se agachó y lo cogió. Era un Nokia antiguo, analógico, sin florituras. Un móvil desechable. Un dispositivo diseñado por el hampa para ser abandonado en caso de captura. Y eso era exactamente lo que Nathan había hecho. Nathan había dejado el teléfono a propósito, obligando a Tomek a una búsqueda frustrante e inútil en la que, en ese preciso momento, solo había un ganador.

Tomek cerró la puerta del coche con un golpe sordo que pareció resonar en el interior del vehículo vacío. La calefacción soplaba un calor débil contra su ropa húmeda, pero no hacía nada para disipar el frío alojado en su pecho. La lluvia martilleaba el techo sin cesar, cada gota un recordatorio del viaje en balde, del vacío de la marisma, de Nathan Burrows escapándose cada vez más lejos de su alcance.

Se reclinó en el asiento, con las manos aferradas al volante, pero sin girar la llave. Su mente daba vueltas a los mismos puntos una y otra vez, como una rata atrapada en un laberinto. Nathan había estado allí. Nathan lo había llevado allí para fastidiarlo, para jugar con él, para arrastrarlo a sus juegos. Pero había algo más que lo carcomía. La grabación. El paso elevado. Esa imagen borrosa de dos figuras bajo la luz granulada, con una ropa tan nítida en su memoria como el olor de la marisma que ahora lo rodeaba. Aún podía ver aquella sudadera con capucha, las rayas blancas cruzando el pecho. No era solo la ropa. Era algo en la forma en que uno de ellos se comportaba, encorvado, con los hombros caídos y la cabeza gacha.

Mientras Sean se metía en el coche a su lado, Tomek sacó su móvil.

—¿A qué estamos esperando? —preguntó Sean, pero Tomek lo ignoró. Buscó el número de Chey y lo pulsó.

La línea conectó a los dos tonos.

—*Bonjour*, sargento. ¿Ha encontrado a quien buscaba?

—Necesito que hagas algo.

—Qué emocionante.

—Envíame la captura de pantalla del paso elevado de Pitsea. Mándamela ahora mismo por correo electrónico.

—Me pongo a ello —dijo Chey, y el sonido de un tecleo furioso llenó la línea de inmediato—. La tendrás en tu bandeja de entrada en un segundo. Asegúrate de mirar en el spam. —Chey se rio entre dientes, pero Tomek no respondió.

Le dio las gracias al agente y terminó la llamada, mirando fijamente su móvil, actualizando su bandeja de entrada cada par de segundos.

Un minuto después, el correo de Chey apareció en la parte superior de la pantalla. Tomek lo abrió y cargó el archivo adjunto. Lo observó durante un buen rato, asimilando cada píxel, y luego alejó el zoom para ver la imagen en su conjunto. Cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia el cielo. Pensando, pensando, pensando. ¿Dónde había visto ese atuendo antes? ¿Por qué le resultaba tan familiar?

¿Por qué quería gritar y darle voces cada vez que lo veía?

Y entonces se le encogió el estómago, una piedra fría asentándose pesadamente en su interior.

Nathan.

Era el mismo atuendo que a veces llevaba en los sueños de Tomek. La sudadera con capucha. Los pantalones de chándal. Las rayas. Eso era lo que le había estado reconcomiendo desde que apareció la grabación. La razón por la que le resultaba tan familiar.

Sean notó la expresión en la cara de Tomek de inmediato.

—¿Qué pasa?

Tomek giró el móvil hacia él, mostrándole la imagen. Su voz sonaba ronca, áspera.

—*Eso*. Sé quién es.

Sean entrecerró los ojos, frunciendo el ceño.

—Solo veo a un tío en chándal.

—Es Nathan.

Sean se mofó.

—¿Perdona?

—Es él. Es el mismo que veo siempre en mis pesadillas. Es el mismo chándal que llevaba la noche que mató a mi hermano.

Sean se echó hacia atrás, estudiándolo a él más que a la foto. Su expresión estaba atrapada en algún punto entre la preocupación y la incredulidad.

—Tomek... ¿me estás diciendo que reconoces a este hombre por un sueño?

—Es la vida real, Sean. *Pasó*. He visto esto antes.

La preocupación en la expresión de Sean creció.

—Tío... ¿no crees que eso es un poco descabellado?

—¿No me crees?

—No digo eso. Es solo que... parece un poco...

—¿Qué?

—Una locura.

Tomek no dijo nada. Estaba demasiado incrédulo para responder a su amigo.

—¿No crees que te estás dejando llevar? ¿Persiguiendo cosas que no existen?

¿Por qué nadie le creía? ¿Por qué nadie lo tomaba en serio? Primero, su familia lo había repudiado, lo había llamado egoísta y había insinuado que no lo necesitaban, aunque hubiera sido en un sueño. Y ahora su amigo más cercano lo había llamado loco y había descartado lo que él creía que era verdad.

En ese momento, se sintió completamente solo.

CAPÍTULO
TREINTA Y CINCO

—¿Estás loco?

—Clínicamente no, señor —respondió Tomek con aire desafiante.

—Pues a mí sí que me lo pareces —siseó Nick, recostándose en la silla y cruzando los brazos. Tomek estaba de pie frente a él, con las manos a la espalda—. ¿Qué te hizo pensar que estaba bien coger un coche de servicio sin un motivo? Y para colmo, usar la sirena y las luces… ¡Vamos, hombre, Tomek!

—Señor, tenía un motivo.

—¿*Cuál*? —preguntó Nick, ya con escepticismo.

—Nathan me ha llamado y Chey ha localizado el número en algún lugar de Shoeburyness.

El rostro de Nick se crispó en una mezcla de incredulidad e irritación. —¿Y se te ocurrió que la mejor respuesta era ir de llanero solitario, arrastrar a Sean contigo y, de paso, malgastar los recursos policiales?

Tomek apretó la mandíbula. —Está jugando a un juego, y yo no voy a quedarme de brazos cruzados esperando su próximo movimiento.

Nick dio un puñetazo sobre la mesa, y el sonido retumbó en su pequeño despacho. —¡Esto no es tu juego, Tomek! No va de tu hermano. No va de ti. Tenemos una investigación de asesinato en curso y no puedo tenerte por ahí a tu aire, haciendo lo que te da la gana.

Tomek negó con el dedo. —Ahí está la cuestión. Creo que están conectados.

La expresión de Nick cambió. —¿De qué estás hablando?

Tomek le expuso su teoría sobre la conexión entre la ropa de la grabación y el chándal que Nathan llevaba la noche que mató a Michał. La cara de Nick permaneció impasible mientras escuchaba, pero, cuando Tomek terminó, Nick volvió a mirarlo con una profunda lástima grabada en los contornos de su rostro.

—Ay, Tomek… —dijo amablemente, cambiando de tono—. Vamos, hombre. Creo que te estás agarrando a un clavo ardiendo.

—Ahí es donde te equivocas, Nick… —Sin decir una palabra más, Tomek se dio la vuelta y salió corriendo de la oficina hacia su mesa. Cogió las hojas de papel que había encima y regresó. Tras cerrar la puerta a su espalda, declaró—: Puedo demostrarlo.

—¿Cómo? —Nick se inclinó hacia delante, picado por la curiosidad.

Tomek dejó caer los papeles sobre la mesa con más fuerza de la que pretendía. El pulso le martilleaba en los oídos mientras señalaba bruscamente con el dedo la primera hoja. Era la captura de pantalla que Chey le había enviado, la imagen granulada de la figura con capucha.

—Mire —insistió Tomek con urgencia—. Mire la complexión. La postura. La forma en que lleva los hombros hacia delante. Mire la *ropa*. Los colores. Las rayas. Ahora… —Sacó la segunda página del montón y la colocó junto a la primera. Era la foto de la ficha policial de Nathan Burrows, tomada la noche en que había matado a Michał. Tomek había accedido a ella poco después de regresar de Shoeburyness, y una inmediata oleada de odio lo había invadido al posar los ojos en la imagen por primera vez en años. Nathan tenía el pelo desaliñado, los ojos hundidos y ausentes, y la mandíbula contraída en esa peculiar media mueca de desprecio que siempre parecía dibujársele en la cara. Y llevaba exactamente el mismo chándal.

La mirada de Nick se detuvo en las imágenes. Por un momento, no dijo nada; sus labios se entreabrieron ligeramente, como si quisiera reconocer que Tomek tenía razón.

—Lo ve, ¿verdad? —presionó Tomek, acercándose a la mesa. Se inclinó hacia delante, buscando en la expresión de Nick el más mínimo atisbo de reconocimiento—. No me puede decir que no es él.

Nick resopló por la nariz y apartó los papeles con la palma de la mano. Se recostó en la silla y volvió a cruzarse de brazos.

—Es muy rebuscado —dijo con sequedad.

—¿*Qué*?

—Que es muy rebuscado —repitió Nick, esta vez en un tono más firme—. Estás estableciendo conexiones que no existen. Lo entiendo, Tomek. De verdad que sí. Quieres respuestas por lo de Michał y Mason. Y, más que nada, quieres meterlo de nuevo en la cárcel para proteger a tu familia. Pero esto —dijo, dando dos golpecitos en los papeles—, esto no explica nada. Recuerdo este tipo de chándal de aquella época. Tuvo muchísimo éxito. Casi todos los chavales y jóvenes llevaban uno. Podrían ser un millón de personas distintas.

Tomek apretó los puños, reprimiendo las ganas de gritar. —¿Así que cree que es una coincidencia? Pensaba que estaba de mi lado. Pensaba que quería ayudarme.

—Y quiero. Nada ha cambiado en ese sentido. Lo único que digo es… —La voz de Nick se suavizó hasta volverse casi paternal— que, por tu propio bien, por tu salud mental, tienes que dejarlo estar.

La amabilidad en su voz solo empeoró las cosas. Nick no era solo su superior; era el hombre en el que más confiaba Tomek, alguien a quien consideraba un segundo padre. Y ahí estaba, haciendo leña del árbol caído, intentando convencerlo de que se estaba volviendo loco, de que veía cosas que en realidad no estaban ahí.

Tomek arrebató los papeles de la mesa. —Creo que deberíamos cotejar el ADN de Nathan con el caso de Mason Alexander. He echado un vistazo rápido a las notas y me he puesto al día con Rachel, y dice que, durante la investigación original, encontraron un montón de ADN distinto en la ropa de Mason de algunas de las muestras recogidas en su casa. El ADN de Nathan bien podría ser uno de esos para los que nunca encontraron una coincidencia.

Nick ladeó la cabeza. —Tomek… Déjalo ya.

—Señor…

—Hay formas que merecen la pena de gastar tiempo, dinero y recursos. No creo que esta sea una de ellas.

—Señor…

La silla de Nick chirrió al arrastrarse hacia atrás cuando se levantó. De repente, su presencia se hizo más imponente, más autoritaria. Sacudió la cabeza. —No.

La única sílaba restalló en el aire como un látigo.

Tomek lo miró fijamente, con el rechazo ardiéndole en el pecho. Por un momento, ninguno de los dos se movió.

—Señor…

—He dicho que *no*.

Tomek frunció los labios, asintió con disgusto y se marchó. Nick lo había traicionado. Sean lo había traicionado. Sus padres lo habían traicionado.

Pero no importaba.

Nada de eso iba a detenerlo.

CAPÍTULO
TREINTA Y SEIS

El sonido del timbre resonó por toda la casa. Tamborileaba impaciente con el pie, mirando el reloj como si eso fuera a cambiar algo.

—¿Hola? —dijo una voz confusa y preocupada. Entonces vio la silueta distorsionada de una figura que aparecía tras el panel de cristal de al lado de la puerta.

—Buenas tardes —dijo Tomek en voz alta—. Me preguntaba si podría hablar con el señor y la señora Alexander.

—¿Quién es?

—La policía. Soy el sargento Bowen.

Justo cuando se metía la mano en el bolsillo para sacar su placa, la puerta se abrió lentamente con un crujido, revelando a una mujer que parecía no haber dormido en meses. Unas ojeras profundas le colgaban bajo los ojos, en agudo contraste con su pálida tez. Había un vacío en su rostro, como si estuviera hueca por dentro, derrotada por los recientes días de duelo y por llorar la pérdida de su hijo una vez más.

—Siento presentarme así sin avisar, pero ¿puedo pasar? Hay algunas preguntas que me gustaría hacerle.

Deirdre no dijo nada mientras abría la puerta, le indicaba que fuera al salón y lo seguía al interior. Él se acomodó en el sofá y esperó. El aire de la casa estaba quieto y silencioso.

—¿Dónde está su marido? —preguntó Tomek.

—En el trabajo. ¿Lo necesita?

—Posiblemente. Solo tenía algunas preguntas sobre los amigos de su hijo —explicó Tomek—. No sé hasta qué punto Anna o Rachel le han contado, pero ha llegado a nuestro conocimiento que la noche en que mataron a Mason, creemos que se reunió con unas personas en el paso elevado de Pitsea.

No hubo reacción. Era como si la agitación de los últimos días la hubiera despojado de toda emoción. Parecía rota, vacía, con los hombros encorvados, hundiéndose sobre sí misma.

—¿Sabe por qué pudo haber ido allí?

Ella negó con la cabeza.

—¿Le dijo algo la noche que desapareció?

—No sobre Pitsea, no.

—¿Y no ha recordado nada más desde entonces?

Otra negativa con la cabeza.

—No tenía amigos, inspector —continuó Deirdre—. No era popular en el colegio. Había un par de personas que a veces mencionaba o con las que se juntaba, pero que yo sepa, nadie con quien quedara a menudo fuera del colegio. Y desde luego, nadie que viviera por esa zona.

Tomek bajó un poco la cabeza, con la mirada clavada en el suelo. Intentó no dejarse llevar por la desesperación.

—¿Le suena de algo el nombre de Nathan?

—¿Nathan? —repitió ella, con la voz más segura ahora, más tensa, más firme, como si el nudo en la garganta le hubiera desaparecido y una palanca se hubiera accionado en su interior.

—Sí, Nathan. ¿Le suena?

—Yo… —Se inclinó ligeramente hacia delante—. Sí. Sí, me suena.

Tomek se inclinó también. —¿Qué recuerda? ¿Le mencionó Mason alguna vez a alguien llamado Nathan?

—Sí…, pero él… —Negó con la cabeza como si desechara la idea.

—¿Qué pasa?

—Era imaginario.

Tomek tragó saliva, con la garganta repentinamente seca.

—Tenía un amigo imaginario llamado Nathan —repitió la señora Alexander, mientras los engranajes de su cerebro se ponían en marcha lentamente.

—¿De la infancia?

—Sí. Cuando era muy pequeño. Un día bajó y dijo que había estado hablando con su amigo Nathan. En realidad, era su única vía de escape. Su único amigo. Pero…, ahora que lo dice, en los meses anteriores a su desaparición —*su muerte*—, empezó a hablar de Nathan de otra manera.

Tomek se movió hasta el borde del asiento. —¿Cómo?

—Como si fuera real. Dijo que iba a conocerlo en persona y que iban a jugar juntos en el parque.

—¿Qué más dijo Mason sobre Nathan? ¿Hablaba de él?

—Yo… no puedo…

—¿Se lo describió?

—No me acuerdo.

—¿Habló alguna vez con Nathan por teléfono? ¿Subió alguna vez el teléfono fijo a su cuarto sin que usted lo supiera?

—No lo sé —dijo bruscamente, interrumpiendo a Tomek—. No me acuerdo. Por favor. Es que… es que necesito algo de tiempo para pensar.

Tomek le concedió un momento de silencio, pero no le ofreció ninguna disculpa por bombardearla a preguntas. Durante un buen rato, se quedaron sentados en silencio, ambos con la mirada perdida en puntos diferentes de la alfombra. Se dio cuenta de que se había excedido al acosar a una mujer ya angustiada, pero su mente no funcionaba correctamente.

Mason Alexander conocía el nombre de Nathan. Era posible que Nathan, el amigo imaginario, se hubiera convertido rápidamente en Nathan Burrows, el asesino; que pudieran haber sido la misma persona. Su intuición se lo gritaba y, por experiencia, su intuición rara vez se equivocaba.

—Podría haber algo… —empezó Deirdre.

Esta vez, Tomek mantuvo la boca cerrada.

Finalmente, ella se levantó del sofá y subió las escaleras. Tomek la siguió hasta un pequeño dormitorio. La habitación era estrecha, con una cama individual pegada a la pared, un escritorio bajo la ventana y un armario angosto en la esquina. El tiempo se había

congelado allí. El aire estaba viciado, con un ligero olor a cerrado, a una habitación que había permanecido clausurada durante años.

En las paredes, los pósteres tenían los bordes enrollados; sus colores, antes vivos, se habían desvaído a tonos apagados por años de exposición al sol. Un sonriente Paul Gascoigne sostenía un trofeo, John Barnes estaba en pleno chut y Diego Maradona se encontraba en su apogeo. Entre ellos había recortes de revistas: coches, algunos de héroes de cómic y la página arrancada de un calendario. La colcha tenía un estampado de formas geométricas descoloridas y en la mesilla de noche había un despertador cubierto de polvo, con las manecillas congeladas en una hora olvidada hacía mucho tiempo. Sobre el escritorio se apilaban de forma desordenada libros de lectura infantiles, junto a un radiocasete agrietado con un auricular colgando de la clavija.

La señora Alexander se quedó en el umbral, con los brazos cruzados con fuerza sobre el pecho. Sus ojos recorrieron la habitación, absorbiendo cada detalle antes de hablar por fin.

—Nunca lo tocamos —murmuró, con una voz fina y frágil—. No… no nos atrevimos. Por si acaso volvía a casa, ya sabe…

Tomek no dijo nada mientras entraba con cautela. No quería perturbar la quietud, no quería romper esa espeluznante sensación de conservación. Entonces cayó en la cuenta: el dolor, la constatación de que ella y su marido se habían aferrado a la débil esperanza de que su hijo pudiera regresar algún día. Habían vivido en la incertidumbre y el miedo durante treinta años, mientras que a su familia se le había concedido el lujo del cierre inmediato con la muerte súbita y brutal de Michał.

Deirdre cruzó el umbral de la habitación y se detuvo junto al armario. Apoyó la mano en el pomo, vacilante. Durante un largo momento, permaneció allí, trazando círculos con el pulgar sobre la madera. Luego, con una honda inspiración, abrió la puerta. Las bisagras gimieron en señal de protesta. Dentro, la ropa aún colgaba de la barra: camisas que nunca volverían a usarse, vaqueros que habían vuelto a ponerse de moda. En la parte inferior, apilados de forma descompensada, había libros de texto gastados, con los bordes arrugados por el tiempo.

—Solía venir aquí —susurró Deirdre, agachándose. Sus dedos rozaron la pila, deteniéndose en el libro de arriba como si fuera algo sagrado—. Después de que desapareciera. A veces me sentaba aquí sin más… a hojearlos. Leía las cosas que escribía. Miraba sus apuntes de clase. Le echaba la bronca por cometer errores sencillos, preguntas cuyas respuestas sabía que conocía. Sobre todo en matemáticas y ciencias. Me hacía sentir que seguía aquí.

Tomek se agachó a su lado. Sintió que se le hacía un nudo en la garganta y, por un largo momento, dejó de ser un inspector; era solo un hombre sentado junto a una madre afligida.

Empezaron a hojear los libros juntos. Cuadernos de aritmética llenos de sumas a lápiz. Apuntes de historia garabateados con la letra apresurada y desigual de un adolescente que no había estado prestando atención. Páginas plagadas de garabatos: porterías, naves espaciales, caricaturas de un profesor y algún pene que otro mal dibujado.

La señora Alexander pasó otra página y se detuvo en una redacción a medio terminar sobre los Tudor. La escritura de Mason se inclinaba torpemente, las letras presionadas con fuerza contra el papel como si hubiera tenido prisa por terminar antes de la fecha de entrega. Ella sonrió débilmente, pero la expresión fue fugaz, se desvaneció antes de poder asentarse.

Siguió pasando páginas y entonces se quedó quieta.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Tomek con delicadeza.

Señaló la parte superior de la página, donde Mason había garabateado algo en la esquina, completamente ajeno al resto del contenido.

Nathan, paso elevado, martes 19 h.

Tomek entornó los ojos, con los dedos húmedos por la emoción. —Señora Alexander, ¿le importaría que me llevara esto? No solo este —dijo señalando la pila de libros de texto gastados—, sino también los demás. Si Mason volvió a mencionar a Nathan, si hay otras notas como esta… necesitamos saberlo. Podría ayudarnos a tener una visión más completa.

Ella vaciló, con la mirada puesta en las reliquias de la vida de su hijo a las que se había aferrado durante décadas. Apretó los dedos

en el lomo de uno de ellos, reacia a soltarlo.

—Por supuesto —susurró al fin—. Si ayuda… si ayuda a atrapar a quien le hizo esto… llévelos. Llévelos todos.

Tomek asintió una vez y luego empezó a apilar los libros con cuidado, tratando cada uno como si fuera frágil y sagrado. Se dio cuenta de que Deirdre lo observaba, con los brazos todavía cruzados con fuerza.

—Los cuidaremos bien —prometió.

Ella asintió débilmente, aunque sus ojos permanecieron fijos en el espacio del armario donde habían estado los libros, como si acabaran de arrebatarle algo más.

Tomek se enderezó, con el peso de las pruebas en las palmas de las manos. Su mente ya iba a toda velocidad. Mason Alexander no se había imaginado a Nathan. Se había reunido con él. Esa nota garabateada era la prueba, lo confirmaba.

Ahora todo lo que tenía que hacer Tomek era demostrar que Nathan, el amigo imaginario, y Nathan Burrows, el asesino, eran la misma persona con pruebas irrefutables e incontrovertibles.

CAPÍTULO
TREINTA Y SIETE

Los días siguientes transcurrieron sin incidentes. Con la ayuda de Chey, Tomek empezó la ardua tarea de escudriñar los garabatos y divagaciones de un chico de catorce años, intentando comprender su mente. En su mayor parte, el contenido era el típico. Nada extraordinario ni fuera de lo común. Solo un adolescente que hacía lo que podía para sobrellevar el instituto con los pocos amigos que tenía. Sin embargo, de vez en cuando, aparecían garabatos, comentarios y notas que insinuaban algo más oscuro y perturbador. Aquí y allá, aparecía el dibujo de un cuchillo o una pistola, junto a palabras garabateadas como «estrangular» o «asfixiar» que no guardaban relación con la lección que se estaba impartiendo. Aunque podría haberse inspirado en algo dicho en clase o en un término utilizado por el profesor, a Tomek le pareció intrigante. El único problema fue que, al cabo del tercer día, una vez que habían revisado a fondo todos los cuadernos de la vida de Mason Alexander en el instituto, no había ninguna otra mención a Nathan. Ni una sola referencia, pista o sugerencia de que ese chico hubiera existido jamás. Era como si el nombre hubiera surgido de la nada y se hubiera desvanecido con la misma rapidez.

Sin embargo, Tomek se negaba a dejarlo pasar. El misterio le reconcomía, privándole del sueño por la noche y dejando su mente inquieta durante el día. Finalmente, en un momento de debilidad, había buscado una distracción. Varias veces. Esa distracción yacía a su lado en la cama de ella, con el rostro suavemente iluminado por

el sol de primera hora de la mañana que se filtraba a través de las cortinas. Abigail se removió con un leve suspiro y su brazo le rozó el pecho al girarse hacia él. Sin llegar a abrir los ojos, le besó la mandíbula antes de acomodar la cabeza en el hueco de su hombro.

—Buenos días —susurró ella.

Tomek permaneció en silencio, con la mirada fija en el techo.

Abigail se movió y levantó un poco la cabeza para estudiarle el rostro. Su pelo cayó sobre el hombro de él mientras fruncía el ceño levemente.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, con la voz pastosa por el sueño, pero teñida de preocupación.

Tomek parpadeó y desvió la mirada del techo hacia el rostro de ella. —Solo estoy pensando —murmuró.

—¿En qué?

Él vaciló y luego negó con la cabeza. —Solo pienso.

Abigail escrutó su expresión un instante más, como si intentara descifrar la verdad en la tensión de su rostro y la rigidez de su cuerpo. Finalmente, exhaló en voz baja y dejó caer de nuevo la cabeza en el hombro de él, deslizando el brazo sobre su pecho en un abrazo laxo.

El silencio solo duró un momento antes de que el móvil de Tomek vibrara sobre la mesilla de noche, una vibración aguda que rasgó la quietud.

Lo cogió, con cuidado de no molestarla, aunque el brazo de Abigail se deslizó y ella se giró para ponerse boca arriba con un gemido. Tomek activó la pantalla con el pulgar y sus ojos se entrecerraron al ver la notificación. Un correo electrónico.

Se le aceleró el pulso al abrirlo.

Y entonces se quedó helado.

Las palabras se volvieron borrosas por un momento mientras las recorría con la vista; el pecho se le oprimió y se le cortó la respiración. Pero entonces el significado se abrió paso, crudo e innegable.

—No me lo puedo creer —dijo.

—¿Qué es?

Tomek se giró lentamente hacia ella.

—El laboratorio —dijo—. Han encontrado una coincidencia, Abs. Han encontrado ADN de Nathan Burrows en la ropa de Mason Alexander de la investigación original, de cuando desapareció. —Le costaba respirar, como si le hubieran sacado el aire de los pulmones de un golpe—. Lo hizo él, Abs. Nathan mató a Mason Alexander y, unos meses después, a mi hermano.

CAPÍTULO
TREINTA Y OCHO

Nick bajó la vista hacia el correo en el teléfono de Tomek y luego la levantó para mirarlo, estupefacto. Volvió a echar un vistazo a la pantalla.

—¿Esto es de verdad?

—Sí, señor —respondió Tomek con calma.

—¿Así que has actuado a mis espaldas, has ignorado lo que te dije y has hecho las pruebas de ADN de todas formas?

Tomek abrió la boca para responder, pero se contuvo antes de decir algo de lo que pudiera arrepentirse. —Menos mal que lo hice, ¿no? —replicó con aire de suficiencia—. Piensa en lo que habríamos tardado si te hubiera hecho caso. Podríamos no haberlo pillado nunca.

—Me desobedeciste, Tomek. —Nick dejó el teléfono sobre el escritorio, con la pantalla hacia arriba. Sus ojos no dejaban de desviarse hacia él, todavía incrédulo—. Y eso no puedo dejarlo pasar.

—Señor, creo que se está centrando en lo que no es —contraatacó Tomek—. ¿Se da cuenta de lo importante que es esto? Nathan… ¡Es *Nathan*, joder! Le hizo a Mason Alexander lo que le hizo a mi hermano. De hecho, basándome en la cronología, sería al revés. Él y su amigo, la otra figura en la grabación del paso elevado, usaron a Mason Alexander como ensayo, como práctica, antes de atacar a mi hermano unos meses después. Mason Alexander fue el entrante. Michał fue el plato principal. Los pillaron antes de que pudieran llegar al postre.

La mandíbula de Nick se movía de un lado a otro mientras procesaba la explicación.

—Eso explica por qué tenía el cráneo hundido —continuó Tomek —. A saber qué aspecto tendría el resto de su cuerpo después de que se deshicieran de él.

—No necesito visualizarlo, gracias.

—Yo ya lo estoy haciendo —dijo Tomek, bajando la mirada a la mesa mientras una imagen explícita del cuerpo de Michał acudía a su mente—. Si es algo parecido a lo que le hicieron a Michał… A lo mejor fue más suave. Quizá empezaron poco a poco y fueron a más…

—Tomek, céntrate. —Nick chasqueó los dedos, devolviendo a Tomek al presente—. Dejando a un lado que desobedeciste mi orden directa de no malgastar recursos policiales y dinero…

—Aunque al final ha dado sus frutos, pero vale.

—Dejando eso a un lado, aprecio y comprendo la gravedad de este descubrimiento —continuó Nick—. Lo que tenemos que hacer ahora es encontrar a Nathan Burrows y traerlo.

—¿Puedes llamar a tus contactos de Instituciones Penitenciarias y conseguir su información?

Nick negó con la cabeza. —No hace falta. Con algo así, con una prueba irrefutable de que Nathan Burrows fue posiblemente la última persona que vio a Mason Alexander con vida y necesita ser interrogado en relación con su desaparición, podemos ir directamente a la fuente.

—¿Quién?

—Los responsables de su caso.

Nick sacó el móvil del bolsillo y lo dejó sobre la mesa. Tecleó el nombre de Nathan en el PNC y buscó en la base de datos a la persona que tenía asignada. Al poco rato, encontró el número y pulsó el botón de llamar.

La esperanza brotó en Tomek. Era el momento. Iba a descubrir dónde vivía Nathan Burrows, desde dónde se burlaba de él. Descubrirían dónde se alojaba para poder arrestarlo, traerlo y acusarlo de otro asesinato para devolverlo a donde pertenecía.

Los hombros de Nick se relajaron ligeramente cuando la llamada conectó, evitando la mirada de Tomek, que se inclinó hacia delante, casi a centímetros de Nick y del teléfono. —Buenos días. Soy el inspector jefe Nick Cleaves, de la policía de Essex —dijo enérgicamente—. Mi equipo está trabajando en una investigación sobre la muerte de un adolescente, y ha llegado a nuestro conocimiento que uno de los individuos bajo su responsabilidad necesita ser interrogado en relación con su asesinato. —Una pausa —. Se llama Nathan Burrows.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Tomek, poniéndole los pelos de punta mientras aguardaba las palabras sencillas y tranquilizadoras que esperaba oír: «*Sin problemas. Estaré encantada de compartir su ubicación y decirle dónde puede encontrarlo*».

Pero, en vez de eso, Nick frunció el ceño. —¿Ah, sí…? ¿Y cuándo ha sido eso? —Miró a Tomek y luego se giró un poco, como para protegerlo de las palabras—. ¿Así que no se ha presentado? —Nick se pellizcó el puente de la nariz—. Entiendo. Y lo ha intentado… Claro, claro… Comprendo. Nosotros… —Una pausa—. ¿Tiene alguna idea de dónde puede estar? Voy a pedirle que me envíe todo lo que tenga sobre él, por favor. Es urgente.

Nick le dio a la mujer su dirección de correo electrónico y finalmente bajó el teléfono, terminando la llamada con un educado «gracias». Dejó el móvil sobre la mesa con cuidado, pero la mirada de sus ojos le dijo a Tomek todo lo que necesitaba saber antes incluso de que las palabras salieran de su boca.

—El responsable de su caso no sabe dónde está —dijo Nick finalmente.

Tomek se quedó boquiabierto. —¿Qué estás…? ¿Qué quieres…? —Soltó una risita incrédula—. ¿De qué coño estás hablando, Nick?

El inspector jefe se rascó la nuca. —Se suponía que tenía una reunión con su supervisora a primera hora de la mañana, pero no se ha presentado. Ha intentado llamarlo, pero no contesta. Y tampoco puede encontrarlo en su nueva dirección registrada.

El pecho de Tomek se hundió. La oleada de triunfo que había ido creciendo, la luz que había ardido con tanta intensidad en su interior, se extinguió en un instante.

—¿Cuál es su nueva dirección?

—Bristol.

—¿Bristol? —repitió Tomek.

Asintiendo, Nick respondió: —Dice que, desde que salió, ha tenido varias reuniones con ella para hablar de su salud mental, sus perspectivas laborales y, simplemente, para un seguimiento general.

—¿Y de qué me sirve eso?

—Porque no se ha perdido ni una. Hasta ahora.

Tomek cayó en la cuenta. —Lo que significa que ha estado cruzando el país en coche de un lado a otro para asistir a estas reuniones.

Nick asintió.

—Lo que significa que saldrá en las cámaras, en circuitos cerrados, en el ANPR… —Bajó la mirada al escritorio—. El BMW.

Era obvio. El hombre del tatuaje de la lágrima había estado llevando a Nathan de un lado a otro del país.

—Puedo pedirle a Chey que saque un informe —dijo Tomek, más para sí mismo que para Nick—. Una lista de todas las marcas y modelos de coches que han circulado por la M25 y la M4, para que podamos encontrar los que coincidan con el BMW blanco, y luego ver cuáles pasaron por las cámaras a las horas aproximadas. Solo necesitamos las fechas y horas de las reuniones de la condicional, y a partir de ahí podrá obtener algunos resultados.

Nick se animó ante la sugerencia. —Suena perfecto.

—Y mientras está en ello, quiero ir a Bristol. Quiero registrar el piso de Nathan en busca de cualquier prueba de su paradero, cualquier prueba que pueda decirme dónde está ahora.

Nick sopesó la idea durante un largo instante. Al final, dijo: —No creo que debas ir solo. ¿A quién te gustaría llevar contigo?

—A Sean —respondió sin pensar.

—¿No complicará eso las cosas entre Kasia y tú?

Tomek negó con la cabeza. —Me la llevaré conmigo. Donde yo vaya, va ella.

CAPÍTULO
TREINTA Y NUEVE

—No voy a ir —espetó Kasia con voz cortante, con la terquedad típica de una adolescente.

Tomek permaneció sentado en el borde de la cama, intentando disimular su irritación. Había ensayado la conversación mentalmente, pero ahora que estaba teniendo lugar, cada palabra le parecía más pesada y difícil de lo que había previsto. —Kasia, escúchame. No es un viaje por que sí. Ha surgido algo en el trabajo relacionado con Nathan y tenemos que ir a Bristol para arreglarlo.

—¿Y por qué tú?

—Porque… —Ladeó la cabeza—. Venga, Kash. Sabes por qué. Es importante.

Ella frunció el ceño. —Importante para ti. Para mí no. —Apartó la cara y se quedó mirando la pared en lugar de a él—. Solo quiero que todo se pare. Quiero que todo desaparezca. Quiero ser una adolescente normal, papá.

A Tomek le costó tragar saliva. —Lo sé —dijo en voz baja—. Sé que quieres. Yo también lo quiero. Más que nada en el mundo. Precisamente por eso te necesito conmigo.

—¿Así que tu solución es sacarme del instituto y arrastrarme por todo el país?

Se frotó la frente. —Nos han dado una dirección. Es todo lo que tenemos. No sabemos dónde está ni con quién puede andar. Pero esta es la oportunidad que más cerca nos pone de encontrarlo. Si esperamos demasiado, corremos el riesgo de perderle la pista para

siempre. No puedo… no puedo dejarte aquí sola mientras lo buscamos. Sé cómo suena, pero es la verdad.

Kasia guardó silencio un momento. —¿Y qué pasa con la yaya y el yayo? Podría quedarme con ellos un tiempo. Me darían de comer y me mantendrían alejada de todo esto.

Sus nombres le cayeron como una bofetada. Se levantó tan rápido que el colchón chirrió. —Ni hablar —dijo antes de poder contenerse. Las palabras fueron más bruscas de lo que pretendía. Respiró hondo y volvió a sentarse—. Después de lo que ellos… después de todo. No. Tampoco es seguro allí. No es negociable.

Se le endureció el rostro. —¿Así que o es Bristol o nada?

La miró, la miró de verdad: cómo se le habían afilado los hombros desde el verano, la determinación de su mandíbula, tan parecida a la suya. —Vale. Si tanto odias la idea de venir conmigo, entonces buscaré otro sitio. La madre de Sophia… puedo llamarla ahora mismo. Podrías quedarte allí esta noche. Quizá dos. Te escribiré un mensaje cada hora para ver cómo estás. Si algo te parece un poco raro, llámame y volveré a casa de inmediato.

Kasia se lo pensó, parpadeando lentamente.

—Por favor, Kash. Haz lo que te pido. Por favor.

Se cruzó de brazos con teatralidad. Pero entonces algo cambió en su interior. —Vale —dijo al fin—. Pero tienes que dejar que me haga la maleta yo sola.

Tomek exhaló profundamente, sintiendo cómo se aliviaba la tensión de sus hombros. —Trato hecho. Tú haces la maleta. Yo conduzco.

Ella levantó la vista hacia él. —¿Y si lo encuentras?

—Si lo encuentro —respondió—, me aseguraré de que no vuelva a hacerle daño a nadie.

Tomek llamó a la puerta con los nudillos firmes contra la madera. Unos instantes después, se encendió la luz del porche, se oyeron unos pasos arrastrados al otro lado y la puerta se abrió. Claire

apareció en bata, con el pelo recogido en un moño deshecho y el rostro transformado por la preocupación en cuanto los vio.

—Entrad —dijo en voz baja, con cuidado de no molestar al resto de la casa—. Los dos.

—Gracias, Claire. Te lo agradezco de veras —murmuró Tomek, haciendo pasar a Kasia. Ella se deslizó a su lado sin decir palabra, con la vista fija en el suelo y el bolso colgado de un hombro. Claire le dedicó una sonrisa tranquilizadora y le tocó el brazo con suavidad mientras le indicaba la habitación de Sophia, en el piso de arriba. Kasia vaciló, se despidió de Tomek y subió las escaleras pesadamente sin mirar atrás.

Tomek y Claire fueron a la cocina, donde se quedaron de pie el uno frente al otro, apoyados en la encimera y mirándose a los ojos durante un tiempo que pareció demasiado largo.

—Es solo por una noche —empezó él—. O dos, quizá. Es solo que… necesita estar en un lugar seguro mientras me ocupo de un asunto del trabajo.

Claire ladeó la cabeza. —¿A salvo de qué?

Él vaciló y luego la miró directamente a los ojos. Merecía saber la verdad, sobre todo porque también la estaba poniendo en peligro a ella y a Sophia. No tenía sentido andarse con rodeos. —Hay un hombre. Se llama Nathan Burrows. Mató a mi hermano. Salió de la cárcel hace una semana y ahora lo buscan por otro asesinato.

Los ojos de Claire se abrieron de par en par y su mano se aferró con más fuerza al borde de la encimera. —Dios mío, Tomek…

—Lo sé —la interrumpió él con delicadeza, bajando la voz—. No te pediría esto si tuviera otra opción. Pero ahora mismo, que Kasia esté aquí contigo, con gente de confianza… es el lugar más seguro donde puedo dejarla.

Claire lo estudió un momento y luego asintió con firmeza. —La cuidaremos. No le quitaré ojo. Tienes mi palabra.

El alivio lo invadió, pero estaba teñido de culpa; culpa por arrastrar a alguien más a su lío, por dejar atrás a Kasia en un mundo que siempre parecía encontrar la forma de llamar a su puerta. Le dedicó a Claire una sonrisa de agradecimiento.

—Gracias —dijo en voz baja.

Del piso de arriba llegó el sonido ahogado de unas risas. La voz de Sophia y luego la de Kasia. Ambas riendo, charlando animadamente. Cosas de adolescentes. Las dos viviendo una vida normal.

Claire acompañó a Tomek de vuelta a la puerta principal y se ajustó la bata cuando el aire fresco de la noche se coló al abrir Tomek.

—Hay algo más que tienes que saber —dijo Tomek, volviéndose para mirarla—. Nathan… no está solo. Lo han visto con otro hombre.

Claire frunció el ceño y la preocupación volvió a su rostro. —¿Qué clase de hombre?

—Cabeza rapada. Complexión musculosa. Un tatuaje de una lágrima justo debajo del ojo izquierdo —explicó Tomek—. Conduce un BMW blanco. Si lo ves, si ves ese coche cerca de aquí, aunque solo sea de pasada, quiero que me llames inmediatamente. No lo dudes ni un segundo. Coge el teléfono. Tendré a alguien aquí en cuestión de minutos.

Los labios de Claire se contrajeron en una fina línea. Asintió una vez, solemne, con la mano aferrada al marco de la puerta. —Me estás asustando, Tomek.

—Bien. Un poco de miedo nos mantendrá a todos alerta. Solo… no dejes que Kasia lo note. No se está tomando esto muy bien. Yo solo… solo necesito hacer esto por ella. Por mi familia. Y entonces podrá tener la infancia normal que quiere.

Por un momento, los dos se quedaron en silencio. Del piso de arriba llegó otra carcajada, más suave esta vez, como si las chicas estuvieran compartiendo secretos bajo los edredones.

Claire alargó la mano y se la posó con suavidad en el brazo. —La cuidaremos. Te lo prometo.

Tomek asintió secamente, le dio las gracias y volvió a salir al frío de la noche.

CAPÍTULO
CUARENTA

El Horse's Head era el típico pub donde te encontrarías a la gente que suelen arrestar los viernes o sábados por la noche: adolescentes menores de edad que se colaban con carnés falsos; borrachos y degenerados a los que pillaban meando en la calle, ajenos a lo que los rodeaba; y hombres de mediana edad que ya deberían tener dos dedos de frente, que pasaban demasiado tiempo en los baños de hombres esnifando en las cisternas y dejando que la combinación de adrenalina, alcohol y drogas duras se les subiera a la cabeza, provocando peleas por nada más que una mirada de reojo. Era un auténtico crisol del género masculino.

A pesar de que la prohibición de fumar en interiores llevaba casi veinte años en vigor, el Horse's Head todavía apestaba a tabaco, como si se hubiera impregnado en el tejido mismo de los cojines, las alfombras y las cortinas. Sin embargo, en medio de los diversos aspectos desagradables, Tomek se sentía extrañamente seguro y en paz, como si conociera a todo el mundo y hubiera sido amigo de todos durante décadas. De vez en cuando, algún cliente le echaba un vistazo, mirándolo con recelo antes de preguntar si lo conocían de algo. Cada vez, él les seguía la corriente en broma, fingiendo ser su antiguo vecino, un excompañero de trabajo o alguien que una vez salió con la prima de la hermana de su amigo, solo por echarse unas risas.

—Sabes que te van a dar una paliza si sigues haciendo eso —dijo Sean, llegando con dos bebidas nuevas.

—Por eso te he traído conmigo —respondió Tomek, dando ya un sorbo.

Sean dio un trago largo, se limpió la boca con el dorso de la mano y le dedicó una sonrisa a Tomek. —Sí, bueno —dijo, acomodándose en el reservado y dando un golpecito a su vaso—. Si yo soy el músculo, no creas que eso te convierte a ti en el guapo.

Tomek abrió la boca para protestar, pero se detuvo cuando un hombre que estaba en la barra, una de esas caras que encajaban en el pub, se acercó. Era ancho de hombros, con la piel quemada por el sol de demasiados veranos subido a tejados u obras, y mascaba chicle. Se detuvo junto a su mesa y le lanzó a Sean una larga mirada de evaluación.

—¿Todo bien, Tel?

Sean parpadeó. —¿Quién eres?

—Soy yo. Gary. No me digas que vas a fingir que no te acuerdas. —Le dio un golpecito en el pecho a Sean con un dedo grueso—. Trabajamos juntos en los pisos de Riverside. Allá por, ¿qué?, el 2009. Siempre llegabas tarde, siempre escaqueándote para fumar.

La cara de Sean se iluminó con un reconocimiento teatral. Dio una palmada en la mesa, se levantó de un salto y envolvió a Gary en un abrazo. —¡Gary, cabronazo! Claro que me acuerdo. Riverside, sí, sí. Joder, ese trabajo casi me mata.

Gary sonrió, relajando los hombros. —Ya me parecía. Sabía que eras tú. Aunque tienes un aspecto algo distinto. Con algún kilito de más.

Sean se palmeó el estómago con falso orgullo. —La buena vida, colega. Demasiada comida para llevar y poco trabajo para quemarla.

Gary hinchó el pecho. —¿Cómo está tu madre? ¿Sigue con el puesto en el mercadillo?

—Sí, sigue ahí los sábados. Es una tía dura; no parará hasta caer rendida.

—Y tu hermano… Kev, ¿no? —añadió Gary con naturalidad—. La última vez que lo vi, estaba empeñado en comprarse la puta caravana.

Sean soltó una carcajada. —¡Sí! Al final lo hizo. La plantó en Clacton y pasa todos los veranos allí con los niños. No para de

hablar de la brisa marina.

Gary negó con la cabeza, sonriendo como si fuera una vieja broma que compartían. —El Kev de siempre. —Se apoyó en la mesa y por fin se fijó en Tomek, que observaba el intercambio con discreta diversión—. Y bueno, ¿a qué te dedicas ahora, Tel? ¿Sigues en la obra?

Sean se encogió de hombros, recostándose con despreocupación. —Qué va, haciendo el vago. Poca cosa. Chapuzas aquí y allá. La vida ociosa, ¿eh?

Gary asintió con aprobación, como si ese fuera el sueño. —Suena bien. Pues me alegro por ti. No te pierdas, ¿vale? A lo mejor nos vemos por el mercadillo.

—Cuenta con ello —dijo Sean, dándole una palmada amistosa en la espalda antes de que Gary por fin se marchara.

Sean volvió a deslizarse en el reservado, cogió su bebida y dio un sorbo con aire de suficiencia.

Tomek enarcó una ceja. —¿Ahora a quién le van a dar una paliza?

Dejando el vaso sobre la mesa, Sean dijo: —No sé de qué me hablas, colega. Gary y yo nos conocemos de toda la vida.

—Sí, claro.

El ruido del pub volvió a envolverlos, el golpe de un dardo en la diana, las risas demasiado entusiastas. El móvil de Tomek vibró sobre la mesa, rompiendo la atmósfera. Miró el aparato, con el pulgar suspendido, y luego lo desbloqueó.

—¿Diga? —dijo.

_—Buenas noches, desconocido —dijo Abigail en tono coqueto—. ¿Dónde estás? Pensé que podíamos quedar.

—En Bristol —respondió Tomek, demasiado rápido. Sintió la mirada preocupada de Sean—. Por trabajo.

Al otro lado se oyó un suspiro suave y decepcionado. —Quería verte. Pensé que te apetecería tomar la última copa. Te echo de menos, Tom.

Apretó los labios. —Yo… Esta noche no.

—¿Has dejado a Kasia sola? —insistió Abigail.

Los ojos de Tomek se desviaron hacia Sean, que lo miraba fijamente. —Está en casa de una amiga.

—Vale. —La voz de Abigail se suavizó—. Bueno, quizá cuando vuelvas…

—Sí —dijo él, sin comprometerse. La mirada de Sean se intensificó—. Ya te diré algo. Ahora mismo estoy muy ocupado.

—Claro —espetó ella, con un tono que se volvió frío al instante—. Ya veo… Bueno, pues ya nos veremos.

Justo cuando Tomek iba a colgar, ella dijo: —¿Estás en Bristol por los huesos o por Nathan?

—Por ambos.

—¿Puedo sacar algo para el artículo de mañana? Aún nos quedan unas horas hasta el cierre de la edición.

Tomek negó con la cabeza. —Lo siento, todavía no puedo. Es demasiado pronto. Y te agradecería que no dijeras nada sobre la conexión de Nathan con los huesos. Quiero mantenerlo fuera de los medios por ahora.

—Oh…

—¿Qué?

Hubo una pausa cargada de significado. —Hay… hay algo que deberías saber.

El cuerpo de Tomek se tensó. No le gustaba por dónde iba. —¿Abigail, qué has hecho?

—Necesitaba presentar algo, así que escribí que los huesos del chico se estaban investigando en relación con otro asesinato de la misma época.

A Tomek se le hizo un nudo en la garganta. —¿Qué quieres decir? ¿Has mencionado a mi hermano?

—No.

—¿Y a Nathan?

—No.

Eso fue un alivio. Pero no importaba. Si Nathan veía la noticia, sería lo bastante listo como para atar cabos.

—Quítalo —ordenó—. Quítalo ahora mismo.

—No puedo.

—¿Por qué no? Has dicho que teníais un par de horas antes de la fecha de cierre.

Otra pausa. —Esa es la fecha de cierre para la edición impresa. La digital es instantánea. Ya está publicado.

Tomek apretó el móvil con fuerza, imaginando que era el cuello de ella. En ese momento, podría haberla estrangulado.

—¿Estás de broma?

—Lo siento, Tomek.

—Tienes que quitarlo. Bórralo. Y no publiques nada más sobre Mason Alexander, Nathan Burrows o mi hermano. No hace falta que me llames cuando lo hayas hecho. Limítate a hacerlo.

Tomek colgó y golpeó el móvil contra la mesa, maldiciendo en voz baja. La rabia lo invadió y tuvo ganas de volcar la mesa y tirar los vasos al suelo. Lo había utilizado. Una vez más. Había mostrado su verdadera cara. Le había tendido la mano para conseguir una exclusiva sobre la investigación, y él había picado.

Con el anzuelo.

El sedal.

Y el plomo.

—¿A qué coño ha venido todo eso? —preguntó Sean, aunque su expresión sugería que ya lo sabía; solo quería hacer que Tomek sufriera explicándose—. No era quien creo que era, ¿verdad?

—Sabes perfectamente quién era.

—¿Qué ha hecho?

Tomek le explicó a su amigo la última parte de la conversación. Sean siseó entre dientes mientras se recostaba en la silla, negando con la cabeza decepcionado.

—Por Dios, colega. ¿Cómo coño ha pasado eso? Para empezar, ¿cómo se enteró de esa información?

Tomek bajó la mirada. No podía mirar a su amigo a los ojos.

—Oh, Tomek… No lo hiciste, ¿verdad?

—Sí, lo hice.

Otro bufido escapó de los labios de Sean. —¿Cuándo? ¿Cómo? —Justo cuando Tomek abría la boca para responder, Sean lo interrumpió—. En realidad, no, no respondas a eso. Lo único que

quiero saber es ¿*por qué*? ¿Por qué coño has vuelto a caer? Después de todo.

Tomek dejó caer los hombros y empezó a juguetear con la cerveza que tenía en la mano. —Fue un momento de debilidad. Yo… no he estado pensando con claridad. Me pilló en un mal momento.

—Así es como funciona ella, colega. Es como un vampiro, te chupa la vida. No puedes volver con ella ahora. ¿Te das cuenta? Después de lo que acaba de hacer… ¿Y si ha arruinado toda la investigación?

Tomek no quería pensar en eso. En su lugar, se terminó la cerveza, miró el vaso vacío y decidió que quería ahogar sus penas durante el resto de la noche. Ya no había nada que pudiera hacer. Al menos, estaba en el lugar adecuado. Bristol. Mejor estar allí, buscando en el último lugar conocido de Nathan, que persiguiendo a su fantasma por las calles de Southend.

Dejó la pinta sobre la mesa y se levantó de la silla. —¿Otra?

CAPÍTULO
CUARENTA Y UNO

A la mañana siguiente, entraron con cautela en el apartamento, como si se asomaran a la cómoda de otra persona, un espacio lleno de secretos sórdidos que uno no debería examinar. Sus trajes forenses crujían con cada movimiento. La luz del pasillo se proyectaba sobre un sofá viejo y un hervidor de agua descascarillado sobre los fogones. Era un apartamento de un dormitorio, modesto y destartalado, del tipo que cabría esperar de alguien recién salido de la cárcel con poco o nada a su nombre.

Tomek mantenía las manos a los costados, con las mangas pulcramente estiradas sobre los guantes y el aliento empañándole la mascarilla. Lydia, la trabajadora social, se quedó en el umbral con una pequeña tablilla con papeles, mientras el técnico de la científica que estaba a su lado fotografiaba meticulosamente todo.

Pasaron al dormitorio de Nathan Burrows: el lugar donde había dormido, donde había disfrutado de noches placenteras y donde posiblemente se había quedado despierto, urdiendo sus planes. La cama estaba limpia y hecha con una sencilla funda nórdica. La mesilla de noche estaba vacía, a excepción de una pequeña lámpara y un cargador de móvil sobre la superficie. Tomek se acercó al armario y lo abrió, sintiéndose extraño e incómodo al escudriñar la vida del hombre que había matado a su hermano. Le pareció una invasión de la privacidad, una de muy mal gusto. Debería haberse sentido exultante, enardecido. Y, sin embargo, en el fondo de su mente, la revelación de Abigail de la noche anterior se repetía como

un disco rayado. A estas alturas ya habrían retirado el artículo, pero, para él, el daño ya estaba hecho. Era muy posible que Nathan ya lo hubiera visto.

Tomek se centró en los objetos del armario. Para su sorpresa, estaba lleno de marcas de diseño y una amplia variedad de prendas: desde abrigos y plumíferos hasta sudaderas y camisetas. La cantidad de conjuntos habría durado al menos dos meses, una cantidad excesiva de ropa para un hombre que llevaba menos de dos semanas fuera de la cárcel.

—¿Cómo se ha podido permitir todo esto? —preguntó Tomek.

Lydia se frotó los dedos contra la tablilla; su expresión cansada sugería que su trabajo le restaba a su vida algo más que las horas trabajadas. —Recibía pagos del Universal Credit, junto con algo de dinero de emergencia para la vivienda mientras estaba en el programa de reinserción. Pero eso no explica las zapatillas nuevas y la ropa de marca —respondió, señalando los artículos que tenían delante—. Me dijo que había estado yendo a tiendas benéficas o comprando cosas de segunda mano en eBay. Pero no sé cómo consiguió las prendas de más valor. —La mirada de Lydia se dirigió a Tomek a modo de disculpa—. Puedo solicitar otra comprobación financiera, preguntar en la oficina de vivienda, pero, después de treinta años encerrado, la gente encuentra la manera.

Vaciaron cajones, pusieron del revés los bolsillos de abrigos y pantalones, y miraron debajo del colchón. El técnico de la científica sacudió una bolsa de plástico maltrecha y la sostuvo a contraluz; no había nada de verdadera utilidad: solo un par de recibos, un folleto doblado de una oficina de empleo y un *Metro* vacío doblado en una esquina. Fotografiaron, embolsaron y etiquetaron cada artículo de forma lenta y meticulosa: tarjetas numeradas, bolsas de pruebas, una firma debajo de cada una. Pero nada proporcionó una pista, ninguna dirección, ningún contacto garabateado. Ni tarjetas SIM. Ni notas.

No había dejado nada.

A Tomek se le encogió el estómago. ¿Había sido todo una pérdida de tiempo? ¿De verdad habían cruzado el país para no encontrar nada? No creía que Nathan hubiera dejado la casa

completamente vacía. Este era su espacio seguro, oculto de las miradas indiscretas. Para Tomek y el resto de la población general, era invisible. Solo unos pocos elegidos conocían su dirección e identidad. Habría confiado en este espacio y se habría sentido lo bastante seguro como para esconder algo entre sus paredes. ¿Qué exactamente? Tomek no lo sabía. Una libreta. Una carta. Una agenda. Un teléfono. Un ordenador. Algo que enumerara los nombres y direcciones de sus confidentes más cercanos, tal vez.

Tomek se detuvo un momento para ponerse en la piel de Nathan. El hombre había pasado cada día entre las mismas cuatro paredes durante los últimos treinta años, viviendo en una celda. Estaría emocionado, encantado de experimentar *por fin* el aire fresco y la libertad. Pero también sería precavido, un comportamiento profundamente arraigado aprendido ante la amenaza de que los presos rivales intentaran robarle sus posesiones.

—¿Dónde esconderías algo si acabaras de salir de la cárcel? —dijo en voz alta, más para sí mismo que para nadie.

Sean se encogió de hombros. —¿Debajo de las tablas del suelo? ¿Dentro del colchón? ¿Fondos falsos? —le dio una patada a la base del somier.

—No —dijo Tomek—. Eso no es a lo que está acostumbrado. No le resulta familiar. Tiene que ser en un lugar en el que confíe, un lugar seguro, un lugar que sepa que funcionará.

Sean resopló, medio divertido. —De acuerdo, Sherlock. Y ¿dónde está ese lugar seguro, entonces?

Los ojos de Tomek recorrieron de nuevo la habitación: la cama pulcra, el armario abarrotado de ropa, la mesilla de noche desnuda. Todo parecía demasiado ordenado, demasiado corriente. Nathan no era estúpido; había aprendido a vivir en un lugar donde cada centímetro cuadrado importaba, donde la supervivencia significaba saber con precisión qué era tuyo y dónde estaba guardado.

Imaginó a Nathan en su celda: el somier de metal, la única estantería, el inodoro atornillado en la esquina.

El inodoro. Siempre ahí. Siempre parte de su mundo, siempre pasado por alto. Un hombre pasa tres décadas al lado de uno; llega a confiar en él.

Tomek se giró hacia el pasillo. —La cisterna —dijo sin rodeos.

Lydia frunció el ceño. —¿La cisterna del váter?

—Sí. —La voz de Tomek se agudizó—. Es exactamente lo que él conocería. Accesible, privado. El agua oculta el olor, amortigua el sonido. Ahí es donde se esconde el contrabando. Para él es un acto reflejo.

Por un momento, nadie se movió. Entonces, el técnico de la científica asintió y se dirigió al cuarto de baño. El espacio era estrecho, alicatado en un gris apagado, con manchas de moho negro creciendo en las esquinas del techo. El inodoro estaba pegado a la pared, su cisterna coronada por una pesada tapa de cerámica. Tomek se quedó atrás, con las manos fuertemente apretadas dentro de los guantes.

El técnico de la científica sacó un par de fotografías, capturándolo desde diferentes ángulos, luego deslizó sus dedos enguantados bajo la tapa y la levantó con lenta precisión. El agua chapoteó suavemente dentro del tanque; el sonido resultó extrañamente fuerte en la abarrotada habitación. Por un momento, pareció vacía, solo agua manchada de cal y el flotador subiendo y bajando lánguidamente. Tomek sintió que el pecho se le oprimía. Entonces, el técnico metió la mano en la esquina, apartando el flotador. Cuando la sacó, sostenía una bolsa de plástico transparente, arrugada pero intacta. Dentro, aplastado contra el plástico, había un teléfono móvil.

—Pues ahí lo tiene… —murmuró el técnico.

La habitación pareció encogerse a su alrededor. Tomek se acercó, con la mirada fija en la bolsa. Era un terminal moderno, delgado y negro, envuelto dos veces en polietileno para mantenerlo alejado del agua.

—Fotografíelo. Séllelo —ordenó Tomek—. Tiene que ir a análisis forense digital. Nos lo llevaremos a Essex para poder revisarlo nosotros.

El técnico de la científica asintió, trabajando con silenciosa eficacia. Más fotos: el teléfono *in situ*, la bolsa en las palmas enguantadas, las manchas de agua en la cerámica. Luego, a una

nueva bolsa de pruebas, cerrada con cremallera y sellada con una etiqueta de pruebas. Firmada, fechada, registrada.

Tomek observó cada paso, con el corazón desbocado. Ya estaba. La prueba. O al menos, la posibilidad de que lo fuera. Contactos, registros de llamadas, un rastro de migas de pan que llevara a quienquiera que Nathan hubiera estado contactando. Quizá incluso un registro de dónde se había alojado mientras estaba en Essex, si es que se había alojado en algún sitio.

Y quizá una pista sobre la verdadera identidad de Charlie.

CAPÍTULO
CUARENTA Y DOS

Volvían a casa arrastrando los pies, apiñadas para resguardarse del viento, que amenazaba con arrancarles los abrigos de no ser por el peso de las mochilas.

—No creo que vuelvan a ser amigas nunca —cotilleó Sophia mientras doblaban la esquina, subiendo por la calle en dirección a su casa—. Tendrías que haber oído algunas de las cosas que me dijo el otro día en Geografía…

Entonces Kasia se detuvo.

Un BMW blanco las había adelantado despacio y se había detenido bajo una farola unos metros más adelante. La calle pareció contener el aliento. Kasia también.

—¿Kasia? —preguntó Sophia—. ¿Qué pasa? —Su amiga siguió su mirada hasta que esta se posó en el coche—. ¿Qué ocurre?

—Es que… Es solo que… —El cerebro y el cuerpo se le paralizaron, clavada en el sitio por el miedo. Pero entonces algo cambió en su interior cuando vio que la ventanilla bajaba y asomaba la coronilla de una cabeza calva.

—¡Corred!

No se lo pensaron. Sus cuerpos reaccionaron antes de que sus cerebros pudieran procesarlo. En cuanto Kasia ladró la orden, sus piernas las llevaron hacia delante, machacando la acera con zancadas torpes y desesperadas. Las mochilas les golpeaban los costados y les tiraban de los hombros, frenándolas, pero el miedo las impulsaba hacia delante.

El aire de la tarde era cortante y les arañaba la garganta con cada bocanada. El chapoteo de los zapatos colegiales contra el asfalto mojado resonaba con fuerza en el silencio de la calle. Casi con demasiada fuerza, como si cada paso anunciara su ubicación al hombre que estaba al volante.

—No mires atrás —siseó Kasia, aunque ella misma no pudo resistir la tentación de echar un vistazo por encima del hombro. La puerta del coche no se había abierto. El motor no se había encendido. Pero la sombra en el asiento del conductor seguía allí, observando, con la cabeza lo justo inclinada como para clavarle una aguja de hielo en mitad del pecho.

La mano de Sophia rozó la suya mientras corrían, un apretón rápido y aterrorizado que decía más de lo que podrían expresar las palabras. Estaban juntas en esto, unidas por el miedo. Amigas hasta el final. A Kasia le ardían los músculos, las rodillas le gritaban, pero la adrenalina mitigaba el dolor. Las casas a ambos lados se cernían sobre ellas, familiares y a la vez extrañas, sus ventanas a oscuras como ojos cerrados que se negaban a ayudar.

—Ya casi llegamos —jadeó Sophia con voz temblorosa.

Kasia asintió, aunque su mente gritaba *no, no, no*. No estaban a salvo. Todavía no.

Entonces Sophia se desvió, dispuesta a meterse en el camino que llevaba a la puerta de su casa. Pero Kasia le dio un tirón brusco del brazo, haciéndola volver y casi provocando que ambas cayeran al suelo. —¡No! No puedes entrar ahí. Sabrá dónde vives. Tenemos que ir al badulaque. Tiene cámaras. Hay gente. No podemos ir a casa.

Los ojos de Sophia se abrieron como platos, vidriosos bajo la luz amarilla de la farola. Pero Kasia no la soltó. Arrastró a su amiga hacia delante, lejos de la casa, lejos del coche que seguía esperando bajo la farola como una araña en su tela.

Sus pies chapotearon en un charco, salpicando de agua sucia sus medias, y entonces el resplandor de neón del badulaque apareció más adelante, un faro de salvación.

—Vamos —resolló Kasia y, juntas, entraron por la puerta. El zumbador que había sobre ellas anunció su llegada.

La tienda era pequeña; cada superficie estaba ocupada por un surtido de productos. Las estanterías rebosaban de paquetes de patatas fritas, botes de caramelos y latas apiladas de tres en tres. Hileras de refrescos en botellas de plástico captaban la luz del fluorescente que zumbaba en el techo. Detrás del mostrador, unas pantallas de metacrilato arañadas y opacas encerraban al tendero como en una jaula, con su taburete metido bajo una pared empapelada con carteles de crédito telefónico barato, botes de lotería y octavillas de gatos perdidos. Allí el aire era más cálido, más denso, pero sus cuerpos seguían temblando y respiraban de forma entrecortada por la carrera. Kasia sentía el pulso retumbándole en la base de la garganta, tan rápido y fuerte que le daban ganas de vomitar. Acercó a Sophia, sus hombros apretados, como si pudieran esconderse la una en la otra.

El tendero, un hombre enjuto de unos cincuenta años con ojos cansados y coronilla calva, se inclinó hacia delante, observándolas con los ojos entornados a través del metacrilato arañado. Su voz sonó monótona y ensayada, como si fuera una frase que repetía todos los días.

—Solo un escolar a la vez.

Kasia parpadeó, con el pecho todavía subiéndole y bajándole y el sudor enfriándosele en la piel. —¿Cómo?

Él señaló con el dedo el letrero pegado en la pantalla: NO SE PERMITE LA ENTRADA DE MÁS DE 1 ESCOLAR A LA VEZ.

—Son las normas de la tienda. No puedo dejar que entren pandillas. Dan demasiados problemas.

Sophia gimoteó, un sonido diminuto que sacó a Kasia de su aturdimiento. Dio un paso al frente y apoyó las palmas en el mostrador.

—Por favor. No lo entiende. No hemos venido a comprar nada. Es que… —se le quebró la voz. Se aclaró la garganta, forzándose a hablar con más fuerza y firmeza—. Hay un coche fuera. Con un hombre dentro. Nos ha seguido. No podemos ir a casa. Todavía no.

La mirada del hombre pasó por encima de ella, hacia el escaparate, donde la calle oscura se apretaba contra el cristal. Apretó los labios.

—Nos quedaremos aquí mismo, ¿vale? —dijo Kasia rápidamente, desesperada—. No tocaremos nada. Solo déjenos quedarnos. Por favor.

Su mano bajó, buscando a ciegas la de Sophia, y se la apretó con tanta fuerza que les dolieron los nudillos. Sophia se pegó más a ella, con los ojos fijos en la puerta. El tendero suspiró y luego murmuró algo en voz baja en un idioma que Kasia no entendió. Finalmente, asintió bruscamente hacia la esquina del fondo, entre un congelador lleno de comida y una estantería de artículos en liquidación.

—Ahí. Podéis poneros ahí. Pero no estorbéis.

El alivio invadió a Kasia. Tiró de Sophia hacia la esquina, con el móvil ya en la otra mano y el pulgar tembloroso mientras buscaba el número de su padre.

—¿Diga? —La voz de Tomek sonaba ahogada, cargada de agotamiento.

—Papá —soltó Kasia—. Es él. Le hemos visto. El hombre del tatuaje. En el BMW blanco.

—¿Estás segura?

—Creo que sí.

—¿Dónde estáis?

—En la tienda de la esquina de casa de Sophia.

Al otro lado de la línea, silencio. Luego su voz regresó, baja y controlada. —Vale. Escúchame. Quédate dentro de la tienda. No te muevas. ¿Estás con Sophia?

—Sí —susurró ella.

—Bien. No os separéis. Sentaos donde os puedan ver las cámaras. No os vayáis hasta que yo os lo diga. Ahora mismo estoy en la autovía. Llamaré al equipo. Uno de ellos irá a por vosotras. ¿Entendido? No vayas a ninguna parte sola.

Kasia asintió. —No he podido coger la matrícula. Lo he intentado, pero… no la veía. Estaba muy oscuro. Y ahora… —Miró hacia el escaparate de la tienda, con el corazón martilleándole—. Creo que se ha ido.

—No pasa nada. Has hecho lo correcto. Si el coche vuelve, no hagas nada hasta que llegue alguien del equipo.

Kasia tragó saliva, pero tenía la garganta seca. —Pero, papá, ¿y si él…?

—Alguien del equipo llegará antes que yo. No os mováis de ahí. ¿Me oyes?

Los dedos se le agarrotaron de tanto apretar el móvil, pero volvió a asentir. —Te oigo.

—Buena chica —dijo Tomek, ahora más bajo, como si esas dos palabras fueran todo lo que podía darle a través de los kilómetros que los separaban—. Mantén la línea abierta si lo necesitas. Iré llamando para ver cómo estáis hasta que lleguen.

CAPÍTULO
CUARENTA Y TRES

Tomek aparcó de mala manera en el arcén, subiéndose al bordillo, antes de saltar del vehículo y echar a correr hacia la puerta de Claire mientras la lluvia lo azotaba de costado. El tiempo había empeorado durante el que había sido el peor viaje en coche de la vida de Tomek: casi dos horas de atasco en el jodido túnel de Dartford, seguidas de un accidente en una de las vías de acceso de la A13, habían provocado que un trayecto que debería haber durado tres horas se convirtiera en uno de cinco, casi seis. Cuando salieron, aún era de día, y Tomek había pensado en invitar a Kasia a una buena cena para llevar a modo de disculpa por las molestias.

Ahora no tenía mucha hambre.

Pocos instantes después, la puerta se abrió y apareció una silueta, con los rasgos ocultos por la luz que se derramaba desde el recibidor. A Tomek le llevó un momento reconocer a Chey, con su complexión delgada y enjuta y su espeso pelo negro.

—¿Sargento? Ya estás aquí.

—A ti no se te escapa una, ¿eh?

Tomek no lo dudó. Se coló entre Chey y la puerta y entró en la casa, con Sean pisándole los talones.

—Están en el salón —les dijo el agente desde atrás mientras cerraba la puerta.

Tomek sabía perfectamente adónde ir. En el salón, encontró a Kasia y a Sophia sentadas en un sofá, con Claire acurrucada entre ellas, consolándolas a ambas. En un brazo del sofá descansaba una

caja de pañuelos de papel, con varios ya usados al lado. En el sofá de enfrente, Rachel estaba sentada torpemente en el borde, con pinta de haber dado malas noticias.

—Sargento —dijo Rachel, levantándose de su asiento y acercándose a él de inmediato.

—¿Cómo están? —preguntó él.

—Conmocionadas. Asustadas. Como era de esperar.

En ese momento, Kasia se percató de su presencia y se levantó de un salto del sofá. Cruzó la habitación a toda prisa y se le echó en brazos, rodeándole el cuello. Se abrazaron con fuerza, sin que ninguno quisiera soltar al otro. Una oleada de calor lo inundó. Estaba a salvo. Estaba con él.

—Lo siento mucho, Kash. Nunca debería haberte dejado sola —dijo, bajándola suavemente al suelo.

—Estoy… estoy bien —respondió ella, aunque el nudo en la garganta dejaba claro que no era así—. Pero Sophia… está hecha polvo.

Kasia señaló a su amiga en el sofá, que estaba sentada con la cabeza hundida en el cuello de Claire, sollozando sin control, mientras de sus labios escapaban suaves gemidos. Una ola de culpa creció en su interior. Sophia y Claire eran espectadoras inocentes en todo este lío. Nunca deberían haberse visto involucradas, y él nunca debería haberlas puesto en esa situación.

—Lo siento muchísimo —dijo mientras se agachaba junto a ellas —. Es culpa mía. Yo… nunca debería haber dejado a Kasia con vosotras.

Ninguna de las dos respondió, aunque Claire le dedicó una sonrisa tranquilizadora, una que parecía decir: «No te preocupes, lo entendemos».

—Me siento fatal —continuó él—. Yo… No volveréis a vernos hasta que esto se haya solucionado.

—¿Y si Nathan o el tipo que nos siguió saben dónde viven? —dijo Kasia desde el otro lado de la habitación.

Tomek la miró sin expresión. Tenía razón. Las había arrastrado a su mundo, al mundo de Nathan. Al confiarles la seguridad de Kasia, había puesto en peligro la suya propia.

—¿Qué significa eso? —preguntó Claire, sin dejar de acariciar la cabeza de su hija—. ¿Corremos peligro?

—No. Posiblemente. Pero lo más probable es que no. Es complicado.

—*Tomek*, ¿tenemos que preocuparnos?

Se frotó la cara enérgicamente con las manos. Todo estaba saliendo rematadamente mal. Primero, la relación con sus padres. Luego, su comportamiento durante la investigación, ignorando las instrucciones de Nick. Después, Abigail entorpeciendo el progreso. La bebida. La discusión con Kasia y el distanciamiento con Sean. Y ahora esto: arrastrar a una familia que no tenía nada que ver con Nathan ni con Michał. Estaba alejando a todo el mundo cada vez más.

Todo por culpa de un solo hombre.

Solo quería que parase.

—¿Tomek? —repitió Claire—. ¿Tenemos que preocuparnos? ¿No estamos seguras aquí?

Tomek bajó las manos, la miró a los ojos antes de responder y se encogió de hombros—. Sinceramente, no lo sé. Nathan es capaz de cualquier cosa; no hay más que ver lo que le hizo a mi hermano para darse cuenta. Espero que no sepan dónde vivís. Espero, por el bien de todos, que el coche que creísteis ver fuera solo un error. Que solo fuera un vecino o alguien que había quedado con uno. Pero si lo es… si es uno de los hombres de Nathan, entonces no lo sé. Es muy posible que Nathan utilice a otra persona para llegar hasta mí.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Claire.

—No lo sé. Espero estar equivocado. Pero tenemos que encontrarlo antes de que pueda pasar cualquier cosa… a *quien sea*.

CAPÍTULO
CUARENTA Y CUATRO

Las cosas no iban según lo planeado. No era tan ingenuo como para pensar que sería fácil o que avanzaría sin contratiempos ni baches por el camino, pero algunos de los hilos que intentaba mantener sujetos se le estaban escapando de entre los dedos.

Tomek y el resto de su equipo de cabrones lo habían relacionado de alguna manera con Mason Alexander.

Se suponía que nadie encontraría los huesos de Mason. Debían permanecer ocultos por toda la eternidad, era su pequeño secreto. ¿Habían cometido un error? ¿Lo habían enterrado en un lugar fácil de encontrar? Seguro que no; de lo contrario, lo habrían descubierto antes y la policía se habría asegurado de que nunca saliera de la cárcel. Pero entonces, ¿por qué habían reaparecido justo ahora? ¿De verdad había sido el tiempo, como sugería el artículo? El momento era de todo menos ideal.

Mason había sido el primero. Su prueba. Su oportunidad de dar rienda suelta a los deseos de los que habían hablado con tanta frecuencia. Susurros nocturnos en los rincones del patio, trozos de papel pasados en clave por el aula. Ese tipo de fantasías les habrían valido a ambos un periodo de aislamiento y una charla con la policía o con el terapeuta local si los hubieran oído.

Mason Alexander no había sido más que una oportunidad. Un cuerpo con el que practicar. Una prueba de concepto. Cuando terminaron, lo ocultaron, ambos obligados a guardar silencio, emocionados por su primera creación real. No estaba previsto que lo

desenterraran. Habían elegido su tumba con cuidado, la habían cavado honda y bien definida. Habían borrado sus huellas. Debería haber permanecido en el olvido.

Pero ahora, de alguna manera, Mason había vuelto a salir a la luz, arrastrando consigo el nombre de Nathan.

Nathan recorría la vieja casa de un extremo a otro. Las tablas del suelo bajo sus zapatillas crujían a cada paso. El teléfono en su bolsillo le quemaba contra el muslo hasta que lo sacó y marcó el número de Donovan.

—Don.

Una pausa seguida de un gruñido de reconocimiento al otro lado.

—Se ha liado parda. Tengo que pasar desapercibido un tiempo —dijo Nathan, volviéndose hacia la ventana cubierta con una cortina y atisbando por una rendija la calle vacía—. Las cosas están tomando un rumbo diferente e inesperado y, por ahora, no nos pueden ver juntos.

—¿Y qué pasa con todo lo demás?

—Está bien. Sigue en marcha. Pero… se retrasa. Tengo que hacer otra llamada después de esta. Mientras tanto, voy a necesitar un favor.

—Lo que sea.

—El teléfono. Mi ropa. En la casa. Necesito que los cojas por mí.

Silencio, y luego una exhalación grave. —Eso es arriesgado.

—También lo es dejarlos donde están —replicó Nathan—. No pueden encontrar nada. Los coges y los pones a buen recaudo. Ese es tu trabajo. ¿Entendido?

—Pero el coche… Necesito mantenerlo oculto después de la última vez. Además, creo que las chicas lo han visto esta noche. O puede que lo hayan grabado las cámaras de seguridad de fuera de esa tienda.

Nathan suspiró profundamente. —¿No has cambiado las matrículas como te dije?

—Solo tengo un número limitado.

—Pues cámbialas otra vez. Es así de simple.

Otro suspiro, seguido del murmullo de Donovan: —Vale. De acuerdo. Iré. Pero no esta noche. Tengo que esperar a que se calme

todo.

Nathan cerró los ojos y se pellizcó el puente de la nariz, intentando calmar el ardor que le bullía bajo la piel. Si Donovan cumplía su parte, aún podrían mantener el juego en marcha.

Pero no podían permitirse ningún error.

CAPÍTULO
CUARENTA Y CINCO

Me muevo sin moverme. Arrastro los pies por el parque, el suelo tira de mí hacia abajo, aferrándose con tanta fuerza que parece que quiere engullirme por completo. Cada paso es pesado, antinatural, como si arrastrara medio mundo tras de mí. El viento y la lluvia me azotan el rostro sin piedad.

Y entonces los veo. La fila. Una hilera de cuerpos que no son realmente cuerpos, solo gente inmóvil como lápidas, esperándome, observándome. Sus rasgos son casi invisibles en la oscuridad.

Delante, Michał yace boca arriba. La lluvia se estanca en su boca abierta, gotea de sus pestañas y vuelve la blancura de su piel casi plateada. Su cuerpo parece más delgado de lo que recuerdo. Más pequeño.

Están allí otra vez. Todos. De pie sobre él, en semicírculo. Nathan, Charlie, Sean, Kasia. Tiene el pelo pegado a la cara por la lluvia; cuando por fin me fijo en sus manos, las tiene manchadas de rojo hasta más arriba de las muñecas. Le clava la mirada a Michał. Las náuseas tardan un segundo en invadirme.

Mamá y papá le sonríen a Michał.

Y luego Dawid y su familia. Arrimados unos a otros, formando una unidad, como debe ser una familia.

Esta vez, hay algo diferente. Claire y Sophia están al lado de Nathan, fuera de lugar. Claire lleva pijama y una gabardina por encima, y Sophia, el uniforme del colegio. Ambas miran a Michał con una expresión que no es de lástima.

Nathan levanta la barbilla. No grita. No le hace falta.

—Mira —dice, con lentitud e intimidad—. Mira a cuánta gente has puesto en tu contra. Mira a cuánta gente te has *puesto en tu propia contra. Todo esto es obra* tuya*, Tomek. Todos estamos mejor sin ti. Ninguno de nosotros te necesita. Eres un cáncer en esta familia, en la vida de estas personas. Y vamos a extirparte.*

Todo en mí quiere abalanzarse sobre ellos, destrozarlos, pero tengo los miembros de plomo. Las piernas me pesan y, cada vez que intento moverlas, me hundo más en el barro, cayendo lentamente. La hierba mojada se derrite bajo mis pies y entonces el fango se apodera de mí. Se adhiere a mis zapatillas, a mis pantorrillas, a mis pantalones y, con cada centímetro que avanzo a la fuerza, el suelo se cierra un poco más a mi alrededor.

El grupo se acerca, formando ahora un círculo alrededor de Michał. Alguien le toca el hombro y aprieta. Una palma le masajea la cara, tanteando el hueco de su mejilla. Intento gritar, pero el sonido es engullido por la lluvia y, por dentro, siento como si el barro me oprimiera las costillas.

Empujo y empujo. Mis dedos encuentran raíces y terrones, pero nada a lo que agarrarme. Cada intento se topa con una succión mayor y me deslizo más lejos, mientras el mundo se inclina. Los rostros alrededor de Michał se desdibujan: la gabardina de Claire ondea como una bandera, la mochila del colegio de Sophia se convierte en un borrón azul marino. Nathan se inclina sobre Michał y le habla tan de cerca que su aliento empaña el aire entre ellos. «Aún queda mucho más por venir…», le dice, casi con dulzura, como si consolara a un niño.

El agua me entra por la nariz y el pánico vuelve metálico su sabor. De repente veo que los ojos de Michał están abiertos, pero mira hacia el cielo, a la lluvia. Atrapado. Clavado en la tierra. Entonces alguien le da una patada en la cabeza. Otro, en las costillas. Golpes, golpes, golpes. Pero su cuerpo inerte simplemente los encaja. Y no hay nada que yo pueda hacer. Estoy cayendo, hundiéndome, fundiéndome con el fondo, y con cada centímetro el círculo alrededor de Michał se cierra como una soga.

Mi última visión antes de que el mundo desaparezca es la de ellos inclinándose, todos, para rematar la faena con mi hermano.

CAPÍTULO
CUARENTA Y SEIS

Nathan y sus palabras le habían estado retumbando en la cabeza a Tomek toda la mañana.

Todo esto es cosa tuya, Tomek.

Ninguno de nosotros te necesita.

Eres un cáncer en esta familia, en la vida de esta gente.

Y vamos a extirparte.

Podía sentir que ya estaba ocurriendo. No había hablado ni había sabido nada de su madre, su padre o su hermano desde las discusiones. Tenía la sensación de que Kasia empezaba a resentirse aún más con él; aquella mañana no habían cruzado palabra y estaba seguro de que se debía por completo a la resaca de la noche anterior. Ella solo quería ser una adolescente normal, una típica chica de catorce años cuyas únicas preocupaciones fueran sus exámenes, sus amistades y sus relaciones. No si su vida corría peligro por un hombre que atormentaba a su familia.

En ese frente, seguía sin haber rastro de Nathan. No había testimonios ni avistamientos del BMW blanco en ningún lugar de Essex o Bristol. Ningún rastro ni información en ninguno de sus dispositivos móviles registrados, incluido el número que le había llamado el otro día. Nada. El hombre se había esfumado. Tomek supuso que, sin duda, se escondía en alguna parte, oculto y protegido por el hombre del tatuaje de lágrima.

O por Charlie.

Pero no se sentía completamente derrotado. Nathan no podría esconderse para siempre. Se había emitido una alerta en todos los puertos, así que cualquier intento de salir del país avisaría a la policía, y su cara estaba ahora por todo internet, gracias a una conversación previa con Nick y Victoria, que habían estado más que encantados de difundir su imagen en los canales de redes sociales de la Policía de Essex. Ahora era solo cuestión de tiempo.

Y de esperanza.

Sus esperanzas de atraparlo descansaban en dos cosas: la primera, que alguien del público viera al hombre del tatuaje de lágrima o al propio Nathan, y la segunda, que viniera del teléfono que él y Sean habían encontrado. El único problema era que el equipo de informática forense tardaría en analizar por completo el dispositivo. Incluso entonces, no había garantías de que obtuvieran resultados. Tomek confiaba en que encontraran en él información de GPS, números móviles y datos de contacto de sus cómplices: información que pudieran rastrear y usar para localizar el paradero de Nathan. Pero hasta que llegara ese momento, era un juego de espera, un tiempo que permitía a Tomek seguir reproduciendo en su mente las palabras de Nathan. Un tiempo que dejaba que el ruido en su cabeza supurara, se amplificara, creciera hasta no oír nada más. Un tiempo que le permitía pensar en la única manera de olvidarlo: alcohol y Abigail.

Las dos aes.

Estaba sentado en su mesa, inclinado hacia delante, con la barbilla apoyada en las manos, mirando fijamente la pantalla del ordenador sin absorber nada de lo que tenía delante, mientras villancicos se desgranaban de la radio del rincón de la oficina, brillantes y metálicos contra la mañana gris y tristona con la Navidad a la vuelta de la esquina. Por lo general, le habrían irritado, pero aquella mañana apenas los oía. Tenía la cabeza en otra parte.

Por el rabillo del ojo vio abrirse la puerta de la oficina, y la detective Nadia Chakrabarti entró. Una bocanada de aire frío la siguió, cambiando el ambiente de la sala. El resto del equipo se fijó en ella, saltando de sus asientos para apiñarse en torno a la mujer, que estaba de baja por maternidad. Los gritos de bienvenida y el

bullicio creciente sacaron a Tomek de su ensimismamiento, pero se quedó exactamente donde estaba. No se movió; simplemente volvió a fijar la mirada en la pantalla del ordenador, entrando y saliendo de su sopor.

No fue hasta unos minutos después, cuando terminó los saludos y las charlas con el resto del equipo, que se acercó a él. Lo primero que notó fue el abrumador olor de su perfume.

—¿Y esto qué es, entonces? —preguntó—. ¿No hay comité de bienvenida? ¿Me haces dejar lo mejor para el final?

Tomek alzó la vista hacia ella, se levantó de la silla y la abrazó. —Perdona. Estaba en Babia.

—Se nota. Y por lo que me cuentan, parece que no das abasto.

—Es una manera de decirlo.

—Vale. Pues basta de hablar de trabajo… ¿qué hacéis tú y Kasia este fin de semana? Fiesta de Navidad en mi casa.

Tomek abrió la boca para responder, pero no salió nada.

—El sábado. Sobre las cinco…

—Nads…

—Ya sé que es con poco margen, pero los críos habrán terminado el trimestre por las vacaciones de Navidad, y…

—Nads…

—Esta vez no va a ser de disfraces, así que no tienes que preocuparte por encontrar a última hora un traje o un disfraz. Entonces, ¿qué…?

—No quiero ir.

La respuesta fue más brusca de lo que pretendía, pero era la única forma de hacer que parara.

—Oh… —repitió, dolida.

—Perdona, no quería que sonara así. Pero no. Quería decir que no *puedo* ir. *No* podemos ir. Estamos liados.

—Oh. —El dolor en su voz se reflejó en su cara—. Está bien. Da igual. Quizá el año que viene.

Se dio la vuelta con brusquedad y se fue antes de que él tuviera ocasión de detenerla.

—Nads, no quería decirlo así. —Pero ella no se paró. No miró atrás. Siguió andando, reincorporándose a la conversación con el

resto del equipo.

Tomek se dejó caer en la silla y se quedó allí un buen rato, mirando fijamente un punto en su mesa. Increíble. Otra persona a la que acababa de apartar, molesta sin querer. ¿Cuánto tardaría en ver la cara de Nadia aparecer en un sueño? ¿Quién sería la siguiente? ¿Chey? ¿Rachel? ¿Nick?

No quería pensarlo. Mientras estaba sentado, alzó la vista por encima del monitor. Nadia estaba con el resto del equipo. Todos, incluidos Nick y Victoria. Todos menos él.

Era el bicho raro. Se había autoexcluido del grupo.

Cogiéndose el móvil de la mesa, salió hecho una furia y se dirigió a uno de los despachos pequeños del pasillo. Al cerrar la puerta detrás de sí, buscó el número que había estado evitando, el pulgar suspendido antes de pulsar.

Sonó una vez. Dos.

Apretó el teléfono con fuerza contra la oreja, mientras la otra mano se cerraba en un puño sobre la mesa.

—Oficina de Isobel Fox, le atiende Patricia. ¿En qué puedo ayudarle?

CAPÍTULO
CUARENTA Y SIETE

Tomek no acababa de entender por qué Isobel Fox siempre se las apañaba para hacerle un hueco en el último momento. Quizá comprendía que su trabajo le impedía comprometerse a citas con hora fija. O tal vez pensaba que era un caso tan perdido que tenía que dejarlo todo y cambiar las citas de sus otros clientes para atenderlo en cuanto le era posible. Fuera como fuese, le estaba agradecido por su tiempo.

Ahora, estaba sentada frente a él, con el bolígrafo suspendido sobre su cuaderno. Su mirada era firme; su postura, abierta, y su tono, tranquilo. Siempre lo ponía nervioso lo mucho que parecía percibir sin que él dijera apenas nada.

—Así que —dijo ella—, se siente perdido. Siente que esta persecución de Nathan lo ha consumido y que, a su vez, lo está aislando de su familia.

Él asintió, con un nudo en la garganta. —Es como si todo lo que hago, todo lo que digo, estuviera mal. Siento que se me escapan de las manos. Sobre todo Kasia. Es como si me mirara como si yo fuera… —Se interrumpió, buscando la palabra adecuada—. Como si ya no fuera su padre. Solo este… desconocido en el que no puede confiar.

Isobel se inclinó hacia delante, juntando las manos con delicadeza. —Tomek, necesito que me escuche bien cuando le digo esto: usted no es el problema. El problema es Nathan. Es él quien ha invadido su vida y lo ha obligado a estar en esta situación

imposible. Es natural que el estrés le afecte, pero no es usted un mal padre. Es un padre que está siendo atacado.

Aquellas palabras lo golpearon más fuerte de lo que esperaba. —No lo parece —masculló—. Parece que estoy agravando el daño.

—Eso es porque se lo echa todo a la espalda —replicó ella—. Sé que es más fácil decirlo que hacerlo, pero cuando esté con Kasia, hagan algo para distraerse. Solo ustedes dos. Intente convencerse de que su vida no está controlada ni consumida por lo que haga Nathan Burrows. Usted mismo ha dicho que lo más probable es que se haya escondido, lo que significa que, por el momento, la probabilidad de que él o sus socios se acerquen a usted y a Kasia es, ¿cómo diría?, ¿baja?

—Sí.

—Bien. Entonces quizá debería comportarse como si lo fuera. No es sano vivir con un miedo o una paranoia constantes. Vean una película o una serie. Hagan un puzle juntos o pónganse a colorear. Preparen la cena, escuchen sus canciones favoritas. Reconstruya ese vínculo con ella. Demuéstrele que su vida no va a ser así. Tiene que demostrarle que *pueden* funcionar como un equipo incluso con todo lo demás que está pasando. Lo ha hecho muy bien estos últimos meses. No puede echarlo a perder ahora.

Se removió, incómodo, en el asiento. —Suena más fácil decirlo que hacerlo.

—No es fácil —dijo ella, mientras una leve sonrisa asomaba a sus labios—. Pero es necesario. Y es una elección que solo usted puede tomar.

—Es que no puedo quitarme de encima la sensación de que sigue ahí fuera, en algún sitio, observándonos. Si no es él, es Charlie. Charlie sigue ahí fuera. Lo presiento.

Isobel asintió lentamente. —Hipervigilancia —dijo—. Es una respuesta al trauma perfectamente normal. Su cuerpo está en alerta máxima todo el tiempo, buscando el peligro. El problema es que no sabe cuándo dejar de buscar. Está viviendo en una zona de guerra que no existe.

Él tragó saliva. —Pero *sí* que existe. No está solo en mi cabeza. Él está ahí fuera… —Se le quebró la voz—. *Charlie* sigue ahí fuera.

—No digo que no haya una amenaza —respondió ella con amabilidad—. Pero usted no puede controlar si él está ahí fuera o no. Lo que sí puede controlar es qué parte de su mente le cede. Porque ahora mismo, Nathan y Charlie están ocupando espacio en su cabeza, en su casa, en su tiempo con Kasia. Ya están ganando sin mover un dedo.

Tomek se miró las manos y empezó a juguetear con los dedos. —La investigación está estancada. No tenemos nada. No ha habido ningún avistamiento. Los forenses informáticos todavía están analizando el dispositivo que requisamos, pero no hay garantías. Es como si se hubiera esfumado. Y cada día que pasa sin que lo atrapen, siento que le estoy fallando. Que les estoy fallando a todos.

La expresión de Isobel se suavizó. —Eso no es un fracaso, Tomek. Es frustración. Es dolor. Está haciendo lo que puede con lo que tiene. Nathan y Charlie eligieron esto. Ellos crearon esto. Usted está intentando proteger a su hija. Eso no es debilidad. Es valentía.

Siguió jugueteando con los dedos.

—Es humano. Tiene derecho a sentirse cansado. Tiene derecho a no tener todas las respuestas. —Hizo una pausa—. ¿Va a probar lo que le he sugerido?

Él asintió despacio. —Sí. Lo intentaré.

—Bien —dijo ella—. Un día cada vez. Eso es todo lo que buscamos ahora mismo. Ni la perfección, ni milagros. Solo el día de hoy.

Él asintió de nuevo, con la vista fija en el escritorio de ella, intentando imaginarse a sí mismo haciendo las cosas que le había descrito. Preparar la cena. Desconectar. Dejar que Kasia tuviera catorce años. Dejarse a sí mismo ser su padre.

Por primera vez en todo el día, sintió algo que podría haber sido alivio. O quizá solo era agotamiento. Se llevó consigo esa sensación al salir de la consulta y cruzar el aparcamiento. Mientras cerraba la puerta del coche a su espalda, aislándose del aire frío del exterior, sonó el móvil de Tomek.

Era Ian, del Fork and Spoon.

—No tendré una cuenta pendiente, ¿verdad? —preguntó Tomek.

—Lo siento, tío —empezó Ian, ignorando su comentario y pasando a algo totalmente distinto—. ¿Recuerdas que el otro día mencionaste a ese tipo al que perseguiste? ¿El tío calvo con el tatuaje de la lágrima?

—Sí.

—Pues estoy casi seguro de que acaba de entrar en el pub.

CAPÍTULO
CUARENTA Y OCHO

Tomek irrumpió por las puertas del Fork and Spoon con tal fuerza que tropezó con el felpudo y entró tambaleándose en el pub. El local estaba a reventar esa noche, con corrillos de gente acurrucada, hablando a voces, bebiendo, vitoreando y resguardándose del frío. Las fiestas y reuniones de Navidad de las oficinas estaban en pleno apogeo. Desde la última visita de Tomek, habían colgado finos hilos de espumillón en las ventanas y las luces de colores parpadeaban con intensidad.

Respiró hondo para serenarse y se abrió paso entre la multitud. Unos cuantos clientes habituales levantaron la vista a su paso y le dedicaron poco más que una mirada de curiosidad antes de volver a sus pintas. En la barra, Ian estaba secando un trozo húmedo con un paño, con su corpulenta figura tapada por la fila de surtidores de cerveza.

—¡Tomek, estás aquí!

—¿Dónde está?

Ian miró rápidamente a su alrededor y luego bajó la voz para igualar la urgencia de Tomek. —Lo siento, amigo. Has llegado tarde.

Tomek apretó la mandíbula. —¿Cuándo?

—Poco después de llamarte. Entró, se pidió una pinta, se la bebió bastante rápido y se fue.

—¿Le has servido tú?

—No he sido yo. Sandra estaba en la barra mientras yo estaba arriba. Ni siquiera me he dado cuenta de que estaba hasta que se

marchaba.

A Tomek se le encogió el estómago. —¿En qué dirección?

—Ha salido por la puerta principal. Pero tenía el coche aparcado en el arcén como un completo gilipollas.

Los ojos de Tomek se abrieron, esperanzados. —¿La matrícula?

—¡Me he adelantado, amigo mío! —Ian se agachó y rebuscó bajo el mostrador antes de sacar un trozo de papel manchado de cerveza. Lo deslizó por la barra—. La he apuntado en cuanto la he visto.

Tomek lo cogió al vuelo y leyó la matrícula dos veces para memorizarla. Sacó el móvil del bolsillo y retrocedió, marcando el número de Chey mientras se abría paso a empujones para alejarse de la barra.

El agente contestó al segundo tono. —¿Sargento?

—Necesito una comprobación de ANPR inmediatamente —dijo Tomek, leyendo la matrícula garabateada en el papel—. BMW blanco, berlina.

—Recibido. Lo registro. ¿Quiere que avisemos también a las unidades de tráfico?

—Sí. Cualquiera que lo vea, que lo intercepte. Quiero que lo encuentren y lo traigan lo antes posible.

—Entendido. Difundo el aviso ahora mismo.

Ian enarcó una ceja desde detrás de la barra. —¿Una pinta?

Tomek examinó los grifos durante un largo instante antes de negar con la cabeza. —Mejor no. Solo una Coca-Cola esta noche, por favor, amigo. Tuve que rehipotecar la casa después de la última vez.

Ian se rio entre dientes mientras cogía un vaso de la estantería, lo llenaba de hielo, servía la bebida y se la deslizaba. Tomek lo cogió, dio un sorbo que le supo a metal y burbujas y se giró para mirar la sala. Los minutos se alargaban. No podía hacer otra cosa que esperar. Y esperar. Y esperar.

A su alrededor, grupos de hombres y mujeres de todas las edades estallaban en carcajadas, chocando los vasos y dándose palmadas en la espalda, ajenos a las realidades del mundo de Tomek. Para ellos, el pub era un santuario, un lugar donde las

preocupaciones se disolvían en alcohol y ruido, donde la mayor inquietud era a quién le tocaba pagar la siguiente ronda. Para él, era algo completamente distinto. Estaba entre ellos como el humo que se desliza entre los cuerpos: visible, pero inadvertido; presente, pero ausente. Se fundió con el fondo, un hombre más con una copa en la mano, anónimo entre las voces y las risas.

Y, sin embargo, ninguno de ellos lo sabía. Ninguno podía imaginar lo que significaba volver a salir por aquellas puertas a un mundo donde el peligro acechaba. Donde cada rostro entre la multitud podía esconder un enemigo, donde cada teléfono que sonaba podía traer noticias de sangre y pérdida. Su vida era un espejo partido por la mitad. Por un lado, ordinaria, familiar, cálida; por el otro, afilada y astillada, una realidad que la mayoría de la gente nunca vería.

Los observó reír, sintiendo a la vez envidia y distancia. *Ellos* encajaban. Él no.

Cuando habían transcurrido treinta agónicos minutos, Tomek se había vuelto medio loco de tanto esperar. Tamborileaba con los dedos en la barra, con el hielo del vaso derretido por completo, cuando su móvil vibró en el bolsillo.

—¿Chey?

—Lo tenemos, sargento —dijo Chey, sin aliento, como si acabara de volver de correr—. Una unidad de tráfico ha localizado el coche a las afueras de Grays, incorporándose a la M25, y le han dado el alto sin incidentes. Ahora mismo está en la parte de atrás de un coche patrulla, de camino a Chafford Hundred.

Tomek se enderezó. El ruido del pub enmudeció de repente, como si alguien le hubiera quitado el sonido. —¿Estás seguro?

—Totalmente. El vehículo coincidía con la descripción, y él también. Tatuaje y todo.

Tomek exhaló lentamente. —Buen trabajo. Retenedlo allí. Voy de camino.

Terminó la llamada, se bebió de un trago lo que quedaba de su Coca-Cola y dejó el vaso vacío en la barra. Ian lo miró expectante.

—¿Y bien?

—Lo tenemos —dijo Tomek, dirigiéndose ya hacia la puerta—. Gracias, Ian.

—De nada. ¡Ahora me debes algo más que una pinta!

CAPÍTULO
CUARENTA Y NUEVE

Tomek exhaló profundamente antes de abrir la puerta y entrar en la sala de interrogatorios. En un rincón, sentado con la espalda completamente recta en una silla bajo la dura luz artificial, estaba el hombre del tatuaje de la lágrima. Tenía el rostro inexpresivo, sin emoción alguna, y el pulso de Tomek se aceleró al verlo. Por fin. Después de tanto tiempo, las tornas habían cambiado. El poder había pasado a sus manos y ahora era Tomek quien tenía el control. Endureció el gesto, irguió los hombros y cruzó la habitación con un aire de autoridad, aunque por dentro estaba nervioso. El hombre del tatuaje de la lágrima mantuvo los ojos fijos en Tomek mientras este se sentaba en la silla. Tomek se recompuso, colocó sus notas y documentos sobre la mesa y se tomó su tiempo para encender la grabadora digital antes de hablar.

—Según esto, su nombre —al menos, según el permiso de conducir que se le encontró en el momento de su detención y la coincidencia en el sistema cuando comprobamos sus huellas— es Donovan Midings. Me alegro de poder ponerle por fin un nombre a esa cara.

Donovan no dijo nada, y siguió mirando a Tomek con una mirada amenazadora e inflexible.

—Supongo que se estará preguntando por qué hemos interrumpido su tarde de jueves —continuó Tomek—. Y de forma tan brusca, además.

Ninguna respuesta.

—¿Es algo en lo que ha pensado en la última hora desde que lo trajeron?

—Sin comentarios. —Era la primera vez que Tomek oía hablar a Donovan en mucho tiempo, y por un momento casi había olvidado cómo sonaba su voz. Profunda, imperiosa, autoritaria; el tipo de voz acostumbrada a conseguir lo que quería.

—¿Adónde iba?

—Sin comentarios.

—¿Qué hacía en la A13?

—Sin comentarios.

—¿Se dirigía a la M25?

—Sin comentarios.

—¿Iba a Bristol por casualidad?

La expresión de Donovan se quebró ligeramente. Abrió los ojos de par en par, sorprendido, y sus labios se entreabrieron una pizca.

Te pillé.

—¿Qué puede decirme del piso de Bakers Street, en Bristol, Donovan?

—Sin comentarios.

—¿Ha estado alguna vez en esa dirección?

—Sin comentarios.

—Es curioso, porque tenemos grabaciones de cámaras de seguridad que muestran el coche en el que lo detuvieron deteniéndose cerca. —Tomek abrió la carpeta y sacó una hoja de papel que mostraba el BMW blanco pasando por delante de una casa en una calle residencial, a pocas casas de la dirección secreta de Nathan—. Cierto, las matrículas son distintas —lo cual es otro asunto del que ya nos ocuparemos—, pero ese es su coche, ¿verdad?

Donovan ignoró la fotografía. —Sin comentarios.

—¿Qué hacía allí, Donovan?

—Sin comentarios.

—¿Iba a reunirse con Nathan Burrows?

—Sin comentarios.

—¿Cuál es su relación con Nathan Burrows?

—Sin comentarios.

—¿Cómo se conocieron?

—Sin comentarios.

Tomek sacó dos hojas de papel de la carpeta y las inspeccionó, mirando a Donovan para crear un efecto dramático. No hubo ningún cambio en la expresión del hombre.

—Hemos hecho una comprobación rápida de su nombre, y aquí dice que cumplió condena por agresión hace diez años en la prisión de Su Majestad de Wakefield, lo que confirma que ese es realmente su nombre. Parece que también compartió celda con Burrows durante toda su estancia en una de las mejores instituciones de Su Majestad. ¿Le suena de algo?

Ninguna respuesta.

—¿Se hicieron muy amigos en la cárcel? Supongo que sí, si ha estado llevándolo y trayéndolo desde Bristol cada dos por tres para asegurarse de que llega a tiempo a sus reuniones con el agente de la condicional. Pero tengo curiosidad. ¿Y usted qué saca de todo esto? ¿Dinero? ¿Satisfacción? ¿Orgullo? —Tomek se alisó la corbata contra el cuerpo—. ¿Burrows tiene algo contra usted? ¿Tiene alguna deuda que saldar? Supongo que tendrá mejores cosas que hacer con su tiempo que ser el perrito faldero de alguien.

Las comisuras de los labios de Donovan esbozaron una sonrisa.

—Lo tiene haciendo sus recados, ¿verdad? Llevándolo de un lado para otro como si fuera el rey de Inglaterra. ¿Por qué?

—Sin comentarios —respondió Donovan, esta vez mucho más despacio, con un tono más amenazador, como si hubiera una amenaza detrás de sus palabras.

Tomek no iba a dejar que eso lo disuadiera. —¿Qué tiene contra usted, Donovan? ¿Qué deuda tiene? ¿Algo de su época en la cárcel? ¿Qué es?

Donovan permaneció en silencio.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

Nada.

—¿Dónde lo vio por última vez?

Seguía sin decir nada. La frustración de Tomek empezaba a multiplicarse.

—¿Dónde está? ¿Dónde está Nathan Burrows ahora?

Seguía sin decir nada. Solo un muro de silencio.

—Ha salido a la luz cierta información y necesitamos hablar con él sobre un incidente que tuvo lugar hace treinta años. Ahora mismo no lo encontramos, y esperábamos que usted pudiera ayudarnos. ¿Le gustaría volver a la cárcel, Donovan?

—Sin comentarios.

—Porque parece que eso es lo que podría ocurrir. Nathan Burrows es un hombre peligroso, como seguro que ya sabe. Pero ayudarlo y encubrirlo…, obstruir a la justicia…, esos son cargos que se le aplicarán a usted. Si descubrimos que lo ha estado ayudando a esconderse o a eludir la captura, nos aseguraremos de que se enfrente a todas las consecuencias de la ley y de que se le imputen los cargos más graves. De hecho, yo mismo se lo recomendaré a la Fiscalía. —Tomek se permitió una sonrisa irónica—. ¿Tiene algo que quiera decirme?

Por primera vez desde que Tomek había entrado en la sala, Donovan se movió. Se inclinó hacia delante, apoyando los codos en el borde de la mesa, con los músculos de los brazos tensos bajo la camisa. Acercó el rostro, lo suficiente para que Tomek percibiera el ligero olor a tabaco rancio de su aliento.

—Debería tener cuidado —murmuró Donovan. Su tono era tranquilo, casi de conversación, pero tenía un trasfondo que hizo que el pulso de Tomek se acelerara—. Uno no puede estar pendiente de todo el mundo todo el tiempo. Tarde o temprano, mirará en la dirección equivocada. Y cuando lo haga…

Dejó la frase en el aire, sin terminar. Un movimiento deliberado.

Tomek lo miró a los ojos, negándose a pestañear. —¿Eso es una amenaza contra mi familia?

Donovan sonrió. La lágrima brilló bajo la dura luz del fluorescente. Se recostó en la silla, cruzó los brazos sobre el pecho y selló los labios.

Tomek clavó las uñas en la carpeta que tenía delante. Se obligó a mantener la voz firme, tranquila, controlada. —Se acabó por esta noche. —Se levantó, recogió los papeles y los metió de nuevo en la carpeta—. Pasará la noche aquí.

Donovan levantó la vista, curioso. Por primera vez, habló sin usar la frase de siempre. —¿Por qué?

Tomek apoyó una mano sobre la mesa y se inclinó hacia delante, imitando el gesto anterior del hombre. Su tono era firme, deliberado, ensayado como una frase en un tribunal.

—La ley nos permite retenerlo hasta veinticuatro horas, con una posible prórroga de hasta noventa y seis si lo consideramos necesario. Y dado su historial, no creo que tengamos ningún problema con eso, ¿verdad? —Se enderezó, deslizándose la carpeta bajo el brazo—. Así que póngase cómodo, Donovan. Va a estar aquí bastante tiempo aún.

CAPÍTULO
CINCUENTA

Tomek se desplomó en la silla de su escritorio. La conversación con Donovan había ido casi exactamente como esperaba: a ninguna parte. Donovan no había revelado nada, ni parecía probable que fuera a dar su brazo a torcer en los próximos días y a soltar prenda sobre los secretitos de Nathan y los suyos. Pero al menos lo tenían. Al menos estaba fuera de las calles y, lo que era más importante, lejos de Nathan. Una persona menos en la que Nathan podía confiar.

Tomek arrojó la carpeta sobre la mesa y se metió la mano en el bolsillo para coger el móvil. Eran poco más de las seis. Las clases habían terminado hacía mucho y Kasia le había enviado un mensaje diciendo que estaba otra vez en casa de Claire y Sophia. Pero eso no impedía que se preocupara por ella.

No puedes vigilarlos a todos, todo el tiempo…

El pitido se amplificó en su cabeza, retumbando entre sus oídos. Luego hubo una pausa y su voz, jovial y familiar, sonó al otro lado.

—¿Papá? ¿Va todo bien?

—Te llamo para preguntarte lo mismo.

—¿Qué? Sí, estoy bien. ¿Por qué no iba a estarlo?

—¿Dónde estás? ¿Sigues en casa de Sophia?

—Estamos pasando el rato en su habitación.

—¿Está Claire en casa?

—Está abajo preparando la cena, creo.

Se reclinó en la silla y cerró los ojos un momento mientras la tensión lo abandonaba. —Bien. Me alegro. —Dudó, tamborileando

con los dedos sobre el móvil—. ¿Qué tal hoy? No… no has visto nada, ¿verdad?

—No —respondió ella con firmeza—. He estado bien. Las dos.

—Vale. Te dejo. Mándame un mensaje si me necesitas.

—Lo haré. Prometido.

La comunicación se cortó. Tomek dejó el móvil sobre el escritorio y se quedó mirándolo un buen rato. Antes de que pudiera hacer nada, Chey se le unió con esa sonrisa de perro pachón que solía poner cuando tenía algo nuevo que contar.

—¿Está bien, sargento? —preguntó—. Tiene una cara que parece que le va a dar un patatús.

Tomek ladeó la cabeza y le dirigió la mirada a Chey. —Créeme, serías la última persona a la que querría haciéndome el boca a boca por lo que fuera.

La sonrisa de Chey se ensanchó. —Qué borde, sargento. Me han dicho que beso de maravilla.

—¿Quién? ¿Tu madre? —masculló Tomek, con una levísima sombra de sonrisa asomando en su boca.

Chey se rio, sin inmutarse. —Bueno, esto le va a interesar…

—Venga, desembucha.

Chey se echó hacia atrás en la silla de su escritorio. —Los de análisis forense digital han revisado el móvil que cogiste del piso de Nathan en Bristol.

Tomek alzó la vista, con la carpeta todavía medio abierta delante de él. —¿Y?

—No han encontrado nada. Bueno, no mucho. Según el informe, no había nada. Ni mensajes, ni correos, ni aplicaciones. Totalmente limpio. Pero la lista de contactos… —Chey agitó el dedo para enfatizar—. Eso era distinto. Encontraron dos números. Y los dos estaban registrados con un nombre.

Tomek se enderezó ligeramente en su silla, con el pulso acelerado. Era esa. La oportunidad de conseguir los nombres de algunos de los cómplices de Nathan.

La oportunidad de descubrir la verdadera identidad de Charlie.

—¿Quiénes? —preguntó.

Chey dejó que la pausa se alargara para darle más efecto. —El primero es el suyo, sargento.

Tomek parpadeó; las palabras se deslizaron en sus oídos como agua helada. —¿El mío?

—Sí. —Chey frunció el ceño, estudiando la reacción de Tomek—. Según el registro de llamadas, lo llamó un par de veces con ese número hace unos meses.

Así que *ese* era el número que Nathan había utilizado para chantajearlo y conseguir que lo ayudara a salir de la cárcel. La inquietud se apoderó de él. Sabía las apariencias que daba. Que quizás los dos habían conspirado. Que de alguna manera estaban trabajando juntos y que lo habían hecho para sacar a Nathan de la cárcel. Podía comprometerlo, pero no estaba preocupado; más le preocupaba la identidad de la segunda persona.

—Un tipo llamado Jonny Evans —respondió Chey.

El nombre cayó como un guijarro en el agua. —Jonny Evans… ¿Por qué me suena?

Chey abrió su libreta. —He estado investigando un poco. Evans tiene unos cuarenta y tantos. Vive en Chelmsford. Sobre el papel, parece limpio como una patena. Dirige una empresa de gestión de instalaciones y también figura como director de una organización benéfica, The Community Reintegration Trust. Parece que le gusta ayudar a exconvictos a conseguir vivienda y trabajo. La prensa local también lo adora. Ha patrocinado equipos de fútbol infantil, entrega cheques en actos para recaudar fondos y sale bastante en fotos con los concejales. Parece una persona decente.

—Entonces, ¿cómo ha acabado metido en líos con Nathan Burrows? —dijo Tomek para sí. Clavó la mirada en la pantalla del ordenador, observando su propio reflejo en el monitor. Le daba vueltas al nombre. Lo conocía. Le sonaba. No de un expediente ni de un titular. Algo diferente. Algo más cercano. Reciente. Personal.

—¿Cómo has dicho que se llamaba? —preguntó Tomek.

—Jonny Evans. Su número de móvil es este… —Chey señaló una nota en su libreta.

Tomek no supo por qué, pero sacó el móvil del bolsillo, fue a su agenda y empezó a teclear el número de Jonny Evans. A medida que

aparecían los dígitos, la lista de posibles coincidencias en el teléfono de Tomek se fue reduciendo rápidamente hasta que solo quedó una, a falta de cuatro dígitos por marcar.

Allí, en la parte superior de la pantalla, estaba el nombre de Jonny Evans.

Y entonces cayó en la cuenta. De qué conocía Tomek a ese hombre.

—Por eso me resulta familiar —dijo con voz grave—. Porque lo he conocido en persona.

Chey ladeó la cabeza. —¿Lo ha conocido?

Tomek asintió, con los ojos todavía fijos en el móvil. —Es el que me dio el golpe con el coche el otro día.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y UNO

Jonny Evans tenía el tipo de aspecto que le permitía pasar desapercibido. A sus cuarenta y tantos años, de estatura media, con pelo castaño ralo repeinado hacia atrás con demasiada gomina, tenía la silueta fofa de un hombre que probablemente pasaba más tiempo detrás de un escritorio que de pie. A primera vista, era anodino. Sin embargo, en la pequeña sala de interrogatorios, bajo las luces brillantes, el brillo de sudor en su frente y el temblor nervioso de su pierna revelaban su intranquilidad subyacente.

La detención había sido discreta. Un pequeño equipo de agentes uniformados se lo había llevado de su casa a las afueras de Chelmsford, interrumpiendo la cena que él y su familia estaban preparando. No había habido aspavientos, ni esposas, y muy pocas explicaciones. Aun así, eso no le había impedido solicitar la presencia del abogado que ahora estaba sentado a su lado, sin duda uno de los expertos legales de su empresa.

Jonny estaba sentado con los hombros encogidos, las manos tan apretadas sobre la mesa que los nudillos se le habían puesto blancos como la tiza. Sus ojos saltaban de la puerta a los rincones de la sala y luego hacia el abogado a su lado: un hombre fornido con un traje azul marino y una expresión impasible y pragmática. La rodilla de Jonny rebotaba bajo la mesa. De vez en cuando, se humedecía los labios y tragaba saliva, tratando de serenarse y presentarse como el hombre de negocios respetable, el líder de la comunidad, el hombre que asistía a cenas benéficas y posaba para fotos con los concejales.

Pero bajo la dura luz fluorescente, ese barniz se estaba resquebrajando, y Tomek ya podía ver cómo se formaban las grietas en su rostro, tal y como había sucedido cuando ocurrió el accidente.

—La verdad es que no entiendo por qué estoy aquí —replicó Jonny.

—¿Ah, no? —preguntó Tomek, recostándose en su silla. A su lado estaba sentado Chey, que apoyaba los codos en el borde de la mesa —. ¿No se acuerda de mí?

Jonny de repente pareció interesarse mucho por sus dedos. Era obvio que sí se acordaba.

—Yo… conozco a mucha gente.

—Chocó usted contra mí hace poco —le explicó Tomek—. Se me cruzó en mitad de London Road.

Tomek esperó una reacción, un destello de reconocimiento o de sinceridad en el rostro del hombre, pero no obtuvo nada.

—Yo… ¿Hice eso?

—¿Tiene usted mala memoria, señor Evans?

—No, no creo —respondió en voz baja.

—Estupendo. Entonces, quizá podría explicarme de qué conoce a Nathan Burrows.

—¿Quién?

La confusión en la voz de Jonny era genuina.

—¿Le suena de algo ese nombre?

Jonny negó lentamente con la cabeza.

—No… no sé de quién me habla.

Tomek no necesitó decir nada; Chey sacó una foto de Nathan Burrows y la deslizó sobre la mesa.

—Quizá esto le refresque la memoria.

Jonny cogió la hoja con los dedos temblorosos. La miró durante un buen rato, recorriendo con los ojos los contornos del rostro de Nathan.

—Yo… no he visto a este hombre en mi vida.

—Entonces, ¿tal vez le apetezca explicarnos por qué su número de móvil aparecía en la agenda de su teléfono?

De repente, la actitud de Jonny cambió. Parecía que quería decir algo, pero que se contenía.

—Sin comentarios —dijo.

Te pillé, pensó Tomek. Ahora solo tenía que agotarle la paciencia.

—¿De qué conoce a Nathan Burrows? —insistió.

—Sin comentarios.

—¿De qué hablaron por teléfono?

—Sin comentarios.

Tomek le lanzó una batería de preguntas a Jonny.

—¿Cuándo se pusieron en contacto por primera vez? ¿Trabaja con él o para él? ¿Sabe dónde está? ¿Cuándo fue la última vez que habló con él? ¿Por qué estaba usted en Leigh la noche que chocó contra mí y no en el trabajo?

A todo lo cual Jonny respondió con un «sin comentarios».

Hasta que…

—¿Qué estãos tramando? Por lo que hemos podido averiguar, usted trabaja con muchos expresidiarios. ¿Usted y Nathan se conocieron en la cárcel y urdieron un planecito allí? ¿Es consciente de lo que ha hecho? Ha asesinado brutalmente a una persona y es sospechoso de haber hecho lo mismo con otra. Espero que entienda la gravedad del asunto. No es una buena persona y le garantizo que usted y todos los demás con los que trabajan le importan una mierda…

Jonny dio un manotazo en la mesa en un arrebato, cortando a Tomek de inmediato.

—Lo siento —dijo el hombre, con la voz entrecortada—. Lo siento. No quería… yo…

—Creo que tiene mucho que explicar.

Jonny empezó a juguetear con los dedos, incapaz de mirar a Tomek o a Chey a los ojos.

—No… no sé cómo empezó ni por qué. Pero… yo no conozco a Nathan exactamente. Quiero decir, lo conozco de nombre por mis múltiples visitas a las cárceles del país, pero nunca lo he visto en persona. —Jonny hizo una pausa para recuperar el aliento—. Todo ocurrió hace un par de semanas. Iba andando hacia el coche después del trabajo y, justo cuando estaba a punto de entrar, alguien se me acercó por detrás, me apoyó un cuchillo en la espalda y me puso un fajo de billetes delante de la cara.

Tomek quiso interrumpir, pero decidió dejar que Jonny terminara.

—No llegué a ver quiénes eran. Pero ella me dijo que cogiera el dinero y que tenía que hacer una cosa muy simple para ella, o de lo contrario le haría daño a mi familia.

—¿Ella? —preguntó Tomek.

—¿Qué querían que hiciera? —añadió Chey.

—Querían que chocara contra su coche… —Jonny levantó lentamente la mirada hasta encontrarse con la de Tomek.

—¿Le dijeron que chocara contra mí?

Jonny asintió.

—No fuerte. Solo un golpecito. No lo bastante como para causar daños graves. Dijeron que el dinero era para cubrir las reparaciones o el coste del seguro si lo necesitaba…

—Y usted aceptó. ¿Por qué?

—Porque no quería que le pasara nada a mi familia.

—Ha dicho que era una mujer. ¿Pudo distinguir algo de su voz? ¿Vio algo de su aspecto?

Jonny negó con la cabeza, volviendo a bajar la mirada a su regazo.

—Lo único que sé es que amenazó con hacerle a mi familia lo que Nathan Burrows le había hecho a aquel chico hace treinta años. Y después de buscar en Google lo que le ocurrió, me di cuenta de que no tenía elección. Eran ustedes o ellos.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y DOS

La lluvia golpeteaba con fuerza el parabrisas y formaba grandes gotas en el cristal. Tomek se fijó en una en particular. Una gota descomunal que parecía un enorme forúnculo, hinchándose de agua. Crecía, crecía y crecía, hasta que al final reventó y descendió por el cristal como una avalancha.

Consultó el reloj del salpicadero. Llegaban tarde.

Miró el móvil. No había ningún mensaje que le dijera que esperase o cuánto tardaría. Ya habían pasado cinco minutos. No era propio de ella llegar tan tarde. Solía estar ansiosa por irse cuanto antes, sobre todo para asegurarse de que a Tomek no le cobrasen tiempo extra. Otras veces, era porque ya había tenido bastante y se sentía mentalmente agotada después. Mientras seguía esperando, sus pensamientos se desviaron hacia Jonny Evans.

Al hombre le habían tendido una trampa, lo habían chantajeado y presionado para que contactara —para que tuviera contacto físico— con Tomek y Kasia. ¿Por qué? ¿Era simplemente una oportunidad para que Nathan se pavoneara y demostrara que podía llegar hasta Tomek en cualquier momento? ¿Era una amenaza? ¿O había algo más?

En su momento, no había inspeccionado bien los daños que había sufrido el coche tras el incidente. En realidad, no lo había vuelto a mirar desde entonces. Solo había sido un golpe sin importancia, una pequeña abolladura que, con las herramientas y los conocimientos adecuados, se podía arreglar. Aparte de un pequeño

arañazo en la pintura, no había daños significativos. Pero ¿y si Jonny Evans no le estaba contando toda la verdad? ¿Y si la mujer del aparcamiento le había dado algo más, o si había habido otro regalo en el fajo de billetes que le entregó?

Un localizador. Un dispositivo de escucha. Un aparato que le habían colocado en el coche cuando no miraba. ¿Era así como Nathan había sabido que Tomek estaba fuera de casa cuando irrumpió para ver a Kasia?

Tomek abrió la puerta del coche de un empujón. Una ráfaga de viento entró de golpe y lo aprisionó contra el asiento. Luchando contra ella, se apeó del coche y se dirigió a toda prisa hacia la parte delantera, encendiendo ya la linterna del móvil. La lluvia lo azotaba desde todos los ángulos y le pegó el pelo a la cara al instante. Entrecerró los ojos para protegerse, agachándose sobre los talones. Los arañazos en la pintura parecían rayas blancas sobre una mesa, reflejándose en la luz. Una sombra se extendía sobre la pequeña abolladura del parachoques delantero. Pero allí no había nada, nada visible a simple vista.

Se tumbó en el suelo, apoyando las rodillas en el hormigón húmedo, y luego se metió debajo del coche, apuntando con la luz entre el laberinto de metal. Aun así, nada pitó. Ninguna luz intermitente parpadeó para indicar que estuviera encendido.

Estaba todo en su cabeza.

Como todo lo demás.

Una ráfaga de viento barrió el aparcamiento mientras salía de debajo del coche, casi haciéndole perder el equilibrio. Protegiéndose la cara de los elementos, se apresuró a entrar en la consulta de Isobel Fox. Habían pasado diez minutos y seguía sin haber ni rastro de Kasia. Al entrar, la recepcionista, Patricia, saludó a Tomek.

—No creo que tarden mucho más —dijo ella con una sonrisa educada. Era tarde, mucho después de la hora de cerrar, y era evidente que la mujer tenía tantas ganas de irse a casa como Tomek.

Entonces, casi como si fuera una señal, Kasia salió de la consulta de Isobel, seguida de cerca por la propia terapeuta. Kasia tenía los

hombros caídos, la cabeza gacha. Se acercó a él arrastrando los pies, aferrada a su bolso como si fuera un salvavidas.

—Hablando del rey de Roma —dijo Tomek, posando una mano en la espalda de Kasia—. ¿Todo bien, campeona?

—Sí —respondió Kasia débilmente.

Tomek miró rápidamente a Isobel en busca de consuelo. La mujer se lo ofreció con una sonrisa profesional.

—Otra buena sesión esta tarde, Kasia. Estás haciendo muchos progresos. ¿Te importa si hablo un momento con tu padre?

Kasia levantó la vista hacia Tomek y extendió la mano. —¿Me das las llaves del coche?

Tomek se las sacó del bolsillo y se las dio. Kasia se dirigió hacia la salida, con las llaves tintineando levemente en su mano. Ni siquiera miró atrás al salir del edificio. Isobel se quedó un momento en el umbral, viendo a Kasia marcharse. Luego, con una entrenada rapidez, se hizo a un lado, indicándole a Tomek que la siguiera.

—Será rápido —dijo en voz baja.

Tomek obedeció y entró en su consulta. Isobel cerró la puerta tras ellos.

—Gracias —dijo ella, sentándose—. No se alarme. No tiene que ver con Kasia. Ella está bien. Solo es… lo de siempre, supongo que podría decirse. Solo quería saber cómo estaba usted después de todo lo que hablamos.

Tomek se quedó de pie un momento, estudiándola. Ella esbozó una leve y tranquilizadora sonrisa y señaló la silla de enfrente. Él se sentó, inclinándose ligeramente hacia delante, con los antebrazos apoyados en los muslos.

—¿Sobre Nathan?

Ella asintió. —¿Ha tenido noticias suyas? ¿O lo ha visto desde entonces?

La pregunta lo dejó atónito. ¿Por qué sacaba ella este tema ahora? ¿A qué venía tanta urgencia? Sus pensamientos volvieron a Jonny Evans, al supuesto accidente, a la trampa, a la posibilidad de localizadores o vigilancia. ¿Y si Isobel no era solo una terapeuta? ¿Y si Nathan la había atraído a su órbita también? ¿Y si había sido ella quien le había dado el dinero del soborno y lo había chantajeado?

¿Era descabellado? ¿O estaba todo en su cabeza?

Como todo lo demás…

Sintió un nudo en el estómago, pero se obligó a encogerse de hombros. —No —dijo con cautela, midiendo sus palabras—. Nada.

Isobel lo estudió durante un instante más de lo que a él le gustó. No hubo ningún cambio evidente en su expresión, pero creyó percibir un destello de duda en sus ojos. —Bueno, pues muy bien. Supongo que la falta de noticias es una buena noticia. ¿Y ustedes dos? ¿Cómo se han apañado?

—No hemos tenido tiempo —dijo él rápidamente.

—La idea era que sacaran tiempo.

—Lo haremos. No se preocupe. ¿Eso era todo?

Isobel asintió cortésmente, sonriéndole con una sonrisa profesional. —Por supuesto. Que tenga una buena tarde.

Tomek se levantó de la silla. —Usted también.

—Conduzca con cuidado, Tomek… —dijo Isobel, siguiéndolo con la mirada hasta la puerta.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y TRES

Había tenido treinta años para planearlo. Treinta años para dominarlo y perfeccionarlo. En su mayor parte, creía que lo había conseguido. Y, sin embargo, Tomek se estaba interponiendo en su camino. El móvil. El piso de Bristol. Y ahora Donovan no contestaba a sus llamadas ni respondía a sus mensajes.

No tenía ni idea de dónde estaba su viejo amigo. Donovan ya debería haber ido y vuelto. Pero no había habido respuesta. O lo habían detenido o había tenido un accidente grave. Nathan dudaba que el móvil del hombre estuviera apagado o que se hubiera largado sin más. No, esto era obra de Tomek. Entrometiéndose. Interfiriendo en su plan perfecto.

Que te jodan, Tomek.

Justo cuando Nathan iba a entrar en el baño por cuarta vez en una hora, sonó su móvil. Respondió al instante.

—¿Sí? —preguntó apuradamente.

—Han detenido a Donovan.

—¿Qué?

—He seguido su móvil durante el viaje a Bristol y ahora indica que está en la comisaría.

—Joder.

—No pasa nada —dijo la voz al otro lado—. ¿Confías en él?

—Con mi vida —replicó Nathan.

—Entonces no tienes nada de qué preocuparte. Pero…

—¿Qué?

—Eso no es todo. Hay algo más.

Nathan esperó, conteniendo la respiración.

—También han detenido a Jonny Evans.

—¿*Qué*?

—Acabo de verlo salir de la comisaría.

—¿Me estás jodiendo? —preguntó Nathan—. ¿Cómo lo han conseguido?

Y entonces se dio cuenta. El móvil. Por supuesto que había sido eso. El puto móvil. El único número que había allí que no era de un móvil de prepago o el de Tomek. Habían llegado antes de que Donovan pudiera hacerlo.

Nathan se llevó la cabeza a las manos, masajeándose la frente. —¿Crees que... crees que les ha contado algo?

—Lo averiguaremos muy pronto —fue la respuesta.

—Deberías estar más preocupado de lo que pareces —replicó Nathan.

—Ella estará bien. La vigilaré.

Nathan entró en el baño, cerró la puerta tras de sí y se quedó de pie en la oscuridad. —Vamos a tener que pasar al plan B. O al plan C.

—No, no lo haremos —dijo la voz al otro lado, calmándolo al instante—. Aún no estamos tan expuestos. Él sigue sin saber dónde estás; de lo contrario, estarías en una sala de interrogatorios junto a Donovan y Jonny. Y tampoco sabe dónde estoy yo; de lo contrario, también estaría ahí contigo.

Una apariencia de calma creció en el interior de Nathan. —Siempre has sido la voz de la razón. Pero eso no significa que estemos fuera de peligro. Aun así, tenemos que adelantarlo todo. Tenemos que actuar antes de lo que habíamos planeado, antes de que cualquiera de los dos termine junto a Donovan.

—Entiendo. Déjamelo a mí. Pero tendrás que tener en cuenta que no puedo hacer mucho más ahora que somos uno menos.

—Lo sé, lo sé. Llámame en cuanto tengas noticias.

—Por supuesto. —Una pausa—. Tampoco es seguro para ti el sitio donde estás. Te sugiero que vengas a mi casa. Es el único lugar seguro para ti ahora. Puedo recogerte en menos de una hora.

—De acuerdo. Te esperaré.

Nathan terminó la llamada, se guardó el móvil en el bolsillo y se bajó la cremallera de los pantalones. Mientras empezaba a mear en el inodoro, el alivio en su vejiga apenas consiguió mitigar la tensión de su cuerpo.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y CUATRO

—¡Hasta mañana, Kasia!

La voz resonó desde el otro extremo de la calle, pero no le prestó mucha atención mientras salía por la puerta del colegio y se dirigía en la dirección opuesta. Estaba distraída. Lo había estado todo el día; incapaz de concentrarse en clase o de pensar en otra cosa que no fuera lo que Isobel había dicho la noche anterior. Por lo visto, durante su último encuentro con Tomek, ella le había instado a pasar más tiempo juntos, a desarrollar más su relación, a olvidarse de todo lo demás que estaba pasando. A Kasia también le había dado el mismo consejo. Pero ¿de qué servía? ¿Por qué tenía que esforzarse ella si él no estaba dispuesto a hacerlo? Era su padre. Se suponía que *él* era lo bastante maduro como para dar el primer paso. ¿Por qué tenía que ser ella?

Deseó pasar la tarde en casa de Claire y Sophia en lugar de ir a la suya. Le gustaba estar allí. Era un lugar tranquilo, silencioso, relajante. Un sitio donde podía escapar, un refugio de los pensamientos sobre Nathan Burrows, el hombre del tatuaje de la lágrima, y Tomek…

Se dio cuenta de lo horrible e infantil que sonaba, pero no era el peor pensamiento que se le había pasado por la cabeza ese día. Por primera vez en mucho tiempo, había pensado en su madre. En cómo la necesitaba. En cómo anhelaba abrazarla, estrecharla entre sus brazos y quedarse dormida como hacían antes de que todo se torciera.

Incluso se había planteado responder al correo electrónico que había recibido. Venía de una cuenta anónima. Al principio, Kasia había pensado que era correo basura. Correo no deseado. Algo que borrar sin pensárselo dos veces. Pero el asunto la había dejado helada.

Soy mamá.

Se había convencido de que no podía ser real, de que era una especie de broma pesada. Pero la curiosidad —y algo más profundo, algo doloroso— la impulsó a abrirlo. Las palabras eran sencillas, no eran largas ni divagantes como algunas de las cartas que solía escribir antes de la cárcel.

Te echo de menos, mi Kellogg's querida. He estado pensando mucho en ti. Siento no haber estado ahí. Sé que no me lo merezco, pero me encantaría verte. Por favor, plantéate venir a visitarme. Solo una vez. Necesito saber que estás bien. Con cariño, mamá.

Kasia lo leyó diez veces, escudriñando las palabras en busca de algo falso, algo que no cuadrara. Una pista de que no era ella de verdad. Pero parecía real. Su intuición de madre, que sabía que tenía que ponerse en contacto en un momento de necesidad. Y el correo contenía el apodo que su madre le había puesto: Kellogg's.

Sin embargo, una parte de ella seguía dudando. Se suponía que su madre no tenía acceso al correo electrónico, no desde la cárcel. ¿Cómo podía ser? ¿Era alguien que se hacía pasar por ella o alguien que sacaba mensajes a escondidas? Y si era real… ¿por qué ahora?

No le había respondido. Todavía no. No sabía qué decir.

Pero las palabras se le habían clavado en el pecho como una astilla, pinchándola a cada respiración. Las había llevado consigo todo el día. Cada vez que miraba la pizarra en clase, a sus amigas en el almuerzo o a los profesores ladrando órdenes, oía la voz de su madre en aquellas frases.

Por primera vez en un año, Kasia no estaba segura de qué deseaba más: no volver a saber de ella nunca o correr directa a sus brazos.

Continuó por la calle, con la cabeza gacha y sumida en sus pensamientos, cuando lo vio. Un BMW blanco aparcado a mitad de la calle, inclinado torpemente contra el bordillo como si hubiera

aparcado demasiado deprisa. Por un momento, creyó ver movimiento en el interior. La silueta imprecisa de una cabeza que se giraba para observar.

El corazón le dio un vuelco. Parpadeó, se frotó los ojos y volvió a mirar. El parabrisas le devolvió el reflejo del cielo gris plomizo, ahora vacío y frío. La mano se le fue al bolsillo de la americana para buscar el móvil y marcó torpemente el número de su padre.

Un tono. Dos. Tres. Directo al buzón de voz.

—Cógelo, papá. Venga, venga…

Nada. Solo el zumbido mecánico de la voz robótica en su oído.

Lo intentó de nuevo. El mismo resultado. Nadie respondía.

Los limpiaparabrisas del BMW se movieron de repente, barriendo el cristal. A Kasia se le oprimió el pecho y un gemido se le ahogó en la garganta. Estaba a punto de echar a correr cuando un pequeño coche utilitario rojo se detuvo a su lado. La ventanilla del conductor bajó con un zumbido y un brazo conocido salió para saludarla.

—¡Kasia! —la voz de Abigail se oyó por encima de la lluvia.

El alivio la invadió y corrió hacia ella, con la mochila golpeándole la cadera y los zapatos chapoteando en los charcos. Abigail se inclinó sobre el asiento del copiloto y abrió la puerta justo cuando Kasia llegaba a su altura. —¿Qué pasa? Parece que has visto un fantasma.

Kasia se metió dentro de un salto y cerró la puerta de golpe a su espalda.

—Tengo que ir a casa —jadeó, girándose para mirar por encima del hombro—. Llévame a casa. Por favor.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y CINCO

La llave traqueteó en la cerradura antes de que la puerta principal se abriera con un chirrido. Tomek entró, sacudiéndose la lluvia de la chaqueta, con el pelo húmedo y pegado a la frente. Encontró a Kasia y a Abigail acurrucadas en el sofá. La tele estaba encendida y daban una comedia, pero ninguna de las dos miraba la pantalla.

Los ojos de Kasia —desorbitados y asustados— se clavaron en él en cuanto entró. Tenía el rostro pálido y las rodillas pegadas al pecho. Abigail los miraba alternativamente, mordiéndose el labio.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Tomek, con voz más cortante de lo que pretendía. Dejó la bolsa junto a la puerta, analizando la expresión de Kasia y la tensión de sus hombros.

Kasia tragó saliva, jugueteando con el cordón de la sudadera. —Había un coche fuera del instituto. Creía que era él otra vez…

A Tomek se le encogió el estómago, pero su tono se endureció en lugar de suavizarse. —¿Y cuándo pensabas contármelo exactamente?

—Yo… he intentado llamarte —dijo Kasia rápidamente, a la defensiva y casi desesperada—. No lo has cogido.

—¿Así que te has rendido y ya está? —Su voz se alzó, resonando en el salón. Abigail se encogió un poco y Kasia se estremeció, entornando los ojos—. ¡Creía haberte dicho que llamaras a Sean si había algún problema!

—¡Entré en pánico! —espetó Kasia con la voz quebrada—. ¿Qué se suponía que hiciera? ¡Tenía miedo!

—Entrar, ponerte a salvo y no dejar de llamarme hasta que responda —replicó Tomek con la mandíbula tensa mientras su mirada iba de ella a Abigail—. Y *tú* —señaló a Abigail, que se puso rígida bajo su fulminante mirada—, ¿por qué no me has llamado? ¿O a Claire? ¿O a cualquiera?

—No la tomes conmigo. Yo la he recogido. Menos mal que estaba allí en el momento justo —respondió Abigail.

Tomek se pasó una mano por la cara. —Dios santo, ¿alguna de vosotras entiende lo que nos jugamos? Si era Nathan, u otra de sus personas… —Se interrumpió, obligándose a calmar la voz, aunque le temblaban las manos al metérselas en los bolsillos.

Kasia se abrazó con más fuerza a las rodillas, con voz débil pero desafiante. —Ya te lo he dicho. He intentado llamar.

Sus palabras resonaron en el tenso silencio que siguió, y Tomek sintió que la culpa le atenazaba las entrañas. Antes de que pudiera responder, Kasia se incorporó en el sofá, con los ojos encendidos de una furia repentina.

—¡Estoy harta de esto! —gritó, con la voz cruda, resonando en las paredes—. ¡No puedes seguir haciéndome esto! Cada vez que pasa algo, cada vez que respiro mal, te me echas encima como si lo hubiera arruinado todo. Yo no soy la que ha montado todo este lío, papá. ¡Has sido tú!

Se le quebró la voz, pero aun así siguió adelante, mientras las lágrimas se mezclaban con sus palabras. —Nathan está en nuestras vidas por tu culpa. Por tu culpa no puedo volver a casa del instituto sin sentir que alguien va a agarrarme. Y encima, cuando te digo que he pasado miedo, cuando he intentado llamarte, lo único que haces es —hizo un gesto amplio hacia él, furiosa— ¡gritarme! Como si fuera culpa mía. ¡Como si no estuviera ya viviendo tu pesadilla todos los días!

Tomek abrió la boca, pero no le salió nada.

Kasia se adelantó un paso, mirándolo fijamente. —Estoy harta. Harta de que me trates como si fuera parte de tu puñetera investigación en lugar de tu hija. No puedo seguir viviendo así, papá. Es que no puedo. —La voz se le quebró de nuevo, pero se dio la

vuelta bruscamente antes de que él pudiera responder, cogiendo la bolsa del suelo—. Se acabó. ¡Quiero volver a vivir con mamá!

CAPÍTULO
CINCUENTA Y SEIS

Los primeros minutos habían sido los más duros. El frío se le clavaba en la piel y en los pulmones, mientras la lluvia le apelmazaba el pelo contra la frente y se le pegaba a la ropa, intensificando la sensación gélida que lo envolvía como una camisa de fuerza. Pero al cabo de diez minutos, a medida que sus miembros empezaban a moverse y a entrar en calor, todo su cuerpo se quedó insensible a los elementos, salvo por el agua que le salpicaba en los ojos.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había salido a correr, mucho tiempo desde que se había despejado la cabeza poniendo un pie delante del otro, sin importarle el tiempo que hiciera. Esta vez, sin embargo, no surtió ningún efecto. Sus pensamientos sobre Kasia y su arrebato lastraban su ritmo, confirmando su peor temor: que quería volver con su madre, estar con ella, verla.

No lo permitiría. No podía. No sabía hasta dónde llegaba la influencia de Nathan Burrows. Si Nathan había sido capaz de contactar con Tomek desde la cárcel, era más que capaz de contactar con la madre biológica de Kasia para envenenarle la mente y conspirar contra él. Podría manipularla para que le entregara a Kasia de alguna manera. No, no podía permitirlo; no podía permitirse correr ese riesgo. Kasia tenía que quedarse donde él pudiera verla.

Veinte minutos después de ponerse en marcha, Tomek llegó al principio del muelle de Southend. Fue frenando hasta detenerse, con

las manos en la nuca y el aliento formando una nube frente a él. El muelle gemía y se combaba bajo sus zapatillas mientras las olas roían los pilotes. A lo lejos, unas barcas reposaban sobre la línea de flotación como babosas gigantes. Por encima de su cabeza, una bandada de gaviotas graznaba hasta que una aterrizó a pocos metros, observándolo claramente como si fuera su próxima comida. Tomek la ignoró y avanzó por el muelle. En algún punto del horizonte, el sol empezaba a hacer acto de presencia, iluminando el cielo con un tono de gris más claro. Los tablones de madera crujían bajo su peso mientras continuaba hacia el extremo del muelle, el sonido de cada una de sus pisadas ahogado por el de las olas bajo él. Metió las manos húmedas en el bolsillo de la sudadera, con la piel en carne viva por el frío y los pulmones todavía quemándole por la carrera. El muelle se extendía ante él como una interminable espina dorsal de maderos que se adentraba en las aguas oscuras. Estaba desierto; a esa hora, solo los peces y las gaviotas le hacían compañía. Una ráfaga de viento recorrió el muelle, colándosele por la ropa y cortando la fina capa de calor que su cuerpo había logrado generar. Se subió la capucha, aunque la lluvia ya lo había empapado todo. Se detuvo junto a la barandilla, con la mirada perdida en la negra extensión del estuario del Támesis.

Su móvil empezó a sonar. Al principio, pensó en ignorarlo; no estaba de humor para hablar con nadie. Pero entonces vio el nombre.

Deirdre. La madre de Mason Alexander.

Tomek vaciló, con el pulgar suspendido y el corazón martilleándole en las costillas. Entonces, deslizó el dedo para responder.

—¿Señora Alexander? —Su voz sonaba ronca, quebrada por la carrera.

Hubo un instante de silencio, seguido de una voz trémula. —¿Inspector Bowen? Yo… Siento llamar tan temprano.

Tomek cambió el peso de un pie a otro, mirando a su alrededor como si alguien pudiera oírlo. El muelle estaba vacío; solo él, las gaviotas y la marea que subía. —No se preocupe. ¿Qué ocurre?

—He estado… —Aspiró con un temblor—. No podía dormir, así que me he puesto a revisar algunas de las cosas de Mason. Y hay algo aquí que creo que querrá ver.

A Tomek se le encogió el estómago. Se irguió, apoyándose en la barandilla mojada y entornando los ojos hacia la infinita extensión de agua. —¿De qué se trata?

—Creo que he encontrado el nombre de la otra persona con la que pudo haberse encontrado la noche que murió.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y SIETE

Tomek aparcó a pocas casas de la de los Alexander, en una calle todavía medio dormida bajo una húmeda mañana de diciembre. La lluvia había amainado hasta convertirse en una llovizna, pero el aire estaba cargado de humedad. Se bajó la capucha y subió por el acceso para coches. Una vecina salió de su casa y se metió rápida y silenciosamente en el coche antes de arrancar el motor. Tomek se fijó en su expresión: abatida y deprimida. Otra mañana gris y deprimente. Otro día de monotonía.

Tomek llamó a la puerta y la señora Alexander le abrió casi al instante, como si le hubiera estado esperando detrás. Tenía los ojos hinchados y el pelo recogido a toda prisa, señal de que no había dormido. Esbozó una leve sonrisa y se hizo a un lado para dejarlo entrar.

—Gracias por venir tan rápido —dijo en voz baja—. Siento mucho haberle llamado tan temprano. Pero me dijo que podía…

—Lo sé —respondió Tomek, intentando consolarla.

Tras colgar la llamada con la señora Alexander, había corrido a casa tan rápido como le permitían las piernas, se había metido en la ducha y luego se había vestido, poniéndose lo primero que encontró en el armario. No había tenido tiempo para gomina ni para loción para después del afeitado, y tampoco para secarse bien el pelo.

Tomek se quitó las zapatillas de deporte en la entrada, mientras recorría automáticamente el vestíbulo con la mirada. La señora Alexander dudó un instante antes de señalar escaleras arriba.

—Es más fácil si se lo enseño —dijo en voz baja.

Tomek la siguió. Al final de la escalera, ella vaciló ante la habitación de Mason antes de abrir la puerta. El dormitorio tenía exactamente el mismo aspecto que la última vez que había entrado, con todo en su sitio, aunque había indicios de que algunos objetos habían sido movidos y vueltos a colocar ligeramente torcidos. Un escalofrío lo recorrió, recordándole el dormitorio de su hermano. Sus padres habían mantenido la habitación de Michał igual durante un tiempo después de su muerte, aferrándose a todo tal y como estaba hasta que el dolor y la culpa amainaron y ya no pudieron soportar verla. Al final, a Tomek y a su hermano Dawid les encomendaron la tarea de vaciar la habitación de su difunto hermano y quedarse solo con las posesiones personales que eran sentimentales o valiosas. El resto estaba destinado al vertedero. Otra tarea de la que Tomek y Dawid se habían visto responsables.

Tomek bajó la vista hacia la cama, donde descansaba una sudadera gris de Adidas con capucha.

—Esto es lo que quería enseñarle —dijo la señora Alexander—. Era de Mason. Él… llegó a casa con ella un día, una semana antes de desaparecer. Le pregunté por ella y me dijo que la había ganado en una apuesta con un amigo. Se rio, hizo que pareciera una tontería. No le insistí porque pensé que era bueno que estuviera haciendo amigos. Mientras no vinieran a buscarla, a mí no me importaba.

Tomek examinó la sudadera, fijándose en el logotipo descolorido de la parte delantera, el color desvaído y el olor que encendió recuerdos en su mente.

—Anoche estuve revolviendo entre sus cosas —continuó la señora Alexander, bajando la voz hasta casi un susurro—. A veces… huelo su ropa. —Hizo una pausa, tragando saliva con dificultad, tapándose la boca con la mano—. Es la única forma que tengo de recordar cómo era. Cómo olía. Es una estupidez, lo sé.

—No es ninguna estupidez —dijo Tomek en voz baja, sintiendo una opresión en el pecho al ver su dolor en carne viva, sin diluir.

Ella se acercó más y señaló el cuello. —Fue entonces cuando vi esto.

Tomek apartó el cuello. La tela cedió con facilidad y la costura interior se dobló lo suficiente para revelar lo que había escrito allí con un rotulador rojo grueso.

CHARLIE.

Las letras parecieron saltarle a la vista. Se le disparó el pulso y sintió un calor que le subía por el cuello a pesar de la humedad.

Por un segundo, la habitación pareció inclinarse. Su mente ya no estaba en el dormitorio de Mason, sino de vuelta en el parque, mirando las dos figuras que estaban de pie junto al cuerpo de Michał. Se concentró en la figura que nunca había olvidado, la que se le había escapado durante treinta años. El otro chico. Aquel por el que su familia se había dividido y desgarrado.

Aquel sobre el que Tomek se sentía reivindicado. Tenía razón. Charlie era real. Charlie siempre había existido.

Tomek tragó saliva con dificultad, esforzándose por mantener una expresión neutra, tratando de evitar que el reconocimiento se reflejara en su rostro.

—No estoy segura de si sirve de algo, pero… —La señora Alexander se calló, observándolo con los ojos muy abiertos—. ¿Sabe quién es?

Tomek vaciló. El nombre todavía retumbaba en su mente. Se obligó a mantener la voz firme, mientras sus pensamientos se aceleraban, tratando de encajar las piezas de lo que podría significar que Mason hubiera estado llevando la sudadera de ese chico.

—Supongo que se podría decir que sí.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y OCHO

—No me lo creo —dijo Tomek, primero en voz baja, con la voz embargada por la emoción—. ¡No me lo puto creo!

Lo había encontrado: el nombre completo de Charlie. Charlie Morton. Nacido dos meses después que Nathan Burrows. El nombre le devolvía la mirada desde la pantalla del ordenador. Lo había encontrado mientras rebuscaba en los expedientes académicos de Mason Alexander. Charlie y Mason habían ido al mismo colegio, con un par de años de diferencia. A partir de ahí, había ampliado la búsqueda y descubierto una antigua dirección que situaba a Nathan Burrows y a Charlie Morton a dos casas de distancia. Así era como se conocían. Habían sido vecinos. Y así fue como Nathan Burrows y Charlie Morton se habían compinchado para matar a Mason Alexander y a su hermano.

—Joder —susurró Tomek, pasándose una mano por la cara y deteniendo los dedos en la boca como si quisiera reprimir las palabras. Chey y Rachel levantaron la vista de sus mesas, sobresaltados. Incluso Oscar, que había estado encorvado sobre una serie de documentos en la mesa del centro de la sala, se detuvo para levantar la cabeza y lanzar una mirada curiosa en dirección a Tomek.

—¡Lo he encontrado, joder! —Su voz resonó por la sala de operaciones, rebotando en las paredes de azulejos.

—Tranquilo, fiera —le gritó Rachel—. ¿A quién has encontrado?

—A Charlie. El otro asesino. Charlie… —La mente le iba a mil por hora, lo que le dificultaba articular sus pensamientos.

Por un momento, se hizo el silencio. Luego Chey se echó hacia atrás en la silla, con el ceño fruncido. Rachel intercambió una mirada con Oscar, que se rascó la nuca y murmuró algo por lo bajo.

—¿Estás seguro de que es él? —preguntó Chey.

—Sí, estoy seguro. Al cien por cien. —Tomek ya estaba abriendo otra pantalla, con los dedos volando sobre el teclado. La base de datos parpadeó y se actualizó hasta que apareció una dirección en la parte inferior de la página—. Y aquí está —dijo, señalando la pantalla con el dedo—. La dirección actual de Morton. Se ha mudado. A Wickford. Necesitamos un equipo allí de inmediato. Uniformados, respuesta armada, todo…

La puerta se abrió con un crujido. Apareció Nick, con un café para llevar, la corbata torcida y el pelo húmedo por la llovizna de fuera. Se detuvo en seco al ver a Tomek de pie frente a la pantalla.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Nick, con un deje de sospecha en la voz. Sus ojos se desviaron hacia los demás y luego de nuevo hacia Tomek.

—Charlie Morton —espetó Tomek, con el pulso acelerado y las palabras saliendo rápidas y cortantes—. Lo tengo. ¡Por fin lo tengo, joder, Nick!

Nick pareció comprenderlo al adentrarse en la sala y dejar el café en la mesa más cercana. Pero entonces su expresión cambió y el escepticismo se abrió paso. —¿Nathan?

—¡No! ¡Charlie!

—¿Cómo?

Tomek se lo explicó.

—Así que todo lo que tienes es un nombre en un registro y una calle que compartían hace treinta años. No es suficiente para imputarle un doble asesinato. Antes de que mandemos a media policía de Essex a tirar su puerta abajo, ¿por qué no le soltamos el nombre a Donovan? Sigue en el calabozo, de brazos cruzados. Si Morton es su colega, lo sabrá.

—Donovan es un callejón sin salida —replicó Tomek—. No voy a perder ni un minuto más con él.

—O —contraatacó Nick, tranquilo pero firme— te estás obcecando con una pista porque crees que por fin tienes un nombre que llevas buscando más de treinta años.

La mandíbula de Tomek se tensó mientras se inclinaba hacia delante, con los puños apoyados en la mesa. —Es él, Nick. De verdad que es él. Tengo la corazonada de que lo es. Lo sé. Por favor…

Durante un largo momento, Nick permaneció en silencio. La quietud entre ellos fue interrumpida por el susurro de los papeles de Rachel a su lado y el incómodo movimiento de Chey en su silla. Finalmente, Nick exhaló lentamente, resignado. —Más te vale tener razón —dijo. Su voz sonaba neutra, pero sus ojos revelaban un destello de inquietud.

Tomek ya estaba en movimiento, poniéndose el abrigo. —Tengo razón —masculló—. Lo sé.

Nick dio la orden y, al instante, el equipo se puso en marcha. Se movieron como una máquina bien engrasada: eficientes, silenciosos, coordinados. En diez minutos, la sala de la Brigada de Investigación Criminal se había vaciado, dejando atrás abrigos, tazas y un revoltijo de papeles. Salieron a la calle. Tomek saltó al coche con Sean, demasiado nervioso para conducir él mismo.

Veinte minutos después, llegaron.

Charlie Morton vivía en una casa adosada de dos dormitorios en Wickford. De ladrillo rojo, dos plantas, con ventanales adornados con plantas de interior medio muertas en los alféizares. Estaba situada en una pequeña calle semicircular que salía de una carretera principal más transitada, no muy lejos de las rutas de cercanías a Londres. Había gnomos de jardín y cubos de basura con ruedas. El código postal la situaba en un barrio residencial que podría haber estado en cualquier lugar de Inglaterra: pulcro, aburrido y de aspecto seguro. Y, sin embargo, era el hogar de un asesino cruel y desquiciado.

Aparcaron detrás del convoy de agentes armados, apagaron el motor y bajaron la intensidad de los faros. Los agentes de la unidad de respuesta armada salieron entonces de la furgoneta y avanzaron hacia la puerta principal con movimientos silenciosos, diestros y

serenos. Al mando estaba uno de los sargentos en la parte trasera de la furgoneta, que se llevó la radio a la boca mientras la radio del salpicadero siseaba con sus instrucciones.

—Aproximación frontal. Dos dentro, dos cubren. A mi señal.

Tomek contuvo la respiración.

Tres. Dos. Uno.

—¡Vamos, vamos, vamos!

Un agente que empuñaba un gran ariete cargó contra la puerta y la hizo ceder de un solo golpe. La madera se astilló en una gratificante lluvia de polvo mientras el equipo irrumpía en el estrecho pasillo. Desde su posición en el asiento del copiloto, Tomek apenas podía ver más allá del destello de las figuras negras que entraban por la puerta. Se inclinó hacia delante, entrecerrando los ojos, con el cinturón de seguridad clavándoselo en el pecho. Entonces, la radio del salpicadero crepitó con voces neutras y profesionales.

—Pasillo despejado.

—Cocina despejada.

—Primera planta, avanzando.

El pulso de Tomek le martilleaba en la garganta. No podía dejar de mover la pierna, golpeteando con la rodilla contra la guantera. Sean permanecía rígido en el asiento del conductor, con las manos aferradas al volante, observando la casa con la misma intensidad tensa. Pero los nervios de Tomek eran diferentes: frenéticos, descontrolados, lo sacudían por dentro. Quería estar allí, ver con sus propios ojos, oler el aire de las habitaciones, *saber*. En cambio, estaba atrapado en el coche, reducido a un mero testigo.

Apretó la palma de la mano contra el salpicadero, como si pudiera acercarse más. Se imaginó a Charlie dentro, quizá paralizado al final de la escalera o buscando a tientas una escapatoria por la parte de atrás. Se imaginó la fracción de segundo antes de que lo arrastraran escaleras abajo —su cara, sus ojos, quizá incluso el temblor de sus manos— y lo inmovilizaran con las rodillas presionándole el cuello y las costillas.

Tomek quería ver eso, lo necesitaba.

—Dormitorio uno despejado.

—Baño despejado.

—Última habitación… a la espera.

La radio siseó y luego enmudeció. La pausa fue agónica. Se inclinó hacia delante, con los labios entreabiertos, mirando la puerta abierta de la casa de Charlie como si algo pudiera materializarse allí.

Y entonces: —Casa despejada. Registro confirmado. Sin señales de vida.

A través del parabrisas salpicado por la lluvia, Tomek vio cómo salían los agentes de la unidad armada, con movimientos eficientes pero ahora más lentos. Se dividieron en parejas: algunos rodearon la casa por detrás, mientras que otros se dirigieron a la furgoneta. La puerta de la casa de Charlie colgaba torcida de sus goznes, balanceándose ligeramente con cada ráfaga de viento. Tomek tragó saliva con dificultad, pero el aire parecía tan seco como el polvo. Tenía las palmas de las manos sudorosas y el corazón desbocado, aunque el momento ya había pasado.

—Joder —murmuró, pasándose ambas manos por el pelo—. Ha estado aquí. Sé que ha estado aquí.

Sean no dijo nada. Su silencio era peor que las palabras.

Tomek golpeó el salpicadero con el puño con fuerza suficiente como para que le saltara el airbag en la cara. Como no se desplegó, gritó, golpeando repetidamente el revestimiento de plástico, descargando su frustración en el objeto inanimado.

Tan cerca. Habían estado tan cerca.

Charlie había eludido la captura una vez más. ¿Cuántas veces más se escaparía el cabrón? ¿Cuántas veces más se burlaría de Tomek? ¿Cuántas veces más tendría que aguantar Tomek las burlas de un hombre al que no había visto en treinta años?

Tomek apretó el puño con fuerza hasta que el dolor en la mano superó al del pecho. Se quedó mirando el salpicadero durante un buen rato, el mundo a su alrededor perdiendo nitidez, difuminándose en una serie de grises, blancos y marrones. Su mente estaba en blanco, salvo por una imagen: la cara de Charlie. La cara que había visto en el carné de conducir del hombre en la base de datos. Cerró los ojos y se transportó al parque, a aquella noche. Charlie y Nathan estaban allí, de pie junto al cuerpo de Michał. Charlie estaba a unos metros detrás de Nathan, en la sombra.

Tomek le hizo una seña, y entonces el joven salió de la oscuridad, de las profundidades. Esta vez, sin embargo, Tomek pudo verle la cara con claridad: el rostro de un hombre de unos cuarenta y cinco años, superpuesto al cuerpo de un adolescente. El segundo hombre que había matado a su hermano.

Era él.

Justo cuando Tomek iba a hablar en su visión, un golpe en la ventanilla del copiloto lo devolvió bruscamente a la realidad, disparándole el pulso. Nick estaba al otro lado del cristal, haciéndole señas.

—¿Sí? —preguntó bruscamente mientras abría la puerta del coche y asomaba la cabeza.

—La científica ha empezado a examinar la casa y creen que han encontrado pruebas de que Nathan se alojaba aquí —explicó Nick.

El pulso de Tomek se aceleró aún más. —¿Cómo? ¿Qué?

—Su carné de conducir y su pasaporte con su nueva identidad. Coinciden con su cara y con la información facilitada por su agente de la condicional.

Tomek saltó del coche, casi derribando a Nick. —¿Por qué tendría eso aquí?

Nick se encogió de hombros. —Supongo que por seguridad. No van a salir del país. Quizá piensen que si los paran, no se puede descubrir la identidad de Nathan.

Tomek le vio la lógica al argumento. Significaba que Nathan era todavía más un fantasma que antes. Sin ninguna identificación, nadie podría reconocerlo. Nadie podría confirmar que era el hombre que buscaban a menos que lo cotejaran por su apariencia.

—¿Y la identificación de Charlie? ¿La tienen?

Nick asintió. —Está todo aquí.

Tomek se detuvo un momento a considerar las implicaciones. —Si sus documentos están aquí, entonces o han pasado a la clandestinidad, escondidos en algún lugar, o están…

No pudo terminar la frase. No quería decir la alternativa en voz alta, por miedo a que se hiciera realidad.

Antes de que ninguno de los dos pudiera decir nada más, el móvil de Tomek empezó a sonar. Se metió la mano en el bolsillo y

miró la pantalla.

Mamá.

Una parte de él no quería responder. Había pasado más de una semana desde su última conversación, desde su discusión. Quería que siguiera así. Ella le había dejado muy clara su opinión sobre él como miembro de la familia, y no quería oír lo que tenía que decir.

Pero otra parte de él recordó que seguía siendo su familia. Seguía siendo su madre. Daba igual por lo que pasaran o cuánto se odiaran a veces, seguían siendo sangre, y nada cambiaría eso.

Entonces recordó lo que le había dicho. Que llamara en cuanto ocurriera algo sospechoso.

Contestó a la llamada.

—Mamá, ¿qué pasa?

—Tomek, hay un hombre en casa que ninguno de los dos conocemos —dijo Izabela, rápida y en voz baja—. Dice que es de la compañía eléctrica y que ha venido a comprobar el suministro por un apagón en la misma calle. Lleva ropa de alta visibilidad y tiene una identificación.

—¿Qué aspecto tiene?

—Tiene el pelo castaño, la nariz un poco torcida y un lunar en la mejilla izquierda.

Tomek contuvo la respiración. La descripción coincidía con la fotografía del carné de conducir de Charlie.

—¿Te ha dado un nombre?

—Charlie.

Se quedó helado.

—¿Dónde está ahora?

—Está en el garaje con tu padre.

—Vale. Quiero que tú y papá os alejéis de él todo lo posible. Defendeos si es necesario. Enviaré un equipo para allá ahora mismo y yo llegaré tan rápido como pueda. Simplemente no os acerquéis más a él.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y NUEVE

Para cuando Tomek llegó a casa de sus padres, un par de coches de policía estaban aparcados a un lado de la carretera rural. Frenó en seco derrapando a la entrada del camino de acceso, saltó del coche y dejó el motor en marcha y los faros encendidos. No había tiempo para otra cosa que no fuera garantizar su seguridad.

Recorrió el largo camino de entrada a la carrera, con la casa cerniéndose contra la oscuridad de arriba. No había luces encendidas ni señales de vida. Un puñado de agentes uniformados merodeaban junto a la puerta principal, mientras otro se asomaba por el mirador del salón, a la derecha. Más allá estaba el garaje. Todas las puertas del edificio estaban cerradas. Parecía que hubieran salido a pasar el día y lo hubieran dejado todo cerrado.

Pero el nudo que se le estaba formando en el estómago le decía lo contrario.

—¿Qué hacéis? —le preguntó al agente que tenía justo delante, un joven que apenas parecía haber salido del instituto—. ¿Por qué estáis aquí fuera perdiendo el tiempo?

—Estamos evaluando la situ…

Tomek no le hizo caso, lo apartó de un empujón y empezó a derribar la puerta a patadas. Cada patada le enviaba una sacudida de dolor por todo el cuerpo, pero no le prestó la menor atención. Si sus padres estaban en casa, acudirían a la puerta o se harían ver. No tenía ningún reparo en destrozarles la puerta principal para garantizar su seguridad.

Otra patada. Y otra.

Al final, uno de los agentes uniformados volvió a toda prisa a su vehículo policial y regresó instantes después con un ariete. Lo balancearon hacia atrás y lo impulsaron hacia delante con un movimiento fluido. La puerta principal se combó bajo la inmensa fuerza del objeto metálico y las astillas volaron por el aire como confeti antes de que la puerta chocara contra la pared interior. Tomek fue el primero en entrar en la propiedad, gritando los nombres de sus padres a voz en cuello, con el sonido de su voz resonando por los pasillos. Los agentes uniformados entraron detrás de él y se separaron para registrar las distintas habitaciones de la planta baja. Tomek se dirigió directamente a la cocina. Nada. A continuación, llegaron las llamadas de los agentes que lo llenaron de pavor.

—Salón vacío.

—Baño de abajo y comedor despejados.

Tomek se dirigió a la terraza acristalada, advirtiendo la quietud del lugar, el silencio, la soledad. Se instaló en su interior la sensación de que la casa había sido preparada, dejada intacta a propósito, lo cual lo inquietó. Se quedó un momento de pie, mirando al jardín, mientras sus ojos se posaban en un gran árbol al fondo de este, al tiempo que los agentes revisaban el primer piso.

—¡Dormitorio principal despejado!

—¡Habitación de invitados vacía!

—Baño en suite… ¡nada!

Las llamadas llegaron altas y claras, pero Tomek no estaba escuchando. Su mente estaba en piloto automático, recordando lo que su madre había dicho por teléfono.

Está en el garaje con tu padre.

El garaje. Tomek se apartó de la ventana, se dirigió al cuarto de la colada y, de ahí, al garaje, con el cuerpo tenso y el corazón en un puño. Abrió la pesada puerta de un tirón, con los goznes chirriando, y encendió la luz, bañando el espacio con un resplandor blanco. Todo estaba allí, casi intacto. El Jaguar E-Type de su padre, el orgullo de su vida. Su pared de herramientas, latas y material de

jardinería, todo perfectamente ordenado, impoluto bajo la luz. La maqueta de tren ocupaba el otro lado del espacio.

Aquí era donde Perry Bowen pasaba la mayor parte del tiempo —prácticamente vivía allí—, y, sin embargo, no había señales de vida, ni indicios de forcejeo.

Una llamada desde el interior de la casa lo sacó del garaje y lo devolvió al recibidor. Los agentes uniformados estaban de pie en medio de la zona, mirándolo.

—La casa está vacía, sargento —dijo uno de ellos.

Tomek tragó saliva. —Estaban aquí… —dijo, más para sí mismo que para ellos—. No pueden haber desaparecido sin más. ¿Qué ha hecho con ellos?

Los agentes lo miraron con recelo, pero ninguno tenía una respuesta. Sin mediar palabra, cruzó el recibidor, abrió de un empujón la puerta del despacho de Perry y se acercó al escritorio. Le temblaban las manos mientras reactivaba el ordenador, tecleando furiosamente hasta que el programa del circuito cerrado de televisión parpadeó en la pantalla. Era un sistema de seguridad doméstico que Tomek les había aconsejado instalar hacía unos años, para mayor seguridad. Aparte de utilizarlo para ver qué vecino era sospechoso de echar hojas por encima de la valla del jardín y para vigilar a los repartidores que se acercaban a la puerta principal, nunca se había utilizado para nada serio. Hasta ahora.

Tomek abrió el software y rebobinó la grabación hasta la hora de su conversación con Izabela.

El ángulo de la cámara mostraba la totalidad de su largo camino de entrada, pero los bordes quedaban cortados en la parte superior de la pantalla. Un minuto antes de la llamada, una furgoneta blanca cruzó el plano y se detuvo frente a la verja, con la matrícula oculta. Un instante después, se acercó una figura vestida con un chaleco reflectante y un chubasquero, con la capucha puesta y los rasgos ocultos hasta el último momento, cuando se acercó a la puerta principal y llamó.

Tomek sintió que el mundo se comprimía en el rectángulo de la pantalla. Se quedó helado cuando la cámara captó la cara de Charlie Morton por un momento antes de que este se volviera hacia la

puerta principal cuando se abrió. Apareció su madre. Hablaron. Él sonrió, le mostró su identificación y entró en la casa.

El pulso de Tomek martilleaba con fuerza, le zumbaban los oídos mientras la grabación continuaba. Hizo clic en la siguiente cámara. El interior del garaje apareció, granulado, con el resplandor blanco de la bombilla del techo derramándose por el suelo de hormigón. Allí estaban. Sus padres. Su madre, de pie, indecisa junto al banco de trabajo, con los brazos cruzados sobre el pecho; su padre, frente a ella, tenso pero sereno. Y Charlie, todavía con el chaleco reflectante, encajado entre ellos, gesticulando como si se tratara de una conversación informal.

Por un momento, casi pareció normal. Su madre hablando, Charlie asintiendo, su padre adelantándose como para enseñarle el contador de la luz.

Entonces, la mano de Charlie se deslizó hacia su espalda.

Tomek se estremeció y se inclinó hacia delante en su silla mientras Charlie blandía algo —metálico, contundente, rápido—. Impactó en la cabeza de su padre con un golpe seco y espantoso. Perry se tambaleó, se le doblaron las rodillas y se desplomó contra el banco de trabajo antes de caer al suelo. Su madre gritó, un borrón de movimiento en la pantalla, y Charlie se giró hacia ella con una precisión brutal, golpeándola una, dos veces, hasta que ella se desplomó junto a su marido.

En la pantalla, Charlie estaba de pie junto a ellos, con el pecho agitado, antes de agacharse y presionar dos dedos contra sus cuellos. Entonces se movió. Con calma. Metódicamente. Cruzó el garaje, accionó el interruptor de la pared y la puerta enrollable empezó a abrirse. Charlie agarró a Perry por las axilas y lo arrastró hacia atrás, con los talones raspando el hormigón, antes de sacarlo del encuadre, hacia el camino de entrada. Segundos después, regresó a por Izabela, la levantó en brazos con un gruñido y cargó con su peso muerto de la misma manera.

La cámara del camino de entrada lo captó todo. Sus cuerpos inertes siendo arrastrados hacia la parte trasera de la furgoneta, aparcada pulcramente justo fuera del plano completo. Las puertas traseras se abrieron de golpe. Los metieron dentro como sacos de

grano. Charlie cerró las puertas de un portazo, tiró con fuerza de la manilla y regresó al garaje corriendo.

El estómago de Tomek se encogió mientras la grabación mostraba lo que ocurrió a continuación.

Charlie limpió el suelo con un trapo grasiento y enderezó el taburete volcado de Perry antes de ajustar las herramientas del banco para que parecieran intactas. Luego, con una compostura aterradora, volvió a bajar la puerta del garaje hasta que se selló a ras del suelo. La luz se apagó de golpe.

La cámara cambió a una imagen estática gris.

Tomek se reclinó, con el corazón martilleándole tan violentamente que pensó que el pecho se le iba a partir en dos. No podía respirar. La habitación empezó a dar vueltas.

Los agentes agrupados en la puerta del despacho se habían quedado inmóviles, con el rostro pálido. Nadie hablaba.

A Tomek le temblaba la mano mientras agarraba el ratón, haciendo clic frenéticamente por las distintas cámaras, como si algún ángulo —alguna cámara olvidada u oculta— pudiera mostrar a sus padres escapando o defendiéndose. Pero cada ángulo confirmaba la misma verdad. Se los habían llevado.

Buscó a tientas su teléfono y marcó el número de Dawid. El teléfono sonó. Una vez. Dos. Nadie contestaba. Volvió a intentarlo. Directamente al buzón de voz.

—Vamos, Dawid, cógelo —masculló, con la voz quebrada—. Miró fijamente la línea muerta, su reflejo apenas visible en la pantalla negra, antes de estrellar el teléfono contra el escritorio con un crujido.

Un instante después, el teléfono empezó a sonar. Cogió el aparato sin mirar el identificador de llamadas.

—¿Dawid?

—Se ha ido, Tomek —Aneta, la mujer de Dawid. Presa del pánico. Agitada—. Alguien se lo acaba de llevar. No sé adónde ha ido ni qué ha pasado, pero…

—Quédate exactamente donde estás —dijo él—. Voy para allá ahora mismo.

CAPÍTULO
SESENTA

Los neumáticos de Tomek chirriaron cuando giró para entrar en la calle de Dawid, en South Woodham Ferrers. El fondo de saco estaba en calma, con una normalidad espeluznante; un silencio que solo rompía el ladrido de un perro a lo lejos mientras él salía a toda prisa del coche y se dirigía hacia Aneta, su cuñada. Estaba desplomada en el escalón de la entrada, con su menuda figura apoyada contra la puerta blanca. Un lado de su melena rubia estaba apelmazado por la sangre y tenía mechones pegados a la mejilla. Llevaba un abrigo de invierno acolchado y abierto, y en la mano tenía el recibo medio arrugado de un supermercado. La compra que se le había caído estaba esparcida por el acceso para coches: la leche se derramaba por el bordillo, las patatas rodaban hacia el desagüe y un paquete de pasta roto desparramaba macarrones secos por el hormigón.

—Aneta —dijo Tomek, agachándose y tratando de alcanzarla—. Soy yo. ¿Qué ha pasado?

Ella tragó saliva con los labios temblorosos. —Tomek… Se ha ido.

Sintió un vuelco en el estómago. —Dentro —masculló él, mirando a ambos lados de la calle. Las cortinas de los vecinos se movían en las ventanas y las sombras se desplazaban tras ellas. Todo el mundo miraba, pero nadie se movía ni ofrecía ayuda.

Aneta asintió débilmente e intentó levantarse, pero vaciló. Él la sujetó por debajo del brazo y la guio al interior de la casa. Cerró la puerta tras ellos, dejando fuera la quietud del fondo de saco, y luego se volvió hacia ella.

—Cuéntamelo —la apremió—. Desde el principio. Todo.

Entró con paso vacilante en el salón y se dejó caer en el sofá. Le temblaban las manos; con una de ellas todavía se agarraba la cabeza. Ya había empezado a formársele un chichón hinchado en la sien.

—Acababa de aparcar en la entrada —empezó a decir lentamente —. Venía de hacer la compra antes de ir a recoger a los niños del colegio. Nada fuera de lo normal. Pero entonces vi a Dawid y a un hombre peleándose en el arcén. Él… Llevaba un chaleco reflectante y estaba metiendo a Dawid a la fuerza en la parte de atrás de su furgoneta. Él gritaba y se resistía, pero el hombre era demasiado fuerte.

Tomek apretó la mandíbula. Podía imaginárselo con demasiada claridad.

—Grité —continuó Aneta, apretándose las palmas de las manos contra las rodillas—. Lo dejé caer todo y corrí hacia él. Intenté que lo soltara. Pero el tipo se volvió hacia mí. Tenía algo en la mano. De metal. No vi lo que era, pero me golpeó con ello. —Volvió a tocarse la sien—. Al momento siguiente, estaba en el suelo, aturdida. Oí gritar a Dawid. Luego, las puertas de la furgoneta se cerraron de un portazo y se marcharon a toda velocidad por la calle. Cuando levanté la vista, ya no estaban. Se habían ido, Tomek.

Su última palabra se quebró en un sollozo. Se tapó la boca, temblando.

Tomek se quedó rígido, cerrando los puños con fuerza. A su hermano lo habían arrancado de su casa. A sus padres se los habían llevado momentos antes. Su familia entera, secuestrada.

—Necesitas atención médica —le dijo—. Ahora. Podrías tener una conmoción cerebral.

—No —negó ella con la cabeza, frenética—. No pierdas el tiempo conmigo.

—Estás herida.

—No puedo. Da igual. Los niños… —Lo agarró, clavándole las uñas en el jersey—. Ay, Dios mío. ¿Qué voy a decirles a los chicos?

—Lo encontraremos, no te preocupes. Diles que se ha ido fuera por trabajo un par de noches. Lo encontraremos…

A Tomek le ardía el pecho. Notaba el pulso retumbándole en los oídos. Primero sus padres. Ahora su hermano.

Secuestrados. Todo parte del plan de Nathan y Charlie.

La revelación le cayó como una losa en el estómago.

Entonces sonó su teléfono.

El tono estridente rasgó el silencio. Rebuscó torpemente y lo sacó del bolsillo.

Abigail.

El nombre brillaba ante él.

Respondió.

—¿Abigail? —graznó con voz áspera.

—¿Tomek? Creo que tienes que venir a casa. Rápido.

CAPÍTULO
SESENTA Y UNO

—¿Dónde está?

La voz de Tomek retumbó por la calle mientras cerraba de un portazo la puerta del coche y corría los casi veinte metros que lo separaban del portal, donde Abigail esperaba, agarrada a la puerta con fuerza.

—Tomek, lo siento...

—¿Dónde está, Abigail?

Tomek la apartó de un empujón para entrar; sus cuerpos apenas cupieron por el estrecho hueco. Subió corriendo las escaleras e irrumpió en el salón, donde lo asaltó de inmediato una profunda sensación de aislamiento, silencio y abandono. El piso estaba vacío. Kasia se había ido. Aunque sabía que era verdad —Abigail se lo había dicho por teléfono—, una parte de él esperaba que fuese falso, que estuviera equivocada, que se tratara de un error.

—Tomek...

Se giró y vio a Abigail en el umbral de la puerta de la escalera, con la cara sonrojada y los ojos enrojecidos, como si hubiera estado llorando. Vestida con la ropa del trabajo, parecía agotada.

—¿Adónde ha ido, Abigail? ¿Qué le ha pasado?

Abigail cerró la puerta y entró con cautela en el piso, moviéndose despacio, como si cualquier movimiento brusco pudiera hacer que el edificio se derrumbara.

—Se ha ido sin más, Tomek.

—¿Qué quieres decir con que *se ha ido sin más*?

—He venido para ver cómo estabais, a ver qué tal os iba. Debería haber llamado, pero, cuando he visto que la puerta del portal estaba abierta, me ha entrado el pánico...

—¿Cuándo?

—Hace una hora, más o menos.

Miró la hora. Eran las dos de la tarde, lo que significaba que Kasia había estado en casa a la una.

—¿Por qué no estaba en el instituto?

—Me ha dicho que no ha ido.

—¿Qué estaba haciendo cuando has llegado?

—Preparándose para irse. Menos mal que he llegado cuando lo he hecho.

—¿Te ha dicho adónde iba?

Abigail se detuvo y se abrazó el pecho. —Lo siento, Tomek. Ella... ha dicho que se iba a casa de su madre.

—¿Qué?

—Ha dicho que había recibido un correo electrónico de ella desde la cárcel hace unos días y que habían estado hablando. Su madre la invitó a ir para charlar durante el horario de visitas y... bueno, creo que se lo han aprobado.

Tomek se quedó en silencio, con la mirada perdida en un punto detrás de Abigail mientras su mente se esforzaba por procesarlo todo. El mundo pareció estrecharse a su alrededor. El pecho se le oprimió y sintió que se quedaba sin aire.

Primero, sus padres.

Luego, su hermano.

Y ahora, Kasia.

Todos se habían ido. Todos habían desaparecido.

—¿Cómo iba a llegar hasta allí? —preguntó.

—Creo que ha pedido un Uber. Se ha subido a la parte de atrás de un coche. No lo he reconocido, pero no parecía un taxi.

—¿Y no has hecho nada para detenerla?

—Lo he intentado, Tomek. De verdad, de verdad que lo he intentado —sollozó Abigail—. Pero es fuerte, ya sabes.

—Es una cría de catorce años. Tú eres una mujer adulta.

Las lágrimas cayeron con más fuerza entonces.

—Lo sé. Yo... Lo siento, Tomek. Nunca debería... Nunca debería haberla dejado ir.

Él se acercó a ella. Sus caras quedaron a centímetros de distancia, tan cerca que casi podía oler las lágrimas en sus ojos. Su cuerpo se tensó por la frustración, el puño cerrado, la mandíbula tan apretada que sentía una vena palpitar en la sien.

—¿Tienes la más remota idea de lo que coño has hecho? Han secuestrado a toda mi familia, y ahora...

—¿Secuestrado?

Tomek suspiró. No tenía tiempo para explicarse. Empezó a caminar hacia la puerta del piso.

—¿Adónde vas?

—Tengo que encontrar a mi hija. Tengo que encontrar a mi madre, a mi padre y a mi hermano. Tengo que rescatar a toda mi familia.

—No puedes hacerlo solo —dijo ella—. Te guste o no, voy contigo.

CAPÍTULO
SESENTA Y DOS

Tenía los dedos pegajosos de sudor y, por más que se los frotaba contra los leotardos del colegio, volvían a estar más húmedos que antes. Había pasado la última hora del viaje dándole vueltas a la decisión en la cabeza. ¿Estaba haciendo lo correcto? ¿Había traicionado a Tomek? ¿Qué diría él cuando volviera? ¿Debería habérselo dicho, aunque ya fuera demasiado tarde?

La decisión de saltarse las clases el último día del trimestre, concertar la cita y abandonar a Tomek le pesaba mucho, al menos durante la primera parte del trayecto, antes de que tomaran la M25 y cruzaran el puente de Dartford. En su mente, su familia era disfuncional y ruinosa, lo que hacía que su comportamiento pareciera natural, aprendido del mismísimo maestro.

En cuanto cruzaron el Támesis y comenzaron el monótono trayecto por la M25, plagado de tráfico y de conductores idiotas, sus pensamientos se centraron en su madre. Verla por primera vez en más de un año. ¿Seguiría siendo hermoso su precioso rostro? ¿O le habrían consumido el alma las tensiones de la vida en prisión?

Se imaginó entrando en la sala de visitas con los demás familiares, como veía en los programas de televisión. Las paredes grises, las luces del techo parpadeando. Los chándales grises que llevaban los presos mientras se arrastraban entre las mesas hacia sus visitas. Las sillas azules. Sentadas una frente a la otra, sin poder tocarse ni abrazarse. Se vio a sí misma allí de pie, paralizada, casi muda, con los brazos caídos a los costados. Mirando con la vista

perdida a la mujer que la había traicionado. ¿Qué sentiría? ¿Rabia? ¿Resentimiento? ¿O acaso todo se desvanecería, como si nada hubiera pasado, como si su madre no fuera la razón por la que se encontraba en esa situación?

No lo sabía.

No lo sabría hasta que llegara allí.

Kasia bajó la vista hacia la pantalla y tocó la notificación de Uber que la llevó al mapa en directo, donde vio su posición actual. Según el mapa, acababan de pasar el jardín de la RHS en Wisley.

Levantó la mirada y se encontró con la del conductor en el espejo retrovisor. Hasta ahora, no se habían dicho nada en todo el viaje. Como ella prefería. Ya se sentía bastante incómoda por estar sola en un coche con un extraño; lo último que quería era charlar por charlar y sentirse aún más rara. Según su perfil en la aplicación, se llamaba Michael y no tenía ninguna valoración. Parecía que se acababa de registrar. Normalmente, eso habría hecho saltar las alarmas, pero era el único dispuesto a aceptar un trabajo tan lejos.

Casi como si pudiera leerle el pensamiento, dijo:

—Creo que este va a ser el viaje más largo que he hecho este año.

Kasia soltó un gruñido que sugería educadamente que no quería hablar.

—Normalmente no hago viajes tan largos, pero he pensado en hacer una excepción por el tipo de sitio al que vas —continuó él—. Me he imaginado que no tendrías muchas opciones. Además, así le doy un poco de caña al motor. A veces hay que hacerles trayectos largos para que la máquina funcione bien, ¿sabes? —La miró por el retrovisor—. No, supongo que no sabes a qué me refiero. Pero bueno, se me acaba de ocurrir una cosa: ¿cómo piensas volver a Essex?

—Eh…

A ella tampoco se le había ocurrido. Ese pensamiento en particular había quedado abandonado en algún punto del proceso de toma de decisiones. Un problema para la Kasia del futuro. Una llamada a Tomek, pidiéndole que la rescatara a ochenta kilómetros

de distancia. Una discusión, seguida de una larga disculpa y luego un viaje de vuelta a casa en silencio.

—Puedo esperarte si quieres —dijo Michael—. ¿Tienes idea de cuánto tiempo vas a estar?

—No, no pasa nada. Tengo… tengo familia que vive por aquí. Me voy a quedar con ellos esta noche.

—¿Sin bolsa para pasar la noche? ¿Seguro?

Kasia abrió la boca, pero no le salió nada.

—Se agradece, pero no, gracias —fue lo único que se le ocurrió decir, dedicándole al conductor una sonrisa educada.

—Como quieras, cariño —respondió él—. La oferta sigue en pie hasta que te deje, por si cambias de opinión.

Su mirada se perdió por la ventanilla, observando los coloridos árboles que bordeaban la carretera, interrumpidos de vez en cuando por vistas de campos y lagos. Kasia nunca había estado en esa parte del país, pero le encantó cómo, a pesar de lo lúgubre del tiempo invernal, todavía poseía un gran nivel de encanto y tranquilidad. Le gustaba la idea de vivir en un lugar con tanto verde, lejos de las zonas residenciales y los edificios.

Unos instantes después, dejaron la A3 y se dirigieron hacia un lugar llamado Ripley. Kasia mantenía un ojo en el mapa y otro en el paisaje exterior, pensando de nuevo en la conversación que estaba a punto de tener con su madre, en cómo le contaría todo lo que había estado pasando; en cómo no se sentía segura, en cómo quería vivir una vida normal.

—La Navidad está a la vuelta de la esquina… —empezó Michael, aunque lo dijo más como una pregunta que como una afirmación—. ¿Tienes ganas? A tu edad seguro que sí.

—Estará bien —mintió ella.

—La mejor época del año, dicen. ¿Tenéis algo especial planeado?

—No mucho. Solo… solo pasar tiempo en familia.

—De eso se trata, ¿no? De pasar tiempo de calidad con tus seres queridos. La vida es muy corta, ¿verdad? Nunca sabes cuándo va a ser la última vez que veas a alguien. Un minuto los ves y, al siguiente —chasqueó los dedos—, se han ido. Trágico, la verdad. Pero no tan trágico como lo pronto que empiezan a metérnoslo todo

por los ojos. Juraría que empecé a ver adornos de Navidad por Halloween. Una locura. El mundo se ha vuelto un poco loco, si me preguntas.

No te he preguntado, pensó ella.

Al dejar la A3, el tráfico se aligeró. Según la aplicación, llegarían en no más de tres minutos. El pulso se le empezó a acelerar y el sudor de los dedos se intensificó. Estaba cerca. Demasiado cerca para echarse atrás. Habían superado el punto de no retorno. Habían superado el punto de retractarse de su negativa a que la llevaran de vuelta a Essex.

Vio una señal de tráfico que indicaba HMP Send. Próximo desvío a la izquierda.

Lo tomaron.

El mapa indicaba que estaba en esa carretera, a la derecha. Agarró el móvil con fuerza mientras se acercaban. La carretera parecía extenderse hasta el infinito, los segundos se hacían minutos.

Hasta que llegaron al desvío de la cárcel.

Y lo pasaron de largo.

Al principio, Kasia pensó que había sido un error, que el conductor se lo había saltado sin querer. Pero cuando se lo señaló y no obtuvo respuesta, se le hizo un nudo en el estómago y su ansiedad se convirtió en pavor.

—Eh, perdona, pero nos hemos pasado el desvío —dijo de nuevo —. Creo que tenemos que dar la vuelta.

Ninguna respuesta.

—¿Me oyes?

Claro que la oía. Acababan de estar hablando.

No, la estaba ignorando. Haciéndole el vacío.

—¿Adónde vamos? —preguntó, intentando sonar tranquila, pero fracasando estrepitosamente.

Michael no contestó.

—¿Perdona?

Silencio.

El pulso le martilleaba con fuerza en los oídos. El aire del coche se espesó, la temperatura se volvió de repente insoportable. La carretera se había estrechado, encajonada entre árboles, con

campos que se extendían infinitamente a ambos lados. Ni casas. Ni otros coches. Solo el sonido de los neumáticos sobre la grava.

—Por aquí no es —dijo. Su voz salió más aguda de lo que pretendía—. Te lo has pasado. ¿Adónde me llevas?

Seguía sin decir nada.

Kasia se secó la garganta. Sus dedos resbalaron por la pantalla del móvil mientras intentaba abrir de nuevo la aplicación de Uber. El mapa en directo giraba sin control. Ya no estaban ni cerca de la ruta. La línea azul había desaparecido.

—Tienes que dar la vuelta —dijo, ahora más alto.

Él la miró por el espejo, dedicándole solo un movimiento de ojos. Un escalofrío le recorrió la espalda.

—Para el coche —dijo—. Por favor. Para el coche ya.

Pero el vehículo siguió avanzando. Se giró en el asiento, mirando hacia atrás. No había más que una carretera vacía que desaparecía en la neblina gris, y nadie más circulaba por las carreteras, que estaban completamente desiertas.

El pánico empezó a subirle por la garganta.

—Tienes que parar el coche —dijo de nuevo, con la voz quebrada.

No lo hizo. Siguió conduciendo.

Hasta que finalmente, a lo lejos, una forma oscura apareció a través del parabrisas. Un granero al final de un camino de tierra. Su tejado de chapa ondulada estaba hundido por el medio y una de las puertas de madera colgaba torcida.

Michael detuvo el coche justo delante.

El motor se apagó.

Silencio.

Presa del pánico, Kasia buscó a tientas el móvil. Le temblaban las manos sin control. Desbloqueó el teléfono, buscó el nombre de Tomek en su agenda y llamó.

El tono de llamada empezó a vibrar en su oído, pero Michael saltó del coche, abrió la puerta del copiloto y le arrancó el teléfono de la mano. Luego le atenazó la muñeca y la sacó del coche a rastras.

—¡Suéltame! —gritó, pero su voz se perdió en el viento mientras se dirigían hacia el granero.

Michael abrió de un tirón la puerta del granero y la metió dentro a la fuerza. Lo primero que le golpeó fue el olor: humedad, heno y el hedor de algo más. Sudor.

Y entonces se quedó sin aliento.

Había gente dentro.

Tres personas, de espaldas a ella.

Poco a poco, sus ojos se acostumbraron a la penumbra que se filtraba por las grietas de las paredes.

Su abuela. Su abuelo. Su tío.

Atados. Amordazados. Arrinconados en el centro del granero como muebles desechados.

Casi se le doblaron las rodillas.

—¿Qu-qué estás haciendo? —balbuceó, mirando a Michael, mirándolos a ellos.

Pero nadie respondió.

Los ojos de su abuela se encontraron con los suyos: desorbitados, suplicantes.

Y en ese instante, Kasia supo exactamente en qué lío se había metido. Y lo lejos que estaba la ayuda.

CAPÍTULO
SESENTA Y TRES

—¿Dónde está ahora? —preguntó Tomek por decimoquinta vez.

—En el mismo sitio que antes —respondió Abigail—. Su chincheta no se ha movido en el mapa.

Tomek le echó un vistazo rápido antes de volver a centrarse en la carretera. El velocímetro superó las noventa millas por hora mientras intentaba llegar a su destino antes de que el tráfico de la hora punta empeorara. Varios cientos de metros más adelante, un Mercedes circulaba por el carril derecho a poco más de setenta y cinco. Redujeron la distancia en segundos y, al acercarse, Tomek le dio las largas, instando al conductor a apartarse antes de que se produjera una colisión. No fue hasta el último momento, cuando Tomek se vio obligado a pegar un frenazo y se quedó a escasos centímetros del parachoques del Mercedes, que el coche finalmente se apartó.

—Menudo gilipollas —masculló Tomek.

Aunque el que infringía las normas era él.

Aunque acabara de pasar a toda velocidad por delante de dos radares, muy por encima del límite.

Le daban igual las multas o los puntos del carné. Era una emergencia. Además, estaba seguro de que podría librarse explicando que se trataba de un asunto policial oficial.

—¿Dónde está ahora?

—En el mismo sitio.

—Ya debería estar allí —insistió—. ¿Por qué no se ha movido?

Abigail miró la pantalla. Llevaba rastreando los movimientos en la aplicación Buscar de su móvil desde que habían salido.

—A lo mejor es la cobertura. Parece que está rodeada de granjas. Quizá la cobertura es muy mala y su móvil no puede actualizar la ubicación.

Esa idea lo llenó de pavor. Su mente comenzó a entrar en una espiral. ¿Y si la habían dejado en algún sitio y estaba perdida? ¿Y si el conductor —que él suponía que era Nathan o Charlie— se la había llevado a algún lugar sin cobertura para estar con el resto de su familia?

—Llama a Sean —ordenó, dándole las largas a otro coche que tenía delante. Esta vez, se apartó con facilidad, dejando mucho espacio. La luz del sol se estaba desvaneciendo y los faros de los coches ya empezaban a bañar la carretera con una cegadora luz led blanca.

—¿Qué quieres que le diga?

—Necesitamos que rastree la ubicación de Kash.

—De acuerdo.

Por el rabillo del ojo, Tomek vio a Abigail tocar y pulsar la pantalla antes de llevarse el dispositivo a la oreja. No se atrevió a mirarla directamente, a apartar la vista de la carretera y del tráfico. No a esas velocidades. No si no quería morir en un amasijo de hierros y goma quemada antes de poner a Kasia a salvo.

En lugar de eso, tuvo que confiar en Abi, y ahora agradecía su presencia.

Pasaron unos tensos momentos de silencio.

—¿Y bien? ¿Algo? —presionó Tomek.

—Nada. No contesta.

Tomek soltó una palabrota. —Inténtalo con Nick, Rachel, Chey. Inténtalo con cualquiera. Alguien tiene que contestar.

Mientras ella intentaba llamar a Sean de nuevo, apareció una señal de la A3 y Guildford en los carteles de la autopista. Estaban a solo unos minutos. Quizá diez. Quince.

Vamos, Kasia. Ya voy. Ya voy…

—Nadie lo coge —dijo Abigail—. Salta directamente el buzón de voz.

—¿Con todos?

—Con todos, sí. O están usando el móvil o hay un problema con la cobertura.

Tomek no se lo creyó. —A ver, déjame.

Pero en cuanto extendió la mano para que le pasara el móvil, un gran Volvo XC90 se metió bruscamente en el carril derecho, cerrándole el paso y obligándolo a pegar un frenazo, dar las largas repetidamente y tocar el claxon. Rápidamente recuperó el control del coche, adelantó al Volvo por la derecha y luego lo pasó a toda velocidad.

Abigail se aferraba a la manilla de la puerta con una mano, y con la otra se apoyaba en el salpicadero.

—¡Joder! ¡La madre que te parió! —gritó—. No quiero morir hoy, Tomek. Joder. ¡Tú céntrate en llevarnos hasta allí de una pieza y yo me encargo de las indicaciones!

Sean apartó el móvil de la oreja y lo miró un momento antes de dejar caer el brazo a un lado. La oficina bullía de actividad. El equipo estaba en estado de pánico, cada uno llamando a diferentes departamentos y buscando en distintos sitios web en sus ordenadores, intentando localizar a Tomek y a su familia.

—¿Y bien? —La pregunta vino de Nick, que merodeaba a su lado con incomodidad.

—No coge el móvil —respondió Sean.

—Inténtalo otra vez.

—Ha sido la quinta vez. Da tono, pero salta directamente al buzón de voz.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con él?

—En casa de Charlie.

—¿Te dijo adónde iba?

—A casa de sus padres.

—A lo mejor sigue allí.

—Es posible. Pero algo no me cuadra. Ya habría contestado, aunque solo fuera para asegurarme de que todo estaba bien.

Nick se cruzó de brazos. —¿Crees que está relacionado con Charlie?

—Mi instinto me dice que sí. El hecho de que no podamos encontrarlo, por no mencionar que Tomek no contesta al móvil, es preocupante.

Justo en ese momento, Victoria apareció al otro lado. Sean le echó un vistazo rápido antes de volver su atención al equipo, que se movía frenéticamente de un lado a otro. Desde su ruptura amistosa, Sean apenas había hablado con Victoria. No era por rencor ni malicia; simplemente quería darle su espacio, además de tomarse un poco para él. Era una tarea difícil, dada su proximidad tanto en ubicación como en rango. Hasta ahora, habían conseguido mantener la profesionalidad.

—¿Qué coño me he perdido aquí? —preguntó ella.

Sean la puso al día con los detalles: Charlie, Mason Alexander, la conexión con Nathan Burrows, Tomek, sus padres y la posterior desaparición de su colega.

—¿Acaba de desaparecer sin más? —preguntó ella.

—Eso parece.

—Entonces, mandaremos a unos uniformados a su casa, a la de sus padres, a la de su hermano y a la de cualquiera con quien haya estado en contacto —explicó, como si fuera así de simple—. Si no está allí, pasaremos a la siguiente fase para intentar encontrarlo.

—¿Qué es? —preguntó Sean, volviéndose para mirarla junto con Nick.

—Suponer que le ha pasado lo peor.

Al poco tiempo, el asfalto liso y recién pavimentado de la A3 dio paso a la superficie irregular y llena de baches de las carreteras comarcales de Surrey.

—Gira a la izquierda aquí —indicó Abigail.

Tomek redujo la velocidad, el clic del intermitente rompiendo el silencio. Los setos a ambos lados de la carretera se hicieron más densos y altos, engullendo la poca luz que quedaba. Las ramas se

extendían sobre el estrecho carril como dedos esqueléticos, arañando el coche a su paso.

—¿Cuánto falta? —preguntó él.

—No mucho —respondió ella.

—Intenta llamar a Sean otra vez —dijo él.

—No puedo —respondió ella—. Ya casi estamos. Necesito estar pendiente del mapa.

Tomek no discutió. Su mente estaba demasiado consumida por los pensamientos sobre Kasia, concentrada en las indicaciones y en las marcas de la carretera, como para enzarzarse en una discusión con ella. Unos cien metros más adelante, pasaron por delante de la prisión de Send. La mirada de Tomek se desvió por la ventanilla mientras pasaban de largo.

—¿Sigo recto? —preguntó.

—Sigue recto —respondió Abigail—. Gira otra vez a la izquierda al final de esta carretera.

Tomek siguió sus instrucciones hasta que, unos minutos más tarde, giraron a la derecha por un estrecho camino rural que apenas era lo suficientemente ancho para su coche. El camino serpenteaba y los árboles se cernían sobre ellos como un dosel de garras.

—¿Estás segura de esto? —preguntó Tomek.

—Segurísima —dijo Abigail—. Es lo que dice el mapa.

Él la miró. Ella apretaba las manos con fuerza alrededor de su móvil, el brillo de la pantalla parpadeando en su rostro. No lo miró. No parpadeó. El aire se sentía denso y pesado. Incluso el motor sonaba más silencioso.

Pasaron junto a un grupo de edificios de granja abandonados, con los tejados hundidos y las ventanas rotas. Luego, no hubo más que campos abiertos de nuevo, extendiéndose en la oscuridad.

—Ya casi estamos —murmuró Abigail.

—¿Dónde exactamente es *allí*?

—No tengo ni idea.

Avanzaron hasta el final del camino, donde el asfalto dio paso a la grava. Un camino de tierra se abría paso entre los árboles, conduciendo hacia una silueta baja y negra en la distancia.

Abigail señaló. —Ahí.

Tomek dudó, mirando fijamente. El edificio parecía abandonado. Muerto.

—¿Ahí es donde está ella?

—Sí.

Él no se movió. —¿Estás segura?

La mirada de Abigail se desvió hacia él y luego de vuelta al camino. —Ahí es donde su chincheta aparece ahora mismo. Mira.

Le plantó el móvil delante de la cara. Efectivamente, el pequeño icono de su rostro estaba directamente encima del de Kasia en el mapa. Estaban a unos pocos cientos de metros el uno del otro. Estaba allí. En ese granero.

Tomek metió primera y avanzó lentamente, los neumáticos crujiendo sobre la tierra. El aire cambió; ahora era más frío, más cortante. Una única verja de metal bloqueaba el paso. Tomek se detuvo, con el motor al ralentí.

—Tendremos que ir andando desde aquí —dijo Abigail, desabrochándose ya el cinturón de seguridad.

Tomek la imitó y apagó el motor. El repentino silencio presionó sus oídos, roto solo por el tictac del motor al enfriarse. Se bajaron, y el aire frío le mordió inmediatamente las mejillas y la nariz. El suelo mojado chapoteó bajo sus pies mientras cerraba la puerta del coche.

—Quédate detrás de mí —dijo en voz baja.

Abigail asintió.

Le quitó el móvil y encendió la linterna; el cono de luz blanca cortó la penumbra. La verja gimió mientras la abría con esfuerzo, las bisagras protestando ruidosamente. El sonido resonó por los campos vacíos.

Avanzó, con la linterna firme, escrutando la entrada. Las grandes puertas del granero estaban ligeramente entreabiertas, revelando una rendija de oscuridad entre ellas.

—¿Ves eso? —preguntó.

—Sí —la voz de Abigail tembló ligeramente.

—No te separes.

Entonces se oyó un sonido: un suave raspado.

Tomek se quedó helado, sus ojos se desviaron hacia la izquierda. Una sombra se movió cerca del lateral del edificio.

Nathan.

El corazón de Tomek se detuvo, su mente se bloqueó.

—Tú —consiguió decir.

Nathan ladeó la cabeza, sus ojos brillando bajo el haz de la linterna. —Buenas noches, Tomek.

—¿Qué has hecho con mi familia?

—Llegas justo a tiempo.

—Como le hayas puesto un dedo encima a cualquiera de ellos, juro por Dios que te mato.

Nathan se rio entre dientes, el inquietante sonido resonando entre los arbustos y los árboles. —Lamentablemente, no creo que lo hagas. Eso no forma parte del plan.

—¿Qué plan?

—Vaya, vaya. ¿A qué viene tanta prisa? Todo a su debido tiempo. Abigail, si fueras tan amable…

—¿Qué? —preguntó Tomek, girándose ligeramente, confundido.

Lo vio antes de sentirlo: el táser en la mano de ella envió un dolor candente que le recorrió el cuerpo como un rayo. Sus músculos se agarrotaron, su mandíbula se bloqueó mientras cada nervio gritaba. El mundo aparecía y desaparecía ante sus ojos. Justo antes de que todo se volviera negro, lo último que vio fue el rostro de Abigail, desencajado por una emoción que nunca antes le había visto: el arrepentimiento.

—No está en casa —dijo Sean al volver a entrar en la sala de operaciones—. Su coche tampoco está, pero el coche de servicio con el que fuimos sí.

—¿Qué significa eso? —preguntó Rachel.

—Significa que algo ha tenido que pasar para que cambiara de coche. No se me ocurre ninguna razón por la que quisiera hacerlo.

Sean se dirigió al frente de la sala, uniéndose a Victoria y Nick. Detrás de ellos estaba la pared de pizarras blancas que usaban durante las investigaciones policiales, mientras que el resto del equipo estaba sentado a la mesa frente a él.

—¿Qué me he perdido mientras he estado fuera? —preguntó.

Se produjo un momento de silencio mientras algunos de ellos intercambiaban miradas antes de que Victoria se aclarara la garganta y comenzara a hablar.

—Hemos enviado equipos a la dirección de sus padres, así como a la casa de su hermano, por si acaso, y han informado de que no han encontrado nada —dijo—. Tomek había pedido que un equipo lo acompañara a casa de sus padres y, según sus informes, los padres de Tomek fueron secuestrados por un hombre que se hizo pasar por técnico de la compañía eléctrica. También hemos hablado con la cuñada de Tomek, que fue testigo de cómo alguien metía a su marido en la parte trasera de una furgoneta. La agredieron en el proceso.

—Joder —dijo Sean, incapaz de ocultar su preocupación—. Y ahora Tomek ha desaparecido… ¿Cuál es nuestro siguiente paso? ¿Hemos contactado *nosotros* con su cuñada? ¿Qué hay de la furgoneta en la que secuestraron a su hermano?

—Estamos intentando rastrearla ahora —respondió Chey—. Tenemos la matrícula. Solo tenemos que pasarla por el circuito cerrado de televisión y el ANPR para ver si ha sido detectada recientemente.

—Y también tenemos que comprobar la matrícula de Tomek —añadió Sean—. Si ha ido a buscar a algún familiar, podríamos localizarlo. Además, tenemos que rastrear su móvil; alguien debería solicitar la localización de su móvil. Ha dado tono un par de veces cuando lo he intentado, lo que significa que sigue encendido.

—¿Cuándo fue la última vez que lo intentaste? —preguntó Victoria, con un deje de acusación en la voz.

Sean no respondió. Sacó su móvil y se quedó mirando su reflejo en la pantalla. Había pasado al menos media hora desde su última llamada a Tomek. Desbloqueó el teléfono, se desplazó hasta su registro de llamadas recientes y pasó el dedo por encima del nombre de Tomek, con una sensación de pavor oprimiéndole el estómago.

Pulsó el nombre de Tomek y la llamada comenzó. Puso el altavoz, pero antes de que siquiera empezara a dar tono, la llamada se cortó y la pantalla volvió a la de inicio.

—Ya ni siquiera da tono —dijo, recorriendo lentamente con la mirada al resto del equipo, que lo observaba—. Mierda.

CAPÍTULO
SESENTA Y CUATRO

La primera sensación que sintió Tomek fue el frío. Le recorrió la columna, mordiéndole la piel. Luego, un hormigueo en el cuello, seguido de una pulsación sorda y nauseabunda en la cabeza que le revolvió el estómago.

Intentó moverse.

Nada.

Tenía las muñecas fuertemente atadas a la espalda. Muy apretadas. Los bordes de la brida se le clavaban en la carne, un dolor amplificado por el respaldo de la silla en la que estaba sentado, que se le hincaba en los antebrazos. También tenía las piernas atadas: los tobillos sujetos con algo más basto. Cuerda, quizá.

Forzó los ojos para abrirlos.

Oscuridad. Un fino haz de luz de luna se colaba por un hueco en el techo del granero, pero no bastaba para iluminar nada más allá de su regazo.

—¿Abigail?

Silencio.

Inhaló profundamente, intentando forzar a su cerebro a reaccionar y pensar. Sentía como si le hubieran partido la cabeza en dos. Lo último que recordaba le vino a la mente: el granero, la puerta, Nathan, y luego el sonido de miles de voltios explotando en alguna parte.

Un ruido rompió el silencio y lo sacó de su ensimismamiento.

Una voz suave y temblorosa.

—¿Tomek?

Se quedó helado. Esperó. Escuchó.

—¿Mamá?

—Tomek, ¿eres tú?

—¡Mamá! —El corazón le dio un vuelco, una mezcla de emoción y desesperación—. ¿Dónde estáis? No puedo…

—Estamos aquí —respondió ella, con la voz entrecortada.

Luego, otra voz, débil y quebrada. —¿Papá?

Kasia.

Tomek forcejeó contra las ataduras, y un dolor agudo le acuchilló las muñecas. —Dios mío, estáis a salvo. ¿Dónde estáis? ¡No os veo!

—Estamos aquí —repitió ella, sollozando—. Lo siento. Lo siento mucho.

Antes de que pudiera responder, otra voz se unió.

—¡Tomek!

Su padre.

—Joder —susurró Tomek—. ¿Qué está pasando? ¿Estáis heridos?

—Estamos bien —dijo su madre, temblando—. Estamos… estamos bien.

Pero no lo estaba. Podía oírlo. El miedo. La desesperanza.

Intentó moverse, inclinarse hacia el sonido, pero sus hombros gritaron en protesta. Le dolía cada centímetro del cuerpo.

—¿Dónde está… dónde está Dawid? —preguntó—. ¿Por qué no está…?

Entonces, de repente, el mundo explotó en un torrente de luz.

Un resplandor áspero y amarillento inundó el granero, emanando de la única bombilla que colgaba de una viga en lo alto. Y entonces los vio: su madre, su padre, Kasia. Los tres, atados y amordazados a su alrededor en sillas de madera, con bridas clavándose en sus muñecas y cuerdas fuertemente enrolladas en sus tobillos. Tenían los rostros surcados de lágrimas, las mejillas enrojecidas de tanto llorar. Todos parecían rotos, vencidos.

—Oh, Dios —susurró Tomek.

Levantó la vista y vio dos figuras de pie en la parte delantera del granero, una al lado de la otra. Nathan, tranquilo e impávido, lucía

una sonrisa siniestra y lasciva que se fue extendiendo poco a poco por su rostro. A su lado había un hombre más alto y delgado a quien Tomek reconoció al instante: el hombre que se le había escapado en sueños durante treinta años. El hombre que hacía poco se había convertido en una realidad, una parte tangible de su vida. El hombre que acababa de escapar de la ira de Tomek y de la policía.

Charlie Morton.

Pero esa no era la visión más preocupante; entre ellos, arrodillado en el suelo, estaba Dawid. Tenía la cabeza gacha, los hombros caídos y las manos atadas a la espalda, como todos los demás. Un trozo de tela le rodeaba la boca, amordazándolo.

—¡Dawid! —gritó Tomek.

Los ojos de Dawid encontraron los suyos, vidriosos y vacíos. No quedaba ni rastro de lucha en ellos.

—Dawid… —la voz de Tomek se quebró—. Joder, ¿qué te han hecho?

Y entonces la vio a ella. Abigail. Al fondo del granero, medio oculta por las sombras. Tenía la cabeza gacha y las manos entrelazadas delante de ella, como avergonzada. No se movía. No hablaba.

—Abigail —graznó Tomek.

Su cabeza se movió con una sacudida, pero no levantó la vista.

—¡Abigail! —intentó de nuevo, esta vez más alto—. ¿Qué coño has hecho?

Nada. Ni una palabra. Ni siquiera un suspiro.

—No me puedo creer que hayas hecho esto —dijo Tomek, sacudiendo la cabeza—. Nos has vendido… Has…

—Me alegro de que estés despierto —dijo Nathan, con una voz que cortó el aire como una cuchilla.

Las palabras de Tomek se le ahogaron en la garganta.

Nathan dio un paso adelante, y la luz brilló en sus ojos pálidos. Una lenta sonrisa se extendió por su rostro. —¿No es hermoso? —dijo, gesticulando con un movimiento lánguido de la mano—. Tres generaciones de la familia Bowen… todas en un mismo lugar. —Dejó que las palabras flotaran en el aire, saboreándolas—. Es poético, la verdad. Ha costado mucho trabajo reuniros a todos aquí, pero creo

que estarás de acuerdo… —Miró a Charlie, y luego de nuevo a Tomek—. Ha merecido la pena.

El pulso de Tomek retumbaba en sus oídos. Kasia gimió a su lado. Pasó la mirada de Nathan a Charlie y de nuevo a Abigail, buscando cualquier signo de piedad. Pero todo lo que vio fue vergüenza en el rostro de ella y satisfacción en los de ellos.

—¿Qué queréis de nosotros? —preguntó Tomek.

Nathan abrió los brazos. —¿No es obvio?

Lo era, pero Tomek no quería admitirlo; no quería ni pensarlo.

Nathan señaló a Dawid, le agarró del pelo y le levantó la cabeza bruscamente, dejando al descubierto la garganta y la nuez de su hermano. Tomek y el resto de su familia observaron con horror, paralizados, cómo Nathan sacaba un cuchillo del bolsillo trasero y lo rozaba contra la laringe de Dawid.

—Vamos a matar a Dawid como matamos a Michał. Y esta vez, vamos a tener a toda tu familia de público. Tú ya has visto parte del espectáculo, Tomek, sabes cuál es el resultado final, así que pensamos en asegurarnos de que todos los demás pudieran tener la misma experiencia.

Kasia e Izabela aullaron, sus gritos resonando en el pequeño espacio y en lo más profundo de los oídos de Tomek. Kasia rompió a llorar de inmediato, con el pecho convulso por los sollozos. En ese momento, Tomek no deseaba nada más que poder acercarse a ella, consolarla y poner fin a esa pesadilla. Pero haría falta un milagro para cambiar su situación.

—¿Por qué hacéis esto? —preguntó Tomek—. ¿No le habéis hecho ya bastante a mi familia?

Nathan abrió la boca para hablar, pero Tomek lo interrumpió, decidido a impedir que continuara.

—A quien queréis es a mí; sé que es así. Es a mí a quien habéis estado buscando durante los últimos treinta años. No necesitáis a mi familia. Dejadlos marchar. Solo me necesitáis a mí. Fui yo quien os metió en la cárcel todos esos años, nadie más. Hacédmelo a mí en su lugar.

—¡No, papá, no! —gritó Kasia, volviéndose hacia él.

Tomek evitó su mirada, incapaz de mirarla a los ojos por miedo a derrumbarse ante ella.

—No es tan sencillo, Tomek —empezó Nathan, con un toque de humor en su tono—. Me arruinaste la vida cuando llamaste a la policía. Desde entonces, he buscado vengarme de ti y de tu familia. Es así de simple. No hay nada más. Simple venganza. Treinta años preparándola.

Tomek se obligó a respirar lentamente. El pánico lo desharía. El miedo lo volvería estúpido. Necesitaba tiempo. Tiempo para pensar, tiempo para procesar, tiempo para manipular la situación a su favor de alguna manera. Y las palabras compraban tiempo.

Mantuvo la vista fija en Nathan y Charlie, observando el ligero tic en el hombro de Charlie cuando sonreía; en las manos de Abigail, que se retorcían frente a ella; en la cabeza gacha de Dawid y la expresión de absoluto terror en sus ojos.

—¿Por qué ella? —preguntó Tomek, señalando a Abigail con la cabeza—. ¿Por qué Abigail? ¿Qué le hicisteis hacer?

Sonriendo, Nathan dio un paso adelante, adentrándose en la luz. —¿Nunca te lo preguntaste, sargento? Nunca se te ocurrió, ¿verdad?

Tomek dejó que la pregunta flotara en el aire y desvió la mirada hacia Abigail. Ella se estremeció como si la hubieran golpeado. Esa era la pequeña grieta en su fachada que necesitaba, una grieta que podía explotar.

—Dime —presionó Tomek—. Dime por qué estás aquí, Abi. ¿Fue por dinero?

Ella levantó la cabeza una fracción. Por primera vez, le sostuvo la mirada, con una combinación de vergüenza y miedo grabada en su rostro.

—¿Cómo has podido traicionarnos a mí y a mi familia de esta manera? Sé que hemos tenido nuestros altibajos, pero ¿esto…?

La barbilla de Abigail tembló. Abrió la boca, pero no emitió ningún sonido. Sus ojos se desviaron hacia Nathan, una súplica silenciosa de ayuda, o de permiso. Tomek no supo distinguir cuál.

Nathan se rio por lo bajo. —Oh, vamos, Abi —dijo—. No te quedes callada ahora. Has interpretado tu papel a la perfección. —

Se volvió hacia Tomek, y su sonrisa se ensanchó—. ¿Quieres saber quién es ella en realidad? ¿De verdad no lo has adivinado todavía?

—¿De qué estás hablando?

Nathan levantó una mano, señalando perezosamente a Abigail. —Nuestra querida Abigail de aquí… no es quien dice ser. Nunca lo fue. Es de la *familia*.

Tomek parpadeó. —¿Familia?

Nathan asintió, mirando a Charlie, que sonrió finamente, con los ojos brillando de satisfacción. —Ya conoces a su hermano.

Por un momento, las palabras quedaron suspendidas en el aire, resonando débilmente en el frío silencio. Entonces el suelo pareció inclinarse bajo Tomek. Se giró bruscamente hacia Abigail, buscando en su rostro una negación, cualquier cosa, pero ella no pudo sostenerle la mirada.

—No… —susurró—. No, eso es…

—Oh, es verdad —dijo Nathan, acercándose—. Es la hermana de Charlie. Apellido diferente, por supuesto. Se casó joven, pero al final no funcionó. Conservó el apellido y cambió todo sobre sí misma para mantener la ilusión cuando te conoció. —Inclinó la cabeza—. Perfecto, la verdad. Se acercó a ti, a tu familia. Se ganó tu confianza. Interpretó el papel de la novia intermitente de maravilla. Y cuando llegó el momento… os trajo a los dos ante nosotros.

Las entrañas de Tomek se convirtieron en hielo. Recordó sus interacciones durante los últimos años: el beso de borracho que lo había iniciado todo, la relación transaccional diseñada para infiltrarse y entrar en su vida, y la reciente reintroducción tras el descubrimiento de los huesos de Mason Alexander. Todo había sido calculado, una mentira, manipulado: una marioneta con hilos desde el principio. Con razón su intuición le había convencido de que siempre había un motivo oculto con ella.

Excepto que eso no era del todo cierto. Recordaba la vez que Kasia y su amiga le habían destrozado el piso, y Abigail había aparecido sin avisar. Ella había protestado su inocencia entonces, suplicándole que creyera que venía de buena fe, que no había habido ningún motivo oculto. Y él la había creído entonces.

Y creía ahora que era capaz de la misma compasión и amabilidad.

—Me utilizaste, Abi —dijo él.

Abigail negó débilmente con la cabeza, con lágrimas asomando a sus ojos. —No tenía que llegar tan lejos —murmuró. Su voz era apenas audible, pero en el silencio del granero, cada palabra sonó como un disparo—. Dijeron que nadie saldría herido. Solo tenía que traerte aquí. Eso es todo. No lo sabía… Te lo juro, Tomek, yo no…

Nathan soltó una carcajada. —Es buena, ¿verdad? Incluso ahora, sigue en su papel. Sigue toreándote, haciéndote creer todo lo que sale de su boca.

—Estás loco —dijo Tomek en voz baja.

Nathan se agachó frente a él, el cuchillo brillando bajo la luz. —Quizá —dijo en voz baja—, pero soy paciente. He tenido mucho tiempo para serlo.

—Habrías estado dentro más tiempo si no hubiéramos encontrado los huesos de Mason Alexander.

—Bah. Eso fue un maldito accidente. Sin la tormenta, el pobrecito Mason seguiría tirado en el barro.

—Lo matasteis como matasteis a Michał.

—Fue una prueba.

La respuesta provino de Charlie, y a Tomek le sorprendió oírle hablar por primera vez. Su voz era fría и calculadora, sus palabras pronunciadas en voz baja, sin revelar nada. Dio un pequeño paso adelante, como si se acercara a un atril imaginario. —Nadie debía encontrar su cuerpo. Nadie debía saber lo que le pasó. Pero ¿te gustaría saberlo, Tomek?

—Creo que ya lo sé —respondió Tomek—. Era un don nadie, un solitario. No tenía amigos en el colegio. No tenía a nadie que cuidara de él. Y entonces os hicisteis sus amigos, lo cultivasteis, lo preparasteis. Y una noche decidisteis matarlo.

Una sonrisa profunda y amenazante se extendió por el rostro de Charlie. —¿Te gustaría saber lo que le hicimos? Apuesto a que piensas que es parecido a lo de tu hermano, ¿verdad? Pero no lo fue. Lo que le hicimos a Mason fue suave en comparación con el tiempo y el cuidado que dedicamos a Michał. Era nuestra primera

vez. No sabíamos lo que hacíamos. Todo eso cambió cuando encontramos a Michał. Para entonces, teníamos un plan; sabíamos paso a paso cómo íbamos a torturar и maltratar a tu hermano. —Charlie agarró la nuca de Dawid y lo empujó hacia adelante, estampándole la cara contra el suelo con los brazos a la espalda. Agarró un mechón de pelo de Dawid, tirando de su cabeza hacia atrás hasta que su cuello se tensó, y un grito ahogado rasgó la mordaza. Tomek intentó moverse, intentó levantarse, pero las ataduras se lo impidieron.

—Mira, el truco —dijo Nathan, su voz suave y casi instructiva— es mantener la calma en todo momento, porque tu víctima se alimentará de eso. Si te sientes ansioso, ellos se sentirán igual. Si sientes que tienes el control, ellos también empezarán a sentir que lo tienen. Empezarán a relajarse un poco. —Alcanzó algo del suelo. Un ladrillo, cubierto de mortero seco y polvo. Lo sopesó en la palma de su mano—. Usamos uno de estos entonces, ¿verdad, Charlie?

Charlie asintió. —Así es, Nathan. Es casi poético, ¿no? El círculo se cierra.

Entonces, sin previo aviso, Nathan levantó el ladrillo en alto y lo estrelló contra el estómago de Dawid. El sonido fue obsceno: un golpe sordo seguido del grito ahogado de Dawid. Su cuerpo convulsionó, encogiéndose sobre sí mismo, pero Charlie tiró de él de nuevo, sujetándolo firmemente por el pelo.

Izabela chilló, un sonido crudo y maternal que arañó el aire. Los gritos de Kasia se convirtieron en lamentos agudos mientras su silla golpeaba contra el suelo en su forcejeo contra las cuerdas. Tomek gritó el nombre de su hermano, con el sonido quebrándosele en la garganta.

Nathan levantó la vista, respirando con dificultad pero sonriendo a través de ello, eufórico. —¿Ves eso? —dijo, dirigiéndose a nadie y a todos a la vez—. Ese es el cuerpo reaccionando al trauma. El shock. La lucha. El instinto de supervivencia, incluso cuando es inútil.

Charlie asintió, fríamente clínico. —Fíjate en cómo se contrae su diafragma —dijo—. Mason no hizo eso. Pero Michał sí. Debe ser cosa de los Bowen…

Soltó la cabeza de Dawid, y este se desplomó de lado, jadeando a través de la mordaza, con el cuerpo temblando violentamente. El corazón de Tomek latía tan fuerte que le dolía. No podía mirar a Dawid; simplemente no podía soportarlo. Su mente corría, desesperada por algo, cualquier cosa. Y entonces se dio cuenta. Querían que viera. Querían que todos vieran. Ese era el objetivo: el teatro de todo aquello.

Así que se movió.

Con un sonido gutural, Tomek se echó de lado. La silla se balanceó una, dos veces, y luego volcó. Cayó al suelo con fuerza, quedándose sin aire. El dolor le estalló en el hombro, pero no le importó. Giró el cuerpo, colocándose de modo que su espalda estuviera de cara a ellos, asegurándose de que lo único que podía ver era la oscura esquina del suelo del granero.

Hubo una pausa.

Luego, la voz de Nathan. —¿Qué haces ahí abajo?

Tomek no respondió. Tenía la mejilla apretada contra el frío suelo de tierra, el sabor a sangre en la boca. Podía oír los jadeos entrecortados de Dawid y los sollozos ahogados de su madre y Kasia.

—Abigail. Ve a levantarlo.

Tomek la oyó dudar. Un susurro de tela, una débil inspiración. Luego oyó sus pasos, vacilantes e irregulares, el roce de sus zapatos arrastrándose por la tierra.

—Abi… —graznó Tomek—. Por favor. No quiero ver. Por favor…

Ella не ответила. Sus pasos se detuvieron a su lado. Podía oler su perfume: tenue y floral, el que había permanecido en su dormitorio hacía poco.

—Abi…

—No hables —susurró ella, con voz apenas audible—. Por favor, Tomek. No digas nada. No hagas esto más difícil de lo que ya es.

Se agachó a su lado, sus manos buscando a tientas un agarre en la silla. La sintió gemir suavemente mientras lo levantaba.

—Buena chica —le gritó Nathan—. Asegúrate de que esta vez esté de cara a nosotros. Quiero que lo vea todo.

Abigail ajustó la silla, sus dedos temblando contra el brazo de él. El pelo de ella le rozó el hombro y entonces, tan sutilmente que casi no se dio cuenta, algo frío y metálico fue presionado contra su mano.

Sus dedos se cerraron sobre ello instintivamente.

Un cuchillo.

Le había pasado un cuchillo.

El pulso de Tomek se aceleró. No se movió. Ni siquiera respiró. Manteniendo la cabeza gacha, fingió seguir aturdido mientras Abigail se movía detrás de él, ajustando la silla y murmurando algo a Nathan sobre su peso.

Nathan se rio entre dientes. —Está hecho un jodido toro. No te preocupes, pronto lo aligeraremos cuando se le derrame toda la sangre.

Finalmente, Abigail retrocedió hacia el fondo de la habitación y Tomek examinó la hoja. Era pequeña, con bordes serrados, capaz de infligir una gran cantidad de dolor. Se la guardó en la palma de la mano, manteniéndola oculta detrás de él. Lenta y cuidadosamente, comenzó a serrar la brida que le ataba las muñecas. El plástico le mordía profundamente la piel, pero el débil chirrido del cuchillo —el diminuto sonido rasposo— le dio algo a lo que aferrarse: una tarea. Un propósito.

Levantó la vista brevemente. Nathan y Charlie estaban ahora concentrados en Dawid. Nathan tenía el ladrillo de nuevo, mientras Charlie decía algo sobre el control de la respiración y la resistencia, mientras el pecho de Dawid continuaba subiendo y bajando, con los ojos en blanco.

—Su respiración vuelve a la normalidad —dijo Charlie, casi con admiración.

Nathan sonrió maliciosamente. —No por mucho tiempo.

Tomek se obligó a respirar lentamente. Cada fibra de su ser le gritaba que se diera prisa, que completara la tarea lo más rápido posible, pero si se movía demasiado pronto, todo habría terminado. Si Nathan lo veía, si Charlie se giraba…

Un chasquido seco.

La brida se rompió.

Se quedó helado. Sentía las muñecas como si ardieran, pero estaban libres.

Escondió las manos detrás de la silla, flexionándolas una y dos veces, permitiendo que la sensación volviera.

Mientras tanto, Nathan se agachó frente a Dawid, arrastrando el ladrillo por el suelo de tierra. —¿Crees que esto duele? —dijo en voz baja—. No sabes lo que es el dolor de verdad.

Charlie soltó una risita. —Dale tiempo. Lo sabrá.

Tomek palpó la cuerda alrededor de sus tobillos. Se inclinó hacia adelante y comenzó a mover el cuchillo lentamente, centímetro a centímetro.

Miró a Dawid —su hermano roto y tembloroso— y algo dentro de él se endureció.

Iba a poner fin a esto.

Aunque le costara la vida.

La cuerda alrededor de sus tobillos era áspera, las fibras cortándole la piel. Mantuvo la hoja yendo y viniendo con pequeños movimientos, con cuidado de no llamar la atención. El cuchillo se enganchó. Giró la muñeca, flexionó y tiró. La cuerda comenzó a deshilacharse. Cada fibra se rompía con un débil siseo contra la hoja.

Nathan y Charlie seguían concentrados en Dawid. No habían levantado la vista. Ni una sola vez.

—Puntos de presión —estaba diciendo Charlie—. Si los golpeas justo en el punto, el cuerpo se apaga más rápido.

Nathan se rio, un sonido suave y enfermizo. —Vamos a averiguarlo.

De repente, el cuchillo se soltó de un tirón. Tomek sintió cómo cedía el último cabo de cuerda alrededor de sus tobillos.

Levantó la vista hacia Abigail, que estaba de pie a unos metros de distancia.

En un movimiento violento, se levantó de un salto, y la silla cayó hacia atrás con estrépito mientras él giraba. El cuchillo brilló, frío y afilado, y antes de que Abigail pudiera siquiera jadear, la tenía pinning against him, with the blade pressed hard to the side of her neck.

Todo el granero se paralizó.

Charlie se enderezó. Nathan se giró, con el ladrillo todavía en la mano.

Abigail temblaba contra él, su pulso martilleando bajo la hoja. No luchó. No se movió.

—Si das un paso —dijo Tomek, con los ojos fijos en Nathan—, juro por Dios que le corto el cuello.

La sonrisa de Nathan se contrajo con fascinación. —Oh —murmuró—. Esto sí que es interesante.

Charlie cambió de postura, entrecerrando los ojos. —No lo harás —dijo con calma—. No eres un asesino, Bowen.

—Pruébame. —Tomek apretó más el cuchillo. Un fino hilo de sangre brotó en la piel de Abigail.

—Por favor —susurró ella—. Por favor, Tomek…

—Cállate —siseó él, con el corazón latiéndole tan fuerte que apenas podía pensar—. Tú has hecho esto.

Ella negó con la cabeza frenéticamente, con las lágrimas corriéndole por las mejillas. —Yo no… Yo no sabía que ellos…

—¡Mentirosa!

Nathan dio un lento paso adelante. El agarre de Tomek se tensó. —¡He dicho que no te muevas! —gritó.

Nathan se detuvo, con las manos levantadas en una falsa rendición. —Está bien —dijo en voz baja—. Está bien. Vamos a… respiremos hondo. No quieres hacerle daño. Eres mejor que eso.

La mandíbula de Tomek se tensó. —No sabes lo que quiero. No sabes lo que soy.

—Ah, creo que sí —respondió Nathan, con un tono tranquilo y medido—. Quieres que esto acabe. Quieres proteger a tu familia. Si la matas, eso se acaba. Pierdes tu baza. Lo sabes.

Tomek no respondió. Podía sentir a Abigail temblando contra él, el leve sollozo que sacudía su cuerpo. Se odiaba a sí mismo por ello, por lo que estaba haciendo y por lo que ella había hecho. Cada parte de ello se sentía mal, pero no podía parar. Ahora no.

Nathan volvió a sonreír. —Baja el cuchillo, Tomek. Hablemos como hombres.

Tomek lo miró a los ojos. —No. Dejadlos marchar primero.

Charlie resopló. —¿Crees que tienes el control? Mira a tu alrededor.

Tomek hizo lo que le decía. Miró a Dawid, desplomado en el suelo, y luego a su madre, a su padre y a Kasia, todos temblando, con lágrimas corriendo por sus rostros.

Apretó su agarre sobre Abigail. —Un paso más —advirtió—, y muere.

El sollozo de Abigail se convirtió en un jadeo ahogado. —Tomek, por favor…

Él no respondió. No podía. Porque Nathan seguía sonriendo con esa misma sonrisa vacía, lo que sugería que ya había planeado esto. Entonces Tomek se dio cuenta de que Abigail no temblaba de miedo; temblaba porque podía ver algo que él no.

Algo estaba a punto de suceder que lo cambiaría todo.

CAPÍTULO
SESENTA Y CINCO

El tono agudo y vibrante le retumbaba en los oídos.

Sonando. Sonando. Sonando.

Nadie contestaba.

Aquello no era bueno. Nada bueno.

—Abi, ¿qué has hecho...? —masculló Sean cuando la llamada finalizó y se guardó el móvil en el bolsillo.

Tanto el móvil de Abi como el de Tomek daban señal en la misma ubicación, pero ninguno de los dos contestaba. No tenía ni idea de qué hacían en Surrey. Se frotó la cara con las manos, intentando aliviar con un masaje la tensión de sus músculos, pero apenas surtió efecto.

—Sargento —dijo Chey, acercándose a toda prisa.

—¿Qué pasa?

—He comprobado el número de móvil de Kasia.

—¿Y?

—La última vez que su móvil dio señal fue en Send.

—¿Donde están ahora Tomek y Abi?

Chey asintió, con los ojos desorbitados por el miedo. Así que los tres estaban juntos.

—¿Y qué hay de su familia? —preguntó Sean—. ¿Sus padres y su hermano?

—También he buscado sus números y la última vez que sus móviles dieron señal fue en sus domicilios. Los apagaron poco después de que los metieran en la parte de atrás de la furgoneta.

Sean maldijo para sus adentros. —¿Tenemos ya alguna información sobre la furgoneta? ¿Adónde ha ido?

Chey señaló por encima del hombro. —Oscar lo está mirando ahora mismo.

Sin perder un instante, Sean se apresuró hacia el escritorio del agente. Encontró a Oscar encorvado, con los ojos a pocos centímetros de la pantalla. Estaba colgando el teléfono de su escritorio justo cuando Sean llegó.

—Gracias a la grabación de la cámara de seguridad de una casa y al buen ojo de uno de los vecinos de Dawid y Aneta, he conseguido las matrículas de la furgoneta que secuestró a la familia de Tomek —dijo Oscar, pulsando unos cuantos botones del ratón y del teclado—. Eran falsas —continuó—. Las mismas que coincidían con los movimientos de Donovan en el BMW blanco. Debieron de cambiarlas en algún momento. Por suerte, he podido seguirle la pista a la furgoneta hasta la M25...

Dejó la frase en el aire, llenando la habitación de un silencio pavoroso.

—¿Y adónde? —preguntó Sean.

Oscar no dijo nada. En su lugar, cambió de pestaña en el ordenador a una vista de Google Maps de algún lugar de Surrey.

—Esa es la última ubicación donde la captó una cámara —explicó.

—Mierda. Así que están todos juntos. Con Nathan o con Charlie.

—O con los dos —añadió Chey.

Sean le lanzó a Chey una mirada de reproche, como diciendo: «Todos lo estamos pensando, pero no hacía falta que lo dijeras en voz alta». Chey apartó la vista, avergonzado.

—¿Sabemos dónde están exactamente?

Oscar hizo zum en Google Maps. Tardó un rato en encontrar lo que buscaba, desplazándose de un lado a otro como un pájaro, hasta que finalmente lo encontró. Señaló un pequeño cuadrado negro en el mapa, rodeado de campos de varios tonos de verde.

—Este es el único sitio cercano a donde los móviles de Tomek y Kasia dieron señal por última vez. Hay una antena de telefonía justo al lado. No es cien por cien preciso, pero es mi mejor conjetura.

—Es la mejor información que tenemos por ahora. —Sean apretó el hombro a Oscar en señal de agradecimiento—. ¿Sabemos qué importancia tiene Surrey? ¿Por qué allí?

En ese momento, Martin se unió a la conversación. —No estoy seguro de que sea relevante, pero he estado investigando un poco y parece que es donde Charlie ha estado viviendo durante los últimos veinticinco años aproximadamente. Trabajó allí de maestro de escuela antes de volver a Wickford, donde recientemente se creó una cuenta en Uber con un seudónimo: Michael.

Antes de que Sean pudiera responder, la puerta del despacho se abrió. Entró Rachel, con expresión abatida.

—¿Qué pasa? —preguntó Sean—. ¿Qué ha dicho Donovan?

—Nada —contestó ella—. Bueno, nada no. Ha dicho que para cuando lleguemos, será demasiado tarde. Que no habrá nada que podamos hacer.

Sean tragó saliva. —Tiene razón.

—¿Qué?

—Que tiene razón. No hay nada que *nosotros* podamos hacer. No aquí. No mientras Tomek esté en Surrey. Pero, por suerte, la policía opera en todo el país, así que estoy seguro de que a la policía de Surrey no le importará echar una mano. —Sean se volvió hacia Martin, al otro lado de la sala, y chasqueó los dedos—. Ponme con el inspector jefe de la policía de Surrey. Son los únicos que pueden ayudar a Tomek ahora mismo.

CAPÍTULO
SESENTA Y SEIS

—No os mováis —ladró Tomek.

Empujó a Abigail un paso hacia delante, obligándola a interponerse entre él y los dos hombres.

—Por favor, Nathan…

—Silencio —siseó Tomek.

Le apretó más la hoja contra la piel. La fina línea de sangre en su garganta brillaba bajo la luz parpadeante de la bombilla. Los ojos de Nathan permanecían fijos en él, sin parpadear. Tranquilos.

—Dejadlos marchar —exigió Tomek—. Ahora.

La sonrisa del rostro de Nathan se transformó en una mueca burlona. —¿De verdad crees que vais a salir de aquí por vuestro propio pie?

Tomek lo ignoró y empujó a Abigail otro paso hacia delante para obligar a Nathan a retroceder. Necesitaba distancia, espacio, algo. Solo tenía que mantener su atención. Podía sentir los ojos de Dawid clavados en él; lo sentía todavía arrodillado en el suelo, inmóvil, amordazado, malherido.

Entonces, un movimiento.

Un arrastrar de pies. Una respiración.

La mirada de Nathan se desvió hacia Dawid por una fracción de segundo. —¡Mírame! —gritó Tomek—. ¡Si quieres matar a un hermano, empieza por mí!

Fue suficiente.

Nathan y Charlie se distrajeron un momento.

Dawid se movió.

Se impulsó hacia delante desde las rodillas, con un grito gutural que rompió la mordaza, y se lanzó con todo su peso contra las piernas de Charlie. Los dos hombres se estrellaron con fuerza contra el suelo; el impacto retumbó por todo el granero. El polvo se levantó del suelo en una nube.

La cabeza de Charlie golpeó el suelo con un ruido sordo y húmedo. Soltó un juramento y empezó a revolverse, intentando quitarse a Dawid de encima, pero Dawid estaba descontrolado, salvaje, movido por la venganza y el dolor.

La distracción desató el caos en la sala. Abigail gritó. Nathan se giró, perdiendo la compostura, y se abalanzó sobre Dawid y Charlie. Tomek no pensó. Reaccionó.

Empujó a Abigail hacia un lado, lanzándola al suelo a los pies de Kasia, y luego cargó contra Nathan con todas sus fuerzas. El impacto fue sólido. Hueso contra hueso. Nathan gruñó y retrocedió tambaleándose, pero Tomek no cejó. Lanzó un puñetazo, y luego otro; el primero le dio de lleno en la mandíbula a Nathan y el segundo le crujió en la sien. El sonido fue agudo y repugnante. La cabeza de Nathan se ladeó de golpe, pero eso apenas lo disuadió.

—¿A eso lo llamas un puñetazo, Tomek? Te saco treinta años de cárcel, recuerda…

Nathan levantó el codo y alcanzó a Tomek en el pómulo. Vio las estrellas. Se tambaleó hacia atrás y recuperó el equilibrio justo cuando Nathan volvía a por él. Tomek agarró un puñado de la chaqueta de Nathan, la retorció y usó el propio impulso de este para lanzarlo de lado contra un montón de balas de heno. Se derrumbaron con estrépito. En algún momento, el cuchillo salió volando de su mano. Entonces, Nathan se levantó del heno, con el rostro descompuesto y, esta vez, con un ladrillo en la mano.

Tomek apenas lo vio venir.

Se lanzó hacia un lado; el ladrillo le rozó el costado de la cabeza y se estrelló contra el suelo. Entonces Tomek agarró a Nathan por las piernas, lo levantó del suelo y lo estampó contra el cemento. Algo en alguna parte —un hueso, un trozo de cartílago— se rompió con el impacto, y Nathan cayó como un saco de patatas,

inconsciente. Tomek se quedó de pie junto a él, con el pecho subiéndole y bajándole. Tenía los nudillos en carne viva, resbaladizos por la sangre de alguien. Quizá de Nathan, quizá la suya. No lo sabía. No le importaba.

Mientras tanto, su hermano jadeaba encima de Charlie, montado a horcajadas sobre él, inmovilizándolo con su peso. Tomek recogió el cuchillo del suelo, se arrodilló junto a Dawid, le agarró las muñecas atadas y cortó las gruesas bridas de plástico con el cuchillo. Se soltaron con un chasquido seco.

—Anda —dijo Tomek.

Dawid no dudó. Se abalanzó sobre Charlie con un rugido, lanzando puñetazos sin parar. Cada golpe sonaba como si años de rabia encontraran liberación. Charlie intentó cubrirse, intentó rodar para apartarse, pero Dawid era implacable. Cada golpe era una vida entera de dolor y venganza.

Tomek lo dejó hacer.

Se giró y corrió hacia su familia. Su madre sollozaba, su padre forcejeaba contra las ataduras, respirando con dificultad. Pero Tomek fue primero a por Kasia.

—Aguanta —jadeó, agachándose a su lado. Le temblaban las manos mientras cortaba las bridas que le ataban las muñecas y la cuerda alrededor de los tobillos. Ella gimió cuando la cuerda cedió y su pie derecho quedó libre.

Antes de que Tomek pudiera decir otra palabra, Kasia se lanzó sobre Abigail.

—¡Kasia! —gritó Tomek, intentando agarrarla, pero ya era demasiado tarde.

Kasia se estrelló contra ella, tirando a Abigail de espaldas. Las dos mujeres cayeron con fuerza sobre la tierra. Abigail chilló y levantó las manos para defenderse, pero Kasia continuó sin hacerle caso.

—¡Tú has hecho esto! —gritó Kasia, descargando los puños sobre ella—. ¡Nos has traicionado! ¡Has arruinado a nuestra familia!

Abigail gritó, retorciéndose debajo de ella, con el pelo enredado y la cara manchada de tierra y sangre. —Kasia… por favor… yo no…—

—¡No te atrevas! —le gritó Kasia—. ¡No te atrevas!

Tomek llegó en dos zancadas, agarró a Kasia por los hombros y la apartó antes de que le hiciera daño de verdad. Ella se resistió, revolviéndose, sollozando, con el cuerpo temblando. Pero no era rival para él.

—Déjala —le dijo Tomek—. No merece la pena. ¿Me oyes? ¡No merece la pena!

Las lágrimas surcaban las mejillas de Kasia. Lo miró con los ojos desorbitados y salvajes. Y entonces, poco a poco, la lucha se desvaneció de su cuerpo. Tomek se apartó de ella y se arrodilló junto a su madre.

—Mamá —dijo con voz temblorosa—. ¿Estás bien? ¿Puedes moverte?

El rostro de Izabela estaba pálido, sus ojos muy abiertos y desenfocados. Asintió una vez. —Estoy bien —murmuró, aunque su voz temblaba—. Solo… solo sácanos de aquí, Tomek.

Le cogió las muñecas y cortó las bridas con la facilidad que da la práctica.

—Vamos a estar bien —susurró, sobre todo para sí mismo—. Vamos a estar bien.

A su espalda, la respiración agitada de Dawid llenaba el aire, puntuada por el ruido húmedo de otro golpe que aterrizaba en Charlie. El sonido llenó a Tomek de una sensación de alivio.

Entonces Kasia ahogó un grito.

—Papá —dijo, con la voz cada vez más aguda, cargada de pánico —. Tomek… ¡el *abuelo*!

Tomek giró la cabeza de golpe.

Su padre estaba desplomado en la silla, con los ojos entrecerrados y el pecho subiéndole y bajándole con dificultad. Su piel se había vuelto cerúlea, pálida como un hueso.

—¡Papá! —Tomek se arrastró por el suelo, deslizándose por la tierra, y le puso dos dedos en el cuello. Tenía pulso, pero era errático, palpitaba como un pájaro atrapado.

—Quédate conmigo —dijo Tomek, agarrándole el hombro—. Vamos, quédate conmigo, por favor…

—Tomek…

—Estoy aquí, papá. No hables. Solo respira. Inspira y espira, ¿vale? Respira conmigo.

Izabela se acercó y cogió la mano de su marido, con el rostro descompuesto por el miedo. —¿Qué está pasando? —susurró.

—Es el corazón —dijo Tomek en voz baja—. Creo que está sufriendo un infarto.

Miró a su alrededor frenéticamente. Ningún teléfono. Ninguna cobertura. Nadie que viniera. Solo el frío, la oscuridad.

Entonces, un sonido a su espalda.

Un susurro.

Un roce.

Tomek se giró justo cuando Nathan se removía. El hombre levantó la cabeza del suelo, con sangre manando de una brecha en la frente. Tenía los ojos fríos, llenos de odio, fijos en Tomek. Y a su lado, semienterrado en el heno, brillaba el acero.

El cuchillo que Tomek había dejado caer al correr hacia su padre.

—No —susurró Tomek, irguiéndose, listo para moverse, pero fue demasiado lento.

La mano de Nathan salió disparada y sus dedos se cerraron alrededor del mango. Se puso en pie tambaleándose, inestable pero impulsado por algo primario.

—¡Nathan! —gritó Tomek.

Pero Nathan no le estaba mirando.

Estaba mirando a Izabela, que se encontraba entre ambos.

Sucedió demasiado rápido para que Tomek pudiera evitarlo.

Nathan se abalanzó hacia delante, con un ronco gruñido saliéndole de la garganta. Izabela apenas tuvo tiempo de ahogar un grito cuando la hoja se hundió profundamente en su abdomen.

—¡Abuela! —gritó Kasia.

Tomek se quedó paralizado durante una fracción de segundo, aplastado por la incredulidad. Luego se lanzó hacia ella, la sujetó, acunando su cabeza. Izabela inhaló bruscamente. Abrió mucho los ojos. Miró con incredulidad hacia donde el cuchillo de Nathan estaba hundido bajo sus costillas. La sangre se extendió rápidamente, oscura y floreciente sobre su blusa, cubriendo enseguida las manos de Tomek.

Al fondo, Dawid se apartó del cuerpo de Charlie y cargó contra Nathan, pero su cuerpo estaba demasiado fatigado; se tambaleó y cayó al suelo antes de poder alcanzar al hombre. Nathan no perdió el tiempo, aprovechó la oportunidad y salió corriendo del edificio.

A Tomek no le importó. No prestaba atención a los lamentos y gritos de Kasia y Abigail. No prestaba atención al hombre que yacía casi perfectamente inmóvil en el suelo.

Estaba centrado únicamente en su madre.

—Mamá —dijo Tomek, arrodillándose a su lado. Se quitó el jersey y lo presionó contra la herida. En segundos, sus manos estaban cubiertas de sangre—. Quédate conmigo, ¿vale? Mírame. Te sacaremos de aquí.

Sus ojos se abrieron, vidriosos pero inquisitivos. —Tomek…

—Estoy aquí. Estoy aquí, mamá. —Su voz se quebró.

Levantó la mano débilmente, temblorosa, y encontró su mejilla. —Tenías razón —susurró—. Todo el tiempo. Sobre él. Sobre Charlie.

—No… —Tomek negó con la cabeza, las lágrimas le quemaban los ojos—. No digas eso. Guarda fuerzas.

—Debería haberte escuchado —continuó ella, su voz fina, quebrándose—. Cuando me hablaste de Michał… —Su voz se rompió por completo—. Te culpé. Estaba tan… enfadada. Pensé que si te ignoraba, desaparecería.

—Mamá, por favor…

Sus ojos se llenaron de lágrimas, que se derramaron por sus sienes. —Fui una madre terrible.

—No —dijo él con fiereza—. No, no lo fuiste. Tenías miedo, eso es todo. Todos lo teníamos. Sé que nos querías, pasara lo que pasara.

Ella sonrió débilmente, desvaneciéndose. —Mi niño —susurró—. Mi niño precioso.

Tomek presionó con más fuerza la herida. —Vas a estar bien. ¿Me oyes? Voy a buscarte ayuda. Solo aguanta.

Ella negó con la cabeza, lentamente, en paz. —No pasa nada, Tomek.

—¡No, no es verdad! ¡No digas eso!

Su mirada se desvió hacia Kasia. Le tendió la mano a su nieta. —Cuidad de él —murmuró—. Los dos… cuidad el uno del otro.

Kasia sollozó, agarrando la mano de su abuela con las dos suyas. —Lo haré, abuela. Lo prometo. Por favor… por favor, no te vayas.

La respiración de Izabela flaqueó durante unos instantes y luego, simplemente, se detuvo, y su cuerpo quedó completamente inerte en los brazos de Tomek.

CAPÍTULO
SESENTA Y SIETE

El cuerpo de su madre yacía inerte en sus brazos, con la sangre ya enfriándosele en las manos.

Entonces se acordó. Nathan. El cabrón seguía vivo. Ahí fuera. En alguna parte. Escapando.

Por un momento, Tomek se quedó paralizado, debatiéndose entre quedarse —entre aferrarse a lo que ya había perdido— y el ardiente deseo de poner punto final a aquello. De hacérselo pagar.

Depositó con delicadeza el cuerpo de su madre en el suelo y le limpió un reguero de sangre de la mejilla. Luego se volvió hacia su padre, cuya respiración seguía siendo dificultosa y superficial. El pecho se le elevaba de forma irregular; cada inspiración era una lucha.

—Kasia —ladró Tomek con voz ronca—. Quédate con el abuelo. Mantenlo erguido. No dejes que cierre los ojos, ¿entiendes?

Kasia parpadeó, mirándolo entre lágrimas, con la cara manchada de tierra y sangre. —¿Papá…?

—¡Hazlo! —espetó él—. Por favor, haz lo que te digo.

Sin esperar respuesta, se dio la vuelta y salió corriendo por las puertas del granero. Sus zapatos golpeaban el suelo; la grava daba paso al barro mientras corría, y las nubes de vaho caliente estallaban frente a su cara. Más adelante, vio la oscura silueta de Nathan cruzando un campo abierto, cojeando, tambaleándose, pero sin dejar de moverse con rapidez.

—¡Nathan! —gritó Tomek. Su voz viajó por la llanura, engullida por el viento.

Nathan no miró atrás.

Tomek apretó el paso, con los pulmones en llamas y los músculos gritando de dolor. Los zapatos le resbalaban en la tierra removida, la respiración era entrecortada y se condensaba en la oscuridad. El campo se extendía ante él, ancho e interminable, bordeado por setos e hileras de árboles. La luz de la luna era tenue, plateaba la hierba y dibujaba la silueta de Nathan en su huida.

Cada zancada acortaba la distancia entre ellos: seis metros, cinco. Tomek ya oía el leve estertor de la respiración dificultosa del hombre que iba por delante. Entonces, desde algún lugar lejano a la izquierda, el sordo estruendo de un tren comenzó a elevarse, un sonido que atravesaba el campo.

Nathan se desvió hacia la arboleda y se abrió paso entre la maleza como un animal acosado. Tomek lo siguió, zambulléndose en el bosque tras él. El dosel arbóreo se tragó por completo la luz de la luna, sumergiéndolos en la oscuridad. El mundo se convirtió en una mancha negra sobre negro, con espinas que le arañaban los brazos y el escozor del aire frío en la garganta. Todos los sonidos se amplificaban: el crujido de las ramas, las respiraciones exageradas, el latido de su corazón.

Más adelante, Nathan tropezó, se tambaleó ligeramente, pero siguió adelante.

—¡Detente! —rugió Tomek—. ¡Se ha acabado, Nathan!

Nathan soltó una carcajada. —¿Crees que puedes acabar con esto, Tomek?

—Has matado a mi madre —escupió Tomek, abriéndose paso entre las ramas—. ¡La has matado!

—Y ahora ha ido a reunirse con Michał —gritó Nathan.

Tomek sintió que algo se encendía en lo más profundo de su ser —rabia, furia, venganza—, impulsándolo a seguir con más ahínco.

El terreno descendía, resbaladizo por las hojas y la lluvia. Resbaló, cayó aparatosamente sobre una rodilla, se sujetó con una mano y se reincorporó, ignorando el dolor que le recorrió la pierna. Más adelante, los árboles empezaron a ralear. La vibración de la vía

férrea se hizo más fuerte, y la estática del tren que se acercaba crecía y rodaba por el aire frío de la noche.

Tomek irrumpió entre la última hilera de árboles, y allí estaba Nathan, subiendo por el terraplén hacia las vías. Las luces del tren eran un resplandor lejano en el horizonte, que se hacía más brillante por segundos.

—¡Nathan! —volvió a gritar Tomek.

Nathan se giró con el pecho agitado y el rostro brillante de sudor y sangre. —Solo hay una forma de que esto acabe, Tomek.

Tomek aminoró el paso, respirando con dificultad. —Estoy de acuerdo.

—No voy a volver a la cárcel.

—Ya lo sé. No te dejaré.

—¿Qué vas a hacer, Tomek? ¿Matarme? No lo creo.

Casi no oyó los pasos al principio —otro par de zapatos chapoteando en el barro—, y entonces Dawid salió de entre los árboles, con el pecho agitado y la boca abierta mientras jadeaba. —Él no lo hará —escupió Dawid al detenerse en seco junto a Tomek, aferrándose con las manos a la hierba empapada—. ¡Pero yo sí!

La sonrisa de Nathan se ensanchó. —Perfecto —dijo, lenta y suavemente—. Qué poético. Los dos últimos chicos Bowen. Los dos aquí. Los dos para mí. Ahora puedo completar la colección.

El rostro de Dawid se quedó blanco mientras apretaba el puño, listo para abalanzarse sobre Nathan y hacerlo pedazos con sus propias manos. Justo cuando iba a hacerlo, Tomek agarró a su hermano por el hombro y tiró de él hacia atrás, interponiendo su cuerpo entre Dawid y Nathan. —No lo hagas —siseó—. Ni se te…

Pero Dawid no escuchaba. Estaba obsesionado con su objetivo. Forcejearon y se enzarzaron hasta que Tomek lo derribó, inmovilizándolo en el suelo con el peso de su cuerpo. El tren continuaba su rápido avance, acercándose velozmente a Nathan. Solo los separaban unos cien metros, y Nathan permanecía exactamente donde estaba.

—Te lo dije, Tomek —bramó Nathan—. ¡Te dije que solo había una forma de que esto terminara! ¡No voy a volver a la cárcel!

Nathan se giró, con los brazos extendidos en un último gesto sacrificial. Y entonces el tren lo golpeó.

No hubo cámara lenta. El impacto fue inmediato. Un golpetazo violento y nauseabundo que envió una onda expansiva a través de Tomek. En un momento Nathan estaba allí; al siguiente, había desaparecido. El tren pasó estruendosamente, implacable, y luego fue reduciendo la velocidad hasta detenerse gradualmente más adelante, dejando tras de sí un zumbido eléctrico en la vía y un susurro entre los árboles. En algún lugar en la oscuridad, un zorro aulló.

El cuerpo de Nathan, o al menos lo que quedaba de él, yacía en la vía, inmóvil. No se movía. Destrozado, roto, hecho un amasijo, esparcido en un revoltijo de sangre, huesos y masa encefálica. No podía creerlo. El hombre que había atormentado tres décadas de su vida había desaparecido, estaba muerto.

Nunca volvería.

CAPÍTULO
SESENTA Y OCHO

La inspectora jefa Stephanie Broadbent se agarraba al borde del salpicadero con una mano, mientras que con la otra sostenía la radio cerca de la boca.

—Equipo Uno, os acercaréis por el campo del este —dijo por el micrófono—. Equipo Dos, entraréis por el acceso trasero. Nadie entra hasta que yo dé la orden, ¿entendido?

La radio respondió con un crepitar.

—Entendido, inspectora.

A su lado, el agente Giles Swinger tamborileaba con los dedos sobre el volante; su habitual sonrisa había sido reemplazada por una expresión de tensión grabada en su rostro, iluminado por el resplandor del salpicadero.

—Coge la siguiente salida —ordenó ella con voz tranquila y controlada, aunque el pulso le martilleaba en los oídos, un recordatorio constante de la adrenalina que le había estado corriendo por las venas durante los últimos veinte minutos.

Cuando su móvil empezó a vibrar en la consola central, lo cogió. El número desconocido que la había llamado antes apareció en la pantalla. Respondió secamente.

—Sargento Campbell.

—Inspectora jefa Broadbent, ¿dónde demonios está? —la voz de Sean llegó entrecortada y sin aliento—. ¿Qué está pasando? ¿Lo han encontrado?

—Estamos a dos minutos —respondió ella, mirando a la carretera mientras recorrían a toda velocidad la estrecha carretera rural—. La llamaré cuando todo haya terminado. No me moleste en esta línea hasta que esté lista para llamarle.

Hubo una breve pausa antes de que él respondiera.

—Entendido, inspectora.

—Bien —dijo antes de colgar. Dejó caer el teléfono de nuevo en la consola, exhalando lentamente por la nariz—. Un minuto —añadió.

Giles le lanzó una mirada de reojo.

—¿Crees que siguen vivos ahí dentro?

Stephanie miró fijamente a través del parabrisas.

—Estamos a punto de averiguarlo.

Un minuto después, el GPS pitó, señalando que habían llegado a su destino.

Giles desvió el coche de la carretera y lo metió en un camino embarrado. El corazón de Stephanie se aceleró aún más; lo sintió latir en la punta de los dedos cuando Giles echó el freno de mano. Salieron del coche antes de que el motor se hubiera puesto al ralentí y corrieron hacia el granero con Stephanie a la cabeza. Al llegar a las puertas, se detuvo un instante para serenarse y luego entró de un empujón.

La escena la golpeó como una bofetada.

Sangre en el suelo. Sillas rotas. Una mujer yacía boca abajo, inmóvil, cubierta de sangre. Otra, despatarrada cerca de allí. Un anciano gemía, agarrándose el pecho. Una adolescente hacía lo que podía para sobrellevar la situación.

—Dios santo —susurró Giles, deteniéndose a su lado, sin aliento.

Stephanie tragó saliva, esforzándose por que no le temblara la voz.

—Nos espera una noche de mil demonios.

CAPÍTULO
SESENTA Y NUEVE

A Tomek le pesaban las piernas como plomo mientras bajaba la colina a trompicones. En el horizonte parpadeaban luces azules y blancas, que danzaban sobre el granero y los árboles.

Tomek, con las manos aún manchadas de barro y sangre, rodeaba a Dawid con un brazo para sostener el peso de su hermano. Ninguno de los dos hablaba; no quedaba nada que decir. Cruzaron el campo despacio, tan rápido como pudieron. El subidón de adrenalina se había disipado, dejando solo agotamiento a su paso.

A medida que se acercaban al granero, la escena se fue haciendo más nítida.

Varios coches de policía se alineaban en el camino, acompañados de una ambulancia y un camión de bomberos. Los agentes iban y venían, el chirrido de las radios en sus hombros, sus voces apresuradas y urgentes. A Tomek se le encogió el pecho. Por primera vez, la enormidad de todo le golpeó. Su madre estaba muerta. Su padre…

Apresuró el paso.

Una sanitaria lo vio primero. —¿Qué os ha pasado a los dos? —preguntó, acercándose a él—. Tenéis que pasar una revisión. Estáis cubiertos de…

—Estoy bien —la interrumpió Tomek, entregándole a Dawid—. Mi padre. ¿Dónde está?

Antes de que pudiera responder, él la apartó y se dirigió al granero. Las puertas estaban abiertas de par en par. Dentro, unos

focos iluminaban el interior. Agentes de uniforme se movían en silencio, merodeando junto a charcos de sangre, sillas volcadas y cuerdas, tratando de encontrarle sentido a todo mientras lo acordonaban. Pero no había ni rastro de su familia.

Tomek volvió a salir y encontró a Kasia cerca de una de las ambulancias, envuelta en una manta térmica y tiritando. Tenía el rostro pálido y los ojos rojos e hinchados.

—Eh —dijo él en voz baja.

Ella levantó la vista... y, cuando lo vio, se derrumbó, lanzándose a sus brazos y sollozando contra su pecho.

—¿Estás bien? —preguntó Tomek—. ¿Estás herida?

Ella negó con la cabeza; fue la única respuesta que pudo articular.

A sus espaldas, un sanitario subía a Dawid a la parte trasera de la ambulancia, le tomaba el pulso, le hablaba, le preguntaba su nombre. Pero él estaba tan ido que no podía responder; se limitaba a mirar a la nada, con la mirada perdida.

Entonces una voz a su espalda dijo: —Sargento Tomek Bowen…

Tomek se giró. La dueña de la voz apareció al doblar la esquina de la ambulancia. Era alta y serena, con un abrigo negro sobre una camisa blanca ligeramente salpicada por la lluvia. Sus ojos eran penetrantes e inteligentes, pero también había algo más en ellos. Tomek la reconoció de inmediato.

—Vaya, vaya, si es quien creo que es —dijo él.

—Pues sí, soy yo.

—Vaya, vaya, vaya. ¿Has venido a rescatarnos?

—Si hubiese sabido que eras tú, a lo mejor no lo hago —bromeó ella—. Es una pena que tengamos que encontrarnos en estas circunstancias, y siento lo que ha pasado, pero… —Se acercó, bajando la voz y adoptando un tono más profesional—. Quería que supieras que hemos asegurado la zona. Los forenses empezarán a registrarlo todo minuciosamente ahora. Tendremos que tomar declaración a los testigos lo antes posible. Mientras tanto, tu padre está estable. Lo van a trasladar al Royal Surrey Hospital. Los sanitarios dicen que saldrá de esta.

A Tomek se le hundieron los hombros. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo tenso que había estado. —¿Y Abigail?

—No sé quién es, pero supongo que será ella…

Justo en ese momento, dos agentes de uniforme se llevaban a Abigail esposada. Tenía el rostro inexpresivo; un reguero de sangre le bajaba por el cuello hasta la camiseta. No lo miró al pasar a su lado.

—Está detenida —dijo Stephanie—. La interrogaremos en Guildford en cuanto los médicos le den el visto bueno.

Tomek la vio marchar. No sintió ninguna satisfacción. Ninguna victoria. Ya no sentía nada por ella.

Stephanie lo observó un instante y luego dijo en voz baja: —Hay otra cosa que deberías saber.

Tomek se volvió hacia ella, receloso. —¿El qué?

—El hombre del suelo… El que parecía que lo habían golpeado con un ladrillo. —Señaló con la cabeza una segunda ambulancia aparcada cerca de la linde del bosque. Las puertas estaban abiertas y, en el interior, unos sanitarios trabajaban bajo una cruda luz blanca —. Está ahí, pero apenas se mantiene con vida.

La mirada de Tomek siguió la de ella. Apenas podía distinguir la figura de un hombre en la camilla, con el pecho subiendo y bajando de forma irregular bajo la manta y una mascarilla de oxígeno sobre la cara.

—Respira —explicó Stephanie—. Tiene el pulso débil y de momento lo han estabilizado, pero… —dudó—. Su supervivencia pende de un hilo. Tiene mucha suerte de estar vivo. Es el siguiente al que llevarán al hospital.

Tomek se quedó mirando la ambulancia un buen rato. Las luces azules bañaban su rostro en lentas y palpitantes oleadas.

Afortunado.

Ninguno de ellos era afortunado. No después de lo que había ocurrido allí.

Se pasó una mano por la cara y notó la arena, la sangre seca, el sudor. —Ha recibido su merecido —murmuró entre dientes.

—¿Papá?

Bajó la vista y vio a Kasia mirándolo.

—¿Ya se ha acabado todo? —preguntó, con la voz quebrada.

Tomek miró más allá de ella: a Dawid sentado en la ambulancia con la mirada vacía, a las luces parpadeantes, a los agentes que se llevaban a Abigail, a la linde del bosque donde, al otro lado, permanecía el cuerpo de Nathan.

Tragó saliva y asintió despacio. —Sí —dijo, rodeándola con los brazos y atrayéndola hacia su pecho—. Se ha acabado.

CAPÍTULO
SETENTA

Como era de esperar, el sueño lo había eludido. El colchón supermullido de la cama individual del Holiday Inn cercano al Hospital del Condado de Surrey no había conseguido sumirlo en el profundo abrazo del sueño. Lo mismo le ocurría a Kasia, que yacía en la cama de enfrente. Tomek repasaba las imágenes en su mente una y otra vez, preguntándose si podría haber hecho algo de otra manera. ¿Podría haber salvado a su madre? ¿Podría haber evitado su asesinato?

Cada revisión, cada nueva recreación de la escena le decía que sí, que podría haberlo hecho. Podría haberse asegurado de que Nathan no volviera a levantarse en el granero. Podría haberse asegurado de no soltar el cuchillo en primer lugar.

Podría haber evitado su muerte.

Su muerte pesaba sobre su conciencia.

Igual que la de Michał.

No había sido capaz de salvar a ninguno de los dos. Nathan Burrows había sido más rápido. Nathan Burrows había robado la vida de dos miembros de su familia.

Sintió cierto alivio al saber que Nathan no podría arrebatar más vidas.

Estaba muerto.

Y Charlie no andaba muy lejos de seguirlo. Solo el tiempo diría a cuánta vida le quedaba por aferrarse. No se sabía si sufriría daños cerebrales permanentes o se recuperaría por completo. Era una

probabilidad de cincuenta-cincuenta; una incógnita hasta que despertara y contara su versión de la historia.

O no, como Tomek esperaba que fuera el caso.

Tomek agradecía la brutal paliza que su hermano le había propinado a aquel hombre, que le hubiera dado a probar de su propia medicina. Solo esperaba que Dawid no se enfrentara a cargos como consecuencia. Aunque, dada su propia profesión, Tomek confiaba en poder hacer desaparecer algo así. Una ocasión en la que podría usar su trabajo para algo bueno, por una vez; una ocasión en la que podría usarlo para beneficiar a su familia.

La sala de espera era pequeña, sin ventanas y demasiado calurosa. Las paredes estaban pintadas de un color crema enfermizo que parecía absorber el brillo de las luces fluorescentes del techo. De vez en cuando, un funcionario de prisiones pasaba, sus botas chirriaban levemente sobre el suelo de linóleo como si estuvieran en una cancha de baloncesto y las llaves tintineaban contra sus cinturones como carillones de viento.

Había seis personas esperando. Una mujer de mediana edad con el pelo canoso estaba sentada frente a él, retorciendo nerviosamente un pañuelo de papel en las manos hasta que se rompió. A su lado, un joven en chándal miraba su móvil en silencio. Una pareja mayor estaba sentada junta, sin decir nada, con la mirada ausente, como si hubieran estado allí demasiadas veces. A su lado, Kasia se removió en el asiento y su pierna rozó la de él. No había dicho una palabra desde que llegaron, con la mirada fija en la doble puerta del fondo de la sala, la que conducía a la zona de visitas.

Esa misma mañana, había llamado con antelación y había conseguido añadirla a última hora a la lista de visitantes del día.

—No tienes por qué hacer esto si no quieres —dijo él, inclinándose hacia ella—. Aún estás a tiempo de echarte atrás.

Ella no lo miró. —Lo sé —dijo en voz baja—. Es que… ha pasado tanto tiempo desde la última vez que la vi.

La pesada puerta del fondo del pasillo se abrió con un zumbido sordo. Un guardia uniformado salió con un portapapeles en la mano y recorrió la sala con la mirada. —Bien —dijo, con voz enérgica y profesional—. Visitas familiares: Thompson, Singh, Bowen y Coleman. Seguidme.

La pareja mayor se levantó primero y se dirigió hacia el guardia arrastrando los pies. La mujer del pañuelo de papel la siguió, secándose los ojos. Luego fue el hombre del chándal, mientras que Kasia permaneció sentada un momento más, paralizada, con las manos aún entrelazadas.

—Venga, es tu turno —dijo Tomek en voz baja.

Ella se levantó lentamente, se alisó el jersey y vaciló. Por un momento, pareció que iba a volver a sentarse. Luego respiró hondo, enderezó los hombros y se unió a los demás.

Tomek la observó rondar junto a la entrada, dejando que los otros pasaran primero. Ella se giró para mirarlo y luego desapareció por la puerta, engullida por el ruido de las llaves y el pesado golpe de la puerta al cerrarse tras ella. Ya no había vuelta atrás para ella.

Tomek recorrió la habitación con la mirada, absorbiéndolo todo, dejando que su mente divagara mientras esperaba. El tiempo parecía moverse de otra manera en sitios como aquel. Pero entonces el móvil le vibró en el bolsillo, sacándolo de sus pensamientos.

Stephanie.

Respondió al primer tono. —Inspectora jefe.

—Buenos días, Tomek —dijo ella—. ¿Puedes hablar?

—Por supuesto.

—Solo quería ponerte al día antes de que las cosas empiecen a moverse por nuestra parte.

—Adelante —dijo él, frotándose la mandíbula.

—He hablado con el hospital y tu hermano está bien. Algún que otro moratón, un par de puntos, pero nada demasiado grave; ninguna hemorragia interna ni nada de lo que preocuparse. Los médicos están dispuestos a darle el alta esta tarde.

Tomek exhaló, y la tensión de sus hombros se relajó un poco. —Bien. Se alegrará de salir de esa cama de hospital.

—No obstante, *tendremos* que traerlo para interrogarlo.

—Entendido.

—Tu padre también está bien —continuó Stephanie—. Lo mantienen en observación, pero el médico ha dicho que se espera que se recupere por completo.

Él asintió lentamente. —Esas… esas son buenas noticias.

Hubo una pausa, el débil rasguido de un papel a través del micrófono mientras ella consultaba sus notas. —En cuanto al señor Morton… todavía no estamos seguros de su estado. Lo han inducido a un coma, pero, cuando despierte, será acusado del secuestro, del asesinato de tu hermano y de la otra investigación en la que estás trabajando. De todo.

Tomek se recostó, mirando al techo, abrumado por el alivio. —¿Y Abigail?

—Ha sido acusada esta mañana —respondió Stephanie—. La están trasladando a la prisión de Send ahora mismo. Permanecerá en prisión preventiva hasta la fecha de su juicio.

—Esperemos no encontrarnos con ella entonces. Estamos en Send ahora mismo.

Stephanie se rio entre dientes. —No te preocupes. No volverás a verla en mucho, mucho tiempo.

Eso le hizo sonreír. —Te lo agradezco, Steph. De verdad.

—Descansa un poco cuando puedas —dijo ella—. Y… quizá deberías venir a Surrey alguna vez. Estará bien ponernos al día.

—¿Con todo este hermoso paisaje? Podría ser que lo hiciera.

No acordaron ni hora ni lugar. No era necesario.

—Probablemente debería darte las gracias —dijo él.

—¿Por?

—Por llegar cuando llegasteis.

—Tienes que darles las gracias a tus compañeros de Essex. Sin ellos, puede que nunca os hubiéramos encontrado. Tienes mucha gente que claramente se preocupa por tu bienestar, aunque no se me ocurre por qué querrían hacerlo.

Tomek resopló y se rio para sus adentros en la sala de espera. Le dio las gracias de nuevo y luego colgó. Al bajar el móvil, se quedó mirándolo un momento antes de volver a guardárselo en el bolsillo. Tenía razón. Tenía mucha gente que se preocupaba por él.

Antes de que pudiera seguir dándole vueltas, la puerta del fondo volvió a abrirse con un zumbido y Kasia entró. Lo vio y comenzó a caminar lentamente hacia él, con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón.

Tomek se puso de pie, esperando, sin saber si hablar primero o dejar que lo hiciera ella.

Cuando llegó a su altura, no dijo una palabra; se limitó a pararse frente a él, lo suficientemente cerca como para que pudiera ver el temblor en su barbilla.

Luego asintió, casi para sí misma, y susurró: —Salgamos de aquí.

El coche estaba en silencio, a excepción de la llovizna constante que golpeaba el parabrisas. El mundo exterior era gris, como si no se hubiera recuperado del todo de la noche anterior. Tomek estaba sentado al volante, con el motor apagado. Kasia estaba a su lado, mirando por la ventanilla del copiloto. Durante un buen rato, ninguno de los dos habló. Finalmente, Kasia tomó aire. —Lo siento —dijo suavemente.

Tomek la miró de reojo. —¿Por qué?

—Por haberme escapado. —Tragó saliva, con la mirada fija en su regazo, jugueteando con los dedos—. Por ser una pesada. Por no escuchar. Pensaba que quería volver a vivir con mamá. Pensaba que eso era lo que quería. Pero… al verla hoy… —Se le quebró la voz un poco y parpadeó con fuerza, conteniendo las lágrimas—. Me doy cuenta de la suerte que tengo, papá. De lo bien que estoy contigo.

Él apartó la vista, con los ojos empezando a llenársele de lágrimas y un nudo en la garganta. Sus palabras le llegaron más hondo de lo que esperaba. —No tienes que disculparte por eso —dijo en voz baja.

—Y lo siento por lo de anoche. Por la abuela, por el abuelo, por el tío Dawid…

—No tienes nada por lo que disculparte en ese sentido. Lo hiciste excepcionalmente bien. Hiciste lo que te pedí y no podría estar más orgulloso. Debería ser yo quien se disculpara. Últimamente he sido un padre de mierda. Los gritos. La distancia. Dejé que todo esto me afectara. Nathan, Charlie. Pensaba que estaba haciendo lo correcto, pero solo lo empeoré.

Kasia se quedó en silencio un momento, luego se acercó y le puso la mano en el brazo. —Se ha acabado, papá. Ya no están. Ya no pueden hacernos daño.

—Sí —dijo él, asintiendo suavemente hacia ella—. Se ha acabado. —Y por primera vez en mucho tiempo, no solo lo decía en serio, sino que se lo creía.

OTRAS OBRAS DE JACK PROBYN

La serie de misterio y asesinato del DS Tomek Bowen:

LIBRO 1: LA JUSTICIA DE LA MUERTE

Southend-on-Sea, Essex: El detective sargento Tomek Bowen —dedicado, tenaz y atormentado por la muerte de su hermano— es llamado a una de las escenas del crimen más impactantes que jamás haya visto. Un hombre ha sido asesinado ritualmente y abandonado en un huerto cerca del aeropuerto local. Las primeras investigaciones indican que se trataba de un hombre con un pasado. Un pasado que le ganó muchos enemigos.

Descargar La Justicia de la Muerte

LIBRO 2: LAS GARRAS DE LA MUERTE

Annabelle Lake creyó reconocer el Ford Fiesta que esperaba fuera de su escuela, y al conductor. Se equivocó. Su cuerpo es descubierto algún tiempo después, colgando de un columpio en un parque infantil local en Canvey Island.

Descargar Las Garras de la Muerte

LIBRO 3: EL TOQUE DE LA MUERTE

Cuando la niebla se despeja una mañana de diciembre en Essex, se descubre el cuerpo de una adolescente tendido boca abajo en un campo. Como resultado, el caso rápidamente llega al escritorio del DS Tomek Bowen quien, mientras intenta compaginar su nueva vida como padre soltero de una hija de trece años, debe desentrañar la mortal secuencia de eventos y sacar la verdad a la luz.

Descargar El Toque de la Muerte

LIBRO 4: EL BESO DE LA MUERTE

Los secretos más oscuros nunca permanecen ocultos por mucho tiempo...

Cuando el cuerpo de un hombre sin hogar es descubierto en el paseo marítimo de Southend, encajado entre las casetas de playa de Thorpe Bay, la gente de Essex ni siquiera arquea una ceja.

Pero cuando la autopsia revela que la identidad es la del diputado local, Herbert Tucker, el pueblo comienza a prestar atención.

Descargar El Beso de la Muerte

LIBRO 5: EL SABOR DE LA MUERTE

Algunos secretos nunca se desvanecen...

En una mañana ventosa y gélida, Morgana Usyk, propietaria del Café Morgana, visita el puerto Mulberry a poco más de un kilómetro y medio mar adentro. Poco después, su cuerpo es encontrado en las aguas poco profundas, flotando junto al puerto.

Descargar El Sabor de la Muerte

LIBRO 6: EL ÁNGEL DE LA MUERTE

Cada ángel merece sus alas... Cuando la azafata Angelica Whitaker es reportada como desaparecida tras una noche en uno de los clubes nocturnos más populares de Southend, el caso es asignado al DS Tomek Bowen por primera vez en su carrera. Tan pronto como comienza la investigación, las sospechas recaen sobre el hombre con quien ella bailó en el club, pero cuando su cuerpo es encontrado posteriormente en una iglesia, colocado como un ángel, las mismas sospechas empiezan a apuntar hacia un asesino calculador, sereno y sádico.

Descargar El Ángel de la Muerte

LIBRO 7: EL SALVADOR DE LA MUERTE

Durante una fuerte tormenta, un DJ de radio local es brutalmente asesinado en su mansión de Essex. Cuando las nubes y la lluvia se disipan a la mañana siguiente, el DS Tomek Bowen y su equipo descubren una escena del crimen que parece sacada de los libros de historia.

Las pruebas sugieren que se trata de un asesinato aleatorio. Pero a medida que Tomek va desvelando las capas de la vida de la víctima, se da cuenta de que hay más en el DJ de lo que aparenta.

Descargar El Salvador de la Muerte

LIBRO 8: EL ALIENTO DE LA MUERTE

Isla de Mersea. Más de 2.500 acres de tierras de cultivo, marismas y varios parques de caravanas. Normalmente, alberga a 7.000 personas. Pero durante el fin de semana festivo de agosto, cuenta con dos residentes más: el DS Tomek Bowen y su hija, Kasia, que buscan aprovechar al máximo el final de las vacaciones

escolares, el final del verano y el final del prolongado tiempo de Tomek fuera del trabajo.

Descargar El Aliento de la Muerte

LIBRO 9: LA MARCA DE LA MUERTE

El subinspector Tomek Bowen regresa tras una breve suspensión que casi arruina su carrera, y quiere ponerse manos a la obra inmediatamente. Pero una inesperada llamada telefónica desde prisión desestabiliza su concentración y amenaza con arrastrarlo a una red de mentiras y traición.

Descargar La Marca de la Muerte

LIBRO 10: LA HISTORIA DE LA MUERTE

Cuando una fuerte marea desentierra unos huesos en lo profundo de las marismas del sur de Essex, las esperanzas del sargento Tomek Bowen de tener un invierno tranquilo se las lleva la corriente.

Descargar La Historia de la Muerte

DEJA UNA RESEÑA

Aquí estamos. Fin.

Bueno, digo "nosotros"... Me refiero a ustedes. Gracias.

Gracias por llegar hasta aquí y acompañarme mientras imagino estas historias tan disparatadas y extrañas en mi cabeza, y luego las traduzco al papel (o mejor dicho, a archivos digitales).

Amazon está repleto de millones de libros (literalmente, y no uso ese término a la ligera), por lo que a menudo es difícil encontrar tu próxima lectura. Solo quieres saber qué libro leer a continuación. Pero a veces no tienes tiempo para revisarlos todos, así que ¿qué haces?

Mira las reseñas, por supuesto.

Las usamos en todos los aspectos de nuestra vida. Restaurantes. Películas. Nuestro próximo televisor. Unos auriculares. Casi todo está regido por los pensamientos de otras personas.

Una locura, ¿verdad?

Pero ¿qué pasa cuando te encuentras con un libro sin reseñas? Puede que lo rechaces. Es difícil confiar en el libro.

Tu tiempo es oro. Tu tiempo es valioso. No quieres desperdiciarlo en historias decepcionantes. Nadie lo hace. Y yo no quiero eso para ti. A veces me preocupa que le pase lo mismo a esta historia. Pero hay una solución.

Una reseña es muy valiosa. Y me da la confianza para seguir dándole vueltas a las ideas locas que tengo en la cabeza. Si tienes

un momento libre, te agradecería mucho que dejaras una reseña. No tiene que ser larga, solo unas palabras sobre tu opinión del libro.

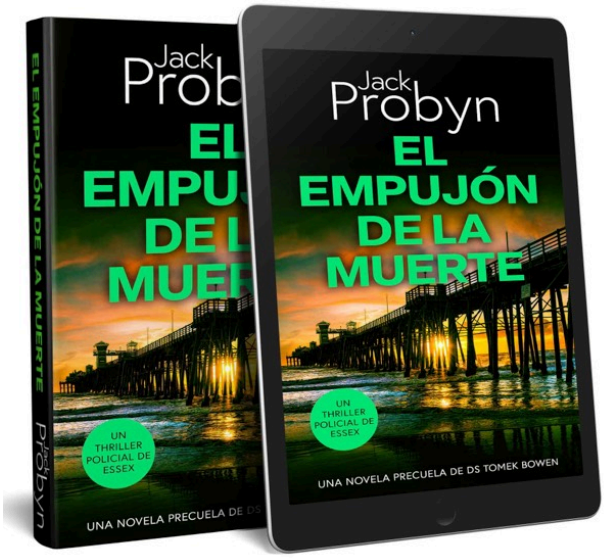
Gracias.

Tu amable autor,

Jack Probyn

ÚNETE AL CLUB VIP

Tu libro GRATIS te espera



Disponible al unirte al club

Consigue tu copia GRATIS de la novela precuela de la serie DS Tomek Bowen ahora en jackprobynbooks.com al unirte a mi club VIP por correo electrónico.

SOBRE EL AUTOR

Jack Probyn es un escritor británico de novela negra y autor de la serie de thrillers policíacos de Jake Tanner, ambientada en Londres.

Actualmente vive en Surrey con su pareja y su gato, y está trabajando en una nueva serie de misterio y asesinatos ambientada en su ciudad natal de Essex.

¿No deseas registrarte en otra lista de correo? Puedes mantenerte al día con los nuevos lanzamientos de Jack siguiendo alguna de las siguientes cuentas. Te enterarás cuando tenga un nuevo libro a punto de salir, sin la molestia de unirte a mi lista de correo.

Botón de "Seguir" en la página de autor de Amazon:

1. Haz clic en este enlace: https://geni.us/AuthorProfile
2. Debajo de mi foto de perfil hay un botón que dice "Seguir"
3. Haz clic en él y Amazon te enviará correos sobre nuevos lanzamientos y promociones.

Botón de "Seguir" en la página de autor de BookBub:

1. Similar al de Amazon, haz clic en este enlace: https://www.bookbub.com/authors/jack-probyn
2. Junto a mi foto de perfil hay un botón que dice "Seguir"
3. Haz clic en él y BookBub te notificará cuando tenga un nuevo lanzamiento

Si quieres información más actualizada sobre nuevos lanzamientos, mi proceso de escritura y todo lo demás, el mejor lugar para estar al tanto es mi página de Facebook. Tenemos una pequeña comunidad creciendo allí. ¿Por qué no formas parte de ella?

